
AGUA
MUERTA
E. M. HALLE

AGUA MUERTA

E. M. Halle
emhalle.com

Una novela

AGUA MUERTA

Copyright © 2026 por E. M. Halle

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, hechos o lugares es pura coincidencia.

Primera edición.

emhalle.com

C A P Í T U L O 1

El desembarco

El transbordador entró por detrás del rompeolas a lomos de la tormenta, y el pueblo se fue componiendo a partir de la lluvia pieza a pieza, con una forma que ella ya conocía. Primero la conservera, el ladrillo del color de un hematoma. Luego el puerto deportivo, los cascos blancos cabeceando sobre el gris. Después las casas en la ladera, las luces encendiéndose temprano porque el día no había llegado a despuntar del todo. Nora Quist estaba de pie junto a la barandilla con el vaso de espuma enfriándose en la mano y contó los pilotes del rompeolas como los había contado a los quince años, y le salió el mismo número. Once. Se bebió lo que quedaba en el vaso y estaba a la temperatura del aire, que no era temperatura ninguna.

La cubierta se estremeció bajo sus botas mientras el capitán forzaba los motores contra el oleaje picado. Bajo ella, en el nivel inferior, los coches gemían sobre sus cadenas, y un hombre con un chubasquero amarillo recorría la hilera, agachándose, comprobando las trincas, dando una palmada a un parachoques al pasar. La rociadura le llegaba de costado y le dejaba sal en los labios. No se apartó de ella. Había leído el informe dos veces durante la travesía, la carpeta abierta sobre las rodillas mientras el barco cabeceaba y el café trazaba lentos círculos sobre sí mismo, y no había encontrado en él una sola cosa que pudiera rebatir. Ese era el problema. Un informe que no se podía rebatir lo había escrito una mano que sabía qué partes recortar.

Sonó la bocina, dos notas, planas contra el temporal. La rampa bajó con un ruido de viga al caer, y los coches empezaron a salir traqueteando hacia la lluvia, y Nora bajó por la pasarela de a pie detrás de una mujer que peleaba con un carro plegable y un niño que saltó la última tabla y aterrizó adrede en un charco. El muelle olía a creosota y a gasóleo y al hedor a yodo de las algas que la marea había dejado en seco. Las gaviotas trabajaban los canales de

la nave de pescado al otro lado del varadero. Una carretilla elevadora ralentí en alguna parte, el humo azul aplastado contra los tablones por el viento.

Pasó por delante de la oficina del capitán de puerto y no aminoró el paso, y leyó la tabla de mareas del escaparate sin aminorar, porque se había criado leyendo tablas de mareas como otros niños leen las cajas de cereales. Plastificada. Curvada en una esquina. Pleamar a las seis y cuarenta de aquella mañana. Agua muerta en el cambio. Los números los había impreso la misma imprenta del condado que los imprimía cuando ella era niña, y hacían la misma promesa de siempre. El agua te dice dónde ha estado y adónde va, si sabes hacer la cuenta. Archivó la pleamar y el cambio y siguió caminando. Sus botas hacían sonar los tablones del paseo con la misma nota hueca que a los quince años.

El sendero que bajaba a la orilla la llevó a lo largo del muro de la conservera, treinta metros de ladrillo mojado vetado de blanco por la cal de las gaviotas y por la herrumbre de los pernos que habían cedido su agarre a la piedra. La aliaga crecía del mortero allí donde el mortero la había dejado. El sendero en sí eran traviesas de ferrocarril hundidas en el talud, resbaladizas por la lluvia y por el limo verde que subía de la roca a aquella altura, y ella lo bajó de lado, una mano rozando el ladrillo, el descenso de la lugareña, sin pensar siquiera en que lo bajaba. Abajo, donde se acababan las traviesas, empezaban las rocas, negras y cubiertas de algas y relucientes, y sobre las rocas había una tienda del color de un cono de tráfico, y junto a la cinta, por encima de ella, había un solo ayudante del sheriff con la capucha puesta y las manos metidas en los sobacos.

Se irguió al ver el cordón identificativo. Joven, más joven de lo que el informe le había permitido imaginar a quien custodiara la escena. La lluvia le resbalaba del borde de la capucha y le bajaba por delante de la chaqueta, y hacía rato que había dejado de notarla.

—Dijeron que esta tarde. —Le humeaba el aliento—. No creíamos que fuera a salir el transbordador.

—Por poco no sale.

Él miró más allá de ella, sendero arriba, como si pudiera venir una segunda persona, y luego volvió a mirarla. Sacó una mano del sobaco y la posó en la cinta y no la levantó.

—¿Quiere un café o algo? Hay un sitio arriba, en el paseo, que hace un...

—Quiero la tienda.

—Claro. —Le levantó la cinta, luego se adelantó y se agachó y agarró el borde de barlovento de la tienda. El plástico restalló y se ahuecó al viento y tuvo que sujetarlo con las dos manos—. No para de querer irse. La lastramos, pero. —No terminó. La levantó y la replegó hacia atrás, y el viento sacó el olor de debajo y se lo echó encima. La dulzura de carne fría, la sal, la leve podredumbre baja de las algas.

Diecinueve años, decía el informe, y el informe también acertaba en eso. Iris Kettle yacía de costado sobre la roca con un brazo doblado debajo de sí y el otro extendido sobre la piedra como si hubiera estado tratando de alcanzarla. El agua le había sacado el color y dejado lo demás. Vaqueros, un jersey del rojo apagado de la sangre seca, una zapatilla de lona. La otra zapatilla se la había llevado la bahía. Ropa que no era de baño. Nadie se metía en aquella agua en octubre a nadar. El jersey se le había subido por donde el mar lo había trabajado, y la piel que dejaba a la vista tenía el blanco de algo guardado demasiado tiempo en el frío, jaspeada de azul en las zonas bajas donde la sangre se había asentado y se había quedado en cuanto el corazón dejó de moverla.

Nora se agachó. No tocó nada. Apoyó los antebrazos en las rodillas y dejó que el ojo hiciera primero el trabajo, porque el ojo no gastaba nada y se le podía obligar a devolverlo.

El ayudante le miraba las manos y no a la chica. Ya había decidido lo que era aquello, y no quería que lo obligaran a revisarlo, y por eso miraba las manos de la persona que podía obligarlo.

—¿Quién la encontró? —dijo Nora.

—Dawson. Tiene nasas de cangrejo frente a la Punta y por aquí debajo. —El ayudante señaló con la cabeza hacia el norte, costa arriba, más allá de la roca quebrada, hasta donde un dedo de tierra se adentraba y una ruina gris de embarcadero se adentraba aún más

en el gris—. Sobre las siete. Se acercó a revisar un aparejo y allí estaba.

—Las siete. —Agua muerta en el cambio. Bastante cerca. Mantuvo la cara al margen—. ¿Y por dónde se metió?

—Por la Punta, calculan. La corriente baja por aquí, ¿ve?, lo trae todo aquí abajo tarde o temprano: madera de deriva, una foca muerta una vez, de todo. Lo que se meta ahí arriba acaba varando bajo la conservera más pronto o más tarde.

—Con el agua muerta.

—¿Señora?

—No hay corriente con el agua muerta. —Se lo dijo a la roca, no a él, recorriendo con el ojo las algas alrededor del cuerpo—. Eso es lo que significa estoa. La marea se para. Durante un rato no lleva nada a ninguna parte.

Él no respondió a eso. Ella oyó restallar y ahuecarse la tienda en sus manos y a él recobrar el equilibrio otra vez.

Se obligó a ir más despacio y a leer la roca como había leído el informe, buscando las partes que habían recortado. Un cuerpo arrojado por la rompiente entraba torcido y alto. Quedaba encajado en una grieta, lavado, despojado de una zapatilla más y de los dos calcetines y de un puñado de pelo, embutido entre las algas y el sargazo y las astillas blancas de cuanto el mismo mar hubiera subido aquella hora. Había una violencia en un cuerpo que el agua había acarreado y arrojado, y la violencia dejaba un desorden alrededor. No había desorden alrededor de esta chica. El fuco bajo ella yacía liso y perlado de lluvia, intacto, como si la hubieran depositado encima. Sin marca de arrastre. Sin surco donde una marea la hubiera empujado roca arriba y soltado. Sin roce de lona contra las algas. La única zapatilla seguía apuntando hacia donde apuntaba su pie. Yacía baja en la roca, cerca del alcance del agua pero a salvo de su furia, depositada donde al agua solo se le había permitido lamerla.

Nora se incorporó. Las rodillas le dijeron que había estado agachada más de lo que creía. Midió con el ojo la distancia hacia el norte, el cuarto de milla de roca negra quebrada y agua gris muerta

que mediaba entre la chica y el único sitio del que el pueblo quería que hubiera partido.

—Si se metió por la Punta en el cambio —dijo—, habría bajado en vertical y se habría quedado cerca de la Punta. No baja un cuarto de milla por la costa para varar aquí. No con la marea parada. El agua de aquella mañana no se movía lo bastante para arrastrar una botella tan lejos. —Volvió la cabeza y lo miró—. Mucho menos a una chica.

El ayudante miró la Punta. Miró el cuerpo. Ella lo observó hacer la misma cuenta que ella había hecho y llegar, despacio, a regañadientes, entrando en ella de espaldas, al mismo resto.

—A lo mejor se metió antes del cambio —dijo—. Cuando todavía bajaba. La bajante la arrastraría, ¿no?

—A lo mejor. —Era algo razonable que dijera, y lo dejó pasar, porque hacía mucho que había aprendido a no ganar las pequeñas. Él pareció aliviado de que lo dejara estar, y eso también le dijo algo —. ¿Salió el forense?

—Viene en el mismo barco que usted, supuestamente. No es... —Se detuvo, eligiendo—. Lleva todo el condado. No siempre es...

—Rápido.

—Concienzudo —dijo el ayudante, lo cual era lealtad hacia alguien que ella no conocía, y eso hizo que él le cayera un poco mejor. Era raro y solía ser señal de que un sitio aún no había acabado del todo con una persona.

Volvió a bajar hacia el cuerpo. Esta vez pensaba tocarlo. Sacó los guantes del bolsillo del abrigo y el látex se había puesto rígido de frío, y tuvo que meter los dedos en las bocas enrolladas, soplándose primero las manos, antes de que entraran. El derecho se rasgó por la muñeca. Lo usó igual. Se agachó otra vez, cerca, y puso dos dedos enguantados bajo la línea de la mandíbula de la chica y le giró el mentón un centímetro hacia la luz que no existía.

La piel se había aflojado en el agua, vuelta una blandura que no le correspondía a la piel, y la manipuló del modo en que se manipula algo que ya no va a sanar de nada de lo que se le haga ahora. Había marcas en la cara y en la garganta que las rocas podían explicar y había marcas que las rocas no podían, y la diferencia entre ellas era

la totalidad de su oficio. Las marcas de roca las reconocía a simple vista. Los desgarros mellados con la arenilla aún incrustada. Las rozaduras que no supuraban nada, porque hacía mucho que el corazón había dejado de alimentar la herida. La piedra desgarraba. La piedra escarbaba. La piedra dejaba bordes.

Bajo la mandíbula, a la izquierda, debajo de la oreja, había una banda de color del ancho de un pulgar, y no tenía borde alguno que hubiera hecho jamás una roca. No era un arañazo. No era el desgarro limpio de la piedra. Una presión, impuesta mientras el corazón aún empujaba sangre hacia arriba, que conservaba ahora su forma en el frío como solo las marcas tempranas conservan la suya. Le movió el mentón una fracción más y la siguió. La banda continuaba bajo la curva de la mandíbula y no se interrumpía, como un hematoma de pulgar corre y no se interrumpe. Una herida de roca se interrumpe, porque una roca no puede mantener una presión constante a lo largo de una curva. Hace falta una mano para eso. Hace falta una mano que esté prestando atención.

Se quedó agachada allí con el mentón de la chica balanceado sobre dos dedos y sintió que el viaje cambiaba de peso en sus manos. Ocurrió como ocurría el tiempo en aquella costa. Sin aviso, la luz simplemente distinta de como había sido un momento antes, y sin modo después de decir cuándo. Una noche, le había dicho al sargento de guardia. Dos a lo sumo. Una firma del estado sobre la palabra *accidente* para que una familia pudiera enterrar a una hija y un pueblo pudiera seguir con aquello con lo que siguiera un pueblo como aquel.

Sostuvo el mentón un momento más de lo que la mirada necesitaba. Luego volvió a apoyar la cabeza contra las algas exactamente como la había encontrado, cuadrada a la roca, la mejilla contra la piedra, el brazo lejano aún extendido y alcanzando.

—Tiene una marca en el cuello —dijo Nora.

—Rocas. —El ayudante lo dijo demasiado deprisa, desde arriba y detrás de ella.

—A lo mejor. —No se volvió. Sacó los dedos de debajo de la mandíbula con tanta delicadeza como si la chica pudiera sentir que la dejaba—. Embolse las manos. Las dos. Cinta, no papel, si lo que

tiene es cinta; pero embólselas antes de que nadie vuelva siquiera a respirarle cerca. —Soltó las palabras planas y en orden, una y luego la siguiente, sacos de arena contra una marea creciente—. Nadie la mueve hasta que el forense se haya puesto donde estoy yo y haya visto lo que estoy mirando. Ni la giren, ni la levanten, ni para la familia, ni para nadie. Me ha entendido. Donde estoy yo. Lo que estoy viendo.

—Sí, señora.

—Y quiero a la última persona que la viera de pie.

Ahora tenía una libreta fuera y el boli no paraba de patinar sobre la página mojada, la tinta perlándose sin agarrar. Escribió igual, apretando fuerte, y las palabras salían grises y rotas. Ella miró el dorso de su mano trabajar y esperó.

—La última persona —dijo él, medio para la página—. Esa sería... la Fundación, diría yo. Es una becaria Vane. Hubo una cosa la noche anterior, arriba en el Salón, una cosa de donantes. —Levantó la vista —. El señor Wren la dirige. Él sabría con quién estaba. Sabría todo lo que pasó allí arriba.

—Entonces quiero al señor Wren.

Se quitó los guantes según el viejo adiestramiento, toda una vida atrás ya, la mano derecha enganchando la izquierda por la muñeca y enrollándola del revés, luego dos dedos por debajo del puño del derecho y lo mismo, un guante embutido en el otro de modo que cuanto la roca fría les hubiera dado quedara por dentro. No había en aquellas rocas ningún sitio donde se fiara de dejarlos y ninguno donde se fiara de soltarlos, así que se metió el bulto en el bolsillo del abrigo, contra la cadera, para embolsarlo como es debido cuando estuviera en algún lugar que mereciera llamarse lugar.

El ayudante ya se había puesto con las manos. Bajó de la cinta y se agachó al otro lado del cuerpo, con dos bolsas de pruebas que se quedaban lacias en la humedad, y empezó a pasar una sobre la mano extendida de la chica, con suavidad, ajustando la boca de la bolsa muñeca arriba antes de echar mano a la cinta. Mantenía los ojos en la mano y en la bolsa y en la cinta. Se alegraba, pensó ella, de tener una tarea que apuntara lejos de la cara, y no se lo reprochó. Ella también había tenido veintitantos años una vez en el

extremo equivocado de una lona y agradecido cualquier tarea con una dirección limpia.

Nora se irguió del todo y dejó que el viento la tuviera otra vez. Se puso el dorso de la muñeca a la nariz y la dulzura de carne fría estaba en el látex que ya había guardado y en la manga y probablemente en el pelo, y seguiría ahí durante la siguiente comida tuviera o no comida delante.

Miró al norte una vez más e hizo la cuenta una vez más por el placer de verla negarse a cuadrar: la pleamar de las seis y cuarenta, el cambio, las nasas de las siete, el cuarto de milla gris y muerto, la Punta con su embarcadero en ruinas apuntando mar adentro como un dedo que llevara cien años tratando de nombrar la cosa de allá afuera. Los números salían igual que habían salido en el barco e igual que habían salido la primera vez que dejó que su ojo recorriera las algas. El mismo lugar no cerraba.

A su espalda el ayudante había embolsado la primera mano y rasgaba la cinta con los dientes porque los dedos habían dejado de funcionarle de frío, el rollo apretado contra el pecho, y el viento restallaba la tienda naranja hasta dejarla plana y la soltaba y volvía a restallarla. La chica yacía limpia de todo el desorden que el mar debería haberle dejado alrededor, baja en la roca negra, cerca del alcance del agua, cuadrada a la piedra donde Nora la había dejado, el rojo apagado del jersey el único color en toda la orilla. El agua en las rocas había dejado de moverse por completo. Durante un rato yacería allí sin llevar nada a ninguna parte. Ese era el único hecho de aquella costa que nunca una sola vez le había mentido, y se quedó de pie bajo la lluvia y dejó que se lo dijera, otra vez, exactamente adónde no había llevado a esta chica.

Luego se volvió hacia el sendero y el muro de ladrillo mojado y la subida de vuelta al pueblo en el que no había puesto el pie en diecisiete años.

C A P Í T U L O 2

El Ancla

Subió de las rocas como había bajado, de lado, una mano al muro de la conservera, y arriba el sendero la entregó al pueblo.

Las traviesas se acababan en una franja de asfalto roto a la cabeza del talud, y allí se detuvo un momento recobrando el aliento de la subida y dejando que las rodillas la perdonaran. Detrás y abajo, la tienda naranja sostenía su pequeño color contra el gris, y el ayudante era una silueta agachada trabajando en las manos de la chica, contento de una tarea que apuntaba lejos de la cara. Nora no la miró mucho. Tenía ya todo lo que iba a sacar de ella esa noche, y el resto pertenecía al forense y a la mañana. Le dio la espalda al agua y subió hacia Harlow Bay.

La luz se iba. Se iba temprano allí en octubre, y se iba sin ceremonia, el gris espesándose sin más hasta que las farolas del paseo se encendieron una tras otra a trompicones, el naranja de sodio sangrando sobre los tablones mojados. La lluvia había aflojado hasta esa clase fina que no cae tanto como cuelga, y se te mete en el cuello cuando avanzas. Ella avanzó. Su abrigo había dejado de fingir que estaba seco en algún punto de la travesía y ahora cargaba el frío contra ella como una segunda piel, y lo dejó, porque aún no había sitio donde quitárselo.

La oficina del capitán de puerto estaba donde había estado siempre, una caja baja de tablones a la cabeza de la rampa del puerto deportivo, ahora a oscuras, las horas de la temporada las marcaba un hombre que se habría ido a cenar a su casa una hora atrás. El escaparate sostenía la tabla de mareas como aquella mañana, como había sostenido una igual cada año que ella recordaba. Plastificada. Curvada en la misma esquina, como se curvaban siempre las cosas plastificadas en aquel pueblo, la sal metiéndose bajo el plástico y aflojándolo por principio. La leyó al pasar sin aminorar, porque aminorar era algo que hacía el cuerpo y el cuerpo te delataba.

Pleamar seis y cuarenta. Agua muerta en el cambio. Bajamar a la una. Los números seguían allí en el escaparate muerto haciendo el único trabajo honrado del pueblo, y ella rehízo desde ellos la cuenta que había hecho en las rocas otra vez, más deprisa ahora, y le salió el mismo lugar que no cuadraba: el cuarto de milla de agua gris muerta entre la chica y la Punta, y nada en ella aquella mañana que se moviera lo bastante para arrastrar una botella, mucho menos a una chica. La tabla no discutía. La tabla solo te decía dónde había estado el agua y adónde iba, y dejaba la mentira a las personas. Siguió andando. No puso la mano en el escaparate como haría un turista, para señalar, para maravillarse. Sabía lo que decía antes de leerlo y conocía la imprenta en que estaba impreso desde niña, y no dejó que la cara hiciera nada de eso.

El paseo se había gastado más de lo que había cambiado. Lo catalogó como catalogaría una escena, porque catalogar era el único modo que tenía de atravesar un lugar. La efectos navales era una cafetería, con la persiana echada, una pizarra borrosa tras el cristal oscuro. La tienda de cebo lucía una palabra nueva, GALERÍA, sobre sus viejos huesos, las persianas bajadas, un cartel de CERRADO colgado en un ángulo que nadie corregiría hasta la primavera. Los tablones del paseo hacían sonar la misma nota hueca bajo sus botas, tres pasos y una cesión, tres pasos y una cesión, y se descubrió contándolos y se obligó a parar. Una pancarta colgaba lacia sobre la calle de un cable flojo, empapada de parte a parte, la tinta corrida en largas lágrimas de color, CENTENARIO legible y el apellido Vane incrustado en ella como estaba incrustado en todo allí, en las cornamusas del puerto y en la placa de latón de la beca y en los ladrillos del muro que acababa de subir. No se detuvo a leer el resto.

No había nadie fuera. La temporada baja, y la hora, y el tiempo, tres razones apiladas una sobre otra para que un pueblo estuviera puertas adentro, y tomó el vacío como tomaba la tabla, como información. Una camioneta recorrió todo el paseo y giró ladera arriba y sus luces traseras se pusieron rojas sobre el mojado y desaparecieron, y tras ella el silencio volvió a entrar y se asentó, y bajo el silencio estaba el puerto: el chapaleo del agua en cien

cascos, el lento golpeteo de las drizas contra el aluminio, la pequeña queja de las defensas trabajando entre barco y muelle. Era un sonido por el que una vez habría podido poner un reloj en hora. Lo mantuvo al borde del oído y lo dejó allí.

El Ancla quedaba retirado del paseo al final de una calle corta que cedía su asfalto a la grava antes de llegar a la puerta. ONCE UNIDADES, decía el letrero, y debajo LIBRE, la segunda palabra encendida y zumbando, la primera a oscuras. Tres coches en el aparcamiento. Distinguió el del gerente por la herrumbre y por cómo estaba aparcado, y los otros dos por las matrículas, ambos de fuera del condado, ambos allí por la misma razón por la que todo el paseo estaba iluminado temprano y cerrado a cal y canto, aunque nadie lo hubiera dicho aún. Se quedó un momento en la grava leyendo el edificio como había leído el paseo. Una sola planta, una L de puertas con números atornillados torcidos, una máquina de refrescos brillando en el ángulo de la L como la única cosa cálida en una milla a la redonda. Luego entró.

La oficina olía a un calefactor eléctrico que llevaba demasiado tiempo encendido y a una cafetera que llevaba más. Una mujer estaba sentada tras el mostrador bajo un cono de luz de lámpara con un periódico doblado y un boli, haciendo un crucigrama, y no levantó la vista cuando la campanilla sobre la puerta anunció a Nora. Primero terminó una palabra. Luego dejó el boli atravesado sobre la cuadrícula y deslizó una llave en un rombo de plástico naranja sobre el mostrador, todo sin alzar los ojos, el gesto de quien había registrado a mil desconocidos de temporada baja y no necesitaba mirar a uno más para hacerlo.

—Número seis —dijo—. La calefacción es caprichosa. La cama está seca. Esta época del año, prefiere la cama seca antes que la calefacción.

—Me sirve.

—Efectivo o tarjeta. La máquina va lenta con la tarjeta. —Tenía el aire de una mujer que se conservaba contra una temporada baja larga, racionando las palabras como algo que no estaba segura de volver a recibir.

—Tarjeta.

La mujer la pasó, y la máquina fue lenta con la tarjeta tal como había dicho, y en la lentitud por fin levantó la vista. No fue una mirada larga. Recorrió el abrigo mojado y las botas y el cordón identificativo que Nora no se había molestado en guardar, y la cara de Nora, y en algún punto de ella se movió algo tras la cara de la mujer, un reconocimiento que no era del todo reconocimiento, una cuenta que salía de cierta manera.

—Usted no es del condado —dijo.

—Del estado.

El boli siguió bajado sobre el crucigrama.

—Mucho camino para el ahogamiento del condado.

—Lo es —convino Nora, y recogió la tarjeta, y la llave, y no le dio la frase siguiente. La mujer esperaba la otra mitad de algo, y Nora había aprendido hacía mucho que la mitad que te guardabas valía más que la mitad que gastabas. El silencio se prolongó un compás más allá de lo cómodo. Nora lo dejó. Tenía mucha tolerancia para la parte de una conversación en que la otra persona decide si insistir.

La mujer no insistió. Volvió a coger el boli. Pero no lo puso sobre la cuadrícula, y mientras Nora cruzaba la grava hacia la L de puertas pudo sentir la mirada venir tras ella, una corriente de aire que encuentra un resquicio, el boli quieto sobre una pista que la mujer había dejado de intentar resolver. Nora encontró el número seis por el latón torcido y se dejó entrar y no miró atrás, aunque sabía que la mirada seguía sobre ella cuando cerró la puerta.

La habitación tenía el frío particular de una habitación costera, una humedad que se había instalado en la moqueta y en las paredes y pensaba quedarse el invierno. Olía a eso, a moqueta mojada, y debajo el polvo caliente del calefactor eléctrico allí donde el calefactor había funcionado esa tarde para hacer la habitación alquilable y luego se había rendido. Una cama de matrimonio con una colcha del color del té flojo. Una mesilla. Una lámpara que no encendió. Una silla, una mesita, un televisor atornillado a un soporte en alto en la esquina, atornillado como los atornillan en los sitios que han aprendido a no fiarse de los huéspedes. Un baño a un lado con un extractor que rugiría y un grifo de agua caliente que se tomaría su tiempo. La cortina de la ventana era lo bastante fina para dejar

pasar las luces del puerto, y entraban emborronadas y corrían sobre la tela, naranja y blanco, y debajo de ellas los mástiles balanceaban su lento metrónomo contra la oscuridad, golpe y golpe, drizas contra aluminio, el reloj que ella no tenía para qué llevar igual seguía dando la hora.

Cruzó hasta el calefactor y se agachó y le puso la mano encima, y dio un tic bajo su palma, un sonido de metal que se contrae, y no entregó nada. Giró el dial. Volvió a dar un tic y siguió frío. Lo dejó. El frío lo podía hacer. Había hecho más frío que una habitación de motel húmeda, y no pensaba estar en la habitación el tiempo suficiente para que el frío fuera lo que importara.

No se quitó el abrigo. Se sentó al borde de la cama seca con el abrigo mojado y dejó que el frío de él se le posara encima y repasó las pocas cosas que había traído, porque repasar tus cosas era un modo de repasar el día. La bolsa la dejó en la silla y no la deshizo, solo la abrió, la costumbre de una mujer que se mantenía lista para irse. Del bolsillo interior del abrigo sacó el bulto de látex, los guantes que se había quitado en la chica, del revés, uno dentro del otro, cargando aún el frío de las rocas que habían tocado, y los dejó en la mesilla en sus dos formas de dedos, pruebas que embolsaría como es debido cuando tuviera una bolsa de la que fiarse, y no volvió a mirarlos. Junto a ellos dejó la libreta y no la abrió. No tenía en ella aún nada que quisiera que una mano cruzara la oscuridad para leer.

En cambio rebobinó la mañana, por el interior de los ojos, porque para eso no necesitaba papel y el papel se podía leer. La rebobinó como rebobinaba una tabla de mareas, en orden, cada número montando el siguiente. Pleamar a las seis y cuarenta. El cambio. Las nasas de las siete y el hombre llamado Dawson que había encontrado a la chica mientras el agua hacía lo único que no podía hacer con la estoa, que era llevarla. El cuarto de milla de roca quebrada entre el cuerpo y la Punta de la que el pueblo quería que hubiera venido. El fuco liso y perlado bajo ella, intacto, sin arrastre, sin lavado, el sargazo de una chica depositada y no de una chica arrojada. La banda de color bajo la mandíbula del ancho de un pulgar que continuaba bajo la curva del hueso y no se interrumpía como se interrumpe un hematoma, y como no se interrumpe una

herida de roca. Rebobinó todo y el mismo lugar no cuadraba, y lo rebobinó otra vez, y otra vez no cuadraba. Estaba tan segura de la forma de aquello como lo había estado de nada, y sabía lo que eso valía en aquella costa, que era que se había plantado en rocas como aquellas segura de cosas antes y se había equivocado estando segura, y el saberlo no ablandaba la certeza. Solo se ponía a su lado.

Encendió el televisor por la radio que daba, bajo, la pantalla arrojando su débil azul sobre la colcha color té, y encontró la emisora local por el tiempo, porque el tiempo era lo único que la emisora local tenía de verdad que decir. Un hombre lo leía con la voz plana y cuidadosa que usaban todos, la voz de quien lee números en los que no quiere equivocarse a gente que estaría en el agua por la mañana dijera él lo que dijera. La tormenta que la había traído se abría paso de vuelta al mar de noche, los vientos aflojando para el primer claror. Y detrás de ella, a cuatro o cinco días, se gestaba la primera de verdad de la temporada frente a las islas, y cuando entrara entraría fuerte, y tomaría la carretera del estado en el estero por donde siempre iba, y cerraría el transbordador, y dejaría al pueblo a su suerte tanto tiempo como le diera la gana de sentarse en la costa. Lo leyó como leían la marea, una cosa que venía se la quisiera o no, y luego dio el parte marino en su propia gramática de mares y rachas y un aviso a embarcaciones menores ya en vigor, y Nora lo apagó a media frase.

Cuatro o cinco días, entonces. Le dio vueltas al número como a una llave en una cerradura que aún no conocía. Cuatro o cinco días antes de que la carretera se fuera y el transbordador parara y el sitio se sellara en torno a lo que ella fuera a hacer en él, con ella dentro del sello y el pueblo dentro también, y ningún barco fuera para ninguno de los dos hasta que el agua decidiera otra cosa. Pensó que era de sobra. Le había dicho al sargento de guardia una noche, dos a lo sumo, una firma sobre la palabra accidente y a casa. Había leído el informe dos veces en la travesía y no había encontrado en él nada que pudiera rebatir, y eso había sido lo primero que estaba mal en él. Cuatro o cinco días era más de lo que había pensado pasar y exactamente lo que la cosa de las rocas iba a tardar.

La habitación retenía la luz del puerto y el sonido del puerto y no soltaba ninguno de los dos. Se levantó una vez y fue a la ventana y puso dos dedos en la cortina fina y la movió un dedo, y los mástiles estaban allí abajo en su lento balanceo, los cascos blancos cabeceando, la única ventana iluminada de un barco donde alguien estaba despierto o había dejado una luz para decir que no lo estaba, y más allá de todo ello el rompeolas y la oscuridad y la tormenta saliendo que la mayor seguiría hacia dentro. Dejó caer la cortina. Se había criado pudiendo nombrar cada barco de un muelle como aquel por el corte de su popa en la oscuridad. No intentó el truco ahora. Dejó caer la cortina y con ella los nombres.

Del bolsillo del pecho del abrigo sacó la tarjeta. Plastificada como la tabla de mareas, curvada en la misma esquina, el plastificado empezando a levantarse por el borde gastado donde el pulgar lo había trabajado durante años. No encendió la lámpara para leerla. No le hacía falta. Tres líneas, con una letra que no era la suya. *Nunca te fíes de un sospechoso. La cadena lo es todo. Nunca te impliques.* La había leído tantas veces que la lectura se había gastado hasta volverse saber, gastado como el paseo hasta su cesión, y la sostenía ahora en la mala luz naranja como se sostiene algo que ya te sabes de memoria, el pulgar encontrando la esquina levantada y aplanándola y sintiéndola levantarse otra vez. La había llevado diecinueve años. No se había equivocado ni una sola vez. La volvió a meter en el bolsillo del pecho y aplastó la mano contra el abrigo por encima de ella como otra persona se palpa la cartera, y se tumbó en la cama seca con el abrigo mojado aún puesto y las botas aún en los pies, y no durmió.

No lo intentó. El sueño era algo con lo que negociaba las noches buenas y allí no iba a haber noches buenas. Yació con los ojos abiertos en la oscuridad naranja emborronada y dejó que los mástiles llevaran su tiempo contra la ventana y la humedad llevara su lento trabajo en las paredes, y rebobinó la tabla de mareas una vez más y dejó que saliera sin cuadrar una vez más, y en algún punto de la madrugada el golpeteo de la driza encontró el ritmo de algo por lo que una vez había podido poner un reloj en hora, y se quedó quieta y lo dejó golpear y no se levantó y no volvió a

encender el calefactor y no admitió, en toda la noche, que conocía el sonido.

Fuera la marea cambió a la hora que decía el escaparate muerto, y durante un rato, abajo en las rocas bajo la conservera, bajo el cono de plástico naranja, nada se movió en el agua en absoluto.

C A P Í T U L O 3

Equívoco

El forense del condado la recibió a la puerta de la cámara frigorífica con las dos manos, le tomó la suya entre las suyas, y dijo «pobre criatura» antes de haber terminado de leer su propio informe preliminar. El portapapeles seguía en el hueco del brazo, la primera hoja a medio pasar. Nora dejó que le sostuviera la mano el tiempo que tardó en saber qué clase de mañana sería aquella, y luego la retiró.

—Doctor Pell.

—Pell está bien. Todo el mundo dice Pell. —Se apartó para dejarla entrar y el frío salió a su encuentro, fino y equivocado, un frío de clínica y no un frío de depósito—. Llevo todo el condado, entiéndame. No soy... esto no es una instalación para esto. Me las arreglo.

Ella ya había visto con qué se las arreglaba. La sala atendía partos y puntos y algún infarto de tanto en tanto y no se había construido para una chica muerta sobre una mesa. El desagüe del suelo era un desagüe doméstico, del tipo redondo y cromado que se traga el agua de fregar, montado demasiado alto y demasiado estrecho. La mesa misma era una camilla de tratamiento con los estribos desenroscados, los huecos vacíos aún roscados a los pies. Alguien había acercado una bandeja al lado y retirado de ella casi todas las cosas equivocadas y se había dejado un depresor de lengua en la esquina más lejana, uno de madera limpio, allí sentado como un aliento contenido.

La luz era buena. Eso sí lo tenía. Una lámpara quirúrgica en un brazo articulado, traída con ruedas de alguna otra sala, inclinada hacia abajo limpia y blanca sobre la mesa de modo que la chica yacía en un duro círculo de ella y el resto de la sala quedaba gris.

—He hecho un comienzo —dijo Pell. Dejó el portapapeles y se calzó un guante, luego el segundo, metiendo los dedos en ellos—. La iré guiando. La querrá en orden.

—La tomaré en el orden en que venga —dijo Nora, y se puso las manos a la espalda, y se plantó al otro lado de la mesa, donde podía ver el trabajo y no estar en su luz.

Iris Kettle tenía diecinueve años y llevaba en el agua menos de un día y lo parecía. La lámpara le sacaba el color y devolvía algo del color del interior de una concha. Pell fue primero a la mano, la levantó, la giró.

—La inmersión concuerda con la cronología. Ve la maceración aquí, los dedos, las yemas... —apretó la piel arrugada de las yemas con su propio pulgar enguantado, con suavidad, como si pudiera sentirse—. Y los pies, igual. Menos de un día. La piel le cuenta eso con honradez. —Posó la mano con un cuidado que era real y no servía de nada a nadie—. Algo de abrasión posterior. Las rocas. Nada que no esperara frente a la Punta.

—Enséñeme las abrasiones.

Giró el hombro, alzó el cuerpo de costado contra su cadera, y ella se adelantó al borde de la luz. Las rozaduras corrían en largas líneas por la parte de atrás de las pantorrillas, los omóplatos, una cruzando la cadera. Las miró mientras él sostenía el peso.

No habían sangrado. O habían sangrado tan poco que venía a ser lo mismo: márgenes pálidos, sin rubor alrededor, la piel abierta en seco. Un cuerpo vivo arrastrado por la roca peleaba con la roca y la pelea salía en sangre, bajo la piel si no por encima. Esta chica no había dado a las rocas casi nada. Las rocas habían escrito sobre ella después de que dejara de discutir.

Nora se guardó eso detrás de los dientes y dio un paso atrás para que él pudiera tumbar el cuerpo.

—Concuerda —dijo, lo cual era cierto y le permitía conservar la cronología que le gustaba—. Continúe.

—El estómago no lo he...

—Los pulmones.

Él levantó la vista.

—Llegaremos a los pulmones.

—Me gustaría ahora.

El calor de las dos manos bajó un grado. Le sostuvo la mirada un segundo, calculando qué le costaría decir que no, y decidió que

costaría más de lo que ahorraba. Cogió el bisturí. Ya había abierto el tórax antes, lo vio. La larga incisión estaba allí, reseca en los bordes, solo cerrada de cualquier manera por decencia. La abrió de nuevo, y allí estaba la maquinaria húmeda de ella, y metió la mano y sacó los pulmones a la luz.

—Espuma —dijo Pell, y había alivio en la palabra, un hombre que llega a donde quería ir—. En la vía aérea. La ve. Eso es ahogamiento. Agua en la vía profunda, el cuerpo la bate con el aire que aún queda dentro, y sale esto. —Pasó la yema de un dedo por la tráquea y un hilo de ella se levantó, rosáceo, espumado—. Espuma así es su ahogamiento húmedo. Lo pondría en el informe y lo defendería.

Nora miró la espuma.

Se había inclinado sobre suficientes ahogados para saber qué quería sacar el mar de un pecho y qué dejaba, y para saber que lo que toda persona viva quería de los pulmones de una chica muerta era una historia que esos pulmones no podían contar de verdad. Agua en la vía aérea decía que la había respirado en algún momento bajo la superficie. No decía cuándo. No decía si la respiración estaba en su mano gobernarla, o si la había gobernado otra cosa, o si el agua simplemente había entrado después por una puerta ya abierta y había hecho espuma a su propio ritmo.

Y no había suficiente.

Una chica que peleó con el mar sus últimos tres minutos batía esa espuma espesa, rosa y terca, embutiendo los bronquios como clara montada, más de lo que la vía podía contener. Esto era una costra de ella. Una capa fina. De la clase que un pecho callado podía fabricar después, el agua encontrando su propio nivel en un cuerpo que ya se había rendido antes de que el agua tuviera voz.

No dijo nada de eso. Le dejó la palabra y miró adónde iban sus manos después. Iban más allá del cuello, deprisa, su bisturí ya moviéndose hacia el abdomen y la cronología esperándolo allí.

—Ahí —dijo Nora—. Vuelva atrás.

—Estoy...

—Bajo la mandíbula. Lado izquierdo. Vuelva a eso.

Se detuvo. Bajó el brazo de la lámpara unos grados con dos dedos y giró un poco la cabeza hacia la luz, y los dos miraron la marca bajo el ángulo de la mandíbula izquierda, una banda de coloración impresa en la piel hinchada.

—Livideces —dijo Pell.

—No son livideces. —Rodeó la mesa sin que se lo pidieran. Él cedió medio palmo de terreno y ella lo tomó, encajándose en su hombro donde podía señalar—. Las livideces se acumulan. No tiene borde: se desvanece, va adonde se asentó la sangre. Eso tiene borde. Mírelo. Mantiene una línea. —Alzó la mano y trazó el aire a un centímetro por encima de la piel, sin tocar, siguiendo la banda donde subía bajo la mandíbula y paraba—. Llega hasta aquí y para. Como para un pulgar. Como para algo con intención detrás, que una corriente no tiene. —Movió el dedo de vuelta a lo largo de la banda —. Y conservó su forma. Todo alrededor se hinchó y subió y esto mantuvo su línea a través de todo. Presión impuesta antes de que el agua la tomara, lo bastante fuerte para marcar el tejido profundo, de modo que cuando lo demás se hinchó esto siguió aplastado. Eso no lo sacas de una roca. Una roca te da un desgarro, o un hematoma que no significa nada, sin forma. Esto tiene forma.

Pell miró la marca largo rato. No era un hombre estúpido. Era un hombre que hacía todo un condado él solo y había aprendido, a lo largo de una larga carrera, qué hallazgos le costaban una vida tranquila y qué hallazgos se la compraban, y estaba haciendo la aritmética ahora, en la luz blanca, con las manos quietas.

—El hioides está intacto —dijo por fin. Lo dijo como un hombre que pone sobre la mesa una carta con la que cree ganar la baza—. Fui a por él lo primero: lo palpé, lo abriré para asegurarme, pero está intacto. Estrangulamiento manual, esperarías una fractura. Esperarías las astas desaparecidas. No hay fractura.

—En una de sesenta años esperarías una fractura. —Nora mantuvo la voz plana y los ojos en la banda bajo la mandíbula y no en él, porque un hombre se defendía cuando lo mirabas y cedía cuando no, y ella quería la cesión—. Tiene diecinueve. La mitad de ese hueso es aún cartílago a su edad. Se dobla antes de romperse. Puedes poner las manos en una garganta tan joven y exprimirle la

vida del todo y no quebrar nunca el hioides. Un hioides intacto en una chica de esta edad no te dice nada. No exculpa a nadie. —Lo dejó posarse—. Petequias. ¿Hizo los ojos?

—Hice los ojos. —Subió a la cabeza, giró la lámpara, puso un pulgar enguantado en el párpado inferior y lo bajó—. Ahí. —El blanco del ojo entró en la luz y lo cruzaba la dispersión, las finas hemorragias puntiformes, una rociada de ellas. Dejó que mirara, luego subió el párpado del todo para ser honesto—. Pero le advertiré sobre eso. Tengo que hacerlo. El ahogamiento da petequias. La tos las da. Un hombre colgado de la jarcia una hora las da, y se cayó, nadie le puso una mano encima. Son reales y no apuntan a nada por sí solas.

—No —convino Nora—. No lo hacen. Por sí solas. —Dejó las dos palabras en pie. Los ojos no eran el caso y él lo sabía y ella lo sabía. El caso estaba más abajo. El caso estaba bajo la piel que aún no lo habían obligado a abrir—. ¿Qué hay bajo la banda? ¿Abrió el cuello?

Volvió a cerrar el párpado, con cuidado, sobre el blanco salpicado.

—La disección por planos no siempre es...

—Abra el cuello, doctor.

Apoyó las dos manos enguantadas planas en el borde de la mesa y miró a la chica y no a Nora.

—La desangra primero —dijo Nora, más baja ahora, porque estaba cerca y no necesitaba volumen—. Campo exangüe. Querrá leer el músculo, no un lavado de él. Tómese su tiempo, plano a plano. Y si está limpio... —esperó hasta que él la miró—. Si la abre y está limpio ahí debajo, le compro su espuma y su cronología, las dos. Le firmo su indeterminado-con-tendencia-a-ahogamiento y estaré en el barco de la mañana y fuera de su condado a mediodía y no volverá a verme la cara nunca. Eso es una promesa. Pero si no está limpio, si hay hemorragia en el tejido profundo bajo esa banda, entonces querrá ser el hombre que abrió el cuello y la encontró. No querrá ser el hombre por el que yo tenga que ponerme en pie luego y explicar por qué no lo hizo.

Pell se quedó con el bisturí en la mano a la cabeza de algo de lo que no podría volver a bajar una vez empezado. Ella lo vio saberlo.

Luego echó mano al tubo de drenaje, y a la pequeña bomba, e hizo el negocio nada glamuroso de crear un campo exangüe, y Nora se hizo útil quitándose de su luz.

Cuando puso la hoja sobre la piel ella bajó a los pies de la mesa y se volvió y miró la pared.

No por el estómago. Se había inclinado sobre el corte cien veces. Por él. Una disección por planos quería paciencia, un plano levantado del siguiente, el platisma replegado de los músculos del cuello, los músculos del cuello apartados de la vía aérea y de los grandes vasos, cada hoja abierta como la página de un libro, y un hombre se apresuraba con eso cuando sentía a una desconocida inclinada sobre el corte contándole las manos. Le dio la pared. Había un cartel de vacunación clavado en el corcho, edades por un lado y enfermedades por arriba, la cuadrícula reblandecida en los agujeros de las chinchetas. Lo leyó. Lo leyó entero dos veces.

A su espalda el trabajo era pequeño y húmedo y sin prisa. El bisturí, y la callada succión del tejido al desprenderse del tejido, y de tanto en tanto el clic de las pinzas al dejarse y al cogerse. Escuchaba su respiración más que sus manos. Siguió uniforme incluso a través del primer plano, y del segundo. Luego, en algún punto pasada la segunda hoja, cambió. Se cortó, y se ralentizó, y se volvió cuidadosa, la cautela del aliento cuando los ojos por encima de él han encontrado lo que temían encontrar.

No dijo nada un rato después de parar de cortar. El no-decir se prolongó lo suficiente para que ella se volviera.

El cuello yacía abierto bajo la lámpara, las capas replegadas y prendidas, y el tejido profundo no era del color que el tejido profundo debería ser. Incluso desde los pies de la mesa ella podía leerlo. Pell se erguía sobre él con el bisturí apartado, la hoja hacia abajo, y miraba.

—Hay hemorragia —dijo—. Profunda. —Encontró las palabras despacio y las fue dejando una a una—. Los músculos del cuello. El esternocleidomastoideo, lado izquierdo, a través del vientre. Y dentro de la vaina, alrededor de los vasos, aquí. —Alzó el dorso de la mano del bisturí hacia ello, no la hoja, nunca la hoja sobre un campo abierto—. La superficie le dio esa única banda. Habría firmado esa

única banda como un hematoma de contacto, una roca, un piloto, y habría dormido bien. Pero debajo... —Se detuvo—. Debajo está magullada hasta la columna.

—Más de lo que muestra una caída.

—Más de lo que muestra una caída —dijo.

Se apartó de la mesa y se sentó, pesadamente, en un taburete con ruedas pensado para que una enfermera sacara sangre y no para que un hombre cargara su peso en él, y rodó un centímetro bajo él y se detuvo contra el armario. Se puso el dorso de la muñeca en la frente, e incluso entonces, con todo lo demás vaciado de él, tuvo presencia de ánimo para no apoyar el guante contra su propia piel, sosteniendo la muñeca un centímetro cuidadoso por encima de la ceja.

—No puedo firmarlo ahogamiento. —Se lo dijo al suelo—. Ahora no. No con eso ahí debajo. —Giró la muñeca, miró el guante, posó la mano en la rodilla—. Y le diré lo que tampoco puedo hacer, y no le va a gustar. Tampoco puedo firmarlo homicidio. No con esto. El agua le ha quitado demasiado. El agua y el tiempo, los dos. Si me la hubiera entregado seca y dentro de la hora le habría dado una cara, me habría puesto en pie en cualquier tribunal en que me pusiera y dicho que una mano hizo esto. Pero lleva un día en el mar. Los márgenes de todo están blandos. Así que si me toma juramento... —alzó los ojos hacia ella, blandos y cansados y más firmes de lo que habían estado en toda la mañana—, diré indeterminado. Y lo diré en serio. Indeterminado, con hallazgos preocupantes de compresión cervical. Esa es la frase más honesta que tengo. No me moverán de ella y no me moverán más allá de ella.

—Con eso basta —dijo Nora.

Y bastaba. Se había pasado una carrera aprendiendo el hueco entre las dos palabras y cuál de ellas era una puerta y cuál un muro. Ahogamiento era un muro. Cerraba la sala y mandaba a todos a casa a planear un funeral. Indeterminado era una puerta, y una puerta era todo lo que ella había necesitado nunca. Sintió subir en ella el viejo e indeseado impulso, de pie sobre una chica que había varado en roca adonde la marea no podía haberla llevado, y lo

mantuvo lejos de la cara del mismo modo en que había mantenido todo lo demás lejos de ella la última hora.

—Fotografíelo todo antes de cerrarla —dijo—. La banda con una escala en cuadro: una regla, algo con números, en la misma toma. La disección capa por capa, en el orden en que la fue bajando. Los ojos. Todo, y feche la tarjeta. —Miró el cuello abierto una vez más y luego apartó la mirada—. Y retenga el cuerpo. No la entregue. Ni a la familia, ni a la Fundación, ni a un nombre al que lleve cuarenta años contestando el teléfono. No sale de esta isla sin mi firma en el formulario. Quien pregunte, esa es la respuesta, y la respuesta lleva mi nombre, no el suyo.

Pell la miró desde el taburete. Algo cruzó la cara blanda y cansada que no era del todo gratitud y no era del todo lo otro. La mirada de un hombre al que le devuelven un trozo de su propia columna y no está seguro aún de haberlo querido de vuelta, ahora que tiene que cargarlo.

—Iba a ser enterrada el jueves —dijo.

—Iba a ser enterrada mal —dijo Nora, y no se quitó nada, porque no había tocado nada, y fue a lavarse las manos limpias igualmente en el fregadero doméstico equivocado mientras a su espalda la lámpara sostenía a la chica en su duro círculo blanco y el depresor de lengua seguía en la esquina de la bandeja donde nadie había pensado en moverlo.

C A P Í T U L O 4

La última que la vio

La jefa Della Marsh llegó a la clínica con dos cafés y el andar sin prisa de una mujer que había medido cien veces la distancia entre su patrulla y la puerta y que nunca, ni una sola vez, había necesitado recorrerla deprisa. Nora la vio subir la rampa a través del panel de vidrio armado del pasillo de la cámara fría: el chubasquero, la lluvia que resbalaba de él en una lámina cuando lo sacudió en el escalón, la manera en que miró el edificio antes de abrirlo, la mirada que se le dedica a una casa en la que se ha entrado por una muerte. Marsh había elegido venir aquí en lugar de hacer que Nora fuera a la comisaría. La gente que escoge el terreno te dice cuánto vale ese terreno para ellos.

Nora la dejó entrar del todo antes de salir del pasillo.

—El doctor Pell me dice que lo tiene usted diciendo «indeterminada» —dijo Marsh. No lo planteó como una acusación. Lo planteó como quien deja en el suelo algo pesado que le han pedido cargar. Llevaba los dos cafés apilados, uno encajado en el otro, y separó el de arriba y lo dejó en el mostrador, junto a la mano de Nora, lo bastante cerca para ser una amabilidad, lo bastante lejos para que cogerlo fuera idea de Nora—. Es una palabra dura para una familia que entierra a su niña el jueves.

—Es una palabra más dura aún para una niña que no se ahogó. —Nora dejó el café donde estaba.

—¿Está segura de que no se ahogó?

—Estoy segura de que no entró al agua donde dicen que entró, ni cuando dicen que entró.

Marsh colgó el chubasquero del respaldo de una silla de la sala de espera. Lo hizo sin mirar, enganchando el cuello sobre el respaldo con dos dedos, un movimiento que su mano ya había hecho en aquella sala, y arrastró una segunda silla y se sentó pesadamente en ella, acomodándose, una mujer grande y serena quitándose el peso de encima, y bebió su café y esperó. Era buena esperando. Fue lo

primero que a Nora le gustó de ella y lo primero de lo que decidió desconfiar.

—La marea no la habría arrastrado —dijo Nora—. El agua muerta en el muelle de las becas duró desde las nueve y diez hasta cerca de las diez de la noche anteanoche. No hubo corriente digna de mención a uno y otro lado de ese intervalo durante la mayor parte de una hora. Un cuerpo que entra al agua en agua muerta se queda dentro, o va donde lo lleva una mano. No recorre doscientas yardas a lo largo de la Punta y queda varado contra la roca en contra del sentido de la creciente. El agua no la movió. Alguien lo hizo. Y hay una marca en su garganta, con un borde, y una hemorragia debajo que baja hasta la columna. No estoy segura de mucho más esta mañana. De esas dos cosas sí.

Marsh asintió despacio, una persona oyendo lo que había venido a oír y decidiendo no estremecerse por ello. Miró la puerta de la cámara fría al otro lado del pasillo, el acero cerrado de la puerta, y pareció darle vueltas de verdad al asunto, y Nora subió un punto su estimación de la mujer y dos puntos su guardia. Los descuidados discutían. Te decían que las tablas de mareas eran una afición y que el moretón era una roca y que tú llevabas una hora bajada del barco. Marsh no recurrió a nada de eso. Marsh se sentó y consideró, y eso era lo peligroso, porque a una persona que considera no se la puede simplemente cansar.

—¿Le puedo contar lo que tengo entre manos? —dijo Marsh. No era una pregunta. Posó el café en la rodilla y lo sujetó allí con una mano ancha—. No para sacarla de su idea. Para que sepa el tamaño de la cosa en cuyo centro está parada.

—Cuénteme.

—A este pueblo le han arrancado el corazón a patadas dos veces en un año. —Lo dijo con voz pareja, sin quiebre, una mujer leyendo un manifiesto—. Perdimos a Gideon Vane en primavera. Puede que no sepa lo que eso significa para un sitio como este. Hay gente en Harlow Bay a la que le arreglaron la dentadura con su dinero y mandaron a los hijos a la universidad con su dinero y refinanciaron el barco cuando la temporada vino mala, y no todos sabían que era él, y los que lo sabían lo querían por haberse callado. Eso es una. —

Levantó un dedo de la taza—. Ahora hemos perdido a Iris Kettle. Media población le dio catequesis a esa niña. La otra media la vio crecer embolsando la compra en el Reef. Hay una mujer a tres calles que lleva días planchando el vestido que esa niña iba a ponerse en la gala del sábado, y nadie ha ido todavía a decirle que pare. Eso son dos. —Otro dedo—. Y está la Fundación, que mantiene las luces encendidas en este pueblo de maneras que no voy a fingir entender por entero, metiendo a cuatrocientas personas en el Salón de la Conservera el sábado por la noche para una cosa que llevan dos años planeando, los cien años de la conservera, gente viniendo en avión. Eso es mucho peso para un calendario que cae la misma semana que una chica muerta.

—Y el mar —dijo Nora.

Marsh casi sonrió.

—Y el mar. Que se lleva a alguien de estas rocas más o menos cada tercer invierno, puntual como un recibo de impuestos, y que jamás ha tenido que comparecer en un juzgado por ello. —Bebió—. Usted llega en el barco del estado, y dice «indeterminada», y lo que el pueblo entero oye bajo esa palabra es que alguien a quien conocen de toda la vida le puso las manos encima a esa niña. Yo querría estar pisando roca firme antes de dejar que lo oigan. Así que se lo pregunto sin rodeos. ¿Está usted parada sobre roca firme? ¿O está parada sobre una tabla de mareas y un moretón?

Era, pensó Nora, un buen argumento. Estaba hecho con honestidad y era amable en los lugares en que podía permitirse serlo y planteaba la única pregunta que importaba, que era si ella podía cargar con el peso de haber dicho lo que dijera una vez dicho. Lo respetó. Y también conocía su forma como se conoce una costa en la que creciste, con los ojos cerrados, cada cala de ella, porque era el argumento que todo lugar cómodo le hacía a todo hecho incómodo, el argumento de que el coste de la verdad era más alto que lo que la verdad valía, y ya había oído una versión de él antes, en una cocina de este pueblo, con lluvia en otra ventana, y dejó eso a un lado antes de que pudiera convertirse en una cosa con palabras encima, y mantuvo en su cara la cara que usaba para los forenses.

—Estoy parada sobre el cuello —dijo Nora—. Pell lo tiene fotografiado. Lo tiene abierto, capa a capa, con una escala en el encuadre. La banda de la superficie es lo de menos. Debajo, los músculos del cuello están contusionados, el esternocleidomastoideo izquierdo, hasta la vaina. Baja hasta la columna. Eso no es superficial y no es una roca y no es livideces, y Pell lo dirá bajo juramento, indeterminada con hallazgos compatibles con compresión cervical, y eso es un hombre siendo todo lo prudente que un hombre prudente puede ser. Ábralo usted misma si no me cree. Sigue abierto.

—La creo —dijo Marsh, y lo decía en serio, lo cual era peor que si no la hubiera creído.

—Entonces sabe que hoy lo abro como un homicidio. Con el condado o sin él. Si prefiere que sea con él, y es más fácil para las dos si lo es, dígalo ahora.

Marsh dejó el café en el suelo, junto a la pata de la silla, con cuidado, nivelado, y la consideración se le borró de la cara. No para dar paso al calor. Nora se había preparado para el calor y no lo hubo. Lo que reemplazó al considerar fue algo administrativo, una cosa cerrándose muy educadamente, un cajón empujado hasta el fondo con la palma de la mano.

—Es su jurisdicción —dijo Marsh—. Muerte sospechosa, el estado puede llevar la voz cantante, y no voy a malgastar la mañana de ninguna de las dos fingiendo que puedo detenerla en el papeleo, porque no puedo, y las dos sabríamos que estoy fingiendo. Haré que mi gente le dé lo que pida. Quiere los registros de la escena, la llamada del piragüista que la encontró, lo que sacáramos de las rocas, es suyo esta noche. —Se puso de pie, y ponerse de pie fue su propio pequeño enunciado, hecho sin esfuerzo, una gran autoridad reensamblándose en una sala pequeña. Cogió el chubasquero del respaldo. Y entonces se detuvo con él medio puesto sobre un brazo, la mano todavía en el cuello, la pausa de quien ha guardado la frase de verdad para la puerta. La propia madre de Nora se había detenido una vez así, con la mano en la puerta mosquitera.

—Voy a decir una cosa y luego le dejo trabajar —dijo Marsh—. Una niña como Iris tenía a todo un pueblo que la quería. Y un

pueblo que quiere a una chica muerta está lleno de gente que hará cola para decirle quién la mató. La mayoría se equivocará. Lo harán con buena intención y se equivocarán, porque el dolor convierte a todo el mundo en detective, y en uno malo. Y algunos se equivocarán a propósito. Al hermano de alguien le denegaron un préstamo de la Fundación, al marido de alguien le quitaron un amarre en el puerto, alguien lleva arrastrando un rencor del instituto que no tiene nada que ver en este mundo con esa criatura, y se lo entregarán disfrazado de pista porque usted es la primera persona que se presenta dispuesta a anotarlo. —Se encogió el chubasquero por encima, un hombro y luego el otro—. Antes de que acabe la semana tendrá cien historias. Cuide cuáles empieza a creer. Eso es todo. Ese es el total de mi consejo y puede tenerlo gratis.

—Lo cuidaré —dijo Nora. Lo dijo porque era verdad y tenía intención de hacerlo, y lo olvidaría antes de que pasara la semana, y Marsh, viéndola decirlo, quizá ya supiera las dos mitades de aquello.

Marsh se subió la cremallera del chubasquero hasta la garganta y volvió a ser una jefa, la mujer que consideraba plegada de nuevo dentro del despacho. Fue hacia la puerta, y en la puerta se volvió con la mano en la barra, casi suave ahora.

—El hombre de la Fundación está fuera, por cierto. Adrian Wren. Está en el vestíbulo. Le dije que usted querría hablar con él y dijo que esperaría, y lleva esperando cerca de una hora, que es la clase de cosa que hace. —Dejó que aquello se asentara, y luego lo añadió, la pequeña cláusula cuidadosa—: Le digo que está ahí para que sepa que no le oculto a nadie. No escondo ni un alma en esta isla, detective. Cuide eso también, mientras cuida lo demás.

Empujó la puerta hacia la lluvia que amainaba y bajó la rampa sin prisa, y Nora se quedó con un café que no había tocado enfriándose en el mostrador, y pensó que una persona que entra en una sala y te dice dos veces que no esconde nada acababa de mostrarle, muy educadamente, exactamente por dónde corría la costura.

* * *

Lo vio antes de tener un nombre para él.

Estaba en la ventana del vestíbulo de espaldas a la sala cuando ella salió, las manos a los costados, mirando la lluvia resbalar del canalón y picotear la grava del aparcamiento, y tenía la quietud particular de quien ha recibido la orden de esperar y ha resuelto hacerlo bien, hacer de la espera misma una forma de modales. El abrigo fue lo primero. Oscuro, pesado, bien cortado, la clase de abrigo que no salía de ningún sitio en cuarenta millas a la redonda de Harlow Bay, la clase que se encarga y te mandan. No se había sentado en ninguna de las sillas del vestíbulo. Había estado de pie ante el cristal toda la hora, a juzgar por el cuadrado seco de suelo frente a él por donde no había pisado lluvia alguna.

Se volvió antes de que ella hablara, y se volvió sin prisa, como había caminado la jefa, y Nora marcó eso también. Toda la gente que importaba en este pueblo se movía como si la velocidad fuera algo que les pasaba a los demás.

La cara que apareció era una cara que había sido entrenada, en algún sitio, a lo largo de años, para estar exactamente tan abierta como el momento lo pidiera. Y el momento pedía dolor, y el dolor estaba ahí, claro y callado por toda ella, y Nora, parada a tres pasos, no habría podido jurar si era real o si era la expresión correcta llevada correctamente, y el hecho de que no pudiera distinguirlo era lo más interesante de la sala.

—Usted será la del estado —dijo él. Voz baja, suelta, una voz acostumbrada a que las salas se callaran ante ella sin que se lo pidieran—. Della dijo que saldría. Soy Adrian Wren. Dirijo la Fundación Vane. —Hizo una pausa, y luego lo enmendó, con suavidad, como un hombre corrige un pequeño error de respeto—. Iris era de los nuestros. Nuestra becaria. —Otra pausa, más corta—. Iris era nuestra. La beca era lo de menos.

—Usted la vio la noche anterior —dijo Nora.

—Sí. En la velada de los donantes, arriba en el Salón. Las becarias ayudan a servir, es una... —y ahí la cosa suave se enganchó. La voz fácil se salió de su carril el tiempo de una palabra, tropezó con algo, y él se detuvo y dejó pasar el tropiezo y volvió a subir la voz al raíl—. Es una tradición que me estoy replanteando. Se

fue hacia las diez. Di por hecho que se había ido a casa caminando. —Miró por encima de Nora el acero cerrado de la puerta de la cámara fría al otro lado del pasillo, y luego de vuelta a ella, y lo que leyó en la cara de Nora hizo que la suya se volviera cauta, la apertura estrechándose hacia algo vigilante y administrado—. No ha venido a firmar el cierre. Della creía que usted podía ser la que viniera a firmar el cierre. No lo es.

—No.

—Entonces alguien le hizo daño.

—Alguien le puso las manos en el cuello —dijo Nora.

Vio entrar la frase en él. Vio la compostura entera y cara del hombre recibirla como el buen terreno recibe una pisada pesada, el ceder y el sostener de ello, y no agrietarse, y anotó que no agrietarse bajo esa frase era una destreza, y que las destrezas eran cosas aprendidas, aprendidas en algún sitio de alguien a algún precio, y apartó los ojos de su cara para lo último y los puso en su mano derecha, la más cercana a ella, colgando contra la lana oscura del abrigo. La mano no se cerró. No subió hacia la boca. No buscó la otra mano. Se quedó abierta a lo largo de la línea del muslo, los dedos algo separados, quieta, y la quietud de ella estaba cortada del mismo paño que la quietud que había tenido en la ventana, una cosa ensayada, una cosa en la que era bueno, bueno en ella igual que era bueno esperando.

—Voy a necesitar sus archivos —dijo ella—. Todos. El expediente de la beca de Iris, la lista de donantes de esa velada, el registro de la propia velada. Quién más sirvió. Quién firmó la entrada, quién la salida, a qué hora. Todos los que en la Fundación hayan puesto una mano sobre ella, remontándose a cuando le pusieron la primera.

—Puede tenerlo todo —dijo él.

No hubo medio segundo. Ni sopesar, ni el-consejo-tendría-que, ni déjeme-ver-qué-se-me-permite. El sí estaba ahí antes de que la pregunta terminara de aterrizar, entero e inmediato, y aquello era o lo más cooperativo que ella había oído desde el barco o lo más ensayado, y lo guardó con cuidado en el lugar de su mente donde guardaba las cosas que resultarían ser lo uno o lo otro y que aún no podían distinguirse, el cajón que recibía su primera cosa del día.

—Haré que la oficina le abra la lista de donantes esta noche —dijo Adrian—. La firma de entrada es algo de papel, un libro de registro antiguo, un libro. Gideon nunca se fio de una tableta para eso, nunca se fio de nada que no se pudiera sostener y cuyas páginas no se pudieran pasar. Estará donde siempre está. —Dijo *donde siempre está* sin un titubeo, sin detenerse a preguntarse si una desconocida bajada del barco de la mañana podría oír con qué facilidad un hombre sabía dónde dormía cada objeto de aquel edificio, y ella lo oyó, y lo dejó pasar sin un parpadeo, y le dejó conservar la comodidad de no saber que ella lo había cazado, porque la comodidad era una cosa que se gastaba más tarde, cuando valía más.

—Esta noche —dijo ella.

—Esta noche. Llamaré a la oficina antes de llegar al coche. —Miró una vez más la puerta de la cámara fría, y el dolor volvió a moverse sobre la cara cuidadosa, o lo hizo la expresión correcta, y de un modo u otro sus ojos volvieron húmedos por los bordes y su voz, cuando llegó, fue más baja—. Tenía diecinueve años —dijo, a la puerta, no a ella—. Tenía un hermano al que a veces subía al Salón. Theo. Voy a tener que ser yo el que... —Se cortó él mismo, limpiamente, como había cortado lo otro, un hombre que sabía dónde estaban sus propios bordes y no los pasaba delante de desconocidos.

Nora no le dio nada en lo que apoyar el momento. Lo dejó suspendido en el aire hasta que tuvo que posarse solo.

—Esta noche —dijo ella otra vez, y eso lo cerró.

Fuera de la ventana la lluvia había quedado reducida a unos últimos hilos y luego a nada, y el gris se levantó lo justo para poner la Punta en el horizonte, el embarcadero roto más allá del puerto, oscuro contra una oscuridad más pálida, apuntado, como parecía apuntado todo en este pueblo, hacia el agua que se llevaba las cosas y se las quedaba y no devolvía nada por encima de la barra. Nora se abotonó el abrigo sobre la tarjeta plastificada que llevaba en el bolsillo interior y que no necesitaba leer, y fue a buscar la sala donde estaban sus archivos, y a su espalda, reflejado tenuemente en el cristal despejado, Adrian Wren se volvió hacia la ventana y

siguió mirando una lluvia que ya había parado, como si el mirar fuera la cosa que había venido a hacer y se propusiera terminarla.

C A P Í T U L O 5

La casa del santo

La carretera que subía al Salón de la Conservera había sido asfaltada desde la última vez que Nora la condujo, la vieja curva cerrada y rota nivelada hasta dejarla lisa y bordeada de bajos bloques de granito que alguien había acarreado desde fuera de la isla, porque nada en Harlow Bay se rompía gris y limpio así. Tomó las curvas a la velocidad que el coche del condado quería y miró el edificio surgir de entre los árboles como siempre había hecho, largo, bajo, con el espinazo hacia el agua, salvo que ahora había una explanada de aparcamiento al pie con líneas pintadas, y un cartel de acero recortado que rezaba LA FUNDACIÓN VANE, y debajo, más pequeño, SALÓN DE LA CONSERVERA, FUND. 1924, como si el año fuera una cosa que la familia hubiera comprado junto con el edificio.

Aparcó de morro hacia fuera, como aparcaba en todas partes, y se quedó un momento con el motor tictaqueando.

Cuando tenía nueve años su padre la había subido a esta colina en la caja de una camioneta con la pesca, y el edificio había sido el sitio más ruidoso que conocía. Lo oías antes de verlo: la cinta transportadora, las sierras, las gaviotas chillando sobre la rampa de los desperdicios, los hombres gritando números que eran toneladas y dinero a la vez. Había olido a salmuera y a aceite de máquina y a la dulce podredumbre bajo los muelles, y su padre había olido a ello dos días después de cada turno, de modo que el olor era menos de la conservera que de él. Bajó del coche. La colina estaba en silencio ahora. Un viento del fondeadero traía humo de leña y, bajo él, la nada fría y mineral del agua limpia, y se quedó en la explanada respirando la ausencia del viejo olor y descubrió que lo resentía, lo resentía como resentiría a un desconocido que vistiera el abrigo de un muerto. Dejó el resentimiento donde no se notara y caminó hacia las puertas.

Las grandes puertas correderas habían dejado descargar a los barcos en otro tiempo. Ahora estaban abiertas para dejar entrar la

luz. Donde cruzó, el suelo cambió bajo sus botas de explanada de hormigón a vieja tabla, lijada hasta el pálido y sellada hasta el brillo, y todo el interior se abrió delante de ella: la sala de destripado, salvo que ya no era la sala de destripado.

Las vigas eran las vigas originales. Las conocía como se conoce una cara bajo treinta años añadidos; las habían chorreado con arena hasta el color de la miel y las habían sellado y las iluminaban desde abajo unos focos hundidos en el suelo, y el efecto era que los huesos de la sala de matanza habían sido convertidos en la cosa más hermosa del edificio. Las largas mesas de roble donde habían estado las mesas de destripado. La luz cayendo por las ventanas altas en losas. Habían sacado el olor junto con el pescado, y la sala contenía la respiración de un modo que la vieja sala nunca había tenido, nunca habría podido, con mil cien salmones al día atravesándola.

Y por encima de todo ello, los huesos de una fiesta.

Una cuadrilla estaba construyendo el centenario dentro del Salón al ritmo que llevan las cuadrillas cuando una fecha está fijada y no puede correrse. Dos hombres subían una plataforma de tijera por la pared norte, encajando una estructura de iluminación en unos soportes, cantándose pesos el uno al otro en la jerga plana de la gente que hacía esto para ganarse la vida. Pilas de sillas doradas estaban atadas sobre carros de transporte. Un bosque de postes apagados esperaba a que lo hilvanaran con cuerda. Había cajones estarcidos con CENTENARIO en una tipografía que le había costado a alguien una tarde, y a lo largo del margen de hormigón donde el suelo se encontraba con la pared del fondeadero corrían líneas de cable de potencia pegadas con cinta, gruesas como muñecas, alimentando una batería de cajas negras de distribución junto a la puerta del fondeadero. Una mujer con chaleco de forro polar recorría una fila de sillas con un portapapeles, contando, y marcó un número con tiza en la pata de una mesa, y siguió.

Cerca de la entrada, sobre un caballete, habían fijado a un tablero un plano de planta. Cuatrocientos asientos, dibujados a mano en círculos parejos de delineante, se abrían en abanico desde un atril marcado a la cabecera de la sala. Nora lo leyó del revés

mientras estaba allí: el atril se asentaba sobre una tarima en el extremo del agua, y junto al pequeño rectángulo dibujado a mano alguien había escrito *lee la becaria* y lo había subrayado una vez.

Una pancarta yacía desenrollada sobre dos de las mesas de roble, boca arriba, esperando ser colgada, cien años del nombre de una familia en escritura dorada sobre azul intenso, la V de *Vane* alzada en una voluta que ocupaba la altura de dos letras. Nadie la vigilaba. Simplemente yacía allí en la luz, la cosa más cara de una sala llena de cosas caras, y la cuadrilla trabajaba a su alrededor sin mirarla.

Nora se quedó en el umbral un momento más de lo que el momento exigía.

—Detective Quist.

La mujer vino hacia ella cruzando el suelo barrido con ambas manos algo abiertas por delante, bajas, el gesto de quien se ofrece a tomarte un abrigo o un duelo, lo que llevaras. Andaba por la cuarentena, en lana gris y zapatos planos, vestida como viste el dinero una vez que ha dejado de necesitar que se vea cómo viste, y tenía una cara ancha y pareja, una cara que una persona asustada elegiría entre la multitud para pedir indicaciones.

—Soy Maren Vane. Gracias por subir. —Tomó la mano de Nora entre las dos suyas y la sostuvo medio compás más allá de donde el continente la habría soltado, y miró a Nora mientras lo hacía, de lleno a la cara, sin prisa—. Sé que no es una visita de cortesía.

—No —dijo Nora—. No lo es.

—¿Encontró bien la carretera? La terminaron solo en primavera. Mi padre no soportaba que la gente subiera por la vieja a verle. Solía decir que la colina era lo único de este sitio de lo que se avergonzaba. —Soltó la mano y retrocedió medio paso, y el retroceder fue su propia pequeña cortesía, la concesión de espacio —. Usted es la hija de Gideon Vane.

—Lo soy. —Una cosa cruzó la cara de Maren que era casi humor y casi algo más antiguo—. Oirá usted hablar mucho de mi padre en este edificio. La mayor parte hasta es verdad.

—Lamento su pérdida —dijo Nora—. Murió esta primavera, leí.

—En marzo. —Maren se volvió a medias, hacia la sala, de modo que ahora ambas la miraban, la plataforma y las sillas y la pancarta esperando en la luz—. Planeó todo esto desde una cama de hospital. El centenario. Cien años del Salón; llevaba señalando este año desde que yo era niña. Tenía la fecha antes que el diagnóstico, y después del diagnóstico tenía la fecha más firme aún. —Su voz hizo entonces una cosa, no un quiebre, lo contrario de un quiebre, un cuidadoso dejar en el suelo—. No llegó. Hablamos de si cancelar y decidimos que se habría salido de la caja para impedírnoslo. Así que seguimos adelante.

—El sábado —dijo Nora. Había leído la fecha en el expediente de Marsh.

—El sábado. —Maren caminó, y Nora se encontró caminando con ella, atraída más adentro del Salón por el margen del montaje, pasadas las sillas doradas, la mujer del portapapeles alzando la cabeza al pasar ellas y bajándola de nuevo—. Iris iba a leer en él.

Dijo el nombre como se deja algo que podría derramarse. Salió nivelado y luego se quedó suspendido en el aire entre ellas, y Maren no se apresuró a cubrirlo.

—Una becaria lee cada año —dijo—. En la velada de primavera, y en cualquier cosa más grande. Es una tradición, de mi padre, una de las pocas suyas que he conservado entera, porque es la única que de verdad va sobre ellos y no sobre nosotros. Eligen un pasaje, o escriben algo. Este año el comité eligió a Iris antes de que yo hubiera siquiera visto la lista. No había un segundo nombre en ella. —Aminoró junto al caballete con el plano de planta, y tocó la esquina del tablero, escuadrándolo un grado que no le hacía falta—. Iba a ponerse de pie ahí. Lo tenemos dibujado. No he tenido el valor de quitarlo del plano, que es una cosa sentimental de admitir ante una detective, así que la admito y sigo.

Los ojos se le habían vuelto brillantes. No representó el brillo. No se llevó un nudillo a las pestañas, no lo convirtió en una escena. Se quedó con él el tiempo de una respiración, mirando el pequeño atril dibujado, y dejó que pasara por sí solo, como el tiempo, y luego volvió, con facilidad, y el momento quedó archivado en algún sitio adonde Nora no podía seguirlo.

—Pensaría usted —dijo Maren— que una familia que ha enterrado a tantos como la mía tendría un procedimiento para esto. Para una chica. No lo tenemos. No hay cajón en el que vaya.

Un hombre en la plataforma cantó un número. Los del catering se habían quedado con el viejo cuarto de descanso del capataz, la puerta baja y de marco de acero, el sitio donde su padre comía su almuerzo, y lo habían convertido en una cocina de montaje, y el olor que de allí salía era de caldo escaldado y, en algún punto debajo, azúcar quemado, y caía mal en la sala, civilizado y mal, un olor sin nada que hacer sobre el lugar donde había estado la rampa de las tripas. Maren la condujo más allá sin una mirada, sin nombrar nada, la mano rozando el respaldo de una silla dorada para enderezarla en su carro, y luego cayendo.

—La familia de Iris trabajó en este edificio durante tres generaciones —dijo—. ¿Lo sabía? Su abuela destripaba pescado en el suelo que estamos pisando. Justo por aquí, si hay que fiarse de las viejas fotografías; las mujeres trabajaban en las mesas de cerca, había mejor luz. —Lo dijo caminando, sin aminorar, a la manera de quien recita una cosa que ha decidido que es verdad y de carga—. La gente cree que la beca es caridad. No lo es. Es una deuda. Este pueblo se construyó sobre los Kettle y los Dawson y los... —el más breve titubeo, un nombre considerado y dejado pasar— los Quist, y todos los demás, partiéndose la espalda por mi familia durante noventa años, y la Fundación es el pago más pequeño que se nos ocurrió que no fuera un insulto.

Había dicho *Quist* sin peso, uno en una lista, un elemento, y no miró a ver qué hacía. El paso de Nora no cambió. Llevaba administrando su cara desde la explanada y la administró ahora, y el momento se cerró sobre el nombre liso como el agua llenando una huella.

—La palabra de mi padre para ello era diezmo —dijo Maren—. Nunca me gustó la palabra. Nos hacía sonar santos. Pero la aritmética era suya y la aritmética era correcta. Al pueblo le va bien cuando a la Fundación le va bien. Nunca ni una vez hemos fingido que eso sea casualidad. —Se detuvo, y se volvió, y por primera vez la calidez de su cara se ordenó en algo con un espinazo detrás—.

Pase lo que pase con esa chica, detective Quist, tendrá usted todo lo que esta casa pueda dar. Cada puerta, cada caja, cada nombre. Quiero que me oiga decirlo de pie, no en una carta. Lo digo como algo más que modales.

Se había detenido, dio la casualidad, bajo la pancarta sin colgar. Su propio nombre corría en escritura dorada en el aire sobre su cabeza, la V alzada, los cien años. No alzó la vista hacia él. Nora la observó no alzar la vista hacia él, y el no mirar era lo más asentado de ella, la facilidad de quien está de pie bajo una cosa tan suya que ha dejado de verla.

—Voy a necesitar los archivos —dijo Nora—. El señor Wren le dijo a la jefa que...

—Adrian le conseguirá cualquier cosa que tenga papel. Ya lo ha sacado; lleva en ello desde las seis. —Maren las puso de nuevo en marcha, hacia una puerta lateral en el extremo de tierra del Salón, pasadas las últimas sillas doradas—. Él lleva el día a día ahora. Los dos lo dividimos cuando mi padre enfermó y nunca volvimos a dividirlo: él lleva el sitio y yo corto cintas y firmo lo que me pone delante. —La autocrítica se desplegó con ligereza y no era del todo cierta, y Nora la vio no ser cierta en tiempo real: la mujer del portapapeles se acercó a ellas con una pregunta que no dijo, solo levantó el tablero un par de centímetros y esperó, y Maren se la respondió sin una palabra, una inclinación de la cabeza hacia la pared norte, y la mujer se apartó satisfecha, y el personal por el que pasaban orientaba el cuerpo medio grado hacia Maren y no en sentido contrario, la orientación inconsciente de la gente hacia el centro real de una sala. Nada de ello quebró la frase que le estaba dando a Nora—. Y además será más recto con usted que yo. Quiero demasiado a este sitio para ser una buena testigo de él. Adrian es mejor con la verdad que yo. Por eso lo conservo.

Habían llegado a la puerta lateral. Maren puso la mano sobre ella pero no la abrió.

—Le pediré una cosa —dijo—, y la pediré mal, y luego no volveré a pedirla, porque creo que es usted una persona a la que solo hace falta pedirle las cosas una vez. —Miró a Nora a la altura de los ojos —. El sábado. Cuatrocientas personas. La mitad de ellas vienen en

avión; hay gente que no ha vuelto a esta isla desde que era niña, que vuelve para esto, porque cada una de ellas recibió de esta familia algo que jamás pudo pagar y esta es la noche en que vienen y se plantan en la sala y sienten su tamaño. No puedo pausarlo. No hay manera de pausar una cosa de este tamaño; o la sostienes o la cancelas, y si la cancelo estoy cancelando los cien años de mi padre, y no lo haré. Así que le pido, no por mí... —Echó una ojeada, una vez, hacia el Salón, a la plataforma y las sillas y los cuatrocientos dibujados—. Dígame que puede hacer lo que tiene que hacer sin que yo tenga que quitarle esa noche a este pueblo.

Ahí estaba. La misma cosa que Marsh le había entregado tres horas antes al otro lado de una mesa de formica en una taza de café, *sé rápida, sé discreta, no estropees la fiesta*, entregada de nuevo aquí, en una caja de terciopelo esta vez, bajo una pancarta dorada, por una mujer cuyos ojos seguían brillantes por el nombre de una chica muerta. Era, había que reconocérselo, una cosa mucho más bellamente envuelta colina arriba de lo que lo había estado al pie de ella.

Y la mujer que la pedía la creía. Cada señal que un cuerpo podía emitir decía que la creía. Creía que pedía no por sí misma sino por los cuatrocientos y los cien años y un pueblo que se había ganado una noche para sentirse orgulloso de sí mismo; que la gala era una deuda que se pagaba y no una cosa que se protegía. Nora aún no había aprendido a desconfiar de los que emitían todas las señales, aquellos para quienes no había ninguna luz, ningún resquicio, entre lo que querían y aquello de lo que estaban seguros que era lo correcto.

—Trabajaré tan rápido como el trabajo lo permita —dijo Nora—. No prometeré más que eso.

Maren lo asimiló y dio un único asentimiento, y lo que le cruzó la cara estuvo cerca de la aprobación.

—No. No valdría usted gran cosa si lo prometiera. —No insistió. No lo suavizó ni volvió a por ello por el lado, no extrajo una segunda frase como habría hecho una anfitriona inquieta, trabajando la petición hasta cuajarla. Lo había pedido una vez y había dejado el pedido suspendido en el aire entre ellas, terminado, y Nora

descubrió que no tenía agarre en una cosa que no se repetía, ningún borde contra el cual empujar. La petición yacía allí tan plana y definitiva como la pancarta sobre las mesas.

Maren abrió la puerta lateral. Más allá corría un breve pasillo con los despachos dando a él, la vieja ala administrativa donde se habían llevado las cuentas de la conservera, las puertas más nuevas que el edificio y el suelo la misma tabla lijada.

—La última a la izquierda —dijo—. Tiene agua servida y una silla girada para usted y las cajas apiladas en el orden en que quiere que las lea, porque esa es la clase de hombre que es, y debería saber eso de él antes de entrar. —Casi una sonrisa, retenida en el último instante—. La dejo con ello. Le dirá todo lo que yo le diría, y algo de ello se lo dirá mejor.

Le puso brevemente la mano en lo alto del brazo, la más leve presión, ahí y desaparecida, y retrocedió al Salón, a la luz y el ruido del montaje, donde la plataforma gemía bajando por la pared norte y la tiza de la mujer del portapapeles chirriaba contra la pata de una mesa y cien años del nombre de la familia yacían esperando a ser alzados al aire. No acompañó a Nora hasta la puerta. La dejó ir a ella sola. Era su propia clase de confianza, o estaba pensada para leerse como tal.

Nora recorrió el pasillo, pasadas las puertas más nuevas, sus botas ruidosas sobre la vieja tabla en el silencio del ala, hacia la última puerta a la izquierda, que ya estaba abierta, y la luz de una ventana de marco de acero cayendo a través del suelo del pasillo a su encuentro.

C A P Í T U L O 6

Tenía que ser

El despacho de Adrian Wren había sido el del capataz de la conservera, y él no había fingido lo contrario. La ventana de marco de acero era la vieja, remachada en las esquinas, el cristal ondulado por la edad, y a través de ella el fondeadero bajaba recto hasta el agua como debía de hacerlo cuando hombres con encerados veían entrar los barcos a ser descargados. Eso lo había conservado. El resto de la sala lo había convertido en otra cosa. Una pared de carpetas con los lomos escuadrados a una tolerancia, una cuadrícula de calendario del tamaño de un tablero de mesa con la gala rodeada en rojo y los días previos rotulados uno a uno, una lámpara que no proyectaba ninguna sombra que ella pudiera encontrar. La sala de un hombre que administraba lo que otros se proponían hacer.

Las cajas estaban sobre el escritorio cuando ella entró. Dos de ellas, cajas de archivo, las tapas marcadas con un pliegue en el doblez y no con un segundo, las etiquetas impresas a máquina: REGISTROS DE BECAS, DONANTES / PRIMAVERA, y una tercera que pudo leer de lado, KETTLE, I. Un portátil estaba abierto y girado de cara a la silla que él pretendía que tomara. Un vaso de agua al lado, sudando un cerco sobre un posavasos que él había pensado en poner primero. Ella se quedó dentro de la puerta y contó las pequeñas atenciones, y dejó que él la viera contarlas.

—¿Le ha soltado Maren el discurso? —dijo él.

—¿Cuál?

—El de la deuda. El del pueblo-sobre-nuestras-espaldas. —Rodeó el escritorio, y su boca hizo la primera mitad de una sonrisa y se detuvo—. Es verdad, esa es la cosa. Completamente cierto, y lo dice en serio cada palabra, y es lo más útil que posee. Lo he visto detener a un hombre que pedía un aumento. Detener a un periodista que pedía una declaración. Nunca he sido capaz de decidir si ella sabe que hace eso.

No se sentó tras el escritorio. Tomó la silla del lado de ella, la que estaba angulada hacia la suya, y eso era una elección y dejó que se viera como tal. El escritorio quedó entre ellos y a la espalda de ambos, despejado, nada sobre él que él pudiera alcanzar, nada sobre lo que pudiera poner las manos en lugar de responder. Ella se había sentado al otro lado de escritorios frente a muchísima gente que usaba el escritorio. Él había salido de detrás del suyo antes de que ella pudiera decidir qué era, y añadió también eso a la cuenta.

—Siéntese —dijo él—. Por favor. El agua no es un truco, es solo agua. Soy malo en esta parte. Preferiría quitar de en medio el aparataje y hablarle como a una persona.

Ella se sentó. Él puso una mano plana sobre la tapa más cercana, sin empujarla hacia ella, solo apoyándola allí. La mano estaba limpia, las uñas cuidadas, sin anillo.

—He sacado los registros de las becas —dijo—. Listas de donantes de las veladas de primavera, cinco años atrás. El propio expediente de Iris. —Sus dedos se extendieron un centímetro sobre la tapa, la mano de un hombre asentándose sobre una cosa que ha decidido entregar—. Cualquier cosa más antigua de cinco años, cualquier cosa que quiera y que no esté aquí, me lo dice y voy a buscarla yo mismo. Prefiero que encuentre todo en esta sala a que vaya buscándolo de lado y se pase la semana preguntándose qué le ocultamos.

—¿Oculta usted algo?

—Todo el mundo oculta algo, detective. —Le sostuvo los ojos al decirlo—. Le estoy diciendo que el algo no es esto.

El sostener era bueno. La habían sostenido miradas de hombres antes, al otro lado de mesas de interrogatorio, hombres que habían aprendido que pareces firme cuando mientes y por eso se hacían parecer firmes, y la fabricación siempre se notaba en algún sitio, en la mandíbula, en la frecuencia del parpadeo. La de él no, o se notaba y ella no pudo encontrar el lugar donde se notaba, y eso era su propia clase de información. Bajo la firmeza había una cosa que no pudo nombrar. Pasaría días intentando nombrarla y la nombraría mal dos veces antes de acertar.

—Iris tenía diecinueve años —dijo él—. Era la mejor de ellos. Alguien la mató. Quiero que lo encuentren más de lo que lo quiere su jefa y más de lo que lo quiere este pueblo, y ese es el único expediente que de verdad necesita de mí. Lo demás es papel.

—Háble me de la velada de los donantes.

Él se la contó, y al principio se la contó con fluidez. Las becarias ayudaban a servir. Siempre habían ayudado a servir, todos los años, remontándose a antes de su época. Construía relaciones. Ese era el lenguaje que usaban en los folletos, dijo, *construir relaciones*, y puso una pequeña mueca ante su propio folleto. Una becaria de negro prestado llevando una bandeja aprendía en una noche cosas que no se podían enseñar en un aula. Cómo le gustaba a cierta clase de dinero que le hablaran. Cuándo intervenir y cuándo ser mobiliario. Se suponía que era una bondad.

Dijo *se suponía que era* y siguió, y ella anotó el tropiezo y no lo detuvo.

—Imagine esta sala —dijo, y alzó el mentón hacia la pared como si el Salón quedara justo al otro lado, que era donde quedaba—. Vestida más pequeña. Cincuenta, sesenta donantes. Quitamos las mesas grandes y ponemos redondas. Las becarias entran a las seis, las alimentamos primero, en la cocina, para que no echen vino con el estómago vacío. Luego trabajan el suelo hasta que los donantes ralean, normalmente a las diez, las diez y media. Vino y agua. Aprenden los nombres. Las hacemos aprender los nombres, esa es la mitad del asunto, no le tiendes una copa a un hombre que vale nueve cifras y lo llamas *señor* cuando se llama Walt.

—¿Y a Iris?

—Iris estaba despierta esa noche. —Lo dijo y luego lo sopesó y dejó que el peso se viera—. Más despierta de lo habitual. Excitada. Lo achaqué a la lectura. Iba a leer en la gala, el sábado, ya lo sabía para entonces, y pensé: nervios. De los buenos. Tenía una cosa que hacía cuando trabajaba una sala de la que quería sacar algo, una manera de quedarse muy quieta y escuchar como si la persona que hablaba fuera la única en ella. Hizo mucho eso, esa noche.

—¿Con quién?

—Las mesas del fondo. —Lo dijo sin tener que buscarlo—. Los donantes mayores. Los que más dan y más esperan a cambio. Llevaba su bandeja allá y se quedaba más que las otras. Las demás becarias rotan. No es que lo pretendan, es que una sala te hace circular. Ella no circulaba. Se asentaba en aquellas mesas y escuchaba. —Giró el vaso de agua un cuarto de vuelta por su base, la única cosa inquieta que había hecho—. No le di importancia en su momento. Le estoy diciendo que no le di importancia, porque lo encontrará en las fotografías y prefiero que oiga de mí que lo vi y no le di importancia, a que decida usted por su cuenta que lo vi y lo oculté.

—Qué mesas. Qué donantes.

—Querrá entonces el plano de asientos. —Se levantó, con facilidad, sin prisa en ello, y alzó la tapa de la caja de donantes y encontró una carpeta al tacto, un hombre que conocía su propio archivo, y dejó la hoja plana sobre el escritorio entre ellos y la giró para que se leyera hacia ella, no hacia él. Una cuadrícula de redondas, nombres escritos a mano en círculo alrededor de cada una —. Primavera. Esta última primavera. Sentamos a la misma gente más o menos en los mismos sitios año tras año, les gusta, lo consideran su mesa. Iris trabajó aquí. —Su dedo bajó sobre el borde lejano de la cuadrícula y se quedó allí, leve—. Y aquí. La redonda de Pell, la redonda de Aldous. Dinero viejo, de la clase que ya era vieja antes de que cerrara la conservera. Habría estado sirviendo a hombres que sabían el nombre de su abuela, si es que salió a relucir, lo cual dudo, esas mesas no le preguntan al servicio de dónde es. —Retiró el dedo—. Quédese la hoja. Es una copia. Son todas copias, lo notará. Las hice para usted esta mañana. Los originales no salen.

Ella miró la cuadrícula y aún no la tocó. Las dos redondas que su dedo había nombrado se asentaban a la cabecera de la sala, las más cercanas al sitio que ella había leído del revés en el caballete, el sitio donde una becaria debía ponerse de pie y leer.

No escribió nada. Había descubierto que el escribir volvía más cuidadosos a los hombres cuidadosos, y lo quería poco cuidadoso el mayor tiempo posible. Sostuvo lo que él decía como se sostiene una piedra que se pretende pesar más tarde, en la mano, al tacto.

—¿A qué hora se fue?

—A las diez. No la acompañé a la salida. —No lo suavizó—. Debería decirlo claramente porque es la clase de cosa que parece algo. No la acompañé a la salida. Estaba con donantes. Hay un hombre, Pell, verá su nombre en la lista, da para el puerto, que te agarra del codo a las nueve y no te suelta hasta que has accedido a algo, y esa noche el algo se llevó dos horas. Estuve en este edificio hasta pasada la medianoche. Hay un fotógrafo, hay cuarenta personas que pueden situarme en la sala, el fotógrafo marca la hora de todo porque a Maren le gusta un registro. Puede tenerlo todo. Se lo imprimo antes de que se vaya.

Le había dado la coartada entera, antes de que la pidiera, como la da un hombre cuando no tiene nada que temer, o cuando ha pensado muchísimo tiempo en exactamente qué tiene que temer y ha decidido por dónde corría la línea de ello. Había conocido las dos clases. Sonaban, desde el otro lado de un escritorio, idénticas. En su propia taquigrafía, la privada, la que jamás leería en voz alta en un juzgado, escribió *demasiado limpio* y lo subrayó una vez, y dejó la cuestión de qué clase de limpio era para que la respondiera el papel.

—Me está dando un montón de cosas que no he pedido —dijo ella.

—Sé cómo funciona. —Se recostó, y la silla recibió su peso, y por un momento fue solo un hombre cansado en una sala—. Usted va y comprueba. Comprobará si yo cuadro. Y si la hago cavar para las cosas más simples, empezará a pensar que las cosas simples valía la pena ocultarlas, y tendrá razón al pensarlo, porque así es como se comporta la gente que oculta cosas. Así que no voy a hacerla cavar para las cosas simples. Las cosas simples son verdad y son gratis y están sobre la mesa. —Señaló con la cabeza las cajas—. Es lo demás lo que tendremos que hacer despacio.

Ella lo dejó asentarse. La plataforma gimió en algún punto del Salón, lejos, a través de la vieja ventana de acero, y una voz de hombre cantó un número y otra le respondió, y el edificio siguió construyendo su fiesta alrededor de los dos.

—Las becarias servían cada año —dijo ella—. Dijo que construía relaciones. En pasado, dos veces. Dijo que *se suponía que era* una

bondad.

Por primera vez desde que ella había entrado, Adrian Wren no tuvo lista la frase siguiente. Lo vio abandonarlo la preparación. No fue una cosa grande. No se estremeció, no apartó la vista como apartan la vista los hombres cuando tienes una mano en la costura. La miró, de lleno, y la apertura cuidadosa que llevaba hizo algo bajo sí misma, alguna carga desplazándose, y su mirada se fue de la cara de ella y por encima de su hombro hasta la ventana, fondeadero abajo, hasta el agua gris del fondo donde la luz se iba. Miró el agua con el mismo tirón que ella había cazado en sí misma mirando el embarcadero. Luego volvió de ello.

Lo que salió de él entonces fue más corto que cualquier cosa que hubiera dicho en toda la mañana. La fluidez que lo había llevado por los donantes y las bandejas y la coartada simplemente no estaba en ello. Las frases que había construido antes habían sido lisas por todos sus lados, torneadas y acabadas, las manos diestras de un hombre repasándolas. Esta tenía bordes, y los bordes eran donde ella puso su atención, porque toda la mañana los lugares lisos le habían dicho cómo quería él que fuera la hora y solo este áspero le decía cualquier otra cosa.

—Algunas de las viejas veladas —dijo él.

Se detuvo. Empezó de nuevo. El empezar de nuevo también era nuevo. No había tenido que volver a empezar nada hasta ahora.

—Hay veladas en las que pienso. De antes. Y yo... —El vaso de agua recibió el cuarto de vuelta otra vez, de vuelta por donde había venido—. Ojalá pudiera devolverle esos años a la gente. Eso es todo. Eso es la totalidad de ello.

Ella no lo ayudó a salir del silencio que vino después. Había aprendido a no hacerlo. Un hombre en esa clase de silencio o lo llenaba con la verdad o lo llenaba con la siguiente cosa limpia que había preparado, y podías distinguir los dos solo esperando, y la espera no costaba nada salvo el temple para hacerla.

Él no lo llenó con ninguna. Lo dejó suspendido. Eso era una tercera cosa, y ella no había estado segura de que él tuviera una tercera cosa dentro.

—Lleve sus cajas, detective —dijo por fin, y su voz había vuelto casi del todo, pero no del todo—. Venga a buscarme cuando el papel plantee una pregunta. La responderé. Y usted puede decidir si cree la respuesta. Así es como tendrá que ir entre nosotros, creo. Pregunta, respuesta, usted decide. Puedo vivir con eso. Lo prefiero a que me crea por modales y luego me cace después y se sienta como una tonta.

Se levantó. Cogió las dos cajas de arriba él mismo, las dos a la vez, levantando desde las rodillas como levanta un hombre que ha cargado cosas para ganarse la vida antes de vestir el traje, y las llevó a la puerta. Ella rodeó el escritorio para encontrarse con él allí. Le puso las cajas en los brazos, y por un momento los dos tuvieron las manos sobre el mismo peso, las suyas debajo, las de ella encima, y luego él soltó y el peso fue de ella, la pequeña cosa completa de un traspaso hecho sin una palabra para él. Él retrocedió para dejarla sacarlo sola.

—El teléfono —dijo ella, en la puerta, las cajas contra el pecho—. El teléfono de Iris. No está aquí.

—No es nuestro para darlo. La policía se lo llevó. —Lo dijo con voz pareja—. La gente de Marsh lo metió en una bolsa la primera noche. Si no le ha llegado, eso es una pregunta para su propio lado del agua, no para el mío.

Eso era verdad, y ella había sabido que era verdad antes de decir el nombre del teléfono, y lo había dicho de todas formas para ver hacer algo a su cara cuando dijera *teléfono*, y su cara no había hecho nada que ella pudiera retener. Archivó la nada.

—Pregunta, respuesta, yo decido —dijo ella.

—Ese es todo el arreglo. —Ahora hizo la segunda mitad de la sonrisa, y estaba cansada, y le llegó a los ojos, y ella no pudo decir si eso significaba que era verdad—. Cuidado con el umbral al salir, la puerta está mal colgada, engancha. Nunca llegamos a arreglar la puerta.

Sacó las cajas a través del Salón, pasadas las sillas doradas apiladas en sus torres y la pancarta del centenario esperando sobre sus mesas a ser colgada, pasada la plataforma y la cuenta marcada con tiza en la pata de una mesa y el caballete con sus cuatrocientos

asientos dibujados, y el olor a azúcar quemado le salió al paso desde la cocina de montaje y cayó mal en la vieja sala como había caído a la entrada. Al otro lado del hormigón barrido, Maren Vane le alzó una mano sin cruzar el suelo para hacerlo, una cosa pequeña, una bendición enviada a lo largo del Salón, y Nora la respondió con lo único que sus brazos llenos le dejaban, una inclinación de la cabeza, y siguió caminando.

Fuera de las grandes puertas correderas el frío subió del agua a su encuentro, sal y diésel y el olor a hierro de una lluvia que no había caído todavía. Colina abajo las luces del puerto se habían encendido contra el crepúsculo, ensartadas a lo largo de los muelles, doblándose en el agua negra. Más allá de ellas la Punta se asentaba oscura, y al pie de ella el embarcadero, y miró el embarcadero y fingió que no lo miraba, y luego se obligó a mirar el coche del condado en su lugar.

Puso las cajas en el asiento de atrás una y luego la otra y las escuadró contra el respaldo para que no resbalaran en las curvas, y se quedó un momento con la mano plana sobre el techo frío del coche. A su espalda el Salón resplandecía, todas y cada una de sus viejas ventanas encendidas, la ventana del capataz entre ellas, y en algún punto de él Adrian Wren le estaba imprimiendo el registro con marca horaria de una noche que le había dado antes de que ella la pidiera.

Había entrado a tomar archivos de dos personas inteligentes y había salido con los archivos, y se quedó allí en el frío que subía y no pudo perder la sensación de que los archivos eran exactamente la cosa con la que se la había pretendido que saliera, de que había pasado una hora teniendo cada pregunta respondida y le habían dicho, con el responder, casi nada en absoluto, y había estado a punto de salir por las puertas agradecida por ello. El agua del fondo del fondeadero no tenía corriente. Estaba muerta ahora, la marea ni entrando ni saliendo, la hora en que nada en el puerto se movía si no se movía por sí mismo. Subió al coche y bajó hasta El Ancla para empezar a leerse hacia dentro de cien años.

C A P Í T U L O 7

El contador

Las cajas subieron del sótano del Salón de la Conservera en una carretilla, cuatro de ellas, el cartón blando en las esquinas por una humedad que pudo oler antes de levantar la primera tapa. Las llevó a la habitación del motel de dos en dos y las dejó a lo largo de la pared bajo la ventana, y el hombre de la Fundación que se las había dado a firmar se quedó en el umbral con las manos en los bolsillos y dijo que eran bienvenidas a cualquier cosa, la Fundación no tenía nada que ocultar, y ella había dicho «bien» y había cerrado la puerta sobre la palabra.

La habitación de El Ancla tenía un escritorio demasiado pequeño para el trabajo, una lámpara con una pantalla marrón que tiraba la luz amarilla, una silla que se volcaba si se apoyaba. Movió la lámpara al extremo del escritorio donde su cable alcanzaba, puso el portátil a escuadra con el borde, y desplegó el contenido de la primera caja en pilas por toda la colcha porque el escritorio no las sostenía. Premios en una pila. Cartas de agradecimiento en otra. Fotografías boca arriba en una hilera a los pies de la cama. Libros de cuentas de donantes, los pesados, sobre el propio escritorio donde podía alcanzarlos sin levantarse.

Leyó la primera pasada deprisa. Ese era el método y el método era lo único de lo que se fiaba en una habitación que no conocía en un pueblo del que se había ido. La primera pasada era para el inventario y nada más: qué existía, en qué cantidad, con qué huecos. Se obligó a no querer que nada de aquello significara nada, porque el querer era cómo veías el patrón que llevabas contigo en lugar del que había en la página, y ese fallo costaba más que perderlo limpiamente.

Los premios eran corrientes. Unos pocos miles al año en las hojas más antiguas, el papel del color del té flojo, la tipografía de máquina. Luego más, los números trepando según pasaban las décadas, el membrete adquiriendo un logotipo, un ancla dentro de

un anillo de cuerda. Becarios Vane. Uno al año, a veces dos, arrancados de las familias de la conservera y enviados lejos con el nombre cosido a ellos. Conocía los apellidos como conocía la forma del puerto: Kettle, Dawson, Sorensen, Pruitt, un Quist que no miró dos veces y luego se obligó a no volver a mirar. Escribió los años por el margen izquierdo de un cuaderno de notas en su propia letra cuadrada, uno por línea, remontándose más atrás de lo que los folletos admitían, y contra cada año escribió los nombres.

Las cartas eran peores de leer y las leyó de todas formas, deprisa, por el contenido. Una madre agradeciendo a la Fundación un hijo que no tendría que destripar pescado para vivir, la gratitud en ella como una mano agarrando una manga. La cuidadosa letra de bucles de una chica prometiendo enorgullecer al señor Vane, enorgullecer subrayado, el propio bolígrafo de la chica, presionado lo bastante fuerte como para marcar la página. Nora volvió cada una boca abajo sobre la pila de las terminadas sin releer las líneas. Habría tiempo en la segunda pasada para lo que eran. En la primera pasada eran solo objetos con fechas, y registró las fechas.

Las fotografías las dejó para el final y las repasó de pie, inclinada sobre los pies de la cama, porque no la dejaban sentarse. Gideon Vane en todas y cada una, el viejo mismo, el santo cívico, de pelo blanco y ojos cálidos con el brazo alrededor de un adolescente brillante y asustado tras otro. Una cara nueva cada primavera. El brazo siempre el mismo. Lo notó como notaba cualquier cosa en una primera pasada, como hecho sin peso: la mano siempre cerrada sobre el mismo punto del mismo hombro, el hombro derecho, el pulgar montando hacia la clavícula, el agarre idéntico a lo largo de treinta años y cuarenta niños como si el hombre hubiera ensayado dónde poner la mano hasta que dejó de ser una elección que hacía cada vez. No dejó que eso fuera nada todavía. Escuadró las fotografías en una pila y las puso sobre el escritorio y escribió el recuento.

Para cuando terminó la primera caja la ventana había pasado del gris al color de un moretón. Se levantó y se sacó la rigidez del cuello y miró el cuaderno, años, nombres, recuentos, nada todavía sino la

historia caritativa entera de un pueblo vertida en un libro de cuentas propio, y empezó la segunda caja.

La segunda y la tercera fueron más rápidas porque ya conocía su forma. Más premios. Más cartas. Los libros de cuentas de donantes, que había estado reservando, salieron en su mayoría de la cuarta caja, y esos los dejó sin abrir sobre el escritorio porque los donantes eran un organismo aparte y los leería limpios, por su cuenta, cuando el lado de las becas estuviera inventariado del todo y pudiera sostener los dos separados en la cabeza.

Hizo una pausa una vez, para la máquina expendedora del final del pasillo, y se quedó en el frío bajo el alero goteante con el puerto extendido bajo la barandilla, muerto y plomizo, un único arrastrero faenando más allá del rompeolas con las luces encendidas. Compró galletas saladas y un café de la máquina que sabía a la máquina y llevó ambos de vuelta y dejó el café en el alféizar y no lo bebió. De las galletas se comió dos y dejó el resto dobladas en su envoltorio sobre el escritorio donde las olvidaría.

Terminó la primera pasada cerca de la medianoche. Cuatro cajas inventariadas, el cuaderno once páginas hondo, cada año contabilizado, cada nombre puesto contra su año, cada donativo en los libros de donantes registrado por importe y fecha de abono. No había dejado que nada de aquello significara nada y le había costado sostener la línea y la había sostenido. Tapó el bolígrafo y apagó la lámpara y se tendió encima de la colcha vestida con las pilas a su alrededor como una ciudad vista desde el aire, y durmió cuatro horas, y despertó antes de la alarma con el gris subiendo gris otra vez en la ventana y la segunda pasada ya ordenándose detrás de sus ojos.

La segunda pasada era para la forma de lo que no estaba.

Hizo el café de máquina otra vez y no lo bebió otra vez y se sentó a los libros de donantes con el cuaderno vuelto a una página limpia. La caridad, lo sabía como sabía las tablas de mareas, iba en una dirección. El dinero salía. Una fundación recibía promesas, sí, y subvenciones, pero los frutos de una caridad fluían hacia la cosa a la que servía, y lo que buscaba en la segunda pasada era si el dinero

de estos libros se comportaba como dinero que sabe en qué dirección se supone que debe fluir.

No lo hacía, y se obligó a demostrarlo antes de dejarse verlo.

El lado de los donantes contaba una historia en su superficie. Donativos y promesas de gente con la clase de nombres que regían las ciudades arriba y abajo de la costa. Una familia naviera de Seattle, un promotor con tres nombres de pila, un hombre cuya empresa había visto en el costado de los camiones. Generosos. Recurrentes. La clase de donar que te ganaba un nombre en una placa. Había estado preparada para encontrar exactamente eso, la arquitectura corriente del dinero viejo haciendo lo que el dinero viejo hacía para sentirse limpio, y en la primera pasada eso era todo lo que había sido.

En la segunda pasada lo puso al lado del calendario.

Construyó el calendario a mano porque no se fiaba de que una hoja de cálculo le mostrara una cosa que aún no podía nombrar, y una hoja de cálculo ordenaba lo que le decías que ordenara, y ella aún no sabía qué decirle. Arrancó las hojas largas del cuaderno y las pegó borde con borde por el escritorio y la pared de encima hasta tener una banda de papel de un año de ancho por cada año, una columna corriendo hacia abajo. En lo alto de cada columna rotuló la fecha de la gala de esa primavera, la velada del Festival del Puerto, la cena de donantes, comoquiera que el año hubiera llamado el evento donde los nombres se juntaban en el Salón de la Conservera con sus buenos abrigos. Bajo la fecha de la gala puso la beca de ese año, el nuevo Becario, la cara nueva con la mano del viejo en el hombro derecho. Y luego hilvanó los donativos por el día en que se abonaron en el banco, el donativo de cada donante caído en su columna en su fecha verdadera, en la tinta del-abono, no en la tinta de la-promesa, porque las promesas eran lo que un hombre decía y los fondos abonados eran lo que un hombre hacía.

Le llevó la mañana y parte de la tarde. No comió. La luz se movió por el papel pegado y ella movió la lámpara para perseguirla y en algún momento el arrastrero volvió a entrar y ella no lo vio entrar.

Cuando el calendario estuvo construido retrocedió de él y lo leyó como leía una escena, esquina a esquina, dejando que las columnas

fueran solo marcas antes de dejarlas ser significado. Y las marcas estaban mal. Los grandes donativos no se asentaban donde se asienta la gratitud. La gratitud venía después de la buena fiesta. Ibas a la cena, te conmovías, dabas. Estos no venían después. Venían antes. Un nombre afloraba en el registro un marzo, sin haber dado nada en años, un hombre en ninguna placa, y entonces en la semana antes de una velada de primavera caía un número contra ese nombre con tres ceros más de los que el hombre había puesto jamás hacia nada en su vida, y al año siguiente, en la semana antes de la siguiente velada, el número volvía. Casi en la misma fecha. Quitando los días que una fecha se desplaza cuando está clavada a una marea y no a un calendario, la gala fijada por el festival y el festival fijado por la subida de primavera y la subida de primavera fijada por el agua.

Llegaban como un alquiler.

No escribió la palabra. Puso dos de las columnas de años una al lado de la otra sobre el escritorio despejado bajo la lámpara, despegando la cinta, dejándolas planas para que sus manos pudieran moverse por las dos a la vez, y corrió un dedo por las fechas de abono de la una y luego por las fechas de abono de la otra y encontró el mismo intervalo entre el donativo y la velada dos veces. Sacó un tercer año y lo puso bajo los dos primeros y lo encontró una tercera vez. Al intervalo no le importaba quién era el donante. La familia naviera y el promotor con tres nombres de pila y el hombre del costado de los camiones: ciudades distintas, fortunas distintas, décadas distintas, y el mismo hueco, el donativo cayendo el mismo número de días por delante de la velada cada vez, como si cada uno de ellos pagara en la misma ranura en el mismo calendario por la misma cosa.

Dejó de contar en tres. Puso la mano plana sobre el papel, sobre la banda de fechas, y la sostuvo allí, y el intervalo estaba bajo su palma y no se iba.

Al intervalo no le importaba quién era el donante. No le importaba cuál era la ciudad ni cómo se había hecho la fortuna. Le importaba solo la proximidad de la velada, lo cual significaba que la cosa que el dinero pagaba ocurría en las veladas, y la cosa era lo

bastante fiable, año tras año, década tras década, como para que hombres con abogados y contables y reputaciones que guardar la pagaran en un calendario que una marea podría haber fijado.

Conocía la forma de lo que aquello era. Había trabajado en salas donde el dinero se movía en un calendario contra un evento, y el calendario tenía un nombre, y el nombre no era caridad. Sintió la certeza subirle como subía la marea pasando el rompeolas, rápida en lo alto, queriendo coronar, y se quedó allí con la mano sobre el papel y la hizo parar.

Porque ese era el fallo. Estar segura demasiado pronto era el único fallo contra el que había construido todo su método, el que la había hecho perder a gente, el que la tarjeta de su bolsillo tenía una línea para él que no necesitaba sacar para leer. El intervalo era real. El intervalo era tres años hondo y podía hacerlo más. Pero un intervalo era una correlación y una correlación era una pregunta, no una respuesta, y una mujer cansada en una habitación de luz amarilla que quería que un pueblo fuera culpable encontraría al pueblo culpable lo fuera o no, y ya había querido que las cosas significaran lo que ella necesitaba antes, en una cocina de este mismo pueblo hacía toda una vida, y se le había hecho pagar por el querer, y no se permitió pensar en eso ahora salvo para saber que estaba ahí.

Cogió el bolígrafo. En la parte limpia del cuaderno, bajo las columnas de años, escribió *aún no segura* y lo subrayó una vez, y luego lo subrayó otra vez, dos veces, fuerte, como la chica becaria había subrayado *enorgullecer*, y el eco de aquello no se le escapó y dejó que se quedara. *Aún no segura.* El intervalo era un hecho. Lo que el intervalo compraba era una teoría. No casaría los dos hasta que algo más los casara por ella, delante de ella, donde pudiera verlo ocurrir y no suministrarlo ella misma.

Dejó el bolígrafo y se frotó los ojos con los talones de ambas manos y cuando los apartó la habitación estaba a oscuras.

No la había notado oscurecer. La lámpara había estado haciendo todo el trabajo desde hacía una hora y ella no había marcado la ventana perdiendo su gris, y ahora el cristal era negro y le devolvía la habitación, las pilas, el calendario pegado soltándose por una

esquina, una mujer en un escritorio a la que no miró. Bajo la barandilla las luces del puerto se habían encendido sin ella, el puerto deportivo, los focos de la conservera, el verde y el rojo de la boca del rompeolas doblándose sobre el agua muerta, y no había registrado nada de ello, lo cual era impropio de ella, el no registrar, y archivó el desliz y no lo examinó.

Las galletas seguían dobladas sobre el escritorio. El café estaba frío en el alféizar con una nata por encima. No había comido desde las dos galletas de la mañana y sus manos tenían el vacío fino de aquello y lo registró como lo registraría en un testigo, como una condición que afecta a la fiabilidad, y no lo arregló.

Cerró el portátil. La habitación se oscureció el ancho de su pantalla y el calendario aguantó en la pared a la luz de la lámpara, las columnas, la banda de fechas, el intervalo que ya no podía dejar de ver corriendo hacia abajo a través de todo ello como una veta en la roca.

Quería, con una precisión que no tenía nada que hacer en el trabajo, estar en una sala con Adrian Wren y poner la palabra *alquiler* sobre la mesa entre los dos y mirarle la cara mientras lo hacía. No preguntárselo. Decirla, dejar la sola palabra plana como dejaría una fotografía, y mantener los ojos en las manos primero y luego en la mandíbula y luego en el pequeño músculo de la comisura del ojo que miente el último porque nadie lo entrena nunca, y ver qué le hacía la palabra al hombre que había llevado la caridad entera de este pueblo durante años y aún, recordaba, había archivado el pequeño hecho extraño la primera vez: alquilaba su casa. No compraba. Un hombre al frente de una caridad media vida sin nada clavado, nada propio, nada que no pudiera dejarse entre un transbordador y el siguiente.

Quería ponerle la palabra esta noche.

Se dijo que era el caso. Se levantó y alcanzó el abrigo del respaldo de la silla que se volcaba y descubrió que ya había decidido conducir, en algún punto de la hora oscura que no había marcado, y que el decidir, como el no registrar las luces del puerto, era una pieza de prueba sobre sí misma que archivó y no abrió, y se llevó consigo por la puerta a la húmeda oscuridad.

C A P Í T U L O 8

Acceso

Tenía el calendario memorizado antes de llegar al coche, lo cual significaba que no había ninguna razón para salir a conducir salvo la que no estaba anotando.

Las cajas lo habían soltado en la segunda lectura, y solo en la segunda. La primera vez las había leído como leía cualquier cosa la primera vez, para el inventario: qué existía, en qué cantidad, con qué huecos. Becas, unos pocos miles al año y luego más, remontándose más atrás de lo que admitían los folletos lustrosos. Los nombres del pueblo cosidos al nombre Vane, un chaval arrancado de las familias de la conservera cada primavera o dos y enviado lejos con un futuro. Cartas de agradecimiento, algunas de ellas dolorosas en su gratitud. Fotografías de un viejo sonriente con el brazo alrededor de un adolescente brillante y asustado tras otro, uno nuevo cada año, la mano siempre cerrada sobre el mismo punto del mismo hombro, como si hubiera ensayado dónde ponerla hasta que dejó de ser una elección. Había hecho una lista de años y una lista de nombres contra los años y no se había dejado querer que nada de aquello significara nada, porque el querer era cómo veías el patrón que traías en lugar del patrón que estaba.

La segunda vez había visto la simetría. Era la cosa que no estaba. El dinero no se movía como se mueve la caridad. La caridad salía; esto salía y también entraba. Los libros de donantes contaban una historia en su superficie, donativos y promesas de gente con nombres que regían las ciudades arriba y abajo de la costa, y otra historia cuando los ponía al lado del calendario de veladas de primavera. Los grandes donativos no seguían a las galas como la gratitud sigue a una buena fiesta. Venían antes de la siguiente. Un nombre afloraba en marzo, no daba nada en años, luego clavaba un número contra sí mismo en la semana antes de una velada de primavera, tres ceros más allá de cualquier cosa que el hombre hubiera dado nunca a nada, y al marzo siguiente el número volvía,

en la misma fecha, quitando el desplazamiento de una fecha clavada a una marea y no a un calendario.

Había puesto dos años uno al lado del otro bajo la lámpara del escritorio y corrido el dedo por las fechas de abono y encontrado el mismo intervalo dos veces, luego una tercera, luego había dejado de contar y se había quedado con la mano plana sobre el papel. Al intervalo no le importaba quién era el donante. No le importaba qué ciudad. Le importaba solo la proximidad de la velada, lo cual significaba que la cosa que el dinero pagaba ocurría en las veladas, y la cosa era lo bastante fiable como para que hombres adultos con abogados la pagaran en un calendario. Llegaban como un alquiler.

Escribió *aún no segura* y lo subrayó dos veces, porque estar segura demasiado pronto era el fallo contra el que había construido todo su método, y la tarjeta de su bolsillo tenía una línea para exactamente esto que no necesitaba sacar para recitar. Luego cerró el portátil y descubrió que estaba a oscuras, y que no había comido, y que las luces del puerto se habían encendido bajo El Ancla sin que ella lo marcara. Y que quería, con una inconveniente precisión, estar en una sala con Adrian Wren y decirle la palabra *alquiler* y mirarle la cara hacer lo que fuera que iba a hacer.

Se dijo que era el caso. Se cambió a una camisa que no había hecho la maleta para preguntarle a la gente por calendarios de donantes, se notó eligiéndola, y dejó que la elección se quedara. La elección era su propia pequeña pieza de prueba, archivada contra sí misma y no examinada.

* * *

La carretera estatal hacia la costa norte corría negra y mojada bajo los abetos, los limpiaparabrisas tictaqueando ante una lluvia demasiado fina para necesitarlos. La bahía se abría a su izquierda en trozos entre los troncos, muerta y plomiza, las luces de las boyas doblándose sobre ella donde el agua se sostenía lo bastante quieta para aceptar un reflejo. Conducía con ambas manos en el volante y la calefacción apagada porque el frío mantenía despierta la parte fría de ella, y volvió sobre la cosa que él había dicho una vez y que ella

había archivado: que la casa era alquilada. No comprada. Un hombre que llevaba la caridad entera de un pueblo, que la había llevado durante años, y aún alquilaba. Un buen abrigo, un coche extranjero, ninguna pared propia. Nada clavado. Nada que no pudiera dejarse entre un transbordador y el siguiente.

El trayecto era lo bastante largo para ser una decisión. Dejó que lo fuera y no dio media vuelta.

La casa se asentaba baja al final de un gancho de grava de carretera, cristal en el lado del agua, toda la bahía oscura extendida debajo de ella como si la bahía fuera la cosa que la casa había sido construida para mirar. Las ventanas encendidas tiraban largos rectángulos amarillos ladera abajo hacia el agua. Aparcó junto al coche extranjero y apagó el motor y se quedó un segundo con las llaves en la mano, y en ese segundo la puerta se abrió. Él estaba en ella con la luz cálida detrás, y eso le dijo que había visto los faros subir la carretera y decidido, en el tiempo que ella tardó en aparcar, ser un hombre que abre la puerta antes de que llamen.

—Has encontrado algo en el papel —dijo él.

—He encontrado un calendario.

—Entra entonces, fuera de la lluvia, y háblame de mi propio calendario.

Se hizo a un lado para dejarla pasar, y el calor de la casa la alcanzó, y el calor de él, y los dos le llegaron como hechos separados que iba a tener que mantener separados. Cruzando el umbral no estaba segura de que lo lograra.

No se sentó. Dejó el bolso sobre la mesa de él, una larga losa lisa de madera con la ventana negra al otro lado, y sacó las páginas que había construido a mano, una columna por cada año, la fecha de la gala rotulada en lo alto, la beca fechada debajo, los donativos hilvanados por el día en que se abonaron. Escuadró las páginas al borde de la mesa como las había escuadrado al borde del escritorio, y lo dispuso todo sobre su propia madera como lo había dispuesto para sí misma.

—Mira las fechas —dijo ella—. No los nombres. Los nombres son la parte que se supone que te sostiene la mirada. —Puso el dedo en lo alto de la primera columna y lo bajó, despacio, para que él tuviera

que seguirlo—. Gala, aquí. Donativo grande, aquí. La semana antes. El mismo hombre no da nada en cuatro años, luego esto. —Se movió a la segunda columna—. Gala. La semana antes, el donativo. El mismo hueco. —Su dedo encontró la tercera columna y la bajó—. Y aquí. No importa quién sea. No importa de qué ciudad sea. El dinero sabe cuándo es la velada, y paga por adelantado. La caridad no paga por adelantado. La caridad paga después, si es que paga, y paga porque está agradecida, y nunca es la misma al día.

Mantuvo el dedo plano sobre la página y lo miró hacerlo. Lo miró de la manera en que la tarjeta le decía que mirara a un sospechoso: las manos primero, luego la mandíbula, luego el pequeño músculo de la comisura del ojo que miente el último porque nadie lo ha entrenado. El mirar y el querer corrían en ella a la misma temperatura y no se dejaban distinguir, y dejó que corrieran y no levantó el dedo.

Él no alcanzó las páginas. Se había movido a la ventana negra mientras ella hablaba, y estaba allí ahora con la bahía a la espalda y un vaso en el alféizar al lado que no cogió. La dejó llegar hasta el final de todo ello. Luego dejó el silencio suspendido, y se sostuvo lo bastante para empezar a hacer su propio trabajo, y ella le dejó tener el silencio, porque hacer que un hombre llenara un silencio era cómo aprendías qué guardaba en él.

Un mentiroso habría explicado. Ciclos de dotación, calendarios de promesas, programas de donativos recurrentes, la docena de cosas que suenan a verdad. Se había preparado para la docena, tenía una carpeta abierta en la cabeza lista para atrapar cada una y sopesarla y dejarla. Él no le entregó ninguna. Miró las fechas sobre la mesa y luego la miró a ella, y sus manos se quedaron donde estaban, y la carpeta en la cabeza de ella se quedó vacía.

—Eres buena en esto —dijo él por fin—. Quiero que sepas que lo veo. La mayoría de la gente que pasó por esas cajas vio una caridad. —Inclinó la cabeza una fracción hacia la mesa—. Tú viste un contador corriendo.

—No es eso lo que he preguntado.

—No has preguntado. Lo has dejado sobre la mesa y me has mirado la cara. Te he sentido hacerlo. —Lo dijo sin calor, como un

hombre nombra el tiempo—. No voy a decirte esta noche qué era el contador. Y no porque no haya nada, entiende esa parte. Porque si empiezo, no podré parar. He pasado mucho tiempo aprendiendo a no empezar. —Giró el vaso un cuarto de vuelta en el alféizar y lo soltó—. Me gustaría, por una noche, no ser el hombre que administra lo que se dice en una sala. ¿Puedo tener eso? Una noche.

—Eso tampoco es una respuesta.

—No. Es una petición. —Cruzó la sala como hacía todo, sin prisa, y se detuvo lo bastante cerca como para que ella pudiera haber retrocedido. No lo hizo. La mesa había estado entre ellos y luego no estaba; ella no habría podido decir después si la había rodeado ella o lo había hecho él—. Has venido hasta aquí a las nueve de la noche por un calendario que podrías haberme leído por teléfono. Yo he abierto la puerta antes de que llamaras. Los dos sabemos qué clase de conversación es esta. Yo soy solo el de los dos dispuesto a decirlo en voz alta, que suele ser mi trabajo, así que.

Su mano subió. Sin tocar. A un par de centímetros de la mandíbula de ella y sostenida allí, la quietud de ello deliberada, el quedarse corto su propia frase. Ella miró la mano como miraba todo, la firmeza de ella, el hecho de que pedía y no tomaba.

—Dime que vuelva a la ventana y volveré. Haremos pregunta y respuesta, y tú decidirás si creerme, y será muy profesional, y lo lamentaré toda la noche. —Su pulgar no se movió hacia ella—. O.

—O —dijo ella, y cerró el par de centímetros ella misma.

Lo besó como hacía todo, deliberadamente, para aprender algo: el ceder de él, su boca, el instante exacto en que su mano decidió quedarse. El catálogo siguió corriendo un momento, y luego el aprender se le escapó de las manos.

La mano de él encontró la nuca de ella, cuidadosa incluso ahora, el pulgar asentándose bajo la mandíbula en el hueco blando debajo de la oreja, el sitio adonde va un pulgar cuando pretende hacer daño, y adonde el suyo iba solo a sostener. La parte clínica de ella alzó la cabeza. *Ese es el sitio. Ahí es donde estaba el moretón de la chica.* El pensamiento la atravesó frío y rápido, y el calor de la boca de él lo quemó, y lo dejó ir. Lo dejó ir todo: la tarjeta de su bolsillo,

la simetría de las cajas, el intervalo al que no le importaba quién era el donante, los diecisiete años que no había vuelto a este pueblo.

Él desabrochó la camisa botón a botón, mirándole la cara entre cada uno, como le había mirado la cara al otro lado de la mesa, como si sus reacciones fueran un documento que se proponía leer dos veces y cotejar consigo mismo. Ella se dejó leer. Lo leyó a él de vuelta: el pulso en la garganta de él, el lugar donde su control se afinaba y sostenía y se afinaba de nuevo bajo sus manos. No dio nada gratis.

—Dime qué quieres —dijo él contra su garganta.

—No te toca administrar esto también.

Lo sintió reír, bajo, el aliento de ello cálido sobre su piel mojada.

—No —concedió él, y dejó de administrar.

No fue suave y no fue cruel. Se tomó su tiempo como hace un hombre cuando el tiempo es la cosa de la que más tiene, y ella renunció a la contabilidad fría que llevaba a cada sala y se dejó ser, durante una hora, solo un cuerpo en una casa oscura sobre el agua, queriendo, siendo querida, exacta y sin guardia por primera vez en más tiempo del que habría admitido ante nadie, y menos ante la mujer cuya tarjeta decía *nunca te impliques*. Él aprendió lo que la movía como había aprendido el calendario, por atención, por volver sobre una cosa hasta que entregaba su orden, y ella le dejó aprenderlo, y tomó sus propias lecturas a cambio, dónde se contenía, dónde no, el único momento en que sus manos cuidadosas olvidaron ser cuidadosas, y archivó incluso eso, incluso entonces, una parte de ella sentada fría al escritorio en la oscuridad y anotándolo.

Cuando llegó al clímax fue con la cara vuelta hacia el hombro de él y el nombre de él no del todo en su boca. Él le sostuvo la parte de atrás de la cabeza durante ello con esa misma terrible cautela, el pulgar en su mandíbula, y bajo el placer la parte de ella que nunca dormía anotó que un hombre así de cuidadoso había aprendido a serlo. La gente aprende la cautela por necesitarla, por estar de pie en salas donde el coste de una mano equivocada era alto.

* * *

Después se tendieron en la oscuridad y la bahía se movió bajo el cristal, y ninguno de los dos representó las cosas fáciles que la gente representa después. Ella no fingió que había venido por él. Él no fingió que había olvidado el calendario. Ella se tendió con el hombro contra el de él y los ojos abiertos en el techo negro y dejó que su pulso bajara y no alcanzó la ropa, y el no alcanzarla fue una cosa que notó y permitió.

Esa fue la parte más desnuda de la noche, más que el resto: los dos tendidos allí con sus propósitos separados extendidos enfriándose en la sábana entre ellos, ambos demasiado cansados y demasiado honestos en la oscuridad para vestir los propósitos.

—Preguntaste si ocultaba algo —dijo él, al techo—. En la clínica.

—Dijiste que todo el mundo lo hace.

—Tengo una cosa de Gideon. De después de que muriera. —Su voz llegó nivelada, lo cual le costó algo; ella pudo oír el coste en lo nivelada que la mantuvo—. La cogí antes de que nadie más pudiera, porque sabía lo que había en ella, y sabía que quienquiera que la tuviera podría... —Se detuvo. Ella lo sintió decidir, en la oscuridad, no empezar, como le había advertido que no haría, el aliento tomado y luego gastado en nada—. La he guardado seis meses. No puedo quemarla. No puedo usarla. No puedo dársela a nadie, porque el día que se la dé a la persona adecuada, mucha gente que no hizo nada malo se ahoga junto a los que sí. Eso es el algo. Eso es todo lo que de ello puedo decir esta noche. Y solo digo esto porque estás tendida en mi cama, y me ha parecido peor mentirte aquí que en la oficina.

Ella se quedó muy quieta. No volvió la cabeza. Volver la cabeza le habría dicho a él que estaba trabajando, y estaba trabajando, cada parte fría y desvelada de ella despierta ahora y anotándolo en la oscuridad. *La tiene, sea lo que sea. La tiene aquí, seis meses, en esta casa o cerca de ella. Y te lo ha dicho, sin que se lo pidieras, con las luces apagadas. Por qué te lo ha dicho. Qué compra un hombre con una confesión que no tenía que hacer.*

La otra parte de ella, la que había vuelto la cara hacia su hombro, no quería que la parte fría tuviera razón sobre el porqué.

Dejó correr el silencio como él había dejado correr el suyo en la ventana. La bahía se movió bajo el cristal. Más allá del rompeolas pudo oír, tenue, el cambio en el sonido del agua que significaba que la marea había alcanzado lo más alto de sí misma y se había detenido, sosteniéndose, muerta, sin ir a ninguna parte en absoluto, antes de cambiar y empezar a llevárselo todo de vuelta hacia fuera.

—Deberías ponerte la camisa —dijo él con suavidad— antes de hacerme la siguiente pregunta. La harás mejor.

Ella se puso la camisa. La abotonó en la oscuridad al tacto, los botones que había elegido, y el elegir parecía ahora hacía mucho tiempo. La hizo mejor.

Él no la respondió.

Condujo de vuelta a El Ancla a la una de la madrugada con la calefacción rugiendo y su propio pulso fuerte en los oídos y la carretera desenrollándose negra por delante de los faros, sabiendo dos cosas que no había sabido a las nueve, que la Fundación Vane tenía un contador encima, y que acababa de acostarse con el único hombre que podía leerlo, y sin saber cuál de las dos había sido el objetivo de la velada, el de él o el de ella, y sospechando, en algún punto bajo la sospecha, que ya no le importaba del todo.

C A P Í T U L O 9

Tres líneas

La calefacción de El Ancla se encendió a la una cuarenta y se apagó a la una cincuenta y cinco y se encendió otra vez a las dos, y Nora aprendió su ritmo como aprendía todo lo que no podía cambiar, anotándolo. Se tendió vestida encima de la colcha porque meterse debajo habría sido una decisión, y la colcha olía levemente a lejía y a cigarrillos ajenos diecinueve años rancios, y a las tres abandonó la pretensión y se incorporó.

No durmió. No lo había esperado. Había un uso para no dormir, y lo había usado antes, en otras noches en otras habitaciones alquiladas, convirtiendo una mala oscuridad en un turno de trabajo para que la mala oscuridad al menos dejara un depósito detrás de sí por la mañana. Puso los pies en el suelo frío y arrastró el portátil por la colcha tirando del cable.

Las cajas que Adrian le había dado estaban apiladas contra la pared en el orden en que las había metido, donantes abajo, becarios arriba, cinco años hondas y no más. Ya las había leído una vez, incorporada, antes de que la calefacción se volviera caprichosa, y no le habían dado nada salvo la sosa confirmación de que la Fundación llevaba buenos libros, lo cual ya creía y no le gustaba creer. Los registros viejos no estaban en las cajas. Las cajas paraban en cinco años en el dinero y corrían un poco más en los niños, y las propias becas, el listado, el verdadero registro de qué niño en qué año, se remontaban décadas más allá de eso, y ya no eran papel. Alguien en la Fundación había pasado el original por un escáner en algún momento, página a página, y había encuadernado los escaneos en un único archivo, y Adrian le había entregado el disco entero sin una palabra señalándolo.

Pensó en eso un momento, el cursor parpadeando sobre el nombre del archivo en la oscuridad azul. Le había dado el disco al otro lado de la isla de la cocina en la casa de cristal, la bahía negra a su espalda, y había dicho *pregunta, respuesta, tú decides* como si le

entregara una cosa cargada y diera un paso atrás para ver hacia dónde la apuntaba. No había dicho *el libro viejo también está aquí*. A las cuatro de la mañana podía leer eso de dos maneras. Descuido. O una clase de temple que no quería desmontar mientras su cuerpo aún guardaba la memoria de las manos de él en su cintura, el peso específico de ellas, el lugar donde su pulgar había presionado.

Abrió el archivo y fue al principio.

El archivo era grande. Se abrió despacio, el ventilador del portátil subiendo unos segundos y luego asentándose, y un recuento en la esquina de la ventana le dijo cuántas páginas había en él, y el número era lo bastante alto como para que hiciera la aritmética sin querer y obtuviera una cifra en décadas. Puso el portátil sobre la colcha y se acomodó a su alrededor con las piernas cruzadas con el cuaderno abierto en la rodilla y el bolígrafo tapado cruzado en el lomo de él, la disposición que usaba en cualquier mesa donde hubiera lectura que importara que hacer, y apagó la única lámpara de la habitación porque la pantalla era más brillante que ella y la lámpara ponía un resplandor sobre el cristal.

Leyó todo desde el principio. La forma de una cosa vivía en su inicio, y un manifiesto se lee de arriba abajo o no se lee, y un libro de cuentas era solo un manifiesto de niños. La primera página escaneada apareció gris y cuadrada. Quienquiera que hubiera pasado las páginas lo había hecho con cuidado, dejando cada una plana para que las líneas de pauta se mantuvieran fieles y las esquinas mostraran su moteado limpio, la floración parda comiendo desde los bordes, la sombra del lomo donde la encuadernación había arrastrado la página hacia su espinazo y tirado de la tinta con ella. Hizo zoom hasta que una sola línea de pauta llenó la pantalla y el brillo de ella le iluminó las manos y nada más en la habitación.

Era un objeto hermoso. Se lo concedió, brevemente, del modo en que le concedía a una tabla de mareas su elegancia antes de usarla para poner un cuerpo en un sitio donde no debería estar. Una larga página por año, pautada a mano, las becas anotadas hacia abajo por las columnas en la misma pluma estilográfica por lo que era a todas luces la misma mano a lo largo de un lapso que ninguna vida laboral única debería cubrir. Los mismos bucles. El mismo trazo

descendente pesado presionado en cada mayúscula, la plumilla cavando una pequeña hondonada y dejando que la tinta se levantara en ella. Las primeras páginas eran apretadas y verticales, escritas cerca de la pauta, la mano de un hombre que aún creía que el libro algún día sería leído por alguien con la categoría suficiente para hacerle responder por él. Se aflojaron según corrían las décadas. Los bucles se volvieron generosos. El trazo descendente siguió pesado.

Arrastró cada página hacia abajo con dos dedos y la leyó como le habían enseñado, esquina superior a esquina inferior, las filas sosas tan cuidadosamente como las ruidosas, porque la cosa que encuentras casi nunca está en la fila por la que veniste. Al pie de una página deslizó a la siguiente y el escaneo dio un salto, medio segundo de blanco, y luego el nuevo año se irguió en su encabezado en la misma mano pesada, y se asentó a él. *Nombre. Edad. Suma. Patrocinador.* La última columna el formulario la llamaba *patrocinador* y lo que significaba, entendía ahora, era de quién el dinero. Qué cuenta de qué donante había sido canalizada a qué niño. El contador hecho literal, el alquiler asignado, un santo llevando sus propios libros de su propia mano y dejando que la contabilidad fuera el indicio, si alguien la leía alguna vez como ella la estaba leyendo ahora, que nadie había hecho.

No leyó por encima. Había visto leer por encima perder casos. Puso el cursor en el primer nombre y bajó por la columna con los labios no del todo moviéndose, nombre y edad y suma, nombre y edad y suma, el ritmo de ello como contar una pesca por encima de la borda, y donde la tinta había sangrado en el lomo arrastraba la página de lado hacia mejor luz y leía la cifra sangrada de todas formas. Algunos de los nombres los conocía a medias. Un Marsh, a dos páginas de distancia, una grafía más antigua de un nombre que regía ahora el departamento de policía. Un Vane o dos, la familia escribiéndose dentro de su propia caridad por las apariencias. Las horas de ello pusieron una especie de entumecimiento sobre ella que reconoció y no combatió, porque el entumecimiento era donde hacía su mejor lectura, la parte de ella que quería las cosas en calma para que la parte que notaba pudiera trabajar.

En algún punto de los años intermedios la pluma había borroneado sobre una V mayúscula. No la había tachado. Había dejado el pequeño sol negro de ella asentado allí junto al nombre de un niño, una cosa que podía permitirse dejar, y se quedó con esa página más tiempo del que sus filas merecían, la calefacción encendiéndose, apagándose, la habitación yendo de fría a menos fría a fría otra vez. Fuera, allá abajo, el agua se movía contra los pilotes bajo el paseo, el largo y parejo vertido de una marea saliente, y la oyó como siempre la oía, sin escuchar, un reloj con el que se había criado. El cielo en el hueco de la cortina seguía liso y negro. Le quedaban horas. Pasó la página.

Leyó hacia delante hacia Iris. Estaba leyendo por Iris, toda la larga subida a través de las décadas apuntada a un nombre en un año reciente, y por eso cuando la otra cosa llegó, llegó de lado, la llegada de una cosa que no estás cazando. Su ojo la cruzó y siguió. Leyó tres líneas más, sumas de cuatro cifras en su columna pulcra, antes de que el fondo de su mente alzara la mano y la cogiera por la muñeca y le detuviera la mano sobre el panel táctil.

Volvió atrás.

Leyó la línea.

Junie Quist. 19. —. Patrocinador: G.V.

La calefacción eligió ese momento para encenderse, y ella no la oyó. La habitación con su lejía y su humo rancio y su suelo frío se fue muy lejos, una larga distancia, al otro lado de la pantalla iluminada, y solo estaba la página y la línea en ella y el guion donde debería haber estado la suma.

Ningún número. Un guion. El único guion de la página.

No se permitió apartar la vista de él y no se permitió mirar nada más. Puso el pulgar y el índice en el panel táctil y subió el brillo hasta que el escaneo floreció y se puso calcáreo, y luego lo bajó hasta que se oscureció y el grano del papel viejo volvió, y se inclinó lo bastante cerca como para que su propio aliento empañara una pequeña mancha en el borde de la pantalla. El guion aguantó. Era una sola tirada confiada de la plumilla, nivelada, deliberada, la tinta encharcada una fracción más pesada en su extremo derecho donde la pluma se había levantado, como toda cifra de esa columna se

encharcaba en su cola. No un guion corto. No un desliz de una mano cansada al final de una página larga. Se asentaba en el centro exacto de la celda, dimensionado y pesado como un número, escrito del modo en que la misma mano escribía la *V* que había decidido dejar en pie.

Encima de él las sumas seguían corriendo, cuatro cifras, pulcras. Debajo de él las sumas seguían corriendo. El nombre de su hermana se asentaba entre ellas con una línea horizontal por precio.

Leyó el nombre otra vez para asegurarse de que el escaneo no se había comido un dígito, de que no había un número pálido y tenue bajo el trazo oscuro que el brillo se hubiera tragado. No lo había. *Junie Quist. 19.* La edad era correcta. La edad era exactamente correcta, y eso era la segunda cosa, llegando medio segundo detrás de la primera y peor que ella. Junie a los diecinueve. El nombre de Junie en la propia mano del santo, en la misma pluma estilográfica que había escrito cuarenta años de los niños del pueblo bajo su brazo, tres líneas y diecinueve páginas atrás de un año reciente todavía por delante de ella en el archivo, donde un niño distinto esperaba ser escrito en la misma columna bajo las mismas iniciales.

Su hermana estaba en el libro.

Su hermana había sido becaria Vane.

No lo había sabido. Puso el hecho delante de sí misma y lo miró y no pudo hacerlo viejo, no pudo encontrar el lugar gastado donde ya debería haberlo sabido. Había tenido quince años el otoño en que Junie entró en el agua y no salió de ella, y Junie había tenido diecinueve, cuatro años por delante de ella y ida, y en todos los años desde entonces, en toda la lectura que había hecho de la breve e inacabada vida de su hermana, las fotos del colegio, el único novio, el trabajo en la tienda de la conservera, el entero y delgado expediente que había construido y reconstruido, jamás una sola vez había hecho aflorar la cosa que decía que su hermana había sido uno de los adolescentes brillantes y asustados que el viejo escribía dentro de su futuro gratis.

No gratis. Había un guion donde iba el precio. Cada otro nombre en cada página que había leído tenía un precio. Junie tenía una

línea.

Se levantó de la cama.

Recorrió el largo de la habitación y volvió, lo cual fueron cuatro zancadas en cada sentido y no le dio nada que hacer con el caminar salvo dar la vuelta. Había caminado las rocas bajo la conservera igual de niña, hasta donde el agua cambiaba y de vuelta, ida y vuelta, ida y vuelta, y se obligó a detenerse ahora en mitad del suelo con el frío subiendo a través de sus calcetines, porque podía sentir la cosa empezando. La cosa que hacía con un hecho. La cosa que había hecho con la muerte de su hermana durante diecinueve años y que aún no siempre podía cazar en el acto de hacerla: el saltar, el construir, la estructura entera y segura levantada en un latido sobre la fuerza de una sola línea, una marea que estaba mal por veinte minutos, un guion. Conocía el fallo como se conoce la propia letra. Había alejado de él a una docena de detectives más jóvenes. Aún no podía sentirlo ocurriendo hasta que ya había ocurrido.

Se sentó de nuevo e hizo que sus manos hicieran trabajo, porque sus manos eran la parte de ella en la que confiaba. Le había dicho a un subordinado una vez, hacía años, en un aparcamiento sobre un cadáver que era casi con certeza obra del marido y que la prueba aún no les dejaba decir que era obra del marido, que la diferencia entre un investigador y una persona en duelo era que el investigador anotaba las cosas que argumentaban contra lo que ella quería. Construyes el caso contra tu propia teoría primero, había dicho, le das cada oportunidad de ser falsa, y si sobrevive a eso, entonces tienes algo. El subordinado había asentido y no había entendido, como ella misma había asentido a los treinta y no había entendido. Lo entendía ahora, a la peor hora posible, con la teoría siendo la única que moriría por conservar.

Encontró el número de página y lo escribió en su propio cuaderno de su propia mano. Subió dos años y leyó la columna, cada celda, y no había guion. Bajó dos años y leyó la columna y no había guion allí tampoco, ni uno, el listado entero pagado hasta el último niño salvo el suyo, cuatro cifras y cuatro cifras y cuatro cifras, y escribió *ningún otro guion, ±2 años* y presionó el bolígrafo demasiado fuerte en el subrayado y sintió la plumilla enganchar el

papel. Escribió las iniciales del patrocinador. Escribió la fecha que daba el encabezado de la página. Construyó el andamiaje aburrido alrededor de la cosa como lo habría construido alrededor de cualquier otra línea en cualquier otro libro, y la voz interior plana que usaba para hablarse a sí misma para apartarse de una teoría subió por debajo del trabajo, firme, razonable, la voz que medio creía.

Un guion no es una sentencia. Un guion es un número que falta. Quizá la beca fue rechazada y el viejo marcó el rechazo con una línea en lugar de un cero, una vieja costumbre de contable. Quizá Junie murió antes de que se pagara y él cerró la celda en vez de dejarla en blanco. Quizá la pluma se secó en esa única cifra y pensó volver y nunca lo hizo y el guion era un accidente que solo parecía decidido. Todo cierto. Todo posible. Escribió *¿rechazada? ¿murió antes? ¿sin pagar?* y puso un signo de interrogación en cada uno y se hizo creer, durante el tiempo del escribir, que cualquiera de ellos podía ser la respuesta.

Bajo la voz plana la otra cosa ya estaba en pie, terminada, segura, sin ningún andamiaje a su alrededor porque no había necesitado ninguno. *Son la misma.* Su chica en el cajón frío del condado y su hermana en el agua fría diecinueve años ida, la misma edad, la misma agua, el mismo muelle, el mismo libro, el mismo trazo descendente pesado sobre las mismas mayúsculas. Diecinueve años de diferencia y era una cosa y nunca había parado, era la misma mano que escribió ambos nombres y el mismo pueblo que no leyó ninguno, y aún seguía ocurriendo esta noche colina arriba donde las luces se preparaban para una fiesta.

Conocía la forma de esa certeza íntimamente porque era suya y se había equivocado dentro de ella antes. Tampoco podía hacerla sentarse.

Pasó a una página limpia en su propio cuaderno y escribió una palabra, presionando demasiado fuerte, las letras cavadas dentro.

No lo hagas.

La miró. Escribió debajo de ella:

Verifica.

Miró eso. Y porque había pasado una carrera siendo honesta consigo misma por escrito incluso cuando fallaba en todo lo demás,

porque el cuaderno era el único sitio en el que nunca había sido capaz de mentir, escribió la tercera línea bajo la segunda, en la misma mano, presionada igual de fuerte:

No lo harás.

C A P Í T U L O 1 0

El patrón

La sirena del ferry había callado para cuando se levantó de la cama, y la habitación había pasado de un gris a un gris más delgado, esa clase de luz que llegaba desde la bahía antes de que el sol librara el cabo y que aún no significaba nada respecto al día. Llevaba un rato sin moverse. El portátil se había dormido solo y había despertado cuando ella tocó el trackpad, y la página escaneada volvió a aparecer, el nombre de su hermana y el guion donde debería haber estado el dinero, y lo miró como lo había mirado durante la última hora, la mirada que se le da a una cosa para impedir que ella te mire a ti.

Tenía un procedimiento para esto. Tenía un procedimiento para todo; era la única herencia en la que confiaba. El procedimiento para un hecho que aún no podías sostener era meterlo en el sistema que sostenía los hechos: registrarlo, ponerle marca de tiempo, derivarlo a la mesa a la que pertenecía. Tenía el número del teniente. Tenía el número de Marsh en una tarjeta dentro de su abrigo, con el horario de mareas del capitán de puerto sujeto detrás con un clip. Podría haberse quedado en el aparcamiento frío con las primeras gaviotas trabajando la barandilla del ferry vacío y hacer una llamada que durara noventa segundos y diera por terminada su participación, y sabía, allí de pie con el teléfono ya tibio en la mano de tanto sostenerlo, que la llamada de noventa segundos era la correcta y que todos los hombres y mujeres que había instruido la habrían hecho.

Dejó el teléfono boca abajo sobre la mesilla. Se hizo café en la pequeña máquina de la habitación, de las que tomaban una cápsula de aluminio y producían algo marrón y aguado, y se bebió la mitad de pie junto a la ventana, de espaldas a la cama, mirando a un hombre con vadeadores que recorría el pantalán de la marina revisando los cabos, y cuando el café estuvo a la mitad dejó la taza en el alféizar y no lo terminó. Se lavó la cara con el agua dura del

baño. No se miró en el espejo más de lo que duró el lavado. Salió de nuevo y cogió el teléfono y no lo desbloqueó y lo dejó otra vez, esta vez con la pantalla hacia arriba, como si la diferencia en la posición en que descansaba fuera algo que estaba negociando.

Pensó en Marsh, que tenía un pueblo que proteger y la autoridad legal para protegerlo, y que echaría una sola mirada a una detective del estado cuya propia hermana figuraba en el libro de becas de la víctima y la apartaría del caso en menos de una hora, correctamente, según todas las normas que Nora llevaba plastificadas en el abrigo. Pensó en el teniente, que la había mandado allí para una noche de papeleo y merecía saber que la noche de papeleo tenía ahora el nombre de su familia escrito en mitad de ella, y que mandaría a alguien limpio, alguien cuya hermana no fuera un guion, que era lo correcto, lo único correcto. Pensó en Adrian, que le había entregado el disco sin señalar lo que contenía, que podía saber qué significaba el guion, que había dicho *pregunta, respuesta, tú decides,* y que estaba tumbado en su casa de cristal sobre el agua con aquello que le había quitado a un muerto.

Había tres personas a las que podría habérselo contado. Se quedó en la habitación con el teléfono boca arriba en la mesilla y el portátil brillando en el escritorio y no se lo contó a ninguna de las tres, y el no contarlo no fue tanto una decisión que tomó como una que se descubrió ya tomada, del mismo modo en que adviertes que la marea ha cambiado por la línea que ha dejado en la roca.

Se guardó el teléfono en el abrigo. Se puso el abrigo. No llamó a nadie, y salió a su coche y condujo hasta la droguería del paseo marítimo que abría a las siete, y compró dos paquetes de fichas sin rayas y un rollo de cinta y un rotulador negro de fieltro, y el chico de la caja le preguntó si era maestra y ella dijo que no, y eso fue lo único que le dijo a otra persona antes del mediodía.

* * *

Lo construyó en una pared, como construía todo, porque con una pared no se podía discutir, y con una cabeza sí.

Lo hizo dentro del número seis con las cortinas corridas contra el paseo marítimo y las gaviotas. Había un grabado enmarcado sobre la cama, un faro sobre un peñasco con una ola deshaciéndose a sus pies, de esos grabados que un motel compra por gruesas, y lo descolgó del gancho y lo volvió contra la pared y dejó el respaldo de cartón inclinado hacia la habitación. El reverso del grabado estaba limpio y marrón y rígido, una buena superficie, mejor que la propia pared, y le gustó que tuviera un marco alrededor, un borde, una arista contra la que las columnas pudieran correr rectas.

Despejó el escritorio. Dejó las cajas que Adrian le había dado en el suelo donde podía alcanzarlas y dejó su portátil donde podía ver el libro mayor escaneado y se sentó en la silla dura con las fichas sobre la rodilla y empezó.

Un hecho por ficha. Lo había aprendido por las malas, en un pueblo a dos estados de distancia, donde había puesto tres hechos en una ficha para ahorrar fichas y había empezado a trenzar los tres antes de habérselos ganado y había levantado toda una arquitectura sobre una coincidencia de fechas y había visto a un abogado defensor sacar la ficha de abajo y derribar el resto delante de un jurado. Un hecho. Un nombre, un año. Letras de molde, porque su propia letra se inclinaba y no quería leer la inclinación como significado. Escribió el nombre de un donante y el año en que su nombre apareció por primera vez entre las donaciones, y pegó la ficha en la esquina superior izquierda del cartón, a escuadra, la cinta aplanada con el dedo, y enfiló la vista a lo largo de su borde superior como el hombre de los vadeadores había enfilado la vista a lo largo de sus cabos.

Donantes a la izquierda. Trabajó primero los registros de donaciones porque eran el conjunto más limpio, cinco años de profundidad en las cajas y un poco más en el rollo digitalizado, los nombres de la ciudad que extendían cheques a la Fundación cada primavera. Una ficha, un nombre. Construyó la columna por el borde izquierdo del cartón, alineando el lado izquierdo de cada ficha nueva con la de arriba para que la columna quedara a plomo, y cuando una ficha quedaba un grado torcida despegaba la cinta y la recolocaba, y el pequeño desajuste de una ficha inclinada la corroía más que lo

que estaba construyendo, así que corregía cada inclinación antes de permitirse escribir la siguiente.

Becarios a la derecha. Trabajó el rollo de las becas concedidas, los niños, una ficha por niño, el nombre y el año en que el niño salió, y construyó esa columna por el borde derecho, a plomo respecto a su propio borde, las dos columnas enfrentadas a través del campo marrón con un palmo de cartón vacío entre ellas.

Por el centro puso las fechas. Las veladas de primavera. Las galas y las noches de fiesta y las cenas de donantes, el calendario de ocasiones de la Fundación que se remontaba hasta donde alcanzaban las cajas, una columna de fechas en el surco entre los niños y los hombres, y no se permitió, mientras las colocaba, mirar cómo se situaban las fechas respecto a los nombres a uno y otro lado. Las colocó como datos. Mantuvo los ojos en la escuadra de las fichas y en la rectitud de la cinta y en el único hecho que cada ficha tenía permitido cargar, y trabajó así durante la mayor parte de una hora, la cabeza gacha, el rotulador chirriando, la calefacción de la habitación encendiéndose con un tictac y fallando y encendiéndose de nuevo.

Llevaba una hora en ello antes de permitirse dar un paso atrás, y dio el paso atrás porque la rodilla se le había agarrotado de la silla y no porque pretendiera leer la pared, y la leyó de todos modos, toda ella a la vez, y sus manos lo habían sabido antes que su cabeza. Había construido a los donantes y a los becarios en lados opuestos de una sola línea, y el dinero cruzaba la línea, y la cruzaba en ambas direcciones, y la cruzaba con un ritmo.

Un niño salía. Un año después, a veces dos, a veces más, llegaba un donativo de uno de los nombres de la ciudad, y entonces ese nombre seguía dando. Puso el dedo en lo alto de la columna de un donante y lo bajó, año tras año, y la cifra bajo su dedo apenas se movía: la misma suma, con un leve empujón por el coste de la vida, pagada cada primavera como una cuota de amarre en la marina. Recorrió una segunda columna e hizo lo mismo. La gente no daba así por calidez. La calidez era un repunte y un decaimiento, un hombre conmovido en una cena que extendía un cheque con el que se sentía bien y luego se apagaba. Esto era una línea nivelada,

mantenida plana a lo largo de años, a lo largo de décadas en dos de las columnas, mucho después de que cualquier acto único de generosidad hubiera gastado su sentimiento. Había visto la forma antes, en otros libros mayores en otros pueblos, la línea plana e inquebrantable de un hombre pagando por algo que no podía permitirse dejar de pagar.

Se volvió hacia los becarios. Sacó sus fichas y las recolocó por la fecha en que cada niño había salido, deslizándolas arriba y abajo por la columna derecha hasta que las fechas corrieran en orden verdadero, y cuando corrieron en orden volvió a dar un paso atrás y la segunda cosa se irguió fuera del cartón. Los niños no llegaban dispersos, el derrame aleatorio de la necesidad. Llegaban cronometrados. Un becario nuevo casi todos los años, y los años se situaban en intervalos que una persona podía recorrer con un dedo, de uno al siguiente, parejos, deliberados, un espaciado con una mano detrás. Nunca dos en un año flaco. Nunca un hueco lo bastante largo como para que un donante que pagaba su línea anual nivelada empezara a preguntarse si aquello por lo que pagaba había terminado.

Se metió en las cajas a por las fotografías. La Fundación las había guardado, como cualquier obra benéfica las guarda, para el boletín y el programa de la gala y la pared del Salón, el becario de cada año en un retrato escolar, el fondo gris jaspeado, el cuello de la camisa, la sonrisa que un niño le da a un desconocido que sostiene una cámara. Encontró las que pudo y las pegó bajo los nombres, pequeñas, en una hilera bajo la columna de la derecha, y se obligó a mirar la hilera cuando estuvo terminada, los rostros uno al lado del otro bajo las fechas cronometradas, y odió sus propias manos por aquello que habían ensamblado, porque había un patrón en la hilera y el patrón tenía un sabor y el sabor era lo peor que había sacado de las cajas.

Cada rostro era el suyo. Cada rostro era la misma selección hecha una y otra vez durante cuarenta años. Esa clase de brillo que hace que a un niño lo noten al otro lado de una sala, y bajo el brillo, en la postura de los hombros, en quién estaba y quién no estaba de pie a su lado en el borde recortado del encuadre, esa clase de

soledad que significa que nadie viene a preguntar cuando el notar se convierte en otra cosa. Niños a quienes no creería nadie y echaría de menos todo el mundo. Eran dos cosas distintas y ella había dedicado una carrera entera a la diferencia, y la Fundación tenía un don para distinguirlas, para encontrar a los que brillaban cuyo brillo hacía que los adultos se inclinaran hacia ellos y cuya soledad significaba que la inclinación no tenía testigo.

Se sentó en el pie de la cama. La pared la encaraba, a escuadra y a plomo y terminada, las dos columnas y las fechas entre ellas y la hilera de rostros de niños bajo los nombres de la derecha, y se obligó a decirlo en voz alta, una vez, a las cortinas corridas, porque decir algo en voz alta era su manera de comprobar si era conocimiento o solo miedo con el abrigo del conocimiento puesto.

—Vendía el silencio de los niños a los donantes —dijo. La habitación lo recibió plano; las cortinas no se movieron—. Y les revendía a los donantes su propia vergüenza. Cada primavera. Para siempre. Y a todo el conjunto lo llamaba obra benéfica, y el pueblo decía gracias.

Se sostuvo. Había dicho cosas de peor sonido a habitaciones vacías que se deshacían en cuanto le salían de la boca, miedo que necesitaba su voz para tenerse en pie y que no podía tenerse en pie sin ella. Este se sostuvo sin ella. Era feo y se sostuvo, y la parte que le puso las manos planas sobre las rodillas fue la elegancia de aquello, la ingeniería: que la misma velada hacía ambos trabajos a la vez. El becario brillante y asustado que llevaba una bandeja de vino al invitado poderoso era el producto exhibido y el precio fijado en un solo movimiento, y todas las personas de aquella sala habrían jurado sobre la Biblia familiar que estaban viendo a un buen hombre dar a un niño pobre un futuro. Una reputación no era algo que a Gideon Vane le hubieran dado. Era algo que él había fabricado, a escala industrial, a partir de los mismísimos niños que estaba gastando, y había hecho funcionar la fábrica durante cuarenta años, y el pueblo defendería el producto con su cuerpo porque el pueblo vivía dentro del producto. La marina estaba dentro. El Salón restaurado estaba dentro. La beca que algún chico honrado había tomado y usado para irse del pueblo y volver convertido en enfermera estaba dentro, real,

pagada con la misma moneda. Y esa era la pared que se alzaba detrás de la pared que ella había construido, la única a la que no podía pegarle una ficha: no había costura entre el dinero bueno y el malo, ningún lugar por donde cortar, porque había sido el mismo dinero todo el camino hacia abajo.

Pensó en Maren en el muelle el día anterior, la taza de café calentándole las manos, *el menor reembolso posible de una deuda,* la frase aterrizando ahora donde no había aterrizado entonces, y se sintió mal en un lugar al que no tenía nombre y no intentó ponerle uno.

Se levantó de la cama y cruzó hasta la pared y se quedó cerca de ella, lo bastante cerca para leer el único guion que aún no había sido capaz de obligarse a poner en una ficha, la única línea de la página escaneada que no tenía suma, el nombre de su hermana con la propia pluma estilográfica del santo tres columnas más allá de donde colgaban los rostros de los niños. Había dejado un hueco en la columna de la derecha, un trecho vacío de cartón marrón cerca de lo alto donde debería ir una ficha, y había sabido que lo estaba dejando y se había dicho que lo dejaba para verificación, para el día en que pudiera escribir la línea limpia. El rotulador seguía en su mano. Cogió una ficha de la pila y la sostuvo contra el cartón en el hueco, y la calefacción de la habitación siguió con su tictac, y no escribió el nombre. Devolvió la ficha a la pila y aplanó el hueco con el pulgar como si hubiera allí una ficha que enderezar, y se quedó de pie frente a la pared en la oscuridad de cortinas corridas con los rostros de los niños asomando del marrón y las líneas niveladas de los donantes bajando por la izquierda y el guion de su hermana brillando en el portátil a su espalda, sin escribir, la única línea de todo el rollo que aún no era capaz de poner a escuadra.

C A P Í T U L O 1 1

La pancarta

Subió hasta el Salón por el camino largo, pasando por la ventanilla del capitán de puerto donde la tabla de mareas colgaba tras su rejilla, porque quería los pocos minutos de frío que le daría el paseo marítimo antes de tener que mirarlos a los dos y averiguar si la forma que había construido en el reverso de un grabado de faro había cambiado sus rostros o solo el suyo propio.

No había cambiado el Salón. El Salón era la misma sala restaurada con aire de granero que había sido una semana atrás, las vigas de hierro raspadas y aceitadas, el suelo barrido hasta un brillo que no pertenecía a un edificio de trabajo, los ventanales largos arrojando la luz gris del puerto sobre tablones que en otro tiempo habían corrido con salmuera y sangre de pescado y ahora no corrían con nada salvo la suciedad que dos empleados empujaban hacia las puertas con escobones anchos. La suciedad siseaba por delante de las cerdas. Ese era el sonido más fuerte de la sala cuando entró, ese siseo, y por debajo, muy abajo, a través de las suelas de sus botas, la baja y pareja tracción de la mitad operativa de la conservera, la parte del edificio que aún se ganaba el sustento, izando algo pesado a algún sitio fuera de la vista.

Maren estaba subida a una escalera.

Estaba subida de verdad, no supervisándola, no señalando desde el suelo a un hombre que se encargaría de trepar, subida ella misma por los peldaños de aluminio con pantalones de buena lana del color de la arena mojada, con una grapadora en una mano y el extremo suelto de la pancarta del centenario echado sobre el hombro como una banda. Dos de los empleados estaban al pie de la escalera con las manos en los largueros, sujetándola, y un tercero sostenía la esquina lejana del lienzo con el brazo extendido para que el nombre de los cien años no se plegara contra la viga antes de que ella lo fijara. CIEN AÑOS, decía la pancarta, en una serifa que alguien le había pagado a un diseñador, y debajo el nombre de la conservera y

las fechas, y una orla de festón a lo largo del borde inferior que no significaría nada para nadie en la sala el sábado y que Maren estaba, en este momento, poniendo recto.

Fijó la primera esquina. La grapadora hizo un chasquido plano que las vigas atraparon y devolvieron doblado. Luego bajó dos peldaños, no del todo, solo lo justo para poner el ojo por debajo de la línea de la viga, y enfiló la vista a lo largo del lienzo como un carpintero enfila una tabla, un ojo cerrado, el extremo suelto todavía sobre el hombro. Algo en el trazo de aquello no la satisfizo. Volvió a subir. Trabajó otra vez la esquina que acababa de fijar, soltándola con el pulgar bajo la grapa, la levantó, desplazó el lienzo quizá medio centímetro, un medio centímetro que nadie de pie en el suelo leería jamás como diferente, que ninguna fotografía del sábado registraría, que existía únicamente en la geometría entre la viga y su propio ojo, y lo chascó de nuevo abajo.

El hombre al pie de la escalera levantó la mano.

—Yo puedo encargarme de eso, señora Vane, no tiene por qué...

—Lo tengo. —Sin aspereza. No miró hacia abajo para decirlo. Ya estaba alargando la mano hacia la siguiente esquina, la grapadora cabalgándole la cadera, la mano libre apoyada plana contra la vieja viga para sostenerse, y la viga aguantó su peso como había aguantado el de un siglo, y ella ajustó el nombre de los cien años con sus dos propias manos porque ese, comprendió Nora, mirando desde junto a la suciedad del escobón, era todo el sentido del asunto: que ningún capataz, ninguna mano contratada, ninguna detective pudiera decir que la pancarta la había colgado nadie que no fuera Maren Vane.

—Nora. —Maren la había visto sin dar la impresión de mirar. El saludo bajó cálido desde la escalera, sin prisa, una persona contenta de tener compañía mientras trabaja—. Has vuelto. Bien. Aguanta un momento. Quiero esta esquina recta y luego soy toda tuya.

Nora aguantó el momento. Se obligó a mirar cómo la esquina se ponía recta.

Fue mientras miraba cuando la forma se tambaleó. No había esperado que lo hiciera. Había recorrido el paseo marítimo preparada para que los rostros delataran algo y no habían delatado

nada, y lo había archivado como confirmación, y entonces el tambaleo llegó no de nada en el rostro de Maren sino de la grapadora, del cuidado con que la usaba, del medio centímetro, de una mujer con buenos pantalones subida a una escalera a la que no tenía por qué subir, ocupándose de un festón que nadie vería, un martes, por un pueblo. Seguramente, decía el tambaleo, nadie que hubiera hecho lo que decían las fichas del grabado del faro que se había hecho podría estar ahí arriba preocupándose de si la orla quedaba nivelada. Seguramente el preocuparse y la cosa eran dos países distintos.

Lo había pensado antes, en otros dos pueblos, de otras dos personas, y se había equivocado las dos veces. Los que más se preocupaban del festón no eran nunca los que habían decidido que su causa era una cosa pequeña y vergonzosa. Eran los que habían decidido que su causa era justa. Una causa justa no volvía descuidada a una persona. La volvía atenta al festón, porque el festón era la causa hecha visible, y un festón torcido era una calumnia contra la causa. Había visto a un hombre que había arruinado a nueve familias enderezar un cartel de una colecta benéfica en el sótano de una iglesia con la ternura de un padre arreglándole el cuello a un hijo. Apartó el tambaleo. Fue adonde había puesto los otros.

Maren bajó la escalera entonces de verdad, peldaño a peldaño, y se apeó y se sacudió las palmas una contra otra para quitarse la pelusa del lienzo, y miró una vez hacia arriba su obra con la cabeza ladeada, y quedó satisfecha, y volvió la satisfacción hacia Nora como si fuera lo mismo.

—Ya está —dijo—. Cien años. Mi abuelo vertió los cimientos bajo este suelo y mi padre no habría sabido decirte por qué extremo se coge una grapadora. —Lo dijo con cariño, una broma de hija, y aterrizó como una broma de hija—. Vendrás el sábado.

No era una pregunta y no era del todo una orden. Nora la dejó posarse un segundo a ver hacia qué lado se inclinaba.

—A la gala —dijo Maren, ayudándola—. No como policía. Como invitada. —Puso un pequeño peso sobre la palabra, la dejó entre ambas como una silla apartada de la mesa—. Lo digo en serio. Sea

lo que sea lo que encuentres, y creo que eres una persona que encuentra cosas, lo supe la primera mañana, lo habrás encontrado haciendo tu trabajo, y ese es tu trabajo, y jamás te pediría que lo dejaras. Pero no hay ley que yo conozca que diga que una persona no puede hacer su trabajo toda la semana y aun así dejar que este pueblo le dé de comer una buena cena un sábado. Naciste aquí. Siéntate a cenar aquí.

—Estoy investigando una muerte —dijo Nora.

—Estás investigando una muerte y el pueblo del que era la chica muerta organiza una cena —dijo Maren, suave, imperturbable, y Nora oyó llegar la forma entera dentro de la suavidad. Era una invitación y era una colocación. Una invitada en la gala era una detective dentro de la carpa, sentada, visible, en una mesa con un número, donde Maren podría encontrarla al otro lado de la sala con una sola mirada por encima de una copa y saber exactamente dónde estaba la policía y que la policía estaba comiendo el salmón de la Fundación bajo la pancarta de la Fundación. Una detective que declinara era una detective fuera, en la oscuridad, con sus propias ideas. Maren le estaba ofreciendo una silla igual que le había ofrecido una pancarta a la viga: a escuadra con la línea, fijada donde se quedaría, una cosa dispuesta de modo que la que la disponía pudiera mirarla más tarde y encontrarla donde la había dejado.

Y lo peor de todo, la parte que hacía que la forma se sostuviera en lugar de tambalearse, era que Nora no creía que Maren lo viviera como control. Creía que Maren lo vivía como cuidado. Creía que a Maren le habría dolido sinceramente oírlo llamar de cualquier otro modo, que sentaba a la gente porque la gente sentada estaba a salvo y alimentada y controlada, que había pasado la vida sentando al pueblo entero y llamando al acto amor, y que era precisamente eso lo que hacía que funcionara, porque no puedes pillar a una persona estremeciéndose ante algo por lo que no siente ninguna culpa.

—Me lo pensaré —dijo Nora.

—Piénsatelo. —Maren ya estaba volviéndose hacia la viga, el ojo subiendo hacia el festón para comprobar que no se había desplazado en los treinta segundos que le había dado la espalda, la detective

sentada ahora en su mente como la pancarta estaba sentada en la viga, a escuadra y grapada y tachada de una lista—. Ponte algo que no sea un abrigo. Encontrarás a Adrian en el despacho del capataz si lo quieres. Hoy no le sirve a nadie de nada.

* * *

Estaba en el despacho del capataz y no estaba fluido.

Lo había sabido para cuando la puerta estuvo medio abierta. El Adrian que había conocido una semana atrás llenaba una sala antes de hablar, disponía la frase correcta en el orden correcto, hacía que lo difícil sonara controlado. Este hombre estaba sentado tras el viejo escritorio de acero del capataz con un bolígrafo en la mano y una sola hoja de papel delante en la que no estaba escribiendo, y la facilidad de su rostro se había ido, raspada como las vigas, hasta el metal apagado de debajo.

Había venido con tres preguntas. Las había construido con cuidado en el paseo marítimo, tres preguntas cuidadosas dispuestas de modo que cada una pusiera a prueba la forma sin llegar nunca a sostenerla a la luz donde él pudiera verla, y se proponía empezar por la más segura. Sacó la primera casi entera, algo sobre los registros de donantes, sobre en qué años cambiaba el calendario de donaciones, y él dejó el bolígrafo sobre la hoja, lo alineó a escuadra con el borde del papel con un dedo, y la miró.

—Lo has visto —dijo.

Ella se detuvo.

—Sea lo que sea lo que tienes ahora mismo en la cara —dijo Adrian—, no lo tenías ayer. —No sonaba asustado. Sonaba como un hombre que oye una cosa que llevaba años esperando de pie en un umbral, llegada por fin sendero arriba. No alivio exactamente, sino el aflojarse del músculo que hace la espera—. Así que pregúntame lo que viniste a preguntar. La de verdad. No las tres cuidadosas que construiste subiendo hasta aquí, veo que construiste tres. Estoy cansado de las cuidadosas. Hemos pasado de esas, tú y yo. Habría pensado que pasamos de esas desde anoche.

Bajo el suelo el cabrestante recogió su carga. La notó antes de oírla, la lenta y pareja tracción subiendo por los tablones hasta las suelas de sus botas, la mitad operativa del edificio izando algo pesado palmo a palmo, y el sonido de aquello llenó el silencio en que se había convertido el despacho.

Así que dejó las tres preguntas cuidadosas y formuló la de verdad.

—¿Chantajeaba Gideon Vane a sus donantes con lo que se les hacía a sus becarios?

El cabrestante corrió. El bolígrafo descansaba a escuadra con el papel. Adrian miró la hoja que tenía delante como si la respuesta pudiera estar escrita allí en una letra que pudiera leer en voz alta sin tener que hacerla suya, y luego volvió a mirarla a ella, y cuando habló toda la facilidad había desaparecido de su voz, todos los bordes suavizados, hasta que lo que quedó fue plano y breve.

—No voy a responder a eso, no la respuesta que viniste a buscar.

—¿Por qué?

—No porque no sea verdad. —Lo dijo llanamente, y lo dejó estar un instante, y no se retractó—. No porque te equivoques. Porque si la respondo de pie en esta sala, me convierto en testigo. Y el día que sea testigo, lo que saqué de sus cuentas hace veinte años deja de ser una reserva y empieza a ser un móvil, y deja de ser seguro, y la gente a la que he pasado esos veinte años manteniendo fuera del agua entra en el agua. No sabes todavía lo que tienes entre manos, detective. Crees que has encontrado una obra benéfica que en realidad es un crimen. Has encontrado algo con una mecha dentro. Y eres una persona, lo supe la primera mañana, igual que ella, que jamás en su vida ha sostenido una cosa encendida y la ha dejado.

—Eso no lo sabes de mí.

—Conozco tu forma —dijo él—. Es la misma forma que tienes en la cara. La he visto antes.

Ella se quedó de pie porque sentarse habría sido un asentimiento. El cabrestante izaba. En algún punto más allá de la pared una cadena corría sobre un piñón, diente a diente, un sonido de la mitad del edificio que aún hacía trabajo honrado.

—Voy a decir una frase verdadera —dijo Adrian—. Y luego voy a pedirte que te vayas. No para despacharte. Porque dentro de una hora tengo que conducir hasta una funeraria y elegir un ataúd para una chica de diecinueve años con dinero de la Fundación, y firmar el nombre de la Fundación, y me gustaría que diez de los minutos entre ahora y eso fueran minutos en los que no esté haciendo ninguna parte de esto. ¿Me dejas decir la frase y luego me marcho?

—Dila.

No se puso de pie. Mantuvo las manos planas sobre el escritorio, una de ellas sobre el bolígrafo, y la dijo como un hombre que lee algo que ha llevado doblado en un bolsillo tanto tiempo que los pliegues se han gastado por dentro.

—Gideon Vane es el hombre más querido que este pueblo ha producido jamás. He pasado veinte años limpiando detrás de él. Yo no maté a Iris Kettle. —Se detuvo. El cabrestante tiró—. Te crees tres de esas. Veo que te crees tres de ellas. La cuarta es la que va a hacer que alguien salga herido, porque ya has decidido cuáles tres, y lo decidiste antes de entrar, y el decidir es la parte peligrosa, no los hechos.

—¿Cuáles tres crees que me creo?

—No importa cuáles crea yo. —Volvió a coger el bolígrafo. No escribió con él; solo lo sostuvo, un hombre sosteniendo una cosa para tener algún sitio donde poner la mano—. Vete ya, detective. La funeraria me espera y es una funeraria de verdad y ella es una chica de verdad y esa parte de esto no es una forma en la cara de nadie. Es un ataúd.

Llegó hasta la puerta y puso la mano en el marco.

—Ten cuidado con lo que ya has decidido —dijo Adrian a su espalda, y su voz llegó plana y pareja, modulada por debajo del cabrestante de modo que tuvo que querer oírla—. Entraste aquí con ello encima. He visto esa mirada matar más verdad en este pueblo que la que ha matado el agua, y el agua ha matado a mucha. Entra segura y sale segura y lo único que cambia en medio es quién está bajo tierra.

Salió a través del Salón.

Los escobones seguían en marcha, la suciedad seguía siseando por delante de las cerdas hacia las puertas abiertas y la luz gris al otro lado, y la pancarta colgaba a escuadra en su viga de los cien años con el festón nivelado, y Maren no estaba en ninguna parte de la sala y estaba en todas partes de ella, en la rectitud del lienzo, en el suelo barrido, en el número que estaría en la mesa el sábado. Nora caminó bajo el nombre por el camino largo hacia la salida para pasar por debajo del medio centímetro que Maren había movido y que nadie vería jamás.

Se dijo que se había marchado porque él se lo había pedido y porque la funeraria era real y el ataúd era real y un hombre merecía sus diez minutos. Ambas cosas eran verdad y ninguna era la razón. Sabía, bajando junto al escobón y la suciedad barrida y saliendo hacia el frío, que se había marchado porque él había dicho lo único acerca de su propio rostro que no quería que se llevara a la luz, y que tenía razón al respecto, razón como un hombre la tiene sobre algo que ha visto causar daño durante veinte años, y que ella iba a ignorar que tuviera razón. La forma era hermosa. La forma era completa. La forma tenía a su hermana dentro, abajo, en el fondo, donde estaba el agua, y ella jamás en su vida había sostenido una cosa encendida y la había dejado.

C A P Í T U L O 1 2

Demasiado limpio

El problema de haberse acostado con él era que ya no se fiaba de ninguna lectura que hiciera de él, y por eso hizo lo que hacía con cualquier instrumento del que no podía fiarse: dejó de usarlo y se guio por lo contrario. Una brújula que se inclinaba hacia un hombre en la oscuridad era una brújula con hierro cerca. A una aguja así no se la coaxaba de vuelta a lo verdadero. La tirabas y te guiabas por la estela, por la cosa fija y fría a tu espalda que no podía adularte. Si no podía saber si creía a Adrian Wren porque era inocente o porque lo había querido bajo sus manos, entonces daría por hecho que solo lo había querido, y descontaría el resto hasta dejarlo en nada, y echaría todo su peso contra la sospecha para que el querer no pudiera inclinar la balanza hacia el otro lado.

Mientras lo hacía, le pareció rigor.

Se había levantado antes de la luz y había recorrido las tres calles de vuelta a la conservera en el gris, y lo primero que había hecho con su cuerpo en el despacho fue lavarlo. Se quedó de pie en el fregadero del capataz y dejó correr el grifo frío y se hizo espuma con el áspero jabón rosa hasta más allá de las muñecas, fregando para quitarse un olor más que la suciedad, y no se detuvo a preguntarse qué olor. Se secó las manos en una toalla de papel marrón y la hizo una bola y la tiró y se abotonó la camisa hasta el cuello. La cama de tres calles atrás tenía una forma dentro que no se había permitido mirar al salir, y el no mirar seguía en ella, una posición sostenida, una cosa mantenida a pura fuerza mientras se sentaba al bloc de notas.

Lo dispuso como enseñaba a los jóvenes a disponer un caso. Una afirmación por línea, bajando por el margen izquierdo, sin adjetivos, sin conjunciones haciendo el trabajo de un argumento. Escribió la fecha arriba y la subrayó y empezó.

Maneja la máquina. Verdad. La Fundación era suya para conducirla, el libro mayor suyo para leerlo, la lista de donantes una

cosa que llevaba en la cabeza, como ella llevaba las tablas de mareas.

Es el que más tiene que perder si la máquina queda al descubierto. Verdad, y la línea más verdadera de la página, y la presionó más fuerte que el resto.

Es el último adulto del que se sabe que vio a Iris Kettle con vida. Verdad. Cuarenta personas la situaron en la sala de donantes; Adrian Wren la acompañó hasta la puerta de ella.

El bolígrafo no se levantaba. Advirtió que no se levantaba y tomó el advertirlo por fluidez. En un testigo lo habría señalado: una mano que corre sin pausa es una mano que ha decidido, y la verdad te hace parar, la verdad te hace dejar el bolígrafo y mirar la pared y odiar la línea siguiente antes de escribirla, porque los casos reales se resisten a la persona que los construye y solo los deseados suben limpios. Lo había enseñado como una señal delatora. No podía sentirlo en sus propios nudillos. Los trazos se volvieron más fuertes. Para la tercera afirmación las palabras se erguían fantasmales en la página de debajo, y una columna que se graba a sí misma en las hojas inferiores es una columna escrita por una mano que se está asegurando de algo.

Ofreció una coartada antes de que yo se la pidiera.

Subrayó esa también. Una coartada ofrecida era una cosa que un hombre culpable mantenía pulida y lista, y no escribió al lado la otra lectura, esa en la que un hombre inocente te entrega el hecho más limpio que posee porque está asustado y quiere que lo dejen marchar. Esa lectura no ayudaba a la columna, y ella estaba construyendo la columna.

Le quitó algo a un muerto y no lo nombra y no lo entrega. Verdad. *Dijo que la gente se ahogaría.* Se lo había dicho en su propia cama, su mejilla en el llano de su pecho, el corazón de él yendo lento y sin defensa debajo, *no se lo puedo dar a nadie, Nora, la gente se ahogaría,* y escribió *LA GENTE SE AHOGARÍA* en mayúsculas y lo subrayó dos veces y no escribió que él lo había dicho como un hombre confiesa estar atrapado, no como un hombre amenaza. Sabía cuál de las dos había sido. Había sentido que su

pulso no daba un salto cuando lo dijo. Dejó el pulso fuera de la página.

Y luego la última línea, hacia la que toda la columna había estado trepando.

Iris estaba brillante aquella noche. Más brillante que de costumbre. Más brillante porque lo había encontrado. Excitada, encendida, una chica a punto de dejar una antorcha en medio de una velada de donantes, y Adrian Wren había pasado veinte años en este pueblo asegurándose de que las antorchas dejadas en veladas de donantes se apagaran sin ruido.

Leyó la columna de arriba abajo. Se sostuvo. Era hermética y completa y no tenía un solo hilo suelto del que un abogado defensor pudiera tirar, y lo desmedido de lo buena que era debería haberla asustado, porque había construido exactamente otro caso tan limpio en su vida y ese caso tenía el nombre de su hermana en la primera línea. No se permitió pensar la palabra *hermana*. Puso el bloc a escuadra con el borde del escritorio, tapó el bolígrafo, y fue a la puerta del despacho del capataz a llamarlo.

* * *

No lo llevó a una comisaría, porque no tenía comisaría. Tenía el despacho del capataz, que por repetición se había convertido en la sala donde hacía esto, y lo dispuso como dispondría una sala para un desconocido al que se propusiera quebrar. Tomó la silla del lado lejano del viejo escritorio de acero para que el escritorio se alzara entre ambos como una cosa convenida. Dejó el flexo donde arrojaba la única buena luz de la sala, dura y amarilla, sobre el cartapacio y sobre quienquiera que se sentara en la silla cercana, y no la suavizó. No le ofreció café de la cafetera, aunque la cafetera estaba caliente y él podía olerlo y ella dejó que lo oliera. Puso el cuaderno a escuadra con el borde del escritorio y mantuvo el bolígrafo tapado, porque un bolígrafo destapado invitaba a un hombre a actuar para el registro, y ella lo quería hablando hacia la nada.

Él se sentó. Miró el bolígrafo tapado, y el cuaderno a escuadra, y la silla que ella había puesto entre ella y él, y algo en su rostro se

dispuso para hacer juego con la sala.

—Repásame la noche otra vez —dijo ella—. Desde que ella se marchó.

—La tienes. La tienes desde hace tres días. La tienen cuarenta personas.

—Repásamela.

Se la repasó. Las nueve, la sala llenándose, el fotógrafo trabajando los rincones. Iris en la pista con el vestido verde, hablando con donantes a los que le habían dicho que encandilara, encandilándolos. Los brindis. La silla de Gideon vacía y enfundada y todos fingiendo no mirarla. Iris acercándose a él junto a la barra a las diez y media, encendida, diciendo que necesitaba hablar con él después, diciéndolo como una chica que ha decidido algo. Él diciéndole después, entonces, después de la esposa del senador, después de la subasta. Iris saliendo a tomar el aire por la puerta. Iris no volviendo a entrar, lo cual él no había advertido en su momento porque las chicas salían a tomar el aire.

Nora anotó las horas que le dio y no levantó la vista mientras las escribía. Levantar la vista era su modo de leer a un hombre: los ojos, el músculo pequeño de la mandíbula, el aliento contenido o no contenido. Había declarado inadmisible su propia lectura de este hombre, así que se hizo taquígrafa y tomó las palabras del aire y rechazó el rostro que las entregaba. Él tuvo paciencia en la primera pasada. En la segunda menos. Para cuando le hizo recorrer la cronología por tercera vez oyó que la paciencia empezaba a cuajarse, lo oyó ralentizarse y sobrearticular, un hombre que ha comprendido que nada de lo que dice aterriza donde apunta.

—Otra vez —dijo ella—. Pero al revés. Empieza a medianoche. Trabaja hacia atrás hasta las nueve.

—Me estás pidiendo que la recite al revés.

—Te pido que la recorras. Del final al principio.

Él comprendió por qué. Ella lo vio comprender por qué. Una mentira memorizada se desbarata cuando la corres hacia atrás, se ven las junturas, los minutos prestados flotan sueltos, y una noche verdadera no, una noche verdadera es igual de sólida contada de popa a proa que de proa a popa porque de verdad ocurrió y las

partes se sostienen unas sobre otras por causa y no por ensayo. Se la dio hacia atrás. Medianoche, la sala despejándose, la esposa del senador marchándose del brazo de su marido. Las once cuarenta, la subasta cerrando, su copa rellenada. Las once, Iris en la barra. Las diez y media. Las diez. Las nueve. Volvió igual en reversa que como había venido hacia delante, cada juntura aguantando, y ella lo registró como práctica. Un hombre que la había ensayado cuarenta veces podía darla hacia atrás. Escribió *coherente — ensayado* en el margen y subrayó *ensayado.*

—Háblame de lo que le quitaste al despacho de Gideon.

—Ya te he dicho que no.

—¿Lo encontró Iris? Antes de aquella noche.

Él se detuvo. La primera parada verdadera de la hora, el levantar el bolígrafo que ella no había sido capaz de sentir en su propia mano mostrándose claro en todo su cuerpo.

—No —dijo—. No lo encontró. Encontró el camino hasta el borde de ello. Es distinto. Es lo que hizo que la mataran, Nora, y no fue...

—No. —Mantuvo la silla a escuadra—. No me digas lo que no fue.

Él cerró la boca.

Volvió a la sala de donantes tres veces, desde tres ángulos, rodeándola como rodearía una historia que se propusiera destapar: una vez sobre quién lo había visto hablar a él e Iris, una vez sobre el lapso entre que Iris salió a tomar el aire y que alguien advirtiera que no estaba, una vez sobre la puerta, sobre si la puerta al solar lateral estaba vigilada, sobre si un hombre podía haber salido por ella con una chica y haber vuelto a entrar y haberse creído que él mismo había salido a tomar el aire. En cada pasada dejaba salir un poco más de la acusación, dejándola correr como se deja correr un anzuelo en un sedal largo, un palmo cada vez, para que el pez no sienta el acero hasta que ya lo tiene dentro. Una vez, contándole lo de Iris en la pista con el vestido verde, su frase sobre ella vaciló y se interrumpió, y lo humano en Nora se inclinó por encima del escritorio de acero hacia la quiebra de su voz antes de que lo hubiera decidido, y volvió a sentar lo humano, con dureza, porque el

inclinarse era el síntoma exacto que había venido a tratar. Apoyó ambos antebrazos planos y mantuvo el escritorio debajo de ellos.

Entonces dejó salir el anzuelo del todo.

—¿La acompañaste hasta la Punta? —Lo dijo casi con dulzura, lo cual sabía, incluso al decirlo, que era su propia crueldad—. En la oscuridad. Una chica asustada que sabía demasiado, con un hombre que ha tenido veinte años de práctica apagando cosas encendidas. ¿Acompañaste a Iris Kettle hasta la Punta porque era de esas cosas que había que hacer, y tú eres el que este pueblo guarda para hacerlas?

Le miró el rostro cuando lo dijo. Se había dicho que no leería su rostro y lo leyó de todos modos, esta vez, porque había construido toda la mañana para aterrizar en esto y quería verlo aterrizar. Aterrizó. Algo salió de él y otra cosa entró en él, y no era lo que ella había trazado la columna para encontrar.

Él se puso de pie.

No alzó la voz. Pensaría en ello después, en que tenía el mismo truco de no alzarla, la firmeza baja y plana, aprendida en la misma casa y de la misma gente que la mujer a la que aún no había aprendido a sospechar.

—Crees que la maté —dijo—. Lo has decidido. Veo todo el asunto terminado detrás de tus ojos. No queda ninguna pregunta en tu cara, solo hay un procedimiento para confirmarlo. No me estás preguntando nada. Estás marcando casillas que rellenaste antes de que me sentara. —Apoyó las manos planas sobre el escritorio, los dedos abiertos, un hombre sosteniéndose o sosteniendo una cosa que está a punto de decir y dice en serio—. Así que confírmalo. Deja de dar vueltas y confírmalo. Has tenido mi coartada tres días y la has manejado como un muro tras el que me escondo en vez de una cosa que podrías sencillamente *comprobar.* Compruébala. Ahora mismo, desde este escritorio. La fotógrafa, su nombre está en el expediente de Pell, no es mía, hace bodas y retratos desde Cardiff Street, tuvo una cámara sobre esa sala desde las nueve hasta que encendieron las luces. Cada fotograma lleva marca de tiempo según el propio reloj de la cámara. Llámala. Llama al servicio de catering. Llama a cualquiera de las cuarenta personas que me vieron trabajar

esa sala. Me estuvo mirando medio condado desde las nueve hasta pasada la medianoche.

Se detuvo. Su mano de copa vacía se abría y se cerraba sobre el acero.

—El agua junto a la Punta aquella noche llegó al agua muerta tardía a las once cuarenta —dijo—. Tú me enseñaste esa palabra. Estuviste de pie en el muelle y me enseñaste qué significa el agua muerta. Que no hay corriente que mueva nada, que un cuerpo que aterriza donde la corriente no pudo haberlo llevado tuvo que ser puesto allí. A las once cuarenta yo estaba en una sala iluminada con una copa en la mano y la esposa de un senador riéndose a mi codo, y no hay marea en el mundo que lleve a una chica de esa sala hasta donde la encontraste. No pude haberlo hecho. —La voz se le quebró entonces, una vez, y no hacia la ira—. Llevo tres días esperando a que te molestaras en averiguar eso, en lugar de construirme con la forma del hombre que necesitas que sea esto. Averígualo.

Quitó las manos del escritorio.

—Por favor.

El *por favor* fue la nota equivocada.

Era la nota equivocada para un hombre culpable y la nota exactamente correcta para un hombre que había sido acusado de asesinato por una mujer a la que había dejado entrar en su cama, y se metió por debajo de la construcción, por debajo de lo hermético y limpio de la columna, y ella sintió que la construcción se desplazaba como una cosa que había creído atornillada. Miró el bloc puesto a escuadra con el borde del escritorio. Miró la columna limpia bajando por el margen izquierdo sin un hilo suelto, y la línea que había subrayado dos veces, *LA GENTE SE AHOGARÍA,* y la tinta grabada tres páginas hacia abajo, y el doble subrayado parecía, por primera vez, algo que ella le había hecho al papel con su propia mano más que algo que el papel hubiera entregado.

No le respondió. Mantuvo la barbilla nivelada y el rostro la cara-sin-cara que daba a una sala, y al otro lado del escritorio de acero Adrian Wren estaba de pie con las manos ahora a los costados, esperándola a ella, sin pedir nada más, habiendo pedido lo único que quedaba. El flexo arrojaba su dura luz amarilla entre ellos. El

café que no le había ofrecido se había enfriado en la cafetera, y fuera de la única buena ventana la niebla se alzaba contra el cristal sin puerto detrás, y la marea que había cambiado a las once cuarenta diecinueve noches de duelo atrás seguía cambiando en algún punto más allá, indiferente y exacta, lo único en el pueblo que jamás había dispuesto sus números para adularla.

Alargó la mano hacia el expediente donde la letra de molde tosca de Pell sostenía un nombre y una calle que ni una sola vez había marcado.

C A P Í T U L O 1 3

La marca de tiempo

El expediente soltó el nombre en la tercera página, donde Pell lo había escrito con su tosca letra de molde y lo había encuadrado porque encuadraba todo lo que creía que importaba. *D. HALVERS — bodas, retratos — Cardiff St.* Un número debajo. Un segundo número debajo de ese, tachado, y el vivo escrito en limpio. Nora puso la página plana sobre el acero y apoyó la uña del pulgar a lo largo del borde inferior y presionó hasta que la uña se quedó blanca, lo cual advirtió y no detuvo.

Adrian se había ido. Lo había dejado marchar sin una palabra, porque una palabra habría sido una cosa que le debía y todavía no estaba lista para deberle nada, y la puerta del despacho del capataz se había cerrado sobre su espalda y le había dejado la sala a ella y al flexo y a la cafetera fría. Cogió el teléfono del escritorio. Era un auricular antiguo con cable de verdad, de los que te mantenían atado al sitio donde llegaba la verdad, y le gustaba por eso. Marcó el número vivo de la página y no dejó que el auricular abandonara su oreja mientras sonaba.

Sonó cuatro veces. Un niño lloraba en algún punto al otro lado antes de que la mujer hablara, una queja delgada y constante por encima de la cual la mujer habló.

—Halvers.

—Soy la detective Quist. Del estado. Investigo la muerte de la chica Kettle, la de la gala, la del Centenario. —Nora mantuvo la voz nivelada por encima de lo alto de la garganta, el registro que usaba con las personas que no habían hecho nada malo y necesitaban que se lo dijeran—. Usted fotografió la velada de donantes. El evento de los cien años en el Salón de la Conservera.

Una pausa que era la mujer situándolo.

—El grande. Allá por la primavera. —El llanto se alejó, una puerta, una mano, alguna geometría doméstica que Nora no podía ver—. No me han pagado por eso, si es de eso de lo que va. Tarifa

plana y un plato de comida y ni un céntimo desde entonces. Puede decirle a la Fundación que lo he dicho yo.

—No es eso.

—Entonces, ¿qué?

—Necesito que saque la tarjeta de aquella noche. La tarjeta de memoria. Los originales, no nada de lo que entregó.

Otra pausa, más larga.

—¿Por qué?

—Porque cada fotograma que tomó su cámara aquella noche lleva la hora marcada —dijo Nora—, según el propio reloj de la cámara, y necesito leer esas horas contra una cosa cuya hora ya conozco. Eso es todo. Lleva diez minutos y zanja una pregunta.

Oyó decidirse a la mujer. No había en ella adulación, ningún afán de ser útil al estado, solo la fatigada aritmética de una persona que fotografiaba bodas desde una habitación con un niño llorando dentro y a la que se le pedía que trepara a por una caja.

—Espere, entonces. Están en la parte de atrás.

La línea pasó al hueco abierto de un auricular dejado. Nora oyó la casa a través de él: el niño, un grifo abriéndose y cerrándose, un cajón, luego un segundo cajón con peor guía contra el que la mujer tuvo que pelear, luego el seco repiqueteo de cajas de plástico chocando en un cubo, docenas de ellas, un año de días de otra gente en carcasas. Oyó a la mujer mascullar para sí, medias palabras, *primavera, primavera, la de la conservera,* el sonido de un pulgar hojeando una pila de etiquetas. Nora estaba de pie con el cable en el puño y el flexo sobre su cuaderno y la columna limpia plegada en algún punto bajo su codo, y no se permitió ir por delante de la mujer. También eso les había enseñado a los jóvenes: no escribes la respuesta antes de que el testigo la dé, porque en el momento en que la escribes dejas de oírlo.

—Lo tengo. —El auricular volvió a alzarse. El plástico chasqueó, una carcasa abriéndose—. Conservera, Centenario, la fecha está en ella con mi propia letra. Hay un lector de tarjetas en el portátil, deme un segundo. —Una tapa, un tono, los pequeños sonidos de máquina de un ordenador lento despertando en una habitación trasera—. ¿Qué es lo que tengo que leerle?

—Léame la noche —dijo Nora—. Empiece a las nueve. Dígame la hora de cada fotograma, en orden. Léalos todos. No se salte los malos, no se salte los movidos. Quiero los huecos si los hay.

—No habrá huecos. Disparo una sala así sin parar toda la noche, para eso pagan la tarifa plana. —La mujer lo dijo llanamente, sin orgullo, un hecho de su oficio—. Aquí está el comienzo. La primera con gente, las nueve cero cuatro. Esa son las puertas recién abiertas, la sala medio llena. —Un clic de una tecla de flecha, avanzando—. Las nueve cero nueve. Las nueve once. Las nueve catorce.

—Pare. Las nueve catorce. Quién sale.

La mujer estuvo callada un segundo mientras miraba.

—Rincón junto a la barra. Hay un hombre de traje oscuro, alto, hablando con dos de los donantes, no tengo nombres, para mí solo son los trajes. Tiene la mano extendida, les está señalando algo. —Un pequeño sonido seco—. Ese sería el director. Wren. Estuvo por todas partes aquella noche, trabajando la sala, sale en la mitad de mis fotogramas quisiera yo o no.

Nora escribió *9:14 — Wren, rincón de la barra, dos donantes.* Su mano estaba firme al hacerlo. Cerró el *4* por arriba como hacía siempre, y el pequeño acto ordinario de formar el numeral se asentó de manera extraña contra lo que cargaba.

—Siga.

—Las nueve veinte. Las nueve veintiséis, esa es la chica ahora, vestido verde, la que... —La mujer se detuvo en ello, como hacía la gente, esquivando a los muertos por unos modales que sorprendían a Nora cada vez que se topaba con ellos—. Perdone. Las nueve veintiséis, está junto a la ventana con un grupo. Las nueve treinta y uno. Las nueve cuarenta. Las nueve cincuenta y dos. —La tecla de flecha mantenía su pequeño tictac constante, un metrónomo bajo la voz de la mujer—. Las diez cero dos.

—Pare. Wren.

Una pausa para mirar.

—Sí. Está en el extremo del brindis ahora, junto a la silla vacía, la enfundada. La copa en alto. Esa es la silla del fundador, la que mantenían puesta para el viejo. —Avanzó—. Las diez once. Las diez

diecinueve, esa es una amplia, la sala entera, se ve a todo el mundo si quiere a todo el mundo. Las diez treinta. Las diez cuarenta y uno.

Nora las escribía según llegaban y los números se tendían solos bajando por la página en una columna propia, una columna que ella no había construido y sobre cuya balanza no podía apoyar el pulgar, y no tenían huecos. De las nueve a las diez y las diez trepando, fotograma tras fotograma, y en los que la mujer nombraba por el hombre del traje oscuro él estaba donde está un hombre clavado en una sala iluminada, la barra, la silla, el brindis, la mesa de la subasta, siempre dentro de las cuatro paredes que la cámara podía ver, siempre dentro de la hora que la cámara juraba.

—Las diez cincuenta y uno —dijo la mujer.

—Pare. ¿Él?

—Él. La mesa de la subasta ahora, inclinado sobre la hoja con... hay una mujer a su lado, mayor, joyas, la esposa de alguien. Los dos se ríen de la página. —La flecha avanzó—. Las once cero dos. Las once catorce. Las once veintinueve.

El agua muerta en la Punta aquella noche había cambiado a las once cuarenta. Nora lo tenía de su propia letra en algún sitio de días atrás, copiado de la tabla de mareas en su vitrina de cristal en el capitán de puerto, los únicos números del pueblo que jamás había tenido que comprobar dos veces. En el agua muerta no hay corriente que lleve nada. Un cuerpo que aterriza donde la corriente no pudo haberlo traído fue puesto allí por una mano, y la mano ha de haber estado en el agua, y la mano no puede estar en dos salas a la vez. Sostuvo la tabla en la cabeza contra la columna que bajaba por la línea y esperó el minuto que importaba.

—Las once treinta y ocho —leyó la mujer.

—Pare. —Nora dejó el bolígrafo plano—. Ese fotograma. No se mueva de él. Dígame todo lo que hay en él.

La mujer se tomó su tiempo, lo cual Nora quería, lo cual Nora le había pedido a la versión lenta y cuidadosa de ella que hiciera.

—Traje oscuro otra vez. Wren. Está de pie, en mitad de la sala ahora, no en la pared, ha salido a ella. Copa en la mano derecha, a media altura, como si estuviera a media bebida o acabara de terminar una. Está la misma mujer cerca de él, la mayor, las joyas, y

tiene la cabeza echada hacia atrás riéndose de algo. La otra mano la tiene un poco extendida, la palma hacia arriba, la pose de un hombre que acaba de decir la cosa graciosa. —Un respiro—. Tiene la cara hacia la cámara, casi. No la habría guardado si estuviera movida. Está nítida. Ese es un fotograma limpio.

—Léame la hora otra vez.

—Las once treinta y ocho.

—Una vez más.

—Las once treinta y ocho —dijo la mujer, con el primer filo de paciencia agotándose—. Lo dice igual que lo ha dicho las dos últimas veces. Puedo leérselo hasta que amanezca, no va a cambiar.

Dos minutos. Dos minutos antes de que el agua muerta tardía cambiara una milla mar adentro en la Punta, en agua sin corriente dentro que moviera a una chica de cualquier sitio a cualquier sitio, Adrian Wren tenía una copa a media altura en la mano derecha y a la esposa de un senador riéndose a su codo y el rostro vuelto nítido y limpio hacia la cámara de una desconocida en mitad de una sala iluminada con cuarenta personas dentro. Nora escribió *11:38 — centro de la sala, copa mano der., esposa al codo, cara limpia.* Lo escribió y lo miró y el hueco que había pasado tres días insistiendo en que existía, el minuto prestado, la costura del muro, no existía en la página que tenía delante porque jamás había existido en ninguna parte salvo en la columna que había plegado bajo su codo.

—¿Hay un hueco? —dijo—. En cualquier punto de las once treinta a la medianoche. Un espacio donde dejara de disparar. Un fotograma que falte en la cuenta.

—No. —Plano, seguro, un poco ofendido en nombre de su oficio —. Las once treinta y ocho, las once cuarenta y cuatro, las once cincuenta y uno, las once cincuenta y nueve, esa es la de las luces encendidas, las doce cero seis, las doce veinte, esa es casi la última, ya estaban recogiendo para entonces. Le dije que la disparo sin parar. No hay agujero en ella. Puede quedarse la tarjeta entera si su gente quiere contarla ellos mismos, me da igual, solo quiero que me la devuelvan y quiero mi tarifa.

—Le devolverán la tarjeta —dijo Nora—. Veré lo de la tarifa.

Le hizo a la mujer leerle el fotograma de las once treinta y ocho una vez más después de aquello, el traje y la copa y la mano derecha y la esposa y el rostro vuelto y limpio, y la mujer lo leyó igual la tercera vez que la primera, fatigada y exacta, una persona sin ningún interés en ello, criatura de nadie, la clase de testigo sobre la que se supone que se construye un caso y la clase ante la que Nora había pasado de largo durante tres días para construirlo de papel en su lugar. Le dio las gracias. Consiguió la dirección para enviar un mensajero a por la tarjeta. Dejó el viejo auricular en su horquilla con un cuidado que no era por el teléfono.

No se movió durante un rato.

Luego cogió el bloc de debajo de su codo y lo desplegó, la columna limpia que había construido en una mañana, una afirmación por línea como enseñaba a los jóvenes, grabada tres páginas hacia abajo por una mano que se aseguraba. Miró la línea que había subrayado dos veces. Arrancó la hoja de arriba del bloc a lo largo de la goma, despacio, para que saliera limpia y entera, y la dobló por la mitad y luego en cuartos a lo largo de los pliegues que ya tenía, y no la tiró a la papelera. La metió en el bolsillo interior de su abrigo, porque guardaba las pruebas de sus propios errores como guardaba todo, archivadas, donde se la pudiera obligar a mirarlas.

Luego se volvió hacia una hoja en blanco y escribió, bajo la nueva columna, la columna de horas que no eran suyas y no podían presionarse, la frase que hacía escribir a cada joven detective de su puño y letra la primera vez que lo pillaba haciendo esto. *Me comprometí con una conclusión y luego salí a buscar sus pruebas.* La escribió con la misma letra llana con que había escrito las marcas de tiempo, y se sentó a mirarla, y no hizo por ella lo que hacía por los jóvenes, porque los jóvenes aún no conocían la lección y ella la conocía en frío desde hacía veinte años, la había enseñado, la había creído, la había dicho de pie sobre el hombro de un chaval mientras al chaval se le ponían rojas las orejas, y no le había detenido la mano ni una sola hora de los tres días que acababa de pasar haciendo exactamente lo contrario con el nombre de su hermana tirando en algún punto bajo el suelo de aquello.

Arrancó esa hoja también, y la dobló, y la metió en el mismo bolsillo que la otra.

* * *

Marsh esperaba junto al coche del condado cuando bajó.

El coche estaba metido de morro contra el malecón al pie de la colina de la conservera, oscuro por la humedad, y Marsh estaba de pie en el guardabarros delantero con las manos en los bolsillos de un abrigo que la niebla había empapado de negro a la altura de los hombros. Ningún café en la mano esta vez. Había traído dos vasos a cada otra reunión y había tendido uno a través del hueco como una cosa que hacer con el aire, y no había traído ninguno ahora, y Nora leyó la ausencia del vaso antes de que Marsh dijera una palabra.

—Has interrogado a Adrian Wren como sospechoso esta mañana —dijo Marsh—. Duro.

Nora bajó el último de los peldaños húmedos y se detuvo en la esquina del coche y no puso nada en la cara.

—Su abogado de Cardiff me llamó antes de que terminaras —prosiguió Marsh, sin prisa, una mujer con toda la mañana—. Antes de que lo sacaras por la puerta. Ese es un hombre con dinero en marcación rápida, y le has dado una razón para usarlo. —Dejó que la niebla se asentara entre ambas un segundo—. Y luego recibí una llamada de una persona del estado. Muy amable. Muy cuidadosa. Preguntándome, solo entre nosotras dos, si la detective que habían mandado a Harlow Bay tenía algún historial en Harlow Bay. Porque había surgido un nombre. Porque alguien de aquí lo reconoció. —Ladeó la cabeza, un pequeño movimiento—. O te reconoció a ti. Lo dicen de las dos maneras. Alguien vio tu cara en el paseo marítimo y se fue a casa y dijo un nombre que no había dicho en mucho tiempo.

El agua en Nora se quedó quieta, plana, el lugar contenido antes del cambio. Mantuvo la mano fuera del bolsillo donde estaba la tarjeta, donde siempre estaba, y mantuvo la barbilla nivelada y le dio a Marsh la cara-sin-cara que daba a una sala que sentía empezar a perder.

—Crecí aquí —dijo Nora.

—Ahora lo sé. —Marsh no alzó la voz. Tenía el truco de Maren, o Maren tenía el suyo, la misma firmeza baja y plana asentada en algún sitio en el mismo pueblo—. Lo que no dejo de darle vueltas, aquí de pie, es por qué una detective del estado se sentaría en mi clínica y me dejaría soltar el discurso entero sobre un pueblo en el que nació como si fuera la primera vez que oía nada de aquello. La conservera. La Fundación. Las familias y lo que se les debe y lo que han cargado. —Sacó una mano del bolsillo y la volvió palma arriba, dejándola caer como una persona que pone una cosa sobre una mesa—. Te vi tomar notas. Sobre un sitio al que ibas andando a la escuela. Dejaste que te contara lo del puerto como si un turista necesitara que se lo explicaran, y lo apuntaste.

Nora no dijo nada. Había una cosa que podría haber dicho y no la dijo, porque cada versión de ella era una versión que empeoraba el caso, no a ella.

—Eso no es un conflicto que olvidaras meter en el expediente —dijo Marsh—. Un conflicto que olvidas es una llamada de teléfono, una vieja dirección, un nombre en una lista que no pensaste en señalar. Este es uno que enterraste. Te sentaste al otro lado de un escritorio de la jefa del sitio del que eres y dejaste que no lo supiera. —Lo dijo sin calor, y la falta de calor era la peor parte, porque el calor habría significado que aún discutía hacia una decisión y la ecuanimidad significaba que la había tomado y solo estaba ahora guiando a Nora a través de su forma, como guías a un familiar a través de una cosa que ya le ha ocurrido—. Voy a hacer unas llamadas.

—Eso ya lo has decidido.

—Lo decidí en el camino hasta aquí —dijo Marsh—. Eres buena investigadora. Te concedo lo del cuello. Eso fue real. Pell quería pasarlo por alto y tú no. Viste un hematoma de presión bajo la mandíbula de una chica que un forense del condado dio por buena como una nadadora que se cansó, y tuviste razón al hacerlo, y si resulta ser algo es porque tú lo viste. Se lo diré al estado y lo diré por escrito si lo piden. —Volvió a meter la mano en el bolsillo—. Pero arremetiste contra el hombre más poderoso de este condado por

una teoría, y acabo de ver cómo las marcas de tiempo se comían la teoría entera, ¿verdad? Bajaste esos escalones con ella ya comida. Lo veo en ti. Y el arremeter lo hiciste con tu propia historia enterrada en el expediente por debajo.

La niebla se apartó del agua y tendió una fresca película fría a lo largo del techo del coche entre ambas.

—Un abogado defensor no necesita que te equivoques, detective —dijo Marsh—. Dentro de dos años, en una sala en la que ninguna de las dos esté. No necesita demostrar que te equivocaste. Solo te necesita de aquí, y que hayas ocultado que eras de aquí, y la cosa entera se cae del expediente con él apenas poniéndose de pie. Todo lo que encontraste. El cuello y todo. —Se enderezó del guardabarros —. Así que voy a hacer unas llamadas. Y deberías esperar que para el sábado esto puede que ya no sea tuyo.

Se volvió y bajó la colina húmeda, sin prisa, la mayor autoridad de la calle, el abrigo oscuro a la altura de los hombros, y no miró atrás, y el no mirar atrás era una cortesía, de las que se le extienden a una persona a la que ya has archivado y a la que no necesitas seguir vigilando.

Nora se quedó en la esquina del coche del condado con la mano plana sobre el techo frío y la niebla subiéndole por la palma, y dejó la mano donde estaba. Abajo, al pie de la colina, las tablas de mareas colgaban en su vitrina de cristal en el capitán de puerto, iluminadas tenues tras el cristal húmedo, el agua muerta del día y la de la noche impresas en los únicos números de este pueblo que jamás se habían dispuesto para adularla. Pensó en bajar a leer el agua muerta del sábado, del día en que aterrizarían las llamadas y el caso dejaría de ser suyo, y no bajó. Había quemado, en una sola mañana, al único hombre que sabía leer el libro mayor, y le había entregado a Marsh la cuerda para apartarla, y había hecho todo aquello en nombre de la disciplina que se había construido para prevenir exactamente esto, y la tormenta que la radio no dejaba de nombrar seguía a tres días sobre mar abierto, y le quedaba, comprendió, allí de pie con la humedad en la mano, casi nada que perder.

C A P Í T U L O 1 4

Resaca

El viento se levantó aquella noche por delante de la tormenta que aún estaba a días de distancia. Se anunció primero en el canalón del número seis, un tramo suelto que el carpintero había prometido atornillar en abril y nunca lo había hecho, y que ahora golpeaba según su propio horario, irregular, de modo que ella no podía dejar que el oído se asentara en él y dejara de oírlo. Las ráfagas llegaban antes que su propio sonido. La habitación se estremecía, la ventana de un solo cristal flexándose en su marco, y luego, un compás después, el ruido de la ráfaga la alcanzaba y rodaba pasando el edificio, y en los segundos contenidos entre ráfagas el puerto parecía tomar aliento y retenerlo.

Abajo, en la marina, las drizas habían empezado. Un tintineo delgado y desgarrado, aluminio contra aluminio, llegaba colina arriba en las caídas del viento y se callaba bajo las ráfagas, de modo que el sonido iba y venía como algo poniendo a prueba si ella escuchaba. Se levantó y fue a la ventana. Las balizas del canal oscilaban en sus cadenas, la verde y la roja meciéndose desacompasadas la una de la otra, y más allá de ellas el rompeolas mostraba una línea blanca a su pie donde al anochecer no había habido ninguna línea blanca.

La tabla de mareas estaba pegada por dentro de la puerta del armario. La había puesto allí ella misma la primera semana, sobre el laminado, una costumbre de veinte años de habitaciones que no eran suyas. Abrió el armario y volvió a leerla aunque sabía lo que decía. El frente se encontraría con una bajamar de rey dentro de tres días. De las que vaciaban el puerto hasta su fango y hacían correr el canal como un río que encuentra un lugar más bajo donde estar. Había leído suficientes tablas de mareas como para leer esa como se lee una frase con un verbo dentro: el frente era el sujeto y la bajante era el verbo y el pueblo era el objeto, y el ferry y la única carretera estatal eran las dos salidas, y una tormenta de ese tamaño se llevaba ambas.

Dejó el armario abierto y volvió al portátil.

Lo que se hace cuando te están quitando un caso es copiarlo todo, y ella llevaba haciéndolo desde las nueve. Marsh no había dicho las palabras *estás fuera de él*. Marsh manejaba sus frases como el pueblo entero manejaba sus disculpas. Pero había dicho *el condado manda a alguien*, y *que no haya dos investigadores tropezándose entre sí*, y *vete a casa y redacta lo que tengas en limpio*, y Nora había oído el verbo bajo las tres. Así que ahora copiaba. El libro mayor escaneado primero, cuatrocientas páginas de la cuidada letra de Gideon Vane, cada donativo registrado dos veces, una como obra benéfica y otra como la otra cosa. Luego el calendario de donantes. Luego las fotografías.

Las fotografías llevaron lo más largo porque había más de ellas y porque se obligó a mirar cada una mientras cruzaba la pantalla, lo cual no era necesario y no podía dejar de hacer. Iban apareciendo una tras otra en la ventana de transferencia, cada rostro fechado en la esquina inferior en la propia letra pequeña de la fundación. Un niño con cortavientos de los becarios Vane, la fecha diecinueve años atrás. Una niña en el muelle de las becas, entornando los ojos, la fecha dieciséis años atrás. Las fechas marchaban hacia atrás mientras la carpeta se llenaba, catorce años, veinte, veintiséis, los cortavientos cambiando de corte y la barandilla del muelle ganando su capa posterior de pintura y luego perdiéndola, y los niños se quedaban con la misma edad, todos ellos, esa era la cosa que la fundación había construido y llamado legado, una máquina que los tomaba a la misma edad una y otra vez durante cuarenta años. Arrastró la carpeta al disco que sacaría de este pueblo. Apareció la barra de progreso. Avanzó a rastras.

El canalón golpeó. En algún punto calle abajo una ráfaga arrancó un cubo de basura de su sitio y lo hizo rodar a lo largo del callejón, la tapa repiqueteando tras él, y oyó una puerta mosquitera dar dos portazos en la misma ráfaga y luego una voz de hombre, brevemente, tragada. Miró la barra e hizo la aritmética sin decidirse a hacerla. Cuánto para clonar el disco: once minutos, decía la ventana, luego nueve. Cuánto seguía corriendo el ferry antes de que un frente como este cerrara la travesía. Qué lejos quedaba el

continente de una mujer sin autoridad para haber copiado nada de aquello, con la copia contra las costillas, en una carretera que la tormenta podía cerrar a su espalda para el jueves.

La barra terminó. La ventana decía que la transferencia estaba completa y se quedó mirando la palabra *completa* hasta que dejó de ser una palabra.

Expulsó el disco. Llegó el pequeño tono, el que significaba que era seguro retirarlo, y lo retiró, y estaba tibio del puerto, una cosa plana y negra del tamaño de dos monedas apiladas, y se la metió en el bolsillo interior del abrigo, contra las costillas a la izquierda, donde podía sentir la esquina cuando el abrigo se desplazaba. Cerró la cremallera de la funda del portátil. Se quedó de pie en mitad de la habitación con el viento trabajando la ventana y el disco contra las costillas y comprendió que no iba a ser capaz de quedarse en esta habitación con ello esa noche.

Tenía el número de Adrian Wren. Sacó el teléfono y lo miró y lo guardó. La disculpa que le debía no era una cosa que sobreviviera a un teléfono. Necesitaba un umbral y su propio rostro en él y ninguna segunda oportunidad de elegir la palabra más amable. Y estaba la otra cosa, que se admitió a sí misma solo más tarde, en la oscuridad de la carretera del norte: que no quería estar sola en el número seis con el libro mayor y el viento y su hermana, en una noche en que el puerto había empezado a hablar consigo mismo.

Cogió las llaves.

* * *

La carretera del norte recorría la espina del cabo sin nada en el lado de mar más que un quitamiedos y una larga caída hacia el ruido. Llevaba las largas puestas y ninguna lluvia contra la que usar el limpiaparabrisas, solo el viento, que tomaba el coche de costado en los tramos abiertos y lo soltaba en los desmontes, de modo que conducía ligeramente inclinada, las manos abiertas en el volante, la empuñadura que se sostiene para viento cruzado en un puente alto, corrigiendo un empuje que llegaba y luego no estaba. Bajo el quitamiedos la bahía había dejado de ser agua y se había vuelto una

oscuridad que se movía. Se alzaba blanca en las rocas y caía de nuevo, se alzaba y caía de nuevo, y el caer de nuevo era la parte que ella miraba por el rabillo del ojo, la larga succión de ello por la piedra abajo antes de que la siguiente se irguiera.

Pasó dos casas con las luces encendidas contra el tiempo que se acercaba, ambas cerradas a cal y canto, una con un hombre en una escalera arriando una bandera en la oscuridad. Después de la segunda casa no hubo más casas. Estaban los conos de sus propios faros y la línea central blanca viniendo hacia ella desde la nada y pasando bajo el coche, y la carretera desenrollándose por el cabo, y luego, al final de ella, la casa de cristal, iluminada de parte a parte, todas sus habitaciones brillantes, un farol que alguien había dejado fuera con el mal tiempo y se había olvidado de meter.

La dejó pasar sin la puerta-antes-del-golpe esta vez. La primera noche la había abierto en el instante en que sus nudillos tocaron la madera, un hombre que había estado de pie al otro lado de ella decidiendo. Esta noche tuvo que llamar dos veces, y cuando la puerta se abrió él ya estaba a media sala detrás de ella, una copa en la mano, y se quedó en el hueco con la bahía rugiendo cliff arriba a su espalda.

Había estado bebiendo. No mucho. Lo suficiente para que la cosa cuidadosa que llevaba en el rostro se hubiera aflojado por una esquina.

—Si has venido a detenerme —dijo—, vas a querer un abrigo. Hay un buen trecho hasta cualquier sitio desde aquí.

La broma era tan cansada y tan desprotegida, ofrecida sin ninguna vigilancia detrás, que lo último del caso que había estado construyendo contra él durante cuatro días salió de ella allí de pie. Había recorrido la carretera del norte entera con la disculpa dispuesta en la cabeza, el orden de las cláusulas, y ahora la dijo según le venía.

—Comprobé la coartada —dijo—. Debería haberla comprobado el primer día. Se sostuvo. Se sostiene de tres maneras. —El viento subió por el acantilado y el gran cristal de mar cedió ante él en alguna fracción, arqueándose, de modo que la sala iluminada se flexó un grado y se asentó, y el cristal hizo un sonido bajo dentro

como hielo decidiéndose—. Te construí con algo para no tener que fiarme de mi propia lectura de ti. Es la peor cosa que sé hacerle a una persona. Lo hice a propósito y lo llamé disciplina. Lo siento.

Él se quedó de pie con la copa en la mano y no bebió de ella.

—Esa es una disculpa de verdad —dijo, y le salió sorprendido, casi cuidadoso, como si la estuviera dando vueltas para encontrarle el truco—. Aquí la gente no las dice. Las maneja. Te dan la disculpa y se quedan con la mitad buena. Esa fue solo la cosa en sí.

—Es la cosa en sí.

Él dio un paso atrás del umbral.

—Sal del viento. —Ella entró y él arrimó el hombro a la puerta y la cerró contra la noche, y el rugido bajó a la mitad, y en el sonido bajado la casa empezó a hacer sus propios pequeños ruidos, el cristal ticteando en sus marcos, la calefacción encendiéndose en algún punto bajo el suelo con un golpe en el conducto, el hielo asentándose en la copa que él todavía sostenía. Dejó la copa sobre la encimera. No le sirvió una a ella—. No voy a decirte que no hizo daño —dijo—. Hizo daño. Lo supe el día en que empezaste a mirarme como una puerta cerrada, la hubieras abierto ya o no. Pero prefiero que me corte alguien que dirá la frase llana después, a que me maneje alguien que nunca la diría.

Se quedó de pie con la encimera entre ambos y la miró. Ella conocía la mirada. La había llevado al otro lado de cien mesas. Él la estaba leyendo en busca de la trampa, de la segunda cláusula, de aquello para lo que la disculpa fuera el preámbulo, y ella se obligó a sostenerse bajo ella y a no apartar la vista y a no llenar el silencio. Fue la única cosa más dura que había hecho en todo el día, más dura que la carretera. No había segunda cláusula. Lo vio descubrirlo. Vio la lectura irse de su rostro por grados, del modo en que una marea se va de un bajío, dejando algo más cansado detrás y más cuidadoso, y aun así él no se movió y ella tampoco, y la encimera siguió entre ambos, y el cristal ticteó, y bajo el suelo la calefacción golpeó dos veces y se asentó.

No decidió cruzar la sala. Estaba en un lado de la encimera y luego no lo estaba, y la mano de él subió al costado de su rostro, tocándolo para asegurarse de que estaba donde parecía estar, y ella

lo dejó, y tenía su propia mano plana sobre el pecho de él, y sintió debajo que su corazón iba fuerte, más fuerte de lo que la broma fácil de la puerta había dejado entrever.

—Dime que pare y paro —dijo él. No fue galante. Salió llano, como había salido su disculpa, un hombre dejando caer una frase verdadera y esperando a ver lo que pesaba.

—No pares —dijo ella.

No fue como la primera noche. La primera noche habían sido dos personas cada una desarrollando una jugada, cada una vigilando el rostro de la otra en busca de la delación, sus manos sobre él una especie de interrogatorio y las de él sobre ella una especie de respuesta, ambos llevando la cuenta en alguna trastienda de sí mismos incluso entonces. Esto no era ninguno de los dos desarrollando nada, que era la peligrosa. Él la sostuvo como un hombre que ha decidido dejar de calcular sus exposiciones durante una hora. Sus manos recorrieron a ella sin estrategia dentro, más despacio que la primera noche, nada de su vigilancia en ellas, aprendiéndola en vez de probándola, y ella sintió el momento exacto en que la lectura se fue de su tacto y él simplemente se quedó donde estaba y lo decía en serio. Ella lo dejó. Dio lo mismo de vuelta, y esa fue la parte que advirtió desde muy lejos y no pudo obligarse a que le importara: que ninguna parte de ella se había puesto a un lado a llevar la cuenta. El vigilante en ella había dejado su tablilla y caminado hasta la ventana y miraba la oscuridad, y el resto de ella estaba aquí, en la sala iluminada con el cristal arqueándose y las drizas muy abajo, y su boca en la bisagra de la mandíbula de él, y el aliento de él trabándose una vez y volviéndose entrecortado, y ella no lo llamó de vuelta. Lo dejó ir despacio. Lo dejó tomarse el tiempo que se tomó. Nada en ella contó los minutos.

Después yació con la oreja sobre el corazón de él en la oscuridad, las luces apagadas, las manos de ambos en algún punto de ello, y el viento tiró de la casa desde el lado de mar, una larga presión que crecía y crecía y luego soltaba, y el cristal ticteaba en sus marcos cada vez que soltaba, y muy abajo, al pie del acantilado, la bahía seguía alzándose blanca y cayendo de nuevo. La mano de él se movía lenta sobre su hombro, sin patrón, sin ningún sitio adonde

fuera. Bajo su oreja el latido de él bajaba por etapas hacia una cosa pareja. Ella yació quieta dentro del sonido de ello y del sonido del viento y no hizo, por una vez, la aritmética de nada de aquello.

El disco estaba en su abrigo, sobre una silla al otro lado de la habitación, contra el cristal frío, y no podía sentir su esquina ahora y no se levantó a comprobarlo. Había llevado cosas contra las costillas toda su vida adulta, la tarjeta de las normas y la placa y lo que el caso del momento hiciera de ella, y esta era la primera habitación en diecinueve años en la que dejaba descansar todo el peso de sí misma.

No le había contado a nadie lo que estaba a punto de contarle a él. No había sabido, subiendo por la carretera del norte con su disculpa dispuesta, que se lo contaría. La mano de él seguía moviéndose sobre su hombro, sin pedir nada, sin ir a ninguna parte, y la oscuridad lo hacía posible, y abrió la boca contra el pecho de él donde no tendría que ver aterrizar su propia voz.

C A P Í T U L O 1 5

La costura

La oscuridad de la casa de cristal no era la oscuridad de El Ancla. En El Ancla la oscuridad tenía bordes: la luz de sodio del puerto entraba por los lados de la persiana y tendía una barra a través del techo con la que podía medir la noche. Aquí solo estaban la casa y el cabo y la bahía debajo, y la bahía no tenía luz que devolver, así que la oscuridad llegaba justo hasta el cristal y se apoyaba en él. Yacía con la oreja sobre el pecho de Adrian y escuchaba las partes de la noche que tenían sonido. El cristal ticteaba en su marco donde el viento trabajaba el sellado. La calefacción se encendía en algún punto bajo el suelo y corría y se apagaba. Muy abajo, tenues, las drizas de la marina tintineaban cuando la ráfaga bajaba lo suficiente para dejarlas pasar, y luego la ráfaga volvía y se las llevaba de nuevo.

El latido de él era lento bajo su oreja. Más lento que el de ella. Yació y lo contó sin querer, como hacía todo, y en algún momento el contar dejó de ser una cosa que ella le hacía a él y se convirtió en una cosa que la casa le hacía a ella, y abrió la boca en la oscuridad y dijo el nombre que no había dicho en voz alta a una persona viva en años.

—Tenía una hermana.

Lo dijo contra el pecho de él, donde no tenía que ver aterrizar su propia voz en su rostro. Esa fue la única razón por la que pudo decirlo. A la luz del día, al otro lado de una mesa, le habría leído los ojos en busca de los pequeños ajustes que hacía la gente cuando le entregabas una chica muerta: la boca ablandada, el inclinarse hacia ti, la representación de un sentimiento que estaban componiendo mientras mirabas. En la oscuridad no había nada de eso que leer. Solo estaban su esternón bajo su mejilla y su mano abierta sobre su hombro, sin moverse.

—Junie —dijo—. Tenía diecinueve. Yo tenía quince.

Su mano siguió abierta. No dijo *lo siento* y no dijo *no tienes por qué*, y la ausencia de ambas cosas era una especie de cuarto cuya

puerta él sostenía abierta, y ella entró en él.

—Se ahogó. Frente a la Punta, el otoño en que yo tenía quince. Y nunca hubo... nunca la encontraron. El agua se la llevó. Es lo que hace el agua aquí, lo has visto, has leído las mismas tablas de mareas que yo. Se lleva a la gente y se queda con algunos. Cada tercer invierno se lleva a alguien y la mitad de las veces nunca lo devuelve.

—He visto los avisos —dijo él. Solo eso. Su voz subió a través de su pecho hasta su oreja, doblada, las palabras y la resonancia de las palabras, y la resonancia llegó primero.

—Yo estaba allí —dijo ella—. Aquella noche. Abajo, en la Punta. Quiero que entiendas que no te estoy contando una cosa que oí. Te estoy contando una cosa de la que estuve dentro. —Oyó su propia voz nivelarse, volverse cuidadosa, tenderse plana, la voz que usaba guiando a un jurado a través de una secuencia—. Cayó al agua desde el viejo embarcadero. Yo estaba arriba, en las rocas sobre él. No podía alcanzarla y corrí a buscar ayuda, y para cuando vino alguien la marea la tenía, y esa fue la noche. Esa es la noche entera. La he contado diez mil veces. A los consejeros con los que me obligaron a sentarme. A mí misma, cada noche, durante diecinueve años, como una oración que dices porque parar parece peor que el decirla. La sé como sé mi propio nombre.

Él no apretó la mano. Ella se había preparado, en algún punto bajo las palabras, para que la mano apretara, para el pequeño aferramiento involuntario que significaba *ahora te manejaré el duelo*, y no llegó, y porque no llegó siguió adelante, más allá de la parte en la que solía pararse, hasta la parte que no decía a los consejeros porque no tenía utilidad dentro.

—Hacía frío —dijo—. Las rocas. A través de mis vaqueros. Lo recuerdo mejor que cualquier cosa que nadie me dijera durante un año después: el frío subiendo por la mezclilla hasta la parte de atrás de mis piernas mientras estaba allí arrodillada. Y su voz llegaba. No pensarías que llegaría, sobre el agua, con el viento, pero llegaba, y podía oírla, y luego podía oírla menos, y luego dejó de ser una palabra. Pasó de algo que casi podía distinguir a un sonido sin

bordes. Y luego al agua, simplemente: el agua sin ninguna voz dentro.

El cristal ticteó. Colina abajo las drizas iban y venían.

—La luna se había puesto —dijo—. Así que el embarcadero era una forma negra que conocía de día y no podía encontrar en la oscuridad. Lo había recorrido cien veces. No podía encontrar el extremo de él con los ojos aquella noche. Y extendí las manos sobre el agua. —Se oyó casi reír, un sonido plano sin nada detrás—. Como si los brazos de una chica de quince años fueran una cosa que la bahía fuera a respetar. Como si pudiera alcanzar doce metros de agua negra porque lo quería. Y luego corrí. Sendero arriba. Mi propia respiración tan fuerte en los oídos que no podía oír mis propios pies. Pasé el muelle de las becas, subí a la carretera. Y golpeé una puerta —nunca después pude recordar cuál casa, cuál, que es una cosa extraña de perder, ¿verdad?, cuando lo guardas todo lo demás—, y había una puerta mosquitera, y un hombre en camiseta interior, y un teléfono en la pared, y me quedé en su porche contando nada mientras él marcaba, mirando cómo la luz tardaba mucho en encenderse dentro de la casa, como si la casa tampoco me creyera.

Colocó la última piedra y se detuvo. El muro estaba construido. Lo había construido tantas veces que podría haberlo hecho dormida, cada piedra en su sitio, el frío y la voz y la luna puesta y el embarcadero negro y la carrera y la puerta mosquitera, y se sostuvo como siempre se sostenía, y ella yació contra él en el silencio terminado de aquello y esperó a la cosa que venía después, que solía ser nada, que solía ser el pequeño alivio de haberlo dicho y haber sobrevivido al decirlo.

Él se había quedado muy quieto bajo ella.

No la quietud de un hombre durmiéndose. Había yacido sobre suficientes pechos para conocer la diferencia. El sueño aflojaba un cuerpo desde dentro, dejaba que el peso se asentara abajo a través de él en la cama. Esto era la otra cosa. Esto era un cuerpo quedándose quieto a propósito, alrededor de algo que estaba trabajando.

—Has dicho la Punta —dijo él—. El viejo embarcadero.

—Sí.

Estuvo callado un momento, y en el momento ella sintió su respiración entrar, sintió el pecho bajo su mejilla tomar el aire y retenerlo medio compás de más, del modo en que un aliento se traba cuando una frase se reordena antes de salir. Conocía ese trabarse. Lo había visto tomar a mil personas al otro lado de una mesa, el aliento de alguien que busca la palabra blanda y cuidadosa y se encuentra la verdadera ya en la boca.

—Nora. —Dijo su nombre primero, del modo en que pones una mano plana sobre una mesa antes de decir la cosa difícil, para mostrar que la mano está vacía—. Tú me enseñaste esto. Hace cuatro días. De pie sobre aquella chica en el muelle, con tu cuaderno, a la luz del día. Lo dijiste dos veces para que lo tuviera. En el agua muerta no hay corriente. Nada que mueva un cuerpo. Dijiste que un cuerpo en agua muerta no va a ninguna parte, se queda, sale donde se hundió, y así lees dónde la corriente no pudo haberlo llevado.

—Sé lo que dije. —Su propia voz le volvió un poco tensa—. Estaba trabajando lo de la chica Kettle. Eso es distinto...

—Yo no estoy trabajando nada. —Su mano se había detenido sobre su hombro. Solo ahora advirtió que se había detenido, que en algún punto del último minuto había pasado de descansar a estar olvidada, una mano olvidándose de sí misma cuando la cabeza se lo lleva todo—. Solo lo estoy poniendo al lado de la otra cosa. Eso es todo. Porque dijiste que la marea se llevó a tu hermana *afuera*. Más allá del rompeolas. Lejos. Desaparecida, sin cuerpo, diecinueve años. Para que el agua hiciera eso —para llevársela afuera y no devolverla jamás—, el agua tenía que estar moviéndose. Con fuerza. Una bajante fuerte, corriendo el canal como un río, de las que dijiste que vacían el puerto hasta el fango.

—Lo hace. Corre así. Lo has visto...

—Entonces lleva segundos. —Lo dijo con dulzura, y la dulzura era la peor parte, porque significaba que había oído hacia dónde iba la frase antes de terminar de dirigirla allí—. Si bajaba con esa fuerza —con suficiente fuerza para llevarse a una chica crecida más allá del rompeolas y quedársela—, entonces la habrías visto irse en segundos. Dijiste que su voz llegaba y luego adelgazaba y luego se

detuvo. Dijiste que extendiste las manos y luego corriste sendero arriba y encontraste una puerta y te quedaste en un porche mientras un hombre marcaba y una luz tardaba mucho en encenderse. Eso no son segundos. Eso son minutos. Eso es mucho tiempo, Nora. No habría habido carrera para buscar ayuda en una marea así. No habría quedado nada por lo que correr antes de que bajaras de las rocas.

Ella yació muy quieta.

—Y si había tiempo —dijo él, y ahora su voz se había ralentizado del todo, vuelto cuidadosa como un hombre que sale a un embarcadero en la oscuridad, probando cada tablón antes de poner su peso sobre él—, si estaba lo bastante en calma para que hubiera tiempo de correr, tiempo de golpear una puerta, tiempo de esperar que alguien aún pudiera llegar hasta ella, entonces el agua no se estaba moviendo. Entonces era agua muerta, o cerca de ella. Y tú me dijiste tú misma, hace cuatro días, a la luz del día, lo que el agua muerta hace con un cuerpo.

Se detuvo. No la terminó. Dejó el final de la frase abierto en la oscuridad entre ellos, como lo habría dejado ella, como le habían enseñado y como le había enseñado a él, porque el testigo debe decir la última palabra para que les pertenezca.

—Lo devuelve —dijo Nora.

Las dos palabras le salieron planas y pequeñas, y en el momento en que salieron de su boca oyó lo que había hecho. Había terminado la frase de él por él. Había tomado el último tablón y puesto su propio peso sobre él.

Él no dijo el resto. No tenía por qué. Lo había trabajado como ella le había enseñado a hacerlo: despacio, en voz alta, contra la marea y no contra ella, poniendo las dos piedras lado a lado sobre la mesa y negándose a dejar que ninguna de ellas se ablandara para ahorrarle a ella sentimientos. Una bajante fuerte lleva segundos. Una chica corrió a buscar ayuda. El agua muerta devuelve el cuerpo. Una chica corrió a buscar ayuda. La cosa que ella había dicho de pie sobre Iris Kettle con un cuaderno en la mano, segura de su terreno, le volvía ahora en la oscuridad en la voz de otra persona, vuelta por

primera vez en diecinueve años hacia la única noche que jamás había pensado en volverla.

Había cargado la noche como una sola piedra lisa. La había llevado en el bolsillo y le había dado vueltas en la mano diez mil veces hasta que cada cara de ella se gastó lisa, y siempre había sido una sola piedra, y ahora la voz queda de un hombre la había vuelto una vez más en la oscuridad y había una costura en ella. Un lugar por el que había pasado el pulgar diez mil veces y nunca había sentido, porque el muro nunca había tenido un hueco. Solo había estado siempre el muro. El agua muerta que le dio tiempo de correr a buscar ayuda no podía ser la misma agua muerta que se llevó a Junie afuera para siempre. Ambas estaban en el recuerdo. Ambas igual de brillantes. Ambas suyas. El frío de las rocas y el mucho tiempo que la luz tardó en encenderse: esos querían agua muerta, esos querían calma, esos querían minutos. La marea llevándosela más allá del rompeolas para siempre: eso quería un río. Estaban una a cada lado de un hueco que se había abierto en el suelo del recuerdo y no querían juntarse y no querían ser ambas verdad.

La recorrió de nuevo, deprisa, como recorría la cronología de un testigo contra una tabla de mareas, buscando la costura en la que la mentira siempre se sentaba. Y no había mentira. Esa fue la cosa que abrió el suelo más ancho. No había mentirosa en la habitación. No había mentirosa en ninguna parte en diecinueve años de contarlo salvo una niña de quince años en las rocas, y las dos frases de la niña de quince años eran ambas verdad, fueron ambas dichas en la misma voz plana que llegaba, y se sostenían una a cada lado de un hueco que no había estado allí un minuto antes y que ahora no se cerraría.

Se incorporó. La cama se enfrió a lo largo de todo el lado donde había estado su calor.

—No —dijo.

—Yo no...

—No hagas la cosa que yo hago. —Su voz salió mal en la oscuridad, más deprisa de lo que quería, y la tiró de vuelta a nivel a pura fuerza, como hacía que sus manos estuvieran a nivel sobre pruebas que no quería registrar—. No lo construyas. Conozco ese

trabajo. Hago ese trabajo para ganarme la vida, se lo hago a otra gente, tomo su única cosa verdadera y encuentro el lugar donde dos hechos no pueden ambos sostenerse y me apoyo en él hasta que algo cede, y soy buena en ello, y es un recuerdo viejo, Adrian. Se ablandan. Los de todos. Puedes tomar cualquier noche que un niño vivió hace diecinueve años y ponerle una tabla de mareas al lado y hacerla temblar, eso no significa... el agua de este pueblo se lleva a alguien cada tercer invierno y la mitad de ellos nunca vuelve y eso es solo el agua. Eso es solo lo que es el agua. No hay una costura. Estoy cansada. Es tarde y el viento ha estado dándole a esta casa toda la noche y estoy cansada.

—Vale —dijo él.

Encontró su camisa al tacto en el suelo frío y metió los brazos del revés y tuvo que parar y volver a sacarlos y empezar de nuevo, y sus manos no estaban firmes, y las obligó a estar firmes, sujetando el puño con dos dedos hasta que el temblor se fue de donde él pudiera verlo.

—Es el viento —dijo.

—Vale. —No se había movido. Su voz subió de la oscuridad de la cama pareja y sin presión y no alargó la mano hacia ella y no dijo la cosa cuidadosa siguiente, y el no decirla yació allí entre ellos peor de lo que cualquier decir podría haberlo hecho, porque dejó la costura donde estaba, vuelta, boca arriba, atrapando la poca luz que tenía la habitación—. Es el viento.

Se vistió en la oscuridad. Él no discutió y no se levantó a ayudar y no llenó el silencio, y ella se lo agradeció y no habría podido decirlo. En la puerta del dormitorio se detuvo sin decidirlo, con la mano en el marco, del modo en que se había detenido en el porche de un desconocido diecinueve años atrás contando nada mientras una luz se tomaba su tiempo. Detrás de ella el cristal de mar se había vuelto un espejo negro. La habitación sin luz se erguía en él, y su propia forma de pie en la habitación sin luz, pequeña, y más allá de la forma nada que pudiera ver pero que sabía que estaba allí: el quitamiedos, y la larga caída, y la bahía alzándose blanca en las rocas y cayendo de nuevo.

Salió. No dijo que volvería a la luz del día y él no se lo pidió, y aquella conversación, la sobre la cosa que él le había quitado a Gideon, la sobre las dos piedras en la mesa, recordaría, en la carretera, que no la habían tenido.

El cabo le arrojó el viento al coche todo el camino de vuelta, de costado, por el lado de mar donde no había nada más que el quitamiedos y el ruido, y ella lo condujo inclinándose contra las ráfagas con ambas manos abiertas en el volante, sosteniéndolo como se sostiene para viento cruzado en un puente, corrigiendo, corrigiendo. Bajo el quitamiedos la bahía seguía haciendo lo único que hacía. Y detrás de sus ojos la piedra no se quedaba quieta en su mano. *Corrió a buscar ayuda. Se la llevó para siempre. Corrió a buscar ayuda. Para siempre.* La volvía y la volvía en la carretera oscura y cada vez que daba la vuelta estaba la costura, y pasaba el pulgar por ella, y seguía allí, y volvía a pasar el pulgar por ella.

C A P Í T U L O 1 6

Lo que dejó Gideon

Lo tenía en un barco.

Eso lo entendió antes de entender ninguna otra cosa, y lo entendió como entendía la mayoría de las cosas verdaderas, a través de las plantas de los pies: que él no la había llevado hacia la casa de cristal sino más allá de ella, rodeando la terraza sobre sus patas en voladizo y bajando un tramo de escalones de madera abiertos en el talud, los peldaños vueltos resbaladizos y oscuros por el alga que brotaba donde alcanzaba la salpicadura, y que un hombre no guardaba sus secretos en una casa con tanto ventanal.

Los escalones giraban dos veces sobre sí mismos. Él los bajó por delante de ella sin la mano en la barandilla, de paso seguro en la oscuridad de un modo que le dijo que había hecho aquel descenso a menudo y a horas en que no había luz con que hacerlo. Al fondo, un corto dedo de embarcadero privado se adentraba sobre el agua negra, y amarrado a su extremo, baja y pesada sobre sus cabos, había una lancha cabinada que se había dejado morir.

Leyó el barco como leía un escritorio.

Las defensas se habían vuelto grises a la línea de flotación, afelpadas con el alga verdinegra que crece en un casco que nadie vara. Una lata de café estaba en la bañera donde debería haberse revisado la bomba de achique, llena de óxido y agua de lluvia hasta el borde. Los cabos que la sujetaban a las cornamusas eran del tipo trenzado barato, descoloridos por el sol, deshilachados hasta formar una aureola de fibra suelta en la guía, de esos que un hombre cuidadoso reemplazaba en una tarde y un hombre que fingía no importarle dejaba exactamente como estaban, temporada tras temporada, hasta que reventaban en un golpe de viento. La pegatina de matrícula del parabrisas había caducado dos veranos atrás; alcanzaba a leer el año muerto a través de la bruma de sal sobre el cristal. Una gaviota se había ensañado con la cubierta de proa y nadie la había baldeado. Los cojines de la bañera lucían la

floración de la lona dejada a la intemperie, ese verdinegro moteado de una cosa pasada de salvación. Y los herrajes, las barandillas, los embellecedores, la madera que un hombre como Adrian mantenía aceitada y reluciente en cualquier otra superficie que se le conociera, habían quedado aquí en gris desnudo, secos y levantados en la veta, alimentados por nada más que lluvia.

Todo en el barco decía *aquí no viene nadie.*

Esa era su razón de ser. Lo vio expuesto con claridad, toda la arquitectura del asunto: el abandono era la cerradura, y la cerradura no tenía llave, porque en un pecio no hay nada por lo que valga la pena girar una llave. Lo había pensado. Estaba de pie en el embarcadero y reconocía, en los cabos podridos y la pegatina muerta y el óxido de la lata, una cosa construida hacia atrás desde la pregunta *quién registraría esto* hasta la respuesta *nadie,* y construida con la paciencia de un hombre que había tenido años para dejar que envejeciera de verdad.

—Cuidado con la regala —dijo él—. Está mojada.

Bajó a la bañera. Ella vino tras él, una mano en el techo de la cabina, y el barco acogió su peso con un balanceo lento y un golpe de la defensa contra el pilote, y el olor subió a su encuentro: gasóleo y moho y el viejo aliento frío del agua de sentina que nunca acababa de secarse. Él sacó los tablones del tambucho y los dejó a un lado y bajó a la cabina por delante de ella, agachado bajo el techo bajo, y ella lo siguió a un espacio del tamaño de un armario, una mesa de cartas plegada sobre un mamparo y un banco corrido por el otro, la altura libre obligándolos a ambos a encorvarse.

Levantó el asiento del banco.

Debajo, en el hueco seco del pañol, había una caja de aparejos, y sacó la caja de aparejos y la abrió y extrajo de su interior una bolsa estanca, de las buenas, de cierre enrollable, con las costuras soldadas de algo comprado para mantener vivo su contenido a través de un anegamiento. Lo barato del barco y la calidad de la bolsa era toda la confesión, y ella lo registró como tal. El casco era prescindible. Lo que llevaba dentro no.

Desenrolló la bolsa y puso tres cosas sobre la mesa de cartas.

Un libro de cuentas. Un disco duro, plano y negro. Un estuche del tamaño de un libro de bolsillo, de los que guardan tarjetas de memoria en gomaespuma.

Los dejó y dio un paso atrás, hacia el ángulo del mamparo, tan atrás como la cabina le permitía ir, y se cruzó de brazos, y los miró como un hombre mira algo todavía caliente.

—Llevaba papel —dijo Adrian—. Toda su vida. No se fiaba de nada que no pudiera quemar él mismo. —Su voz se había vuelto cuidadosa—. La nómina de becas que has visto, esa era el libro limpio. El que la Fundación digitalizó. El que estaban encantados de entregarte por encima de un escritorio. —No la miraba—. Este es el otro.

Ella miró el libro de cuentas y todavía no lo tocó.

—Los donantes —dijo él—. Lo que tenía sobre cada uno de ellos. Fechas. Nombres. Qué se filmó, y adónde fueron las copias. Cuarenta años de ello. —Se detuvo—. Las tarjetas y el disco son las películas. Filmaba las veladas, Nora. Algunos de los donantes sabían que la cámara estaba ahí, al cabo de un tiempo; esa era la idea, al cabo de un tiempo. No hace falta amenazar a un hombre que ya lo sabe. Los nuevos no lo sabían. —Hizo girar el surco desnudo del dedo donde había habido un anillo, una vez con el pulgar—. Los nuevos son los peores de mirar. He mirado lo suficiente para saber lo que tengo en las manos. Ni un fotograma más allá de eso. —Señaló con la cabeza el estuche—. Están etiquetados. Él los etiquetó. Un año y un nombre en una tira de cinta, de su puño. Como etiquetarías un bote.

Abrió el libro de cuentas porque tenía que hacerlo.

No era una persona capaz de estar en una cabina con una cosa así sobre la mesa y no abrirla; el no abrirlo habría sido un dato sobre sí misma que habría tenido que cargar después, y ya cargaba bastante. Así que puso dos dedos sobre la tapa y la levantó.

La tapa era de grano negro, una encuadernación de cuaderno de bitácora, las esquinas blandas y pálidas donde cuarenta años de manos las habían desgastado. El lomo había sido forzado hacia las mismas fechas tantas veces que el libro quería abrirse por ellas, y ella sintió que lo quería, sintió el peso de las hojas inclinarse hacia

las páginas que importaban, y las mantuvo planas en cambio y empezó por el principio.

El papel había vivido cerca del agua. Tenía la leve ondulación de una cosa guardada húmeda durante años, las hojas endurecidas y rizadas en los bordes, levemente pegajosas bajo el pulgar donde presionaba y soltaba, de modo que cada página se levantaba con el más pequeño chasquido húmedo propio. Un olor salía de él bajo el gasóleo, papel viejo, tinta vieja, la dulce podredumbre seca de la humedad guardada, y lo respiró una vez y luego respiró superficial.

Era la letra de Gideon.

Conocía la letra. La había visto en el libro limpio, en la nómina de becas, en una pared de citaciones enmarcadas en el vestíbulo del Salón de la Conservera: los mismos lazos de pluma estilográfica que habían escrito a niños hacia sus futuros, hacia la universidad, hacia el sostén del pueblo. Los mismos lazos rayaban aquí a los donantes en sus jaulas. Las columnas habían sido trazadas a mano con una plumilla más fina, rayas finísimas, y las anotaciones escritas entre ellas con la fría y completa contabilidad de un hombre que no había sentido nada de aquello como crueldad porque lo había sentido todo como contabilidad.

Recibido. Comprometido. Asegurado. Palanca retenida.

Una columna para la suma. Una columna, más ancha, para lo que se tenía sobre un hombre, y una columna más estrecha que ninguna de las dos para lo que esa retención había comprado de vuelta. Las fechas corrían en una mano ininterrumpida a lo largo de los años, la tinta pasando del negro húmedo de una pluma estilográfica a, en las últimas páginas, la línea más dura y delgada de un bolígrafo de tinta líquida, los lazos volviéndose arácnidos a medida que envejecía la muñeca que los hacía, cuarenta años de un solo hombre llevando sus cuentas sobre otros hombres como otro hombre llevaría el registro de una pesca a lo largo de toda una vida de temporadas.

Leyó cuatro páginas.

Los niños estaban también ahí. Los encontró en la segunda página y los entendió antes de permitirse leerlos: encajados en las líneas rayadas entre los donantes contra quienes se les usaba,

anotados por sus iniciales, dos letras de la mano del muerto sin más peso de tinta detrás que una suma. Una niña reducida a una anotación. Un niño convertido en instrumento y archivado entre los hombres sobre quienes era la palanca. La pluma había presionado fuerte. Las palabras se levantaban de la página al pasar el pulgar por encima, en relieve, una cosa que podría haber leído a oscuras con el tacto.

Su dedo bajó por el margen como bajaba por cualquier documento, el reflejo entrenado de una mujer que leía para ganarse la vida, deteniéndose en cada línea el cuarto de segundo que tardaba en registrarla y siguiendo adelante. Mantuvo la mano plana. Mantuvo los ojos en marcha. En algún lugar al fondo de la garganta el gasóleo se revolvió una vez, despacio, y se lo tragó y leyó la entrada siguiente, y la siguiente, el pequeño chasquido húmedo de cada página el único sonido en la cabina entre el chapaleo del agua contra el casco.

En una página de diecinueve años de antigüedad encontró una *J.Q.*

Leyó las dos letras y no leyó la línea en que estaban. Su palma cayó sobre la tapa antes de que la línea pudiera resolverse, el libro cerrándose bajo su mano con el suave golpe del papel ondulado, y se quedó de pie con la mano plana sobre la tapa cerrada como había estado, más de una vez, con la mano plana sobre una tarjeta plastificada en su abrigo, presionando, como si la presión fuera una especie de respuesta, y respiró por la boca, y al cabo de un momento quitó la mano del libro.

Adrian la había visto hacerlo. Sintió que la miraba y no lo miró.

—Por qué dármelo —dijo ella. Su voz salió nivelada y la mantuvo ahí—. Lo has tenido seis meses. Me lo dijiste tú mismo: el día que lo entregues, hay gente que se ahoga. Así que por qué ahora. Por qué a mí.

—Dos razones. —Bajó los brazos—. Y te daré las dos, y la segunda no te gustará.

Se sentó en el banco, bajo el techo bajo, y la fluidez lo abandonó al sentarse. Lo había visto irse antes, en destellos, la fácil superficie de quien trabaja una sala cayendo para dejar atrás a un hombre

cansado, y lo vio irse ahora y quedarse ido, lo vio asentarse en el registro más pequeño y más plano de alguien que había dejado de componerse para un oyente.

—La primera es que ya tienes la forma del asunto —dijo—. Lo construiste todo a partir del libro limpio y un calendario. Eres la única persona en veinte años que llegó hasta aquí desde fuera. —Miró el libro de cuentas sobre la mesa—. Si no te doy el libro de verdad, vas a juicio algún día con el limpio y una teoría, y los abogados de Maren te comen en una tarde, y los donantes se dispersan, y cada niño de esas páginas fue filmado para nada. —Se detuvo—. Vas a hacer esto. Te he observado. Vas a hacer esto aunque te mate. Así que deberías hacerlo con las pruebas de verdad y no con una pared de fichas y una cosa de la que estás segura en las tripas.

—Y la segunda.

Miró el agua chapaleando contra el casco, el sucio batir de ella golpeando contra el tablazón bajo la mesa de cartas, y le dio la segunda razón al agua y no a ella.

—Iris encontró un trozo de esto.

El nombre aterrizó en el pequeño espacio y se quedó allí.

—No esto —dijo él—. Esto nunca lo tuvo. Estoy seguro. Casi seguro. Pero un trozo. Una referencia. Un nombre del escritorio de Gideon, después de que muriera, antes de que yo vaciara el escritorio. —Su pulgar encontró de nuevo el surco desnudo del dedo —. Vino a mí hace tres semanas. Asustada. Valiente. —Se detuvo—. Te habría caído bien. Tenía tu manera de ir directa a la peor frase de la sala.

Hizo girar una vez más el anillo ausente y luego dejó de hacerlo, y puso las manos planas sobre las rodillas.

—Y le dije que tuviera cuidado.

Su voz hizo lo que ella había aprendido que hacía cuando había dejado de gobernarla. Cayó plana y corta, las frases reducidas a sus huesos.

—Le dije que yo me ocuparía. Le dije lo que le digo a todo el mundo. *Déjame que lo gestione yo.* —Seguía mirando el agua—.

Porque gestionarlo es la única habilidad que tengo. Y ella confió en mí. Y tres semanas después está sobre las rocas bajo la Punta.

No levantó los ojos del agua de sentina en todo el tiempo que tardó en decirlo. Un hombre capaz de sostener cualquier mirada en una sala atestada y no apartarla nunca, y le dio lo peor de todo al agua sucia bajo las cuadernas.

—Así que esa es la segunda razón —dijo—. Me senté sobre esto teniendo cuidado, y una chica murió teniendo cuidado conmigo. Y se acabó tener cuidado. —Volvió la mano y miró el surco vacío sobre ella—. No es una razón noble. Quiero que oigas que no lo es. Prefiero entregarte una bomba a apagar una cosa encendida más y descubrir después, a oscuras, lo que costó apagarla.

Ella se quedó de pie con la mano cerca del libro de cuentas cerrado y lo dejó seguir, porque no había terminado, y porque un hombre diciendo la verdad tan mal era una cosa que había aprendido a no interrumpir.

—No paro de volver a las tres palabras. —Su boca se movió sobre ellas como sobre algo dolorido—. *Déjame que lo gestione yo.* Las he dicho diez mil veces. A la junta. A los donantes. A la jefa, al del catering, a cada persona nerviosa que alguna vez se quedó en un umbral con un problema. Y todas las demás veces eran verdad, porque gestionar cosas es lo único que de verdad se me da bien. Y la única vez que importaba, lo gestioné no haciendo nada durante tres semanas mientras ella cargaba con todo el peso sola. —Negó con la cabeza, un movimiento pequeño, apenas—. Me dije que la protegía. Protegía el calendario. La gala. La cosa que paga la cosa que paga la cosa.

El agua golpeó el casco. Él no levantó la vista al golpe.

—Habría acudido a ti —dijo—. Si le hubiera dicho que había alguien de fuera que había captado la forma del asunto, alguien con una placa y sin nada que ganar en este pueblo, habría entrado en tu motel esa misma noche y te lo habría puesto todo sobre la cama delante de ti. Así era ella. Iba hacia la gente. —Le trabajó la mandíbula—. En cambio, yo quité eso de la mesa. Para conservar lo mío. Me aseguré de que no supiera que existías, porque si sabía que

existías yo perdía el control de la cosa, y el control era lo que había decidido salvar.

Puso de nuevo ambas manos sobre las rodillas, planas, y por fin levantó la cabeza y la miró, y no había nada compuesto en su rostro.

—Así que no —dijo—. No es noble. No te entrego el libro para que se me perdone eso. No hay versión de dártelo que lo compre de vuelta. Te lo entrego porque ya sé exactamente lo que hace la versión cuidadosa de mí. —Le sostuvo la mirada—. Se queda de pie en un embarcadero diciéndole a una chica asustada que él se ocupará. Y ahora he visto adónde lleva ese embarcadero. Así que prefiero entregar la cosa entera a una desconocida del estado de quien ni siquiera estoy seguro de poder fiarme, antes que ser ese hombre una vez más y enterrar un trozo más para guardarlo a buen recaudo.

Ella lo creyó.

Anotó que lo creía, y anotó, en el mismo aliento, que el instrumento con que lo creía era el mismo instrumento que la había puesto, dos días atrás, en la oficina de un capataz a decirle, plana y con total convicción, que aquel hombre había sacado a Iris Kettle hasta la Punta y le había puesto las manos en la garganta. El instrumento se había equivocado entonces con exactamente esta misma certeza. Eso ya lo sabía de él.

Y decidió, en la angosta cabina con olor a gasóleo y el libro bajo la mano, creerle de todos modos, no porque el instrumento se lo hubiera ganado de vuelta, sino porque el libro de cuentas sobre la mesa no se preocupaba de si ella confiaba en la mano que lo había producido. El libro era el libro. El muerto había presionado la pluma con fuerza suficiente para dejar las palabras levantadas de la página, en relieve, legibles al tacto en una cabina a oscuras, y la página diría lo que decía ante un jurado tanto si Adrian Wren había respirado honradamente alguna vez en su vida como si no. Podía dudar del hombre con toda su formación y el libro seguiría siendo verdadero bajo su pulgar.

Fíate de lo que es verdad, confíes o no en la mano que lo trae.

Esa no era una línea de la tarjeta. Esa tendría que escribirla ella misma, de su puño, como el muerto había escrito el suyo, y se

quedó un momento más en aquel espacio encorvado y dejó que la regla cuajara, y aún no alcanzó el libro.

C A P Í T U L O 1 7

Lo que el barco guarda

Las tres cosas estaban sobre la mesa de cartas donde Adrian las había puesto, y en el momento en que las miró como pruebas en lugar de como confesión, la pregunta subió del piso como el frío a través de sus botas: adónde iban ahora.

Sabía la respuesta. La había sabido antes de bajar los escalones resbaladizos, como sabía la segunda línea de la tarjeta sin leerla. *La cadena lo es todo.* El lugar correcto para un libro de cuentas de cuarenta años y un disco lleno de películas era un depósito. Registrado. Sellado. Una bolsa, un número, una firma bajo otra firma, atestiguado por un segundo par de ojos, la larga estela de papel que convertía un objeto en un hecho que un jurado podía tocar. Había construido toda su vida sobre esa estela. Había visto a abogados defensores hacer trizas casos más limpios que este por una sola hora que nadie podía justificar, una sola mano por la que nadie había firmado, y les había dado la razón cada vez, porque la regla era correcta.

El lugar correcto era el sistema. Y el sistema en Harlow Bay pasaba por Della Marsh.

—Tienes esa cara —dijo Adrian.

Ella no le contestó. Estaba en algún punto por delante de él, en la sala de pruebas que nunca había visto, construyéndola a partir de un centenar de otras. Una encargada que bebía donde bebía todo el mundo en este pueblo. Un número que una jefa podía leer en una hoja al final de un turno. Una puerta cuya llave colgaba de un tablero detrás de un escritorio, en un edificio que había guardado los secretos de los Vane durante un siglo sin que se lo pidieran dos veces. Puso el libro de cuentas en ese estante de su mente y lo vio quedarse ahí toda la noche, y no creyó ni por un minuto que fuera a ser el mismo libro por la mañana.

—Si lo registro —dijo—, Maren sabe que existe mañana mismo.

—Sí.

—Tendría la forma del asunto en un día. La encargada habla. La jefa lee el registro de pruebas porque es su trabajo, y la jefa atiende la llamada de Maren antes que la mía. La vi hacerlo la primera mañana. El protocolo de asientos. El nombre que dijo primero. —Oyó su propia voz volverse plana y precisa, la voz que usaba para leer una escena a una grabadora, y la dejó, porque la planicie era lo único que mantenía la forma del problema lo bastante quieta para verlo—. Las cosas en los depósitos, en pueblos como este, arden. Se reclasifican. Un disco se lee como corrupto el día que alguien va a copiarlo. Una caja se etiqueta mal en un traslado y el traslado es lo último que se ve de ella. Lo he visto pasar en sitios más limpios que este sin que nadie lo intentara siquiera.

—Entonces no lo registres.

Ella lo miró. Estaba sentado en el banco del que había sacado la bolsa, los antebrazos sobre las rodillas, el surco desnudo del dedo vuelto hacia arriba donde había habido un anillo, y lo dijo como un hombre dice lo que ya ha decidido, ofreciéndoselo como si no costara nada.

—Si no lo registro, no vale nada. —Puso la mano plana sobre la tapa del libro, el papel ondulado levemente pegajoso bajo la palma —. Un documento sin cadena es un relato. Esa no es una regla que leí en alguna parte. Es la regla. La prueba más hermosa del mundo es aire en el segundo en que no puedes demostrar qué manos la sostuvieron y cuándo. Este... —presionó hacia abajo, sintió la tinta en relieve levantarse bajo el pulgar a través de la tapa, cuarenta años de la pluma de un solo hombre— este es el libro que los acaba. La hora en que entre en mi abrigo sin testigo, deja de ser el libro que los acaba y empieza a ser un libro al que tendré que jurar. Sola. Contra un pueblo. Contra una jefa que quiere mi placa.

—Puedes jurar muchas cosas.

—No una página que saqué del barco de mi amante sin número encima. —La palabra le salió sin peso, y la vio aterrizar sobre él de todos modos, lo vio encajarla sin pestañear porque ya la había nombrado días atrás y no había nada en ella que él no supiera—. Piensa como la defensa un segundo. La investigadora del estado. Comprometida. Acostándose con el testigo que produjo la prueba.

Apartada del caso por su propia jefa. Y entra en un tribunal con un libro de cuentas manuscrito que dice que encontró, sin sello, sin testigo, sin cadena, y espera que doce personas crean que no lo escribió ella misma en la cabina donde se acostó con el hombre que se lo entregó. —Levantó la palma de la tapa—. Ese no es un veredicto difícil para ellos. Ese es el veredicto más fácil del mundo.

Él calló. El agua chapaleaba contra el casco, un golpeteo irregular contra el tablazón, y en algún lugar a lo largo del gris de la cabina una gota caía de la lona y encontraba el mismo punto que llevaba años encontrando, una pequeña mancha oscura trabajada en la madera.

Ella le dio la vuelta al asunto como le daría la vuelta a una tabla de mareas. Ese era el movimiento entrenado, el que sus manos conocían: ponías el problema plano y bajabas el dedo por las horas buscando el agua muerta, la única hora en que la corriente se detenía y un cuerpo podía moverse como no podía moverse en ninguna otra hora. Bajó el dedo por esta. Registrarlo, y cambiaba la prueba por la cadena y entregaba ambas al depósito que respondía ante la mujer equivocada. Quedárselo, y cambiaba la cadena por la prueba y sacaba una cosa de la que nunca podría demostrar que no la había fabricado. El libro era un arma solo mientras estuviera limpio y estaba a salvo solo mientras fuera inútil, y podía tenerlo limpio o podía tenerlo a salvo, y tener cualquiera de los dos le costaba el otro entero.

No había hora muerta. Leyó la página dos veces de todos modos, lo que le habían enseñado a no hacer nunca, como se lee la bisagra de una puerta cerrada buscando el tornillo que no está.

—No decidas aquí —dijo Adrian.

—Tengo que decidir aquí. La tormenta está a dos días y, una vez dentro, no hay ferry ni carretera ni manos de fuera que crucen por nadie. Decido aquí o decido por nada.

—Entonces tómate la hora. —Se levantó, y la angosta cabina los puso cerca, más cerca de lo que la discusión quería, y él no retrocedió al respecto—. Pero óyeme primero. Hagas lo que hagas con el libro, no hagas la cosa para la que el libro *sirve.*

—¿O sea?

—No lo conviertas en un secreto que cargas sola porque has decidido que eres el único par de manos seguro. —Lo dijo despacio, escogiendo las palabras, y la fluidez que corría bajo todo lo demás que decía se había ido de su voz—. Así lo hacía él. Esa es la máquina entera. Una persona cuidadosa tras otra decidiendo que la cosa es demasiado peligrosa para nadie salvo para ella, así que la sostiene, y el sostenerla la convierte en el siguiente eslabón, y la cadena nunca termina porque cada eslabón es alguien que pensó que era la excepción. —El surco del dedo giraba bajo su pulgar, una vez y otra —. Yo lo hice hace tres semanas. *Déjame que lo gestione yo.* Soy el par de manos más seguro que tiene este pueblo y sostuve el secreto de una chica asustada para conservar el mío y ella está sobre las rocas. El pueblo está lleno de manos seguras, Nora. Por eso exactamente está muerta.

Ella lo oyó. Lo archivó donde archivaba todo lo que oía, a un lado, para sopesarlo más tarde cuando hubiera un más tarde. Y no dijo lo que se alzaba en contra, que era que ella llevaba cargando cosas sola desde los quince años y no conocía otra manera de cargar nada.

Al final no se lo llevó.

Puso el teléfono encima del libro de cuentas. Su propia cámara, la única en la que confiaba, el único objetivo de cuya cadena de custodia podía responder sin responder por nadie más. La luz de la cabina era el gris que entraba del agua por los portillos empañados de sal, plana y uniforme y sin sombra, lo único bueno que el pecio tenía que ofrecer, y abrió la tapa por la primera página y encuadró la doble plana al recuadro.

El enfoque rastreó por el papel ondulado y prendió. Esperó a que prendiera en la tinta, las líneas en relieve levantadas de la página donde la pluma había presionado, la mano de estilográfica dibujando a los donantes y las sumas y la columna estrecha para lo que el silencio de cada hombre había comprado de vuelta, y cuando la pantalla se afiló sobre la tinta levantada pulsó el disparador. Luego la hoja, vuelta con un dedo, el pequeño sonido húmedo del papel rígido despegándose del papel rígido el único sonido en la cabina

entre un chapaleo de agua y el siguiente. Encuadrar. Enfocar. Esperar la tinta. Disparar. Pasar.

No leía mientras fotografiaba. Eso se lo había enseñado a sí misma en su primer año de escenas, que la cámara y el ojo eran trabajos distintos y no podías hacer ambos a velocidad sin perder uno, así que dejó pasar las páginas bajo el objetivo como formas, como dobles planas, como prueba que leería más tarde en una habitación con una puerta que se cerrara con llave, y mantuvo el dedo en marcha y la respiración superficial y uniforme. Cuarenta años pasaron bajo el cristal de doble plana en doble plana. La letra se adelgazaba a medida que avanzaba, la pluma estilográfica cediendo en las últimas páginas al trazo más duro de un bolígrafo de tinta líquida, los lazos volviéndose más pequeños y más cuidadosos, la muñeca de un anciano llevando sus cuentas hasta el final. Los niños pasaron ante ella en iniciales, dos letras encajadas en las líneas rayadas entre los hombres contra quienes se les había usado, la vida entera de una niña en menos tinta que una suma.

Una página de diecinueve años de profundidad subió bajo el objetivo. La encuadró. La enfocó. La fotografió sin leerla, y pasó la hoja, y su dedo no se demoró sobre aquella más que sobre cualquier otra, porque se había hecho una regla tres días atrás en esta misma cabina de que no leería aquella línea hasta que pudiera leerla en algún lugar donde pudiera permitírselo.

Cuando el libro estuvo hecho lo cerró y lo dejó cuadrado sobre la mesa y alcanzó el estuche negro y plano.

Metió una tarjeta de él en el lateral del disco. La pequeña pantalla despertó gris, luego se resolvió: un ángulo alto fijo, la imagen granulada y mal iluminada, una cámara que nunca se movía porque nunca había necesitado moverse, una habitación de cuya esquina ella reconocía la mitad. El sonido salió delgado y metálico por el pequeño altavoz, la voz de un hombre y bajo ella los ruidos ordinarios de una velada: un vaso al posarse, una silla, el pequeño mobiliario blando de una noche que el hombre filmado no sabía que se guardaría en una tira de cinta de la mano de un muerto. Sostuvo la pantalla a la distancia a la que sostendría una herida que estuviera fotografiando, lo bastante lejos para que su aliento no la

empañara, y la observó como la habían entrenado para observar lo peor de cualquier cosa: nombrando lo que probaría, dónde se había filmado, qué en el encuadre podía emparejarse con una línea del libro que acababa de poner bajo cristal. La habitación. El ángulo. La voz. Mantuvo la parte de ella que era una hermana detrás de la parte de ella que era una testigo, el peso puesto detrás de una puerta que alguien empuja, y el muro aguantó cuatro minutos.

A los cuatro minutos sacó la tarjeta.

No lo decidió. Su mano estaba en el disco y la tarjeta estaba fuera de él antes de que la parte delantera de su mente hubiera votado, y se quedó con ella entre dos dedos y se obligó a respirar y bajar el gasóleo que se había revuelto una vez al fondo de su garganta. Volvió a meter la tarjeta en el estuche negro y plano y lo cerró con un clic y se lo tendió a él, y él la cogió, y ella dejó el disco sobre la mesa con ambas manos, con el cuidado deliberado de una mujer que deposita una cosa cuyo peso no quiere que sus propios dedos recuerden.

—No tienes que ver más —dijo él.

—Vi lo que necesitaba para emparejarlo. Cuatro minutos es lo que el muro aguanta. —No lo miró mientras lo decía. Ya estaba cuadrando el libro al disco al estuche, como cuadraba todo, alineando los bordes, y el cuadrar era una cosa que sus manos hacían para que el resto de ella no tuviera que hacerlo.

Los originales volvieron por donde habían venido. Libro y disco y estuche dentro de la bolsa estanca, la buena de cierre enrollable, las costuras soldadas que se habían comprado para mantenerlo todo vivo a través de un anegamiento. Dobló la parte de arriba tres vueltas y pasó el clip y lo presionó. La bolsa estanca dentro de la caja de aparejos, la caja de vuelta en el hueco bajo el banco, y levantó ella misma el asiento del banco y puso la caja donde había estado, en la línea de polvo que había dejado, encajándola de nuevo en su propia marca. El asiento cayó plano. Puso encima el cojín gastado, la floración verdinegra de él, y lo cuadró, y lo presionó una vez para que asentara como asienta un cojín que nadie ha tocado en una temporada.

Se echó atrás y miró el desastre de la cabina y no habría podido decir, ella misma, que algo en ella se hubiera movido.

—Ese es el sello ahora —dijo. No a él. A la parte de ella que quería un número y una firma y iba a tener que pasarse sin ellos. Una lata de café con óxido donde debería estar la bomba de achique. Un cabo vuelto blando y gris en la cornamusa. Una pegatina de matrícula caducada hacía dos temporadas, y un casco que olía a moho, y la vida entera de un hombre dedicada a enseñarle a un pueblo que no le importaba nada de lo guardado aquí dentro. El abandono era la cerradura. No había llave porque en un pecio no hay nada por lo que valga la pena girar una llave.

—No le digas a nadie dónde está —dijo Adrian—. Ni a tu jefa. Ni a tu estado. No hasta que tengas un par de manos por las que apostarías la vida de un niño. Hasta entonces somos tú y yo y un barco que nadie va a mirar.

—Solo tú y yo.

—Solo tú y yo.

Le costó algo aceptarlo, y el coste tenía la forma exacta de aquello contra lo que él la había prevenido una hora atrás, y oyó la ironía de eso y aceptó de todos modos, porque no había par de manos en este pueblo por las que apostara la vida de un niño y ambos lo sabían. Cargarlo sola no era una elección que hubiera tomado por encima de otra mejor. Era la única puerta de salida de la cabina que no daba a un depósito.

Subió los escalones del tambucho y levantó la escotilla y el viento bajó por ella a su encuentro, más frío que cuando había bajado, trayendo el primer filo del tiempo a dos días de distancia. Salió a la bañera y puso la mano en la guirnalda y la guirnalda cedió, podrida por el sol como todo lo demás que habían dejado exactamente como estaba, y quitó su peso de ella y usó la brazola en cambio. El agua sucia golpeaba el espejo de popa. Cuesta arriba sobre el embarcadero la casa de cristal retenía la última luz gris, y más allá de ella el pueblo bajaba hacia el puerto en sus hileras, humo alzándose de dos o tres chimeneas, el embarcadero del ferry vacío, todo el lugar dedicado al pequeño quehacer de un atardecer.

Subió los resbaladizos escalones de madera con el teléfono en el bolsillo del abrigo y la ubicación en la cabeza y nada en las manos en absoluto. Las fotografías eran suyas y la cadena sobre ellas empezaba y terminaba con ella. Era la peor cadena que había y la única por la que podía responder. Había decidido cargarla como había cargado todo desde los quince años, sola, como la tarjeta la había entrenado, y subió hacia el viento segura de haber al menos guardado la cosa en secreto, segura de que el pecio bajo ella había hecho su único trabajo. No se le pasó por la cabeza, en una costa donde el recepcionista del motel había sabido que era del estado antes de que abriera la boca y los viejos del lugar habían tenido su nombre tres días después, que un pueblo que lo veía todo ya la había visto bajar a un barco que ella creía que nadie conocía.

C A P Í T U L O 1 8

El eslabón sin testigo

Las pertenencias de Iris Kettle llegaron a Nora a la mañana siguiente por accidente, que era la única manera en que llegaban la mayoría de las cosas verdaderas.

No había ido a la clínica a buscarlas. Había ido porque la clínica era donde funcionaba la máquina de café del vestíbulo y la del motel no, y porque estar de pie en un edificio público con un vaso de papel le daba a las manos algo que hacer que no fuera conducir de nuevo la carretera a la Punta, y estaba tres pasos dentro de las puertas con el vaso ya demasiado caliente a través de su funda cuando Pell salió de detrás del mostrador de recepción con una tablilla apretada plana contra el pecho como un hombre que lleva un plato que teme derramar.

—Iba a llamarla —dijo—. Ahorrarle el viaje a la comisaría. — Tenía el aspecto de un hombre que había dormido mal y había decidido en la noche que el mal sueño había sido una especie de valor. En algún momento entre las dos y las cuatro la había convertido en su aliada, como hace un hombre una vez que le has dejado ser más valiente de lo que quería, y ahora pagaba las consecuencias de ello un pequeño permiso a la vez—. Embolsaron sus cosas. La ropa, lo que llevaba en los bolsillos. Las pertenencias deberían pasar por la gente de Della, pero... —Se detuvo. No terminó el *pero.* Dejó la tablilla en la esquina del mostrador y la giró hacia ella y tendió un bolígrafo.

El bolígrafo era de clínica, de los que no están encadenados a nada, con el capuchón mordido y el barril impreso con el nombre de un fármaco. Lo cogió. La línea que él quería firmada decía *entregado a* y luego un espacio en blanco, y debajo *recibido por* y luego un espacio en blanco, y Pell ya había rellenado el primer espacio con su nombre y su cargo en su apretada letra inclinada hacia atrás, *Det. N. Quist, Estado*, de modo que lo único que tenía que hacer era poner su propio nombre en el segundo espacio bajo el suyo, dos líneas de

la misma cadena iniciada y cerrada en el mismo minuto por las mismas dos personas, limpia como un nudo.

Firmó. El bolígrafo saltó en el trazo descendente de la Q y volvió a pasar por encima y lo empeoró, una pequeña cicatriz negra en el lazo de la letra, y Pell recuperó la tablilla sin leer la línea que acababa de entregar, firmándola a ciegas, como firmas por un paquete que no has abierto, y metió la mano bajo el mostrador y subió la bolsa.

Era una bolsa transparente, tamaño galón, de las que llevan un recuadro blanco impreso en el frente para un número de caso que nadie en este edificio había asignado y nadie en este edificio asignaría. El recuadro estaba vacío. La bolsa pesaba más de lo que parecía y menos de lo que debería, y Pell la tendió por encima del mostrador por la parte sellada y ella la cogió por la parte sellada y por un momento ambos la sostuvieron, los dedos de él por encima de los de ella sobre el plástico, y luego él soltó.

—Lo siento —dijo—. Era una buena chica. La veía en la tienda de efectos navales. —Lo dijo como un hombre que pone una cosa en el acta de su propia boca, y entonces una enfermera lo llamó por su nombre desde el final del pasillo y se fue, dejando a Nora de pie en el vestíbulo con un vaso de papel en una mano y una chica muerta en una bolsa de congelar en la otra.

No la abrió allí. La llevó por el pasillo lejos del vestíbulo, más allá de las puertas de las consultas, hasta la ventana sin salida del extremo donde la luz era lo bastante mala como para que nadie usara el banco de debajo, y dejó el vaso en el alféizar y sostuvo la bolsa a contraluz del gris que entraba del aparcamiento y la leyó como leía todo, por lo que decía y lo que no decía.

El zapato estaba encima. Un zapato, el compañero del que el agua había guardado, una cosa marrón plana de tacón bajo, el cuero vuelto oscuro y rígido a lo largo de la unión donde la sal se había secado dentro en una línea de marea propia. El cordón seguía atado. Un nudo doble, ceñido fuerte, de los que hace una chica en una mañana cualquiera cuando espera plenamente ser ella quien lo desate esa noche, y Nora miró el nudo doble un momento más de lo que el zapato merecía y luego apartó los ojos de él a propósito.

Una llave de casa. Una llave, de latón, en un lazo de cordón de nailon verde, el cordón deshilachado pálido y afelpado en el lazo donde un pulgar lo había trabajado dando vueltas a lo largo de algún número de horas de espera. Una llave. Ninguna otra. Sin llavero, sin llave de coche, sin el aro de doce llaves que acumula una vida. Una chica que tenía una sola puerta que abrir y no había esperado necesitar abrir nada más.

Cuatro dólares. Cuatro billetes de uno, planos en el fondo de la bolsa, el papel vuelto traslúcido y blando por el agua de modo que el verde de ellos había sangrado hacia el gris y las caras tenían un aire ahogado, los billetes lacios como alga, listos para rasgarse a lo largo de sus propios dobleces si un pulgar presionaba mal. Cuatro dólares. No una cartera. No una tarjeta. Cuatro de uno, el tipo de dinero que llevas cuando has decidido que no vas a comprar nada.

Una púa de guitarra, celuloide oscuro, desgastada hasta una curva plana a lo largo de un borde donde se la había arrastrado por las cuerdas diez mil veces por la misma mano en el mismo ángulo. Se había deslizado a la costura de la bolsa y Nora tuvo que ladear el plástico para encontrarla, una cosa pequeña, una nadería, el objeto más personal de la bolsa porque nadie guarda a propósito una púa de guitarra, simplemente viaja en un bolsillo, un hábito alojado en un cuerpo.

Y el teléfono.

Se había posado en el fondo bajo el zapato, y ella giró la bolsa para subirlo, y subió de pantalla primero contra el plástico: un teléfono barato, de dos años por lo menos, de los que se venden de tres en tres en un blíster en la farmacia, la pantalla estrellada por la esquina inferior en una floración blanca cristalina donde había encontrado la roca, el cristal aguantando entero sobre la rotura como aguanta el cristal barato, la carcasa frotada pálida y brillante en las cuatro esquinas de viajar en un bolsillo. Estaba muerto. Por supuesto que estaba muerto; había pasado una marea y una noche y una mañana en agua salada y luego en una bolsa de plástico. A través de dos grosores de polietileno no pesaba casi nada en su palma. Las cosas pequeñas que la gente llevaba siempre pesaban casi nada una vez ida la persona y solo quedaba el llevarlas.

Se quedó en la ventana sin salida y leyó el conjunto de un trazo, como se lee una escena antes de permitirse leer ninguna parte de ella: una chica había caminado hasta la Punta con una llave y cuatro dólares blandos y una púa de guitarra y un modo de alcanzar a alguien, y no había llevado nada más, había planeado no necesitar nada más, había atado el zapato esa mañana esperando desatarlo. Fuera lo que fuera a lo que Iris Kettle había ido a la Punta, había ido a hacerlo con las manos vacías y un solo teléfono.

El teléfono era lo único de la bolsa que todavía podía hablar.

Sabía de memoria la forma entera de lo que venía después, cada palabra de ella desgastada lisa de diez mil veces dicha. Embólsalo: estaba embolsado. Séllalo: estaba sellado. Fírmalo: lo había firmado, hacia sus propias manos, con Pell como testigo, el primer eslabón limpio. Y luego ingrésalo en el registro de pruebas de la comisaría de Harlow Bay, donde la cadena seguiría en tinta: la fecha, la hora, el nombre de la siguiente persona en cogerlo de ella, y el nombre después de ese, cada mano desde este pasillo hasta un tribunal anotada en orden para que un abogado defensor de pie ante un jurado no pudiera decir nunca lo único que siempre decían: que la prueba había estado sola, un rato, con alguien que quería un resultado en concreto. *La cadena lo es todo.* Segunda línea de la tarjeta en el bolsillo de su abrigo. La línea que nunca, en diecinueve años, había roto.

Había quebrado a hombres sobre esa línea. Había entrado una vez en la oficina de un fiscal y se había quedado de pie mientras un hombre culpable se iba a casa porque un agente había llevado una navaja plegable veinte metros a través de un patio sin testigo y firmado por ella después, más tarde, cuando su recuerdo de los veinte metros era ya un relato, y no lo había lamentado, porque la línea aguantaba o no, y una línea que aguantaba solo cuando le convenía a ella no era una línea, era una preferencia vestida de línea.

Y la comisaría de Harlow Bay era de Della Marsh.

Se permitió quedarse en eso como te quedas en agua fría, pieza a pieza. Della Marsh, que devolvía las llamadas de Maren Vane primero y las del resto del mundo después, que sellaba los permisos

del festival sin la segunda lectura que daba a todos los demás, que decía el apellido Vane con el tono plano y desgastado de una mujer recitando a una persona a la que había dejado de poder ver. La sala de pruebas detrás de esa comisaría no era una cámara acorazada. Era una oficina trasera con un tablero de clavijas y una llave en un gancho y un libro de registro que nadie auditaba de un año al siguiente, y una encargada que Nora había conocido, una mujer cansada y agradable con una foto enmarcada de un niño en su escritorio, una encargada cuyo hijo era becario Vane con dos años más de matrícula adeudados. El teléfono de una chica muerta que tal vez guardara la razón de su muerte estaría en un estante de esa sala exactamente el tiempo que tardara la persona equivocada en enterarse de que estaba allí, y la persona equivocada se enteraría de que estaba allí antes de que acabara el día, porque en un pueblo de este tamaño la sala de pruebas y la mesa de la cena eran la misma habitación con una pared en medio.

Regístralo y lo pierdes. Quédatelo y lo pierdes.

La grieta se abrió bajo ella, la misma grieta imposible sobre la que se había quedado en las rocas dos días atrás, y esta vez no había ningún Adrian a su lado para girar la piedra y mostrarle el envés, solo había la mala luz gris y la lluvia empezando de veras en el aparcamiento de fuera, fina y oblicua, tableteando contra la ventana, y su propio coche ahí afuera con los limpiaparabrisas aparcados en un ángulo torcido que tendría que estirar el brazo a arreglar, y el radiador detrás de sus rodillas tableteando al rendir su calor, y un teléfono volviéndose blando y sin peso en su mano, y la tormenta a día y medio más allá de todo ello, cerrando la carretera, cerrando el ferry, cerrando el pueblo en torno a lo que ella eligiera en los próximos cuatro segundos.

Una enfermera bajó por el pasillo con una bandeja tapada y pasó a treinta centímetros de ella y no miró la bolsa. Por supuesto que no. En una clínica una bolsa transparente de pertenencias era el objeto más ordinario del edificio, era el reloj y los anillos y las gafas de leer de un paciente esperando a ser reclamados por una hija, era nada. Nora se quedó entre lo ordinario con la cosa extraordinaria en

la mano y los zapatos de la enfermera chirriaron al alejarse sobre la cera y una puerta se abrió y se cerró en alguna parte e hizo la cosa.

Sacó el teléfono de la bolsa.

Lo hizo limpiamente, abriendo el sello y metiendo la mano más allá de los billetes blandos con dos dedos y levantando el teléfono por los cantos como habría levantado una prueba, y volvió a sellar la bolsa sobre el zapato y la llave y los dólares y la púa, presionando el cierre con el pulgar, y se metió el teléfono en el bolsillo interior del abrigo, contra las costillas, con la misma mano que habría usado para sellarlo en las pruebas. Sintió el pequeño rectángulo duro asentarse a través del forro y encontrar el sitio entre dos costillas donde viajaría.

Luego cogió el vaso de papel del alféizar y volvió por el pasillo y salió por el vestíbulo pasando el mostrador de recepción al paso de una mujer que ha terminado una tarea y no ha empezado nada, asintiendo una vez a la enfermera tras el mostrador, empujando las puertas de cristal hacia la lluvia con la bolsa en una mano para el acta y el teléfono en el abrigo fuera del acta, y no corrió, y su rostro no hizo nada, y los limpiaparabrisas estaban exactamente igual de torcidos de lo que había sabido que estarían.

Se dijo las frases de camino al coche. Lo registraría en cuanto tuviera una cadena en la que confiara: el estado, su propia gente, un depósito de acero a trescientos kilómetros de aquí, una encargada llamada Ortega que firmaba por las cosas y las devolvía en una cadena que aguantaba. Se dijo que era custodia, no hurto; no estaba llevándose el teléfono, lo estaba protegiendo, sosteniéndolo fuera de un sistema comprometido hasta que uno honrado pudiera recibirlo. Se dijo que cualquier comité de revisión de la tierra, mostrándole este pueblo y esta jefa y el modo particular en que el apellido Vane aterrizaba en una sala, entendería la necesidad, escribiría *circunstancia urgente* en el margen en rojo y pasaría al expediente siguiente. Construyó las frases con cuidado, una hilada sobre la anterior, levantando un muro tras el que pensaba parapetarse, y conocía el truco de cada ladrillo incluso al colocarlo, porque conocerlo era lo único que nunca había sido capaz de soltar.

Todo ello era verdad. Nada de ello importaba.

No importaba porque el registro de pruebas de la clínica decía ahora, en la letra inclinada hacia atrás de Pell y su propia firma cicatrizada, que el teléfono de Iris Kettle había pasado a la custodia de la detective N. Quist del Estado, y la siguiente línea de ese registro, la línea donde la cosa entraba en un sistema que podía llevarla a un tribunal, estaba en blanco. Seguiría en blanco un día. Y un día era un agujero. Y un agujero en una cadena de custodia no era un agujero que pudiera rellenarse después; era un agujero para siempre, porque no había mano honrada que pudiera tomar prestada para rellenar las horas durante las que ya había llevado la cosa sola. Ninguna segunda firma que no se convirtiera en una segunda mentira. Ninguna anotación que pudiera fechar a ayer que no fuera un delito vestido con la ropa de un arreglo. Se había convertido a sí misma en el único eslabón sin testigo, la única hora en que el teléfono había estado solo con la única persona del condado que quería un resultado en concreto, y la tarjeta en su abrigo le había dicho, en su segunda línea, durante diecinueve años, que un solo eslabón sin testigo era todo lo que hacía falta, y había leído esa línea diez mil veces y firmado su nombre junto a ella, y había hecho esto de todos modos.

Se metió en el coche y se quedó sentada con la lluvia cayendo sobre el parabrisas en cortinas que los limpiaparabrisas torcidos, cuando por fin los puso, emborronaron en largos arcos grises, y condujo al motel por debajo del límite de velocidad con ambas manos en el volante.

* * *

La habitación seis olía a los cigarrillos del último ocupante y al champú de moqueta que se había usado para discutir con ellos. Cerró la puerta con llave y le puso la cadena, que no había puesto la primera noche, y dejó la bolsa transparente sobre la cómoda donde podía verla y sacó el teléfono del abrigo y lo puso sobre la toalla que extendió a los pies de la cama.

Bajó a la oficina. El gerente tenía una cocinita detrás del mostrador, y le pidió una bolsa de congelar y él le dio tres de un

rollo sin levantar la vista del pequeño televisor donde un hombre con chubasquero estaba de pie en la mismísima carretera del sur que ella tendría que conducir, el agua ya por encima de ella en una sábana parda, diciendo *un carril* y *se desaconseja* y *último cruce.* Le preguntó si tenía un cargador, un cargador de teléfono, cualquier cosa, y él hurgó en un cajón de cables muertos y encontró uno, del barato, y ella le dio las gracias y no se lo explicó, y él no preguntó, porque nadie en este pueblo había necesitado nunca preguntarle nada a Nora Quist para saber que fuera lo que fuera lo que hacía era cosa de la policía.

De vuelta en la habitación seis deslizó el teléfono muerto en la bolsa de congelar y le sacó el aire, trabajando desde el extremo sellado hacia el cierre con la palma de la mano, un movimiento desgastado en ella de mil pruebas, el plástico tensándose y aclarándose sobre la pantalla estrellada, el cierre cerrándose diente a diente bajo la uña de su pulgar. Lo levantó. Sin aire. Un sello limpio. Por costumbre, por diecinueve años de costumbre, alcanzó el bolígrafo de la tienda de efectos navales en su abrigo para escribir la fecha y la hora y la procedencia en el blanco de la bolsa, y tenía el capuchón quitado antes de comprender que no había nada que pudiera escribir en esa bolsa que no fuera una mentira, que la bolsa no tenía cadena de la que ser el primer eslabón, que la fecha que quería escribir era una fecha que nunca después podría admitir ante nadie, y volvió a poner el capuchón al bolígrafo y lo guardó y dejó la bolsa en blanco.

Pasó el cargador prestado desde el enchufe de la pared detrás de la mesilla, el cable demasiado corto de modo que tuvo que dejar el teléfono en el suelo contra el rodapié para alcanzarlo, y metió el conector en la esquina agrietada del teléfono y se quedó muerto, sin luz, nada, una cosa matada por la sal que tal vez nunca despertara, y se sentó sobre los talones en la moqueta y lo vio no despertar durante un largo minuto, y entonces un hilo de rojo subió en la esquina de la pantalla rota, el icono de la batería, vacío, cargando.

Observó el hilo rojo de él como observas un horizonte por un barco que se retrasa.

Les había entregado a los abogados de Maren Vane, dos años antes de que pisaran un tribunal, la frase exacta que pondría a Maren Vane en libertad, y se la había entregado con su propia mano firme en el pasillo de una clínica bajo la lluvia, y había sabido la forma entera de ello antes de meter la mano en la bolsa.

Cargó el teléfono de todos modos. Ya estaba condenada por el mero hecho de tenerlo. Bien podía leerlo.

C A P Í T U L O 1 9

Lo que Iris quería

El teléfono despertó a un cuarto de carga y le mostró un campo de seis dígitos y una pequeña línea gris de texto debajo que decía que el dispositivo se borraría tras diez intentos fallidos, y esa línea fijó los términos de toda la tarde. Diez intentos. Luego nada: un limpio rectángulo bloqueado con la vida de una chica sellada dentro para siempre, y Nora la que había pulsado el último número equivocado.

No adivinó.

Se sentó en el suelo de la habitación seis con la espalda contra el bastidor de la cama y el teléfono sobre una toalla de mano doblada y su propio portátil abierto en ángulo sobre la moqueta, la pantalla la única luz que dejaba entrar en la habitación. Las cortinas colgaban a cinco centímetros una de otra sobre el aparcamiento y el gris entraba por el hueco y yacía sobre la cama en una franja que se movía a medida que se movía la tarde, y la vio moverse y no encendió la lámpara. La tienda de efectos navales del puerto le había vendido un cable por nueve dólares, de los que se venden a gente cuya electrónica de a bordo ha sobrevivido a sus cargadores, y el cable no era del todo el cable adecuado, el conector flojo por un pelo en el puerto barato, y había tenido que asentarlo y reasentarlo y luego lastrar el sobrante con el mando del televisor para que el contacto aguantara. El icono de batería subió un punto. Luego aguantó en el punto largo rato. Luego subió otro.

Alimentaba el teléfono muerto desde el portátil, y alimentaba el portátil desde la pared, y toda la quebradiza cadena de ello estaba ahí extrayendo corriente en la oscuridad como algo en soporte vital.

Conocía la manera legal. La manera legal era un laboratorio a trescientos kilómetros tierra adentro y un técnico llamado Ortega que registraría la entrada del dispositivo por encima de un mostrador y se lo devolvería en una cadena que aguantaba, cada mano desde aquí hasta un tribunal anotada en tinta. Había usado la manera legal treinta veces. Conocía las rápidas cajas comerciales que alquilaban

las brigadas, las que hablaban directamente con el chip y no se preocupaban del bloqueo en absoluto. No tenía acceso a nada de ello, porque todo ello empezaba con una mano que no era la suya y una firma que ya no podía producir honradamente, y por eso lo hizo como lo hace la gente que no puede ser vista haciéndolo.

Encontró el primer foro en la segunda página de una búsqueda que había tenido que formular de tres maneras distintas antes de que le diera otra cosa que estafas de recuperación. Los hilos estaban escritos en una taquigrafía plana e impaciente por gente que hacía esto por razones que ella se obligó a no preguntarse, y tenían tres años de antigüedad, y los enlaces que funcionaban estaban enterrados bajo un centenar de enlaces muertos, los muertos marcados en las respuestas con una sola palabra, *caído, parcheado, muerto,* por la siguiente persona que había recorrido esta misma carretera y la había encontrado derrumbada. Abrió nueve pestañas. Siete eran nada. La octava quería que instalara algo que no instalaría. La novena tenía una herramienta, y la herramienta tenía un nombre con un número de versión detrás, y bajo el nombre un hombre tres años atrás había escrito *funciona en los baratos, los del chip lento, ten paciencia, miente sobre el tiempo.*

Los baratos. El chip lento. Le dio la vuelta al teléfono sobre la toalla y leyó el número de modelo en el dorso a través del plástico estrellado, la carcasa frotada pálida en las cuatro esquinas de dos años en un bolsillo, y era uno barato. El chip más lento que hacían el año en que la chica lo había comprado con dinero que no tenía.

La herramienta corrió durante cuarenta minutos.

Observó la barra de progreso y no la observó, manteniendo una vigilancia de reojo mientras remendaba otra parte de la red. Trepó al sesenta por ciento a lo largo de media hora y se permitió creer en ella, y entonces dejó de trepar, y la barra se quedó en el sesenta sin movimiento durante cuatro minutos, y luego se desplomó a cero de golpe con una planicie que era casi reposada, una sola línea de texto rojo donde había estado el verde. Leyó el texto rojo. No entendió la mayor parte. Entendió la palabra *reintentar,* que el hombre tres años ido le había dicho que diría, y que le había dicho que obedeciera.

Volvió a ejecutarla.

En algún punto pasada la segunda hora la espalda se le había pasado de rígida a un dolor constante que empezaba bajo el omóplato y bajaba hasta la cadera, y no se desplazó para aliviarlo, porque desplazarse significaba que su rodilla golpearía la toalla y el cable flojo perdería contacto y la carga caería, y había construido toda su posición en la habitación en torno a ese único conector de nueve dólares y no sería ella la cosa que lo rompiera. Rellenó un vaso de papel en el grifo del baño. Bebió la mitad. Lo rellenó de nuevo una hora después sin recordar haber terminado la primera mitad. El radiador bajo la ventana se encendió con un tableteo y un largo exhalar de asentamiento y se apagó de nuevo y se encendió, y la franja de gris sobre la cama trepó por la colcha y se adelgazó y se volvió del color del agua de fregar a medida que el día se agotaba tras la lluvia.

Dos veces la herramienta se colgó, se congeló con la barra en algún punto intermedio y la pequeña rueda detenida, y las dos veces su mano fue hacia el panel táctil y las dos veces la retiró. Tocarlo era cómo perdías la última hora. El hombre había dicho eso también, con sus propias palabras, tres años atrás, a nadie, a ella: *no lo toques cuando se cuelga, no está colgado, está pensando, lo tocas y empiezas de cero.* Así que se quedó con las manos planas sobre sus propios muslos y dejó pensar a la máquina, y la espera era la única habilidad honrada que le quedaba en la habitación, y le dio todo lo que tenía.

La tercera ejecución fue pasadas las cuatro a juzgar por la luz.

Había dejado de mirar la barra con creencia alguna en ella. Estaba releyendo el hilo del hombre, el muerto, recorriendo las respuestas en busca de una cuarta herramienta por si fallaba la tercera, cuando el teléfono cambió bajo el borde de su visión. No un sonido, la cosa estaba en silencio, solo luz. El campo de seis dígitos había desaparecido. La cara gris bloqueada entera de él había desaparecido, plegada hacia abajo y a un lado entre un aliento y el siguiente, y en su lugar había una fotografía.

Miró el teléfono un segundo antes de permitirse cogerlo, cautelosa, sin convencer, como una mujer escrutando un pez del que

aún no está segura de que sea el que ha estado perdiendo toda la mañana.

Luego lo cogió.

El fondo de pantalla era un chico. Trece, catorce, flaco, con una sudadera con capucha, sobre el rompeolas con el agua gris plana y brillante detrás de él, la capucha soplada hacia atrás de la cabeza y una mano lanzada contra un estallido de salpicadura que la cámara había captado como un borrón blanco por la esquina inferior del encuadre. Reía. No posando la risa. Captado a media risa, los ojos a medio cerrar, la boca abierta, la imagen ligeramente desenfocada porque él se había estado moviendo y también quien sostenía el teléfono, ambos riendo probablemente, la salpicadura subiendo fría de las rocas y ambos demasiado encantados con la mojadura y el frío para quedarse quietos para ello. Era una mala fotografía. Era de las que guardas no porque sea buena sino porque estabas ahí de pie cuando ocurrió y el guardarla guarda el haber-estado-ahí.

Nora miró al chico que reía un largo momento, y en algún punto a lo largo de ese momento comprendió que en dos días de la chica, el zapato perdido, el hematoma bajo la mandíbula, los cuatro dólares blandos, el cuerpo sobre las rocas donde la corriente no podía haberlo llevado, no había pensado ni una sola vez en Iris Kettle como una persona que hubiera amado a alguien.

Puso el pulgar en la pantalla y el chico se deslizó a un lado y subieron las aplicaciones, y abrió los mensajes.

Había estado leyendo todo el caso como una chica con la mano tendida. La becaria brillante y exaltada que había tropezado con un trozo de la máquina y había decidido hacerla pagar, matada por la amenaza de lo que podía contar. Todo lo que había construido esa semana se sostenía sobre ello. La estructura entera, cada viga que había puesto con el rostro de Adrian en algún lugar cerca del centro de ella, descansaba sobre una chica extorsionando a un pueblo.

La chica del teléfono no estaba extorsionando a nadie. La chica del teléfono estaba asustada, y el miedo tenía exactamente un solo sujeto, y se llamaba Theo, y tenía catorce años, y era el chico del rompeolas, y tres semanas atrás la Fundación había dicho su nombre.

El hilo iba a una amiga que se había mudado lejos; las respuestas llegaban tarde y luminosas y despistadas, desde una zona horaria dos estados más allá, de una chica que no sabía junto a qué estaba parada. Iris había escrito *quieren a theo para la convocatoria de primavera.* La amiga había contestado veinte minutos después, *¿qué convocatoria?* y luego, antes de que Iris contestara, *espera ¿es lo de los vane?? eso es ENORME.* Y luego *¿no es como una beca completa.* Iris: *mi madre está que no cabe en sí. una becaria vane en la familia. se lo cuenta a todo el mundo.* La amiga, todo exclamaciones, *¡¡COMO DEBE SER!!* Y Iris: *no puedo decírselo. no puedo decirle lo que* — y ahí terminaba la frase. Sin punto. Sin palabra siguiente. El mensaje simplemente se detenía, enviado a medio construir, el cursor de él abandonado a media palabra, una frase cuyo final la chica no podía poner con el pulgar. La amiga, ida ya una hora para entonces, ajena: *¿¿qué qué?? ¿¿hola?? ¿estás bien??* E Iris había vuelto una hora después con algo sobre un grupo que le gustaba a la amiga, y el canal había patinado por encima de la cosa caída como si nunca se hubiera caído.

Nora desplazó.

Entre las frases caídas había días de nada. Una asignatura que Iris suspendía. Un turno doble que había cogido. Un chiste sobre la compañera de cuarto de la amiga. El tráfico ordinario que dos personas mantienen en marcha para mantener una línea abierta, el pequeño y constante ruido de *sigo aquí, ¿sigues ahí.* Iris había contestado cada uno de ellos. Cada mensaje sobre nada lo había contestado como si nada fuera el único tema del mundo, rápida y cálida y presente, y había guardado el único tema verdadero para las frases que no podía terminar, y el no-terminar yacía en el hilo como un aliento contenido que nunca se suelta. Luego, días más tarde, a la misma amiga lejana: *me estoy ocupando. no te preocupes. encontré algo.* Y: *no voy a dejar que se lo lleven como se* —

El mismo muro. El mismo lugar. El verbo que no escribiría.

Nora lo leyó tres veces. Podía escribir *Theo.* Podía escribir *se lo.* Entre *como se* y el punto que nunca llegó había un solo verbo que la chica no pondría en una pantalla ni siquiera a una amiga a mil

quinientos kilómetros, y la ausencia de él era más fuerte que cualquier palabra que hubiera tecleado en dos años de aquel hilo. Nora desplazó adelante y atrás por el hueco, leyendo la cosa que faltaba en la forma exacta del espacio que la chica le había dejado. *Becaria Vane.* Las fechas estaban ahí mismo bajo la superficie de ello: la propia Iris, años atrás, joven, becaria también, las cuentas encajando sin esfuerzo y sin piedad.

Tenía una frase de un Salón iluminado para los donantes. *Siempre hemos cuidado de los nuestros.* Tenía el calor del hombre que le había dicho una versión de ella, el amplio y fácil calor tranquilizador que te envolvía y te llevaba a alguna parte. *Como se.* No necesitaba que la chica encontrara el verbo. Se puso el dorso de la mano contra la boca en la habitación vacía y lo mantuvo ahí, fuerte, hasta que su propio aliento le volvió cálido de sus propios nudillos y pudo bajar la mano de nuevo.

El último hilo era con un contacto guardado como una sola letra. *M.*

Era corto. Era cuidadoso por ambos extremos, el cuidado particular de dos personas cada una atenta exactamente a lo que se le permite ver a la otra. Iris había contactado primero, y no había saludo en él ni suavizado, solo el lenguaje desnudo y plano de una chica que ha decidido ser valiente y está racionando la valentía para que dure el mensaje entero. Pedía una reunión. Una privada. *sobre theo. sobre la convocatoria.* Y luego, la línea que Nora leyó dos veces y luego una tercera: *quiero que pare sin hacerlo público. no quiero hacer daño a nadie te lo prometo. solo quiero que lo dejen fuera.*

La disculpa iba plegada dentro. La chica yendo a la gente que le había hecho la cosa, yendo a ellos con la mano abierta y vacía, prometiendo a la gente que la había herido que no les heriría de vuelta, pidiendo solo, a cambio de su silencio entero, por el único chico. *no quiero hacer daño a nadie.* Se lo había escrito a ellos. Se lo había llevado a ellos como un regalo.

M había contestado tras una pausa medida que las marcas de tiempo conservaban: once minutos, lo bastante largo para ser sin prisa, lo bastante corto para ser amable. Cálido. *Por supuesto. Eres*

una buena hermana, Iris. Nora podía oír la voz subir de la pantalla porque se había quedado en un Salón y la habían envuelto en ese registro exacto, la música pareja y tranquilizadora de él. *Siempre hemos cuidado de los nuestros. Sube a la Punta después de que se hayan ido los donantes, donde podamos hablar sin todo el pueblo metido en lo nuestro. Encontraremos la manera de mantener a Theo a salvo.*

Ninguna alarma en ello. Esa fue la primera cosa. Una chica asustada había escrito *que pare* y un lector inocente de esas palabras, cualquier lector inocente, cualquiera con las manos limpias, habría contestado a las palabras. Habría escrito *que pare el qué.* Habría escrito *cariño, qué pasa, qué te está pasando. M* no había preguntado. *M* había contestado como contestas una cosa cuyo conjunto entero ya entendías antes de que la chica tecleara nada, con dulzura, completamente, el rostro amable haciendo el trabajo para el que la amabilidad estaba construida.

Y el lugar estaba también en el calor, encajado tan limpiamente dentro de él que una chica asustada habría leído solo el cobijo de ello. No el café. No la oficina en el Salón iluminado y poblado. La Punta. Después de que se vayan los donantes. Donde podamos hablar sin todo el pueblo escuchando. Una chica pidiendo ser oída lee *privacidad* en eso y se calienta con el alivio de ser llevada a algún lugar tranquilo a ser creída. Una mujer leyéndolo en el suelo de un motel con las tablas de mareas ya corriéndole por la cabeza lee el resto de ello. *M* había necesitado una sola cosa, un lugar y una hora, y le habían entregado ambas la única persona del condado a quien de veras pertenecían.

La marca de tiempo del último mensaje de *M* caía la noche en que murió Iris. La Punta era el agua en la que entró.

Nora dejó el teléfono sobre la toalla y se puso ambas manos planas sobre las propias rodillas y se obligó a detenerse ahí, en el borde de ello, con la carta todavía una carta. *M* era la segura. *M* era el nombre que una chica asustada saca de un pueblo entero cuando necesita ayuda y solo puede elegir una vez, el amplio y tranquilizador, la que cuelga el cartel del festival con sus propias manos delante de las cámaras y llama al colgarlo una deuda que le

debe al lugar. *M* era un solo carácter en una pantalla que un abogado defensor se pondría de pie en un tribunal a llamar un centenar de cosas inocuas: un primo, un contratista, una errata, un crío. Una pista. La pista más fuerte que Nora había tenido jamás en dos manos, y todavía solo una pista.

No dejó que la inicial se convirtiera en nombre. La sostuvo como una inicial, a propósito, del modo en que sostienes un cuchillo de filetear por el lomo cuando lo llevas a través de una cocina, porque en el momento en que dejara que la letra se abriera al nombre que había detrás, dejaría de construir la cosa que podía llevar el nombre a una sala y hacerlo quedarse allí.

Se sentó en la oscuridad con el teléfono de la chica muerta vuelto cálido en la mano y el chico riendo en el rompeolas detrás de cada palabra de ello, y la forma hermosa y completa que había pasado la semana ensamblando, la que sostenía el peso con un rostro que se había permitido querer en el centro de ella, se vino abajo y se cayó, y la forma de debajo era peor y más vieja y mucho más simple. Iris no había estado vendiendo un secreto. Iris había estado intentando sacar a su hermano del agua antes de que la convocatoria de primavera se cerrara sobre él. Había ido al rostro más amable del pueblo a rogar por el único chico, prometiendo no costarles nada, y el rostro más amable del pueblo le había dicho que subiera a la Punta después de que se fueran los donantes, al agua muerta, donde no hay corriente, donde un cuerpo no derivará, donde un cuerpo tiene que ser *llevado* costa abajo por una mano que conocía la marea y la quería encontrada en un lugar donde su muerte pudiera leerse como obra del mar.

La elección de la hora lo era todo.

El agua muerta no era la hora en que matabas a alguien por accidente. El agua muerta era la hora que elegías cuando querías dejar la muerte con aspecto de obra del mar, y te equivocabas en la colocación exactamente por el margen que lee una persona que se ha pasado la vida entera leyendo tablas de mareas en una pared de la oficina del capitán de puerto. Sin corriente en el cambio. De modo que un cuerpo en el lugar equivocado en el cambio había sido *puesto* ahí, y el ponerlo era una mano, y la mano había sabido

esperar a que el agua se quedara quieta antes de hacer el trabajo. Nora se había agachado sobre la chica en las rocas dos mañanas atrás y había leído esa quietud como un problema de la escena, una cosa que no encajaba y que habría que explicar. La leía ahora como una firma, depositada limpia por alguien que entendía el agua exactamente como Nora la entendía, y que había contado con que nadie más en este pueblo se preocupara lo suficiente para leer la línea.

Fuera el viento había sacado dientes. Lanzaba la lluvia plana contra el cristal a puñados, y a través de la pared la radio del gerente decía que la carretera del sur estaba reducida a un carril con agua estancada por encima y que el ferry haría un último cruce por la mañana y luego pararía. El pueblo iba a cerrarse en torno a lo que ella hiciera a continuación.

Bajó la vista al teléfono, a la cálida prueba de todo ello yaciendo en su palma, los mensajes, el chico, la carta, la hora, y a la cadena que había roto con su propia mano en el momento en que había deslizado la cosa en su abrigo, y no lo soltó.

C A P Í T U L O 2 0

Agua muerta

La letra estaba sola en lo alto de una página limpia. *M.* Debajo, nada. No había escrito nada debajo porque no tenía nada que pudiera atribuir a una fuente, y la regla que se había hecho a sí misma esa mañana, asentada en la misma letra cuidadosa, dos líneas por encima de la *M*, donde tendría que leerla antes de poder mentirse, era que la página recibía hechos y solo hechos, el nombre de una desconocida en un pueblo de desconocidos, ningún *porque tiene que ser*, ningún *porque conozco esa casa*.

Ya había estado así de segura una vez. Había llevado a *Adrian* en el pecho entonces como ahora llevaba a *M*, lo bastante segura para quedarse de pie en la oficina de un hombre y poner la palabra *asesino* entre ellos, y las marcas de tiempo la habían devorado donde estaba. Mantenía el recuerdo de su rostro cerca, cómo había pasado de la ira a algo peor, una especie de lástima, mientras el registro de despacho escupía la media hora que lo ponía a sesenta kilómetros carretera arriba con un recibo para probarlo. No la devorarían dos veces. Así que *M* seguía siendo una pista. La construiría como si se la hubiera entregado un desconocido, y si la construcción decía Maren, la construcción lo diría sin su pulgar en la balanza, y si no, la construcción la mantendría de hacerle a Maren Vane lo que le había hecho a Adrian Wren.

Empezó por la marea. La marea no tenía pueblo que proteger y no podía ser aleccionada.

La oficina del capitán de puerto se alzaba a la cabeza de la rampa del puerto, un cobertizo bajo de tablón alquitranado con un techo que había sido hojalata negra una vez y ahora era óxido, la puerta hinchada tan adentro en su marco que tuvo que poner el hombro y empujar. Cedió con un ladrido de madera contra madera. Dentro, el frío tenía una textura: creosota, gasóleo, la humedad particular de un edificio que nunca en su vida había contenido calor. Un calefactor de parafina tableteaba en un rincón sin hacer nada

que ella pudiera sentir. Una carta de la bahía estaba clavada a la pared larga, vuelta ámbar bajo una película de humo de pipa y sal, las profundidades impresas en brazas y los peligros entintados encima a mano. Junto a la ventana, donde caía la luz, el dibujo de un niño estaba pegado al cristal: un barco, un sol amarillo con rayos como radios, tres figuras de pie en el barco cada una de ellas más alta que el mástil.

El hombre de la mesa de cartas no se levantó. Estaba curtido por el viento hasta la veta, la piel en la garganta plegada como cuerda mojada secada dura, y la observó entrar con la atención sin prisa de alguien que ha pasado cuarenta años leyendo el tiempo en un horizonte plano. Sus ojos fueron al cordón en su pecho. Fueron a su rostro. Volvieron al cordón, y luego se quedaron en el rostro, y algo se movió detrás de ellos que no tenía nada que ver con la placa.

—Quist —dijo. No una pregunta.

—Así es.

—Sería usted la menor. —Le dio vueltas a esto, despacio, como podría darle vueltas a una concha para ver de qué lado prendía la luz—. La hermana de Junie.

Dijo el nombre como lo decían los viejos de aquí, como no lo decía nadie en ningún otro lugar de la costa, con peso, como si las dos sílabas fueran una piedra que hubiera llevado en un bolsillo del abrigo tanto tiempo que había dejado de notar el lastre de ella hasta justo ahora, sacándola, encontrándola más pesada de lo que recordaba. Diecinueve años se sentaron en la habitación con ellos. Nora le sostuvo la mirada y no dejó que su rostro hiciera nada.

—Lo sería —dijo.

Algo en él se soltó. Sus hombros bajaron medio centímetro. Había estado esperando, ella lo entendió, no a ella en particular sino a alguien con ese nombre y una razón para usarlo, y ahora que la espera había terminado parecía casi aliviado de dejar la piedra sobre la mesa entre ellos.

—Sorensen —dijo, y no ofreció la mano—. ¿Qué quiere el estado con mi agua?

—No es pregunta del estado. Mía. —Quitó el capuchón del bolígrafo—. Quiero saber qué hizo el agua. Una noche. Frente a la

Punta, en torno al agua muerta tardía: la noche en que la chica Kettle entró.

—Iris.

—Iris.

—No la chica. El agua. —Se lo repitió plano, probando la forma de ello, y pareció aprobar la forma, porque alcanzó sin mirar y arrastró un ancho libro de registro de un clavo en la pared, de esos libros que tienen cien años de un solo oficio dentro y pesan como una losa de adoquinado. Lo posó sobre la mesa de cartas y lo abrió con la palma de la mano, no con los dedos, sosegándolo como a un animal. Las páginas eran blandas. Las esquinas se habían vuelto afelpadas y redondas, gastadas por la misma mano pasándolas por el mismo sitio, diez mil mañanas de ello.

—Lo lleva a mano —dijo ella.

—Lo llevo para los barcos y para mí. Al estado le gusta un registro, eso sí. —Una seca grieta se abrió en la comisura de su boca y se cerró—. Usted es estado. Conque. —Encontró la fecha sin buscar, como su padre encontraba las fechas, las columnas viviendo en algún lugar bajo la uña del pulgar antes de que el ojo las confirmara nunca. Las entradas estaban a lápiz. Vueltas grises y brillantes por el margen izquierdo donde un pulgar había recorrido los números durante años. Alturas hasta la décima de pie. Horas al minuto. Llevadas para nadie: para los barcos, para él mismo, para el agua.

—La tabla publicada solo da las pleamares y bajamares —dijo, observándola copiar—. Las horas de ellas. Las alturas. Es todo lo que el público quiere jamás. No le ponen el agua muerta porque el agua muerta no es un número, es una ventana, y no cae donde los libros dicen que debería. La gente se ahoga fiándose de la tabla impresa. —Dio un golpecito a una nota a lápiz en su propio margen que ella no pudo leer—. Yo escribo dónde llegó de verdad el cambio ese día. Lo que vi que hacía desde el extremo del rompeolas. El libro miente unos minutos a un lado u otro. El agua no.

—Y se fía de su ojo por encima del libro.

—Me fío de mi ojo por encima de todo. —Lo dijo sin orgullo—. Cuarenta años en esta rampa. El libro es para el hombre que venga

después de mí.

Puso dos dedos sobre la página y se la leyó con el cuerpo, apenas mirando hacia abajo.

—Pleamar esa noche, las once y veinte. —Los dedos se deslizaron una fracción columna abajo—. El cambio llega cerca de las once y cuarenta. Esa es su agua muerta. El agua yace muerta una buena media hora a un lado y otro de ella: ningún corrimiento en ella en absoluto, nada, plana como esta mesa. —Aplanó la palma sobre la carta para mostrarle plano—. El viento era de tierra, flojo. Una balsa de aceite frente a la Punta. Luego arranca la bajante. —Los dedos se movieron de nuevo, más despacio—. Crece suave la primera hora. Endurece pasada la medianoche. Una gran bajante de otoño, aquella: corre al sur costa abajo y sale más allá del rompeolas y no devuelve gran cosa.

Nora escribió los números. *Pleamar 23:20. Agua muerta ~23:40. Ventana de agua muerta ~media hora a cada lado. Bajante crece despacio, dura pasada medianoche, corre al S.* Mantuvo la voz nivelada y la pregunta pequeña.

—Así que una chica entra frente a la Punta en el agua muerta. Las once y cuarenta. ¿Dónde acaba?

—¿En el agua muerta? —La miró entonces, de lleno—. Justo ahí. Se hunde donde entró y se queda donde se hundió. Nada en el agua que la mueva.

—Nada.

—Nada. —Su rostro curtido hizo algo cuidadoso y deliberado, un hombre escogiendo dónde poner el peso sobre hielo malo. Posó los dos dedos sobre la pequeña lágrima entintada de la Punta y los dejó descansar ahí, muertos quietos—. La gente lo tiene al revés con el agua muerta, ¿ve? Creen que es el agua amable. El agua segura. A los buceadores les encanta: plana de arriba abajo, clara hasta el fondo, sin corriente que los aparte del pecio. Bajan en el agua muerta a propósito. —Su voz se mantuvo pareja—. Pero es una mentirosa, el agua muerta. Es el agua que te sostiene exactamente donde estás. Entras en el agua muerta, no te lleva a ninguna parte con dulzura. Te detienes. Justo donde estás, en el frío. Y el frío hace

el trabajo que no hizo la corriente, y una hora después, cuando sube la bajante, coge lo que quede y lo corre al sur.

—¿Cuánto aguanta? —dijo Nora—. El agua muerta. Antes de que la bajante tenga tirón alguno.

—¿Frente a la Punta, esa noche, esa altura? —No tuvo que pensar—. Media hora donde está de verdad muerta. Otros veinte, treinta minutos donde apenas se mueve, un susurro, nada que llevara una hoja lejos. Así que tiene la mejor parte de una hora donde el agua no le hace nada a un cuerpo salvo enfriarlo. —Movió un dedo un pelo columna abajo—. Ella entra en el cambio, el agua la mantiene donde cayó hasta pasada la medianoche. No hay versión de esa hora que la camine al sur. La hora es la hora equivocada para caminar.

—Y a Iris la encontraron a cuatrocientos metros al sur. En las rocas de la conservera.

—A cuatrocientos metros al sur —concedió, y caminó los dos dedos costa abajo por la impresa, más allá de la dársena del puerto, más allá de la corta marca negra del viejo embarcadero de las becas, hasta la larga sombra que el muro de la conservera arrojaba sobre la carta, despacio, como caminas una cosa a la que no quieres llegar—. Bajo el muro. En las rocas. Que es donde la bajante vierte las cosas, cierto es. Pasada la medianoche, cualquier cosa a flote es corrida ahí abajo y apilada contra la piedra. —Los dedos se detuvieron en el muro. Él se detuvo. Y Nora lo vio hacer, ahí mismo, la misma aritmética que ella había hecho cuatro días atrás agachada en aquellas rocas con la bolsa de cadáver cerrándose con cremallera tras ella, lo vio llegar al mismo resto y gustarle no más de lo que a ella le había gustado.

—Salvo —dijo.

Ella esperó. Había aprendido, por las malas, en una oficina con un hombre y un registro de despacho, el precio de decir la cosa siguiente antes de que la dijera el testigo.

—Salvo que un cuerpo que ha estado en agua muerta fría una hora, no flota, señorita. Está abajo. En el fondo, frente a la Punta, donde entró. —Volvió los dedos, los nudillos a la carta ahora, cubriendo la lágrima como para impedirle llegar a ella—. La bajante

temprana es una mano sobre la superficie del agua. Es todo lo que es, la primera hora. No alcanza el fondo y levanta uno fresco y lo camina cuatrocientos metros costa abajo. No puede. No tiene la fuerza y no tiene el alcance. —Retiró los nudillos de la carta—. Tarda días en subir uno por su cuenta. Gas y tiempo. Días de ello, y agua más cálida de la que teníamos. Para que ella estuviera en esas rocas al amanecer, fresca, a la mañana siguiente, la mañana después de entrar... —Se detuvo, y le trabajó la mandíbula, y se obligó a terminarlo—. Alguien la ayudó a llegar. La llevó, o la sacó en barco, y la puso donde el agua pudiera ser culpada del resto del viaje. La dejó donde el relato de la bajante tenía sentido, para que la bajante lo contara por ellos. —Tiró del libro de registro un dedo hacia sí, un pequeño movimiento protector, y miró la ventana veteada de óxido —. Eso no es la marea. No se lo diré a nadie salvo al estado, y negaré habérselo dicho si llega el caso. Pero usted le hizo al agua una pregunta recta, y ahí tiene la respuesta recta del agua.

Nora lo anotó. Todo ello, en la lenta y pareja letra que reservaba para las cosas que tendrían que sostenerse después bajo el pulgar de un abogado. *Cuerpo fresco se hunde en agua muerta; yace en el fondo frente a la Punta. Bajante temprana = solo superficie; no levanta/mueve cuerpo hundido 400 m. Reflote por descomposición = días, agua más cálida. Cuerpo en rocas de conservera al amanecer = colocación. Colocado donde el relato de la bajante es plausible.* Y luego, porque la página tomaba fuentes y no sentimientos, escribió debajo, en la misma letra, no más pesada: *fuente — Sorensen, capitán de puerto, Harlow Bay. Registro de mareas, llevado a mano; fecha contrastada con registro. Horas coherentes c/ tabla publicada.*

No subrayó nada. No dibujó ninguna flecha. La dejó asentarse en la página como un hecho entre hechos, e hizo que la certeza de su pecho discutiera con ello por escrito o se mordiera la lengua.

Se la mordió, en su mayor parte. El hilo al que quería saltar era el obvio: que para poner un cuerpo donde el relato de la bajante tenía sentido, tenías que *conocer* el relato de la bajante, conocerlo como lo conocía Sorensen, en el cuerpo, sin el libro. El agua nombraba una clase de persona. No nombraba un nombre. Escribió la clase de persona también, en su propia línea, plano: *La colocación*

requiere conocimiento profundo de la marea — familias viejas, gente de pesca, gente de puerto, pueblo de conservera. Vanes (dueños de esta agua 100 años). Ningún subrayado ahí tampoco. Había subrayado un nombre una vez y construido un caso en torno al subrayado en lugar de al revés.

—¿Quién lee la marea así ya? —dijo, poniendo el capuchón al bolígrafo—. Sin el libro. Desde el cuerpo. Aparte de usted.

—Cada año menos. —Sorensen miró más allá de ella, por la ventana emborronada, a los mástiles golpeándose unos contra otros en el oleaje más allá del rompeolas, un tableteo sordo e irregular como dientes sueltos—. Familias viejas. Las que siguen en los barcos. Se va con nosotros. —Trabajó algo tras los dientes y decidió, como había decidido todo desde que ella entró, dejarlo—. Gideon podía. Gideon Vane podía leer esta bahía a ciegas, de noche o con niebla, daba igual. Lo aprendió de chaval en los barcos: *trabajando* los barcos, antes de que su padre comprara ni uno de ellos. La gente lo olvida. La gente cree que los Vane fueron siempre dinero. Fueron gente de barco primero.

Dejó que la carta le sostuviera los ojos un momento.

—Enseñó a su chica en el agua, también. Maren. La sacaba más allá del rompeolas cuando no era más grande que eso... —una pequeña inclinación de la cabeza hacia el dibujo de la ventana, las tres figuras demasiado altas en su barco bajo el sol de radios— con un tiempo en el que yo no sacaría a un hombre hecho y derecho. Sin chaleco salvavidas en la cría. Los veía salir y pensaba decir algo y no lo decía, porque la cría no lo *necesitaba*, ¿comprende? Le había enseñado dónde la sostendría el agua y dónde no antes de que supiera deletrear su propio nombre. —Volvió de la ventana y sus ojos se posaron en Nora, llanos y nivelados y nada inocentes—. ¿Por qué?

—Por nada.

Lo supo por una mentira. Ella lo vio saberlo, la grieta en la comisura de su boca, la pequeña inclinación descendente de ella, y lo vio dejarla quedársela, como el pueblo entero se dejaba unos a otros quedarse sus mentiras, de mano en mano, año tras año, la moneda blanda que había mantenido la máquina girando cuarenta

años sin una sola anotación en un libro. La dejó tenerla porque era la hermana de Junie y porque era del estado y porque una mentira concedida libremente era la cortesía más vieja que este puerto conocía.

Cerró el cuaderno antes de que su mano pudiera escribir el nombre hacia el que la página tiraba. Pasó la goma elástica sobre la tapa y la presionó plana. Luego le dio las gracias, por el registro, solo el registro, las columnas y las horas y la fecha confirmada contra registro, las cosas que sobrevivirían a un tribunal, y no le dio las gracias por el resto, porque darle las gracias por el resto sería decir en voz alta lo que el resto era, y el resto no era todavía una cosa que se hubiera ganado el derecho a decir.

—Quist. —Lo dijo cuando ella ponía el hombro a la puerta hinchada. Miró atrás. No se había movido de la carta, sus dos dedos descansando de nuevo sobre la lágrima de la Punta, sobre el agua muerta que sostenía lo que se le daba exactamente donde se le daba.

—Su hermana —dijo—. Entró cerca de aquí también. Lo que sea que escribieran. —No lo hizo pregunta y ella no lo hizo respuesta. Volvió el libro de registro cerrado con la palma de la mano—. Le pregunta al agua recto, le contestará recto. Es lo único en este pueblo que lo hará.

Consiguió abrir la puerta al segundo empujón, al viento del rompeolas y la luz gris plana y el tableteo de los mástiles, y se quedó un momento en la rampa con el cuaderno en el abrigo y la elástica sobre el nombre, y se obligó a caminar al coche en lugar de cuesta arriba, un hilo asentado limpio, la pista de una desconocida construida de hecho en hecho, la página todavía la jefa de ella y no al revés.

C A P Í T U L O 2 1

La invitación

La casa de los Kettle se asentaba en lo alto de la colina donde la carretera dejaba de estar asfaltada, y Nora subió el último tramo a pie porque no había sitio donde dejar el coche que no bloqueara la entrada, y se quedó en el escalón un momento antes de llamar, exactamente como le habían enseñado: el tiempo suficiente para oír a qué sonaba una casa antes de que supiera que se la escuchaba. Humo de leña. Una tetera tableteando en un fogón. Una pata de silla arrastrada una vez por un suelo de tablas y detenida. Llamó.

La mujer que abrió la puerta tenía la mandíbula de la chica muerta y nada de su color. Sostenía la puerta con ambas manos como si la puerta fuera lo que la mantenía en pie, y miró el cordón de Nora, luego el rostro de Nora, y dispuso el suyo propio en la forma que hace un rostro para las visitas.

—Usted es la detective —dijo—. La del estado. Dijeron que podría venir.

—Nora Quist. —Dejó que la mujer decidiera qué hacer con el nombre. Algunos lo conocían y otros no, y los que lo conocían se quedaban quietos en torno a los ojos, y esta no, lo que significaba que la mujer había estado demasiado abajo dentro de su propia casa estos últimos días para oír los viejos nombres traficados en el pueblo de abajo—. No la entretendré. Quería venir yo misma.

—Pase, no se quede a la intemperie. —La mujer se echó atrás—. Iba a poner café.

No había ido a poner café. La tetera había estado tableteando hacia un hervor por una razón distinta o por ninguna razón, encendida como sigue encendida una tetera en una casa donde las manos necesitan algún sitio adonde ir. Pero lo dijo y luego lo hizo verdad, cruzando al fogón y levantando la tetera y llenándola más allá de donde había estado, hasta una línea en el metal que solo ella podía ver, y Nora la dejó, porque decir *nada para mí, gracias* habría sido cruzar la cocina y cogerle las manos a la mujer y sostenérselas

quietas, y no había nada más cruel que pudieras hacer en aquella habitación.

La cocina era pequeña y limpia y cálida. Había una ventana sobre el fregadero con la tarde gris en ella y un fogón con un viejo reloj eléctrico atornillado a la pared encima, una esfera redonda con un segundero rojo que daba vueltas y vueltas a su velocidad pareja sin atender a la habitación. Había una mesa bajo la ventana, y en la mesa había un chico.

Tenía catorce años y estaba construido como una garza, todo rodilla y codo y muñeca, las articulaciones llegadas antes que el resto de él, las rodillas plegadas bajo el canto de la mesa de modo que parecía estar a la vez sentado y agachado. Tenía un libro de texto abierto delante y un lápiz cruzado sobre la página abierta con los dedos sueltos a lo largo de él, el extremo de la goma en la boca. No se levantó. Miró a Nora como un gato fichando a un desconocido desde el otro lado de una habitación, sin mover nada salvo los ojos, y luego miró el libro de nuevo, y la página que miraba tenía tres marcas de lápiz en lo alto y nada debajo.

—Ese es Theo —dijo la mujer—. Theo, la señora es del estado.

—Hola, Theo —dijo Nora.

Los ojos del chico subieron y bajaron. El lápiz no se movió.

—Es tímido —dijo la mujer, una disculpa que las madres hacen por un hijo a un desconocido, un viejo reflejo todavía corriendo por su cuenta, y dejó un platillo sobre la encimera y puso una taza en el platillo y cuadró la taza en el platillo con dos dedos, y alcanzó el estante a por el café.

Nora apartó la silla frente al chico y se sentó. La silla raspó. El chico vio raspar la silla y la vio asentarse en ella y no dio señal de nada. Eso era una señal. Un crío que no tuviera nada de qué guardarse no aprendía a ser tan cuidadoso. Había visto la quietud antes. La había llevado, a su edad, en una mesa distinta, mientras los adultos disponían un relato por encima de su cabeza y esperaban a ver si ella sostendría la parte de él que era suya.

—¿Toma leche? —dijo la mujer.

—Como venga.

—Tengo leche. —La mujer abrió la nevera y sacó la botella y la dejó en la encimera y cerró la nevera, y luego se quedó en la encimera de espaldas a la habitación, y Nora le miró los hombros, porque la espalda cuenta lo que el rostro está guardando. La mujer puso el café en la cafetera a cucharadas. Dos cucharadas, raseadas con el dorso del mismo cuchillo cada vez, el exceso golpeado de vuelta a la lata. No estaba midiendo por sabor. Estaba midiendo porque medir era un peldaño, y subió los peldaños de ello uno a la vez: llenar la cafetera, rasear las cucharadas, poner la taza, encontrar la leche. Sus manos eran firmes en cada peldaño y temblaban solo en los pequeños lugares desnudos entre ellos, en el medio segundo después de que la cuchara quedara posada y antes de que la mano hubiera encontrado la cosa siguiente que sostener. Nora la vio cruzar esos huecos. Conocía el truco de ellos. No dejabas que los huecos se ensancharan. Alineabas las tareas juntas y cerca de modo que siempre hubiera una cosa siguiente, y mientras hubiera una cosa siguiente las manos se portaban, y el día quedaba cruzado.

En la encimera detrás de la mujer, apoyado contra la lata de azúcar donde miraría a la habitación, había un sobre.

Era color crema, del papel pesado que no yace plano ni se dobla blando, del que se sostiene sobre su propio canto cuando lo apoyas en algo. Había sido abierto. La carta de dentro había sido sacada parte del camino y dejada así, media cara mostrándose por encima del labio rasgado del sobre, y a lo largo de lo alto de la parte mostrada había un escudo que Nora conocía, la conservera y el faro y el pequeño latín naufragado, y bajo el escudo una línea de tipos compuesta lo bastante grande para leerse de un lado a otro de una cocina.

Tenemos el placer de invitar a Theodore Kettle a unirse a los becarios Vane.

La mujer se volvió con la botella de leche y vio adónde miraba Nora, y su rostro hizo una cosa entonces que Nora sacaría de la casa y no sería capaz de soltar en mucho tiempo. Se iluminó. El rostro destrozado, ahuecado, de cuatro días sin sueño se levantó en la mejilla y en la frente e intentó alegrarse, porque la alegría era para

lo que servía el sobre, y una madre te muestra su alegría como te muestra el dibujo de un niño en la nevera, porque el mostrarlo es la mitad del sentido de tenerlo.

—Lo eligieron —dijo la mujer—. En medio de todo. No tenían por qué hacer eso.

—No —dijo Nora.

—Maren vino en persona. —La mujer dejó la leche junto a la taza y la cuadró bien, como había cuadrado la taza—. Maren Vane. Subió hasta aquí, a esta cocina, después... —la palabra no venía y la rodeó— después, y se sentó donde está usted sentada ahora, en esa silla, y tenía las manos así sobre la mesa, y dijo que la familia había dado tanto al pueblo y perdido tanto, y que Theo tenía un futuro, y que querían honrar a Iris...

Se detuvo. Estiró el brazo y cuadró el sobre contra la lata de azúcar, aunque ya estaba cuadrado y no lo necesitaba, los dos dedos presionando el canto bien.

—Cuidando de él —dijo—. Como cuidaron de ella. Un becario Vane. Dos en la misma familia. Dijo que nadie ha tenido nunca dos.

El lápiz del chico estaba muy quieto. No había pasado la página. No había, pensó Nora, pasado la página desde antes de que ella entrara. El extremo de la goma del lápiz descansaba contra su labio inferior y sus ojos estaban en el libro abierto, en las tres marcas y la nada debajo de ellas, y se sostenía en la silla como te sostienes cuando has aprendido que el cuerpo que quiere salir de una habitación es una cosa que una habitación puede usar contra ti.

Nora miró al chico, y el chico, sintiéndolo, levantó la vista, y por un momento los dos se miraron a través de la mesa mientras la madre sonreía de pie sobre la cafetera, y los ojos del chico eran los ojos de su hermana, llanos y oscuros y tomando la medida del adulto antes de que el adulto pudiera tomar la suya. Había leído los mensajes de la chica muerta de un teléfono en el bolsillo de su propio abrigo, leído las frases que la chica había asentado y no terminado, las que se cortaban en *si pasa algo*, las que decían *sácalo, sácalo antes de que*, y miraba al hermano ahora y entendía que él había leído la misma clase de frases, o se las habían dicho en una voz baja a los pies de una cama, que Iris lo había dejado

asustado antes de que el agua la cogiera a ella, lo bastante asustado para sentarse tan quieto, y no lo había sacado a salvo. El miedo estaba en la mesa haciendo unos deberes que no podía hacer. El miedo tenía tres marcas de lápiz y nada debajo.

El chico le sostuvo la mirada un instante más de lo cómodo, leyéndola, y Nora se dejó leer y le devolvió nada que pudiera usar, ninguna suavidad que le hiciera esperar y ninguna planicie que le hiciera rendirse, solo la misma quietud que él guardaba, para que supiera que era una cosa que una persona adulta podía guardar también, y sobrevivir.

—Es una cosa maravillosa —dijo Nora a la madre, y oyó su propia voz decirlo, pareja y cálida, la voz entrenada para exactamente esto, la voz que no volcaba la única cosa buena de una mujer en duelo sobre un hilo que aún no había terminado de construirse—. ¿Cuándo es la convocatoria?

—El sábado. —El ser entero de la mujer se inclinó hacia la palabra—. En la gala. El centenario. Van a anunciarlo allí, en el escenario, delante de todo el mundo, van a leer su nombre. —Echó un vistazo al reloj sobre el fogón, la esfera redonda y el segundero rojo, y sus labios se movieron, y Nora la vio hacer la aritmética que hace todo padre en una cocina, la de la cuenta atrás, días primero y luego las horas dentro de los días, y la vio hallar alivio en la pequeñez de la cifra en que aterrizaba—. Cinco días. Le conseguiremos una chaqueta el jueves. Hay un hombre en el pueblo que hace arreglos, el señor Pell, dijo que la metería con prisa. —Se puso la mano plana sobre el propio pecho, sobre el esternón—. Iris iba a leer en ella. Este año. Iba a levantarse y leer la pieza del fundador, eligen a un becario cada año para leerla, y iba a ser ella. Y ahora será Theo de pie ahí arriba con su nombre siendo leído en su lugar, y es...

El segundero rojo subió por encima del doce y empezó a bajar por el otro lado.

—Es como si ella siguiera en ello —dijo la mujer—. Como si le hubieran guardado su lugar caliente para él.

El lápiz de Theo estaba muy quieto.

Nora dejó que el reloj terminara su círculo. No volvió a mirarlo. Mirarlo dos veces, delante de la madre, sería dejar que la madre le mirara el rostro mientras hacía la misma suma que la madre acababa de hacer y obtenía un resto distinto, dejar que la madre viera que el segundero rojo sobre el fogón estaba contando hacia atrás hacia una cosa, y cuál era la cosa. El sábado. Un escenario y un micrófono y cuatrocientas personas en el salón de la conservera con sus buenos abrigos. La primera gran bajante del otoño ya creciendo mar adentro, la carretera ya yéndose bajo el agua en el terreno bajo del embarcadero del ferry, la bahía sellando el pueblo como hacía cada año por estas fechas, una tormenta y la tierra firme ida. El nombre del chico dicho al micrófono por una mujer amplia, pareja y tranquilizadora que una vez le había dicho a una chica asustada que bajara a la Punta en el agua muerta, donde el agua yacía plana como una mesa y te sostenía exactamente donde entrabas.

Bebió el café.

Era mal café, aguado y demasiado raseado, hecho por manos que habían medido los posos por el medir y no por el sabor, y se lo bebió todo, la taza entera, despacio, porque la mujer lo había hecho y dejarlo habría significado que la mujer tendría que ver enfriarse una taza llena sobre la mesa, tendría que cruzar después de que Nora se fuera y recoger una taza llena y fría y verterla por el fregadero, y sentir, en el verter, que los peldaños que había subido para hacerlo se habían subido para nada. Así que Nora se lo bebió hasta los posos. La mujer la vio bebérselo y se alegró, y lo rellenó una vez y Nora bebió eso también, y hablaron del señor Pell y de la chaqueta y de si la gris o la azul marino, y el chico se sentó y no pasó la página, y el segundero rojo dio cuatro vueltas más al reloj, parejo, y cruzó los huecos que la madre no podía.

Luego llegó la hora, y Nora se levantó, y la silla raspó, y la mujer dio la vuelta a la mesa para acompañarla a la puerta con las manos retorciendo un paño de cocina que no tenía nada que secar.

—Fue bueno de su parte subir —dijo la mujer—. La gente no lo hace. No saben qué decir, así que no vienen. Usted vino.

—Tiene un buen chico ahí.

—Lo tengo. —A la mujer se le llenaron los ojos y presionó el paño plano contra la encimera para darles una tarea a las manos—. Tengo a los dos mejores... —y se detuvo, porque no había dos ahora, había uno, y la aritmética la había pillado en falta en su propia cocina. Se volvió hacia el fregadero.

Nora la dejó volverse. De camino a la puerta se detuvo en la mesa, donde el chico seguía sentado con el lápiz y el libro y las tres marcas y la nada, y se inclinó un poco para que lo que dijera fuera a él y no por encima del grifo abierto a su madre, y dijo la única cosa verdadera que podía permitirse dejar en la casa.

—Sabía que tu hermana era valiente —dijo— antes de saber una sola cosa más de ella.

Los ojos llanos del chico subieron de la página y encontraron los de ella y se quedaron ahí. No dijo nada. No había dicho una palabra en todo el tiempo que ella había estado en la casa. Pero vio su mano cerrarse sobre el lápiz, los dedos sueltos recogiéndolo, y al enderezarse y ir a la puerta y dejarse salir a lo mojado, vio, por el borde de su vista, que el lápiz había empezado a moverse, presionando fuerte, como presionaba su propia mano cuando escribía las cosas que importarían después, la mina arqueándose bajo él casi hasta romperse, asentando una sola palabra en el margen de unos deberes que nunca se entregarían.

No miró a ver la palabra. Conocía la forma de ella sin mirar. Sería un nombre, y el nombre sería el mismo nombre que todos en aquella cocina acababan de levantarse a agradecer, la mujer amplia y pareja que había subido la colina y se había sentado en la buena silla y se había ofrecido a guardar caliente el lugar de un chico asustado en el escenario el sábado, delante de todo el mundo, su nombre leído al micrófono dentro de cinco días mientras la tormenta echaba abajo la carretera y sellaba la bahía.

Cerró la puerta tras de sí, suave, para que el pestillo no sobresaltara la casa, y bajó la colina hacia el coche bajo la lluvia.

C A P Í T U L O 2 2

El pueblo se cierra

La voz del operador de radio surgió del aparato que había detrás del mostrador del encargado a las seis de la mañana, velada y crepitando a través de una rejilla de altavoz vuelta gris por la grasa de la cocina, y dijo que el agua había rebasado la carretera de la costa en el corte.

Nora estaba de pie en la puerta abierta del número seis, con un vaso de papel enfriándose contra la palma de la mano, e hizo el cálculo antes de haber decidido hacerlo. La lluvia entraba a ras del agua, no tanto cayendo como viajando, y el encargado tenía el pequeño televisor encendido para la imagen y la radio encendida para las palabras, como un hombre que había aprendido a no fiarse de una sola fuente para un mismo hecho. En la radio una voz del condado leyó el cierre con sequedad, como se lee una lista de nada en particular, *tramo bajo, lado de la marisma, se desaconseja circular,* y ella dejó el vaso sobre la cómoda junto a la puerta y fue a verlo por sí misma, porque una cosa que no había visto con sus propios ojos era una cosa que alguien había decidido contarle.

Bajó en coche hasta donde la carretera doblaba hacia la marisma y se detuvo bastante por detrás del camión. El condado lo había puesto cruzado en ambos carriles, las luces girando ámbar y barriendo lo mojado, y un hombre con vadeadores hasta el pecho estaba plantado delante con los pulgares enganchados en los tirantes, mirando el agua del modo en que se mira una cosa que ya ha decidido y solo se toma su tiempo. Pasado él, la carretera se hundía. Se hundía como siempre lo hacía, sin drama alguno, una lámina parda y lisa reptando hacia arriba desde la hierba de la marisma sin lugar al que tener que ir, tomando primero las roderas y luego el peralte y luego la línea blanca, hasta que la línea fue una forma pálida tendida quince centímetros más abajo bajo una escorrentía que se movía como se mueve el agua estancada cuando la alimentan por detrás, un hombro lento de ella avanzando con el

morro a través del asfalto hacia la cuneta del fondo. Un cono de tráfico se había soltado del arcén y viajaba sobre ella, erguido, trazando un lento círculo en la corriente a su paso.

Bajó la ventanilla dos dedos y entró lo mojado y el hombre de los vadeadores miró sin sacar los pulgares de los tirantes.

—¿Cuánta profundidad en el medio? —dijo ella.

—La rodilla. Para el mediodía, la cintura. —Lo dijo al agua, no a ella—. No se drena en la bajante en esta época del año. El río viene crecido por detrás. Se quedará así hasta que pase el sistema. —Cambió el peso de pie y el agua le subió por encima de las punteras de los vadeadores y él la dejó—. Puede dar la vuelta ahí, en la cancela.

Había cruzado aquel tramo cien veces de niña con el agua lamiendo los estribos y su padre sin aminorar por ella, el rocío abriéndose pardo en abanico desde las ruedas delanteras y la mano de su madre plana sobre el salpicadero, y había pensado entonces que el agua se apartaba ante un coche como se apartaba ante un casco, que se podía atravesar cualquier cosa si te comprometías a ella y no soltabas el acelerador. Apartó los ojos del recuerdo como los habría apartado de un nudo atado esa misma mañana. El condado no achicaba una carretera que podían dejar pasar. Trescientos kilómetros de carretera estatal hasta un laboratorio en el que confiaba, hasta una taquilla de acero y un funcionario llamado Ortega que firmaba las cosas y las devolvía en una cadena que aguantaba. Todo ello al otro lado de una lámina parda de agua que se quedaría allí mientras el cielo siguiera alimentándola. Dio la vuelta al coche en la cancela, las ruedas mordiendo la grava mojada, y condujo de regreso hacia el pueblo.

El transbordador era la otra salida, y al transbordador le quedaba una travesía.

La voz de Sorensen salió de la misma radio una hora después, cuando ella estaba de vuelta en la oficina mendigando un segundo café al encargado. Salió plana y definitiva, sin peso en ninguna palabra, un hombre leyendo los asuntos del agua a quienquiera que estuviese escuchando, plana como las horas de marea que leía de la pizarra en la capitanía. El de las ocho cuarenta saldría si la marejada

lo permitía. Después de eso el barco amarraba y se quedaba amarrado hasta que pasara el sistema. Dos días, dijo, tal vez tres. Había sacado ese barco con cosas peores y no lo sacaría con lo que venía, y esa frase entera quedó debajo de las palabras que en realidad dijo sin que él tuviera que decirla. El encargado levantó la vista del televisor, donde el hombre del chubasquero estaba plantado en el mismísimo tramo de carretera donde Nora acababa de dar la vuelta, y dijo «El último», a nadie, y volvió a secar una taza que ya había secado.

No decidió bajar al muelle. Bajó al muelle del modo en que su cuerpo iba siempre hacia las salidas, y se plantó en el extremo de la barandilla bajo la lluvia y miró cargar el de las ocho cuarenta.

La pizarra de la capitanía lo dijo antes que el barco. Había pasado por delante al bajar, la tabla de mareas tras su plástico rayado con el agua muerta del día rodeada a lápiz graso por quienquiera que la rodeara, y junto a ella una segunda tarjeta había aparecido durante la noche con otra letra, mayúsculas de imprenta en una solapa rota de cartón, *NO HAY SALIDAS DESPUÉS DE LAS 08:40 — TEMPORAL*, fijada a la pizarra con dos chinchetas y una tercera clavada de través donde el cartón había querido curvarse. Un hombre con encerados estaba leyéndola con las manos en los bolsillos y de espaldas a ella, y la leyó más tiempo del que costaba leer cuatro palabras, y luego se subió el cuello y bajó hacia los pantalanes y no fue hacia el barco. Se quedaba. Solo había querido ver la frase por escrito, ir a mirar una cosa que ya le habían dicho, hacerla cierta en el ojo además de en el oído.

Los coches subían de uno en uno por la plancha de la rampa, cada uno bamboleándose al tomar el labio donde la plancha se encontraba con la cubierta, el acero retumbando suave bajo las ruedas y luego la suspensión asentándose al nivelarse el coche. El marinero acompañaba cada uno hacia delante con una mano plana extendida a su espalda, la palma hacia abajo, palmeando el aire, como se calma a un caballo que reculara en un cajón —*vamos, vamos, para*—, y el conductor avanzaba despacio y paraba y la mano se alzaba hacia el coche siguiente. Una furgoneta de reparto con un nombre que ella conocía a medias pintado en el costado. Una

camioneta con la caja amarrada bajo una lona verde, la cuerda cruzada y vuelta a cruzar y remetida, un hombre que había trincado su carga para el temporal antes de llegar siquiera al barco. Cuatro coches, cinco. No muchos. Casi todo Harlow Bay se quedaba por sus cien años.

Los pasajeros de a pie subían por la pasarela a un lado mientras cargaban los coches, una corta hilera de ellos bajo la cubierta goteante de la rampa de embarque, tres o cuatro con bolsas y un hombre con un perro de una correa de cuerda, y el marinero a la cabeza de la pasarela los contaba a bordo con un toque a cada hombro que alcanzaba, contando una cosa de la que pretendía poder responder más tarde. Una chica cerca del final de la fila no dejaba de mirar colina arriba hacia el pueblo a su espalda como si esperase que alguien la bajase corriendo y le diese un motivo para salirse de la fila, y nadie bajó la colina, y cuando la mano del marinero le alcanzó el hombro subió por la pasarela y no volvió a mirar atrás. La fila se cerró tras ella y terminó. El marinero pasó la cadena por la cabeza de la pasarela y colgó en ella la pequeña tablilla pintada, la que decía que la travesía estaba completa o terminada o simplemente cerrada, las letras demasiado castigadas por el tiempo para leerlas desde el muelle, y se balanceó en la cadena y volvió su dorso en blanco hacia ella y apartó las palabras.

Una mujer estaba de pie en la barandilla de la cubierta de coches con un niño contra la cadera y tres maletas dejadas a sus pies, de tapa dura, las buenas, hechas por alguien que había decidido que el centenario podía celebrarse sin ella. Tenía la espalda vuelta al pueblo. No se giró a mirarlo. Miraba abajo, al hueco de agua verde que había empezado a abrirse entre el casco y los pilotes, treinta centímetros, luego sesenta, el agua trabajando en el hueco, alzando el alga de las defensas y dejándola caer, y miraba el hueco y no el lugar que dejaba, y el niño miraba las gaviotas.

El marinero vino a popa a lo largo de la barandilla y cruzó la cadena por la ranura de popa por donde habían subido los coches, halándola mano sobre mano de modo que arrastraba y traqueteaba sobre la chapa de cubierta, y dejó caer el pasador por el último eslabón hasta el alojamiento. Le dio al pasador un golpe con el talón

de la mano para asentarlo. La ranura estaba cerrada. Los coches eran ahora una cosa dentro del barco, cercados del agua abierta por una cadena y un pasador, y la rampa seguía tendida sobre el hueco, abisagrada a la cubierta, una lengua de acero sobre los pilotes con el agua verde trabajando por debajo.

Nora sintió su atracción a través de las suelas de las botas.

Era una cosa animal y simple, la inclinación del cuerpo hacia una puerta aún apuntalada, la misma inclinación que la había llevado al muelle sin consultarla, que llevaría a cualquiera hacia la última salida de un lugar que se cierra. Podía estar en aquella plancha en nueve pasos. Podía plantarse en la barandilla con la espalda al pueblo y la cara al hueco y dejar que el gris la llevara al otro lado hacia una carretera que corría trescientos kilómetros hasta una taquilla limpia, hacia Reyes que venía en sentido contrario en el barco de mañana para el que ya no habría barco de mañana, hacia su propia gente y una cadena que aguantaba, y un condado en el que no tenía una infancia editada. La plancha estaba bajada. La sirena no había sonado aún. Tenía tiempo de dar los nueve pasos y se quedó quieta y contó su precio con la lluvia corriéndole por detrás del cuello.

Llevaba el teléfono de una chica muerta en el bolsillo interior del abrigo, viajando entre dos costillas, fuera de toda cadena de la tierra. Tenía a un chico en una clínica haciendo deberes que nunca entregaría. Tenía un hilo que había extendido sobre la cama de un motel y aún no había construido en una forma que aguantara peso. No te subías al último barco con todo eso aún suelto en las manos. Dejó que la inclinación la recorriera y saliera, como se deja pasar una marejada bajo un casco que has decidido no cabalgar, y no dio los nueve pasos, y la decisión estuvo en el no moverse, tomada antes de que hubiese terminado de decirse las razones a sí misma.

La rampa subió por sus cables. Se alzó de los pilotes con la hala lenta y pareja de un cabrestante cobrando esfuerzo, el agua verde escurriendo por la cara inferior en una cortina, y se abisagró cerrándose contra la barandilla de la cubierta de coches y la encontró con un sonido que bajó por el maderamen y subió por las botas de Nora, un solo *clang* plano de hierro y luego el sonido

menor del cierre. Los coches quedaron sellados dentro. La mujer de la barandilla no se giró.

Sonó la sirena, dos largos toques desde la chimenea, y el sonido se aplanó a través del puerto y volvió rebotando del muro de la conservera medio segundo más tarde, y las gaviotas se alzaron del tejado de la conservera en una lámina y giraron y se reasentaron en la misma cresta que habían dejado. El agua blanca hirvió bajo la popa cuando las hélices mordieron. El hueco se ensanchó, sesenta centímetros, tres metros, doce, y el barco se separó de los pilotes y viró la proa hacia el canal y empujó hacia el gris, y el gris empezó la lenta tarea de tomarlo. Los colores de los coches se fueron primero, el rojo de la lona de la camioneta y el blanco de la furgoneta yéndose al no-color. Luego el blanco de la timonera, aguantando lo último porque el blanco aguanta lo último. Luego la forma entera de la cosa, la línea donde el casco acababa y el agua empezaba yéndose blanda y luego yéndose a ninguna parte, hasta que hubo un borrón y luego una palidez y luego el canal era el canal y nada lo cruzaba.

Nora se quedó en la barandilla hasta que no pudo distinguir la estela del barco de la marejada que entraba sobre ella.

Cuando se giró el puerto había vuelto a ser un puerto sin nada que lo dejara, y el pueblo ya había empezado a recogerse por los bordes. Arriba y abajo de los pantalanes los barcos se posaban dobles y triples en sus amarras, dos y tres en una plaza que había albergado uno para la fiesta, los últimos cascos llegados de la bahía aún metiendo el morro al abrigo del rompeolas con un hombre de pie en la proa de cada uno sosteniendo una adujada y midiendo el hueco. Los dueños trabajaban a lo largo del entarimado con sus encerados con el propósito apagado de hombres que respondían a una previsión del único modo en que una previsión puede responderse, trincando cosas. Echaban cabos de spring de más y los tensaban a las cornamusas y se ponían de pie sobre ellos para apretar el ballestrinque. Largaban defensas por las regalas, gruesas salchichas blancas de ellas, y donde dos cascos quedaban uno contra otro colgaban una tercera defensa en medio, para que los barcos se rozaran y no se molieran con lo que venía. Un hombre

cerca de la cabeza del pantalán arriaba una cadena sobre una cornamusa mano sobre mano, los eslabones traqueteando del hierro, y se inclinaba al largo y lento asunto de trincar un barco de trabajo para una estancia medida en días y no en mareas.

Nadie se daba prisa. Eso era lo que ella había olvidado de su propia costa y reaprendía en la barandilla bajo la lluvia: la prisa ocurría antes del temporal, en la lectura del agua, y para cuando la tormenta enseñaba su mano la prisa estaba hecha y lo que quedaba era método, un hombre comprobando un nudo que ya había atado porque comprobarlo era el trabajo que restaba. Una mujer que ella no conocía vino por el pantalán con la bicicleta de un niño sostenida sobre la cabeza, lejos del rocío, y la llevó rampa arriba hasta el aparcamiento, y un chico de la ferretería náutica bajó por la fila echando las fundas de lona sobre los timones abiertos y acordonándolas en las esquinas.

Las plazas que habían estado vacías toda la semana se llenaron mientras ella miraba. Los últimos barcos entraron y encontraron los huecos y los cerraron, casco a casco, como una poza de marea recoge sus anémonas al cruzar una sombra el agua de arriba, no todas a la vez, sino cada una plegándose sobre sí misma a su tiempo hasta que la superficie que había sido toda bocas abiertas fue una piel cerrada y lisa sin nada a la vista. El rompeolas tomaba la marejada en su cara exterior y la lanzaba blanca, y dentro del rompeolas el puerto se quedaba plano y oscuro y abarrotado, y el gris bajaba por el canal por donde se había ido el transbordador y seguía bajando, y se cerraba sobre el lugar donde había estado el transbordador como se cierra el agua sobre una piedra arrojada por la popa, los anillos de ella saliendo y aplanándose y luego no habiendo anillos, solo el agua, solo el gris, el pueblo ya una isla con una fiesta dejada dentro y Nora de pie en el muelle dentro del sello de él con un teléfono contra las costillas y la lluvia sin amainar.

Se metió las manos en los bolsillos del abrigo, la izquierda cerrándose sobre el rectángulo duro y frío a través del forro sin pretenderlo, y se quedó un rato más en lo mojado y miró al puerto terminar de recogerse. En algún lugar arriba del pantalán el hombre de la cadena la dejó trincada al fin y el traqueteo cesó, y tras él solo

quedó la lluvia sobre el agua y el chapaleo de los cascos doblados trabajando contra sus defensas, y la sirena de niebla allá en la punta empezando su lento conteo a dos notas de los minutos, y el pueblo sellándose el resto del camino a su alrededor sin que nadie decidiera sellarlo.

C A P Í T U L O 2 3

Lo que no pudo retener

Se quedó en el muelle hasta que no pudo distinguir la estela de la marejada, y luego se quedó más allá de eso, porque volver al número seis significaba decidir cosas, y el puerto era más fácil. El de las ocho cuarenta se había llevado a los últimos, una mujer con un niño y tres maletas que había decidido que el centenario podía celebrarse sin ella, una furgoneta de reparto, una camioneta amarrada bajo una lona, y el marinero había acompañado cada coche hacia delante con una mano plana, calmando cada uno como a un animal nervioso, y luego la cadena había cruzado la ranura de popa y el pasador había caído en ella y la sirena había sonado, dos largos, desde la chimenea. El transbordador había empujado hacia el gris y el gris se lo había quedado. Primero los colores de los coches. Luego el blanco de la timonera. Luego la forma entera de la cosa.

Había sentido la atracción de la rampa abierta mientras cargaba, la pequeña inclinación animal del cuerpo hacia una puerta aún apuntalada, y la había dejado cerrarse. No te subías al último barco con el teléfono de una chica muerta en el abrigo y un chico haciendo deberes que nunca entregaría.

Arriba en los pantalanes los barcos se posaban dobles en sus amarras, hombres moviéndose por el entarimado con adujadas al hombro, echando springs de más, largando defensas, leyendo la misma previsión en la misma agua y respondiéndola del único modo en que podía responderse, trincando cosas. La lluvia entraba a ras del mar y se tendía contra el costado de su cara y le corría por dentro del cuello, y ella la dejaba. Tenía el teléfono, y una fotografía de un muelle, y una lista de mensajes de alguien que se había firmado *M*, y nada de ello era todavía una forma, y la mesa del número seis era demasiado pequeña para hacerlo una.

Una cadena traqueteó sobre una cornamusa a su espalda. Ella no se giró.

—Sigues aquí.

Marsh vino por las tablas sin prisa, con un encerado puesto y la capucha bajada, la lluvia perlándole el pelo gris cortado al rape y corriéndole al cuello y sin sacarle nada por ello. Se detuvo a un cuerpo de distancia y miró el agua donde había estado el transbordador, no a una persona.

—Medio esperaba que estuvieras en él —dijo la jefa—. Habría sido más sencillo para las dos. —Una pausa—. El estado me dio la razón, por cierto. Sobre el conflicto. Viene un hombre, Reyes, a quitártelo. Competente, justo, sin historia en mi pueblo. Iba a venir en el barco de mañana.

—Ahora no hay barco.

—Ahora no hay barco. —La comisura de la boca de Marsh hizo el trabajo que el resto de su cara declinó—. Así que tienes el caso hasta que baje el agua, por pura y tonta marea. Una detective en un asesinato del que oficialmente está apartada, y una jefa que no puede hacer nada al respecto hasta que vuelva la carretera. Qué mundo más raro.

El camión del condado allá arriba en el tramo bajo giró su luz hacia algún punto pasada la conservera, un lento barrido naranja que encontró la cara inferior de la nube y la perdió. Nora se giró para mirarla de frente bajo la lluvia.

—Entonces mientras lo tengo —dijo—. No pongas a Theo Kettle en ese escenario mañana.

Marsh se quedó quieta. No de la manera teatral. De la manera en que se queda una cosa en aguas someras cuando una sombra la cruza.

—¿Qué?

—La incorporación. El anuncio. Sea para lo que sea la noche. —Nora mantuvo la voz nivelada, el mismo registro plano que usaba Sorensen para las horas de marea, porque en el momento en que subiera sería una cosa que la jefa podría declinar tomar en serio—. No dejes que la Fundación ponga a ese chico en un escenario y lo nombre becario delante de cuatrocientas personas. Cancela esa única parte. Quédate tu gala. Quédate tus cien años. Eso no.

—Vas a tener que darme más que eso, detective.

—Sé lo que estoy pidiendo.

—No creo que lo sepas. —Marsh se cuadró un cuarto de giro hacia ella, y el encerado se plegó y escurrió agua—. Lo que describes es a mí entrando en el Salón de la Conservera la noche antes del centenario de su padre muerto y diciéndole a Maren Vane que no puede honrar al hermanito de una chica asesinada. Delante de la gente que pagó la sala. Y voy a necesitar una razón para eso, y la razón va a tener que ser algo que pueda sostener en la mano, no una expresión en tu cara.

—No es una expresión.

—Todo es una expresión hasta que está firmado. —La jefa miró el agua un momento, donde el canal se levantaba verde pasado el rompeolas—. Tengo a cuatrocientas personas que han confirmado una cena que este pueblo lleva planeando desde la primavera. El cáterin vino en el barco del jueves. Hay chicos becados que se han mandado planchar el traje para mañana. Y tú quieres que retire un nombre de un programa la noche antes, sin razón que pueda poner por escrito, y quieres que la retirada sea silenciosa, para que nadie, ni la familia, ni la Fundación, ni la sala, sepa que una detective se plantó en un muelle bajo la lluvia y me lo dijo. —Lo dejó posarse un instante—. Te das cuenta de que lo que de verdad me estás pidiendo es que le mienta a Maren Vane y lo llame amabilidad.

—Te estoy pidiendo que mantengas a un chico de catorce años fuera de un escenario una noche.

—He oído lo que has pedido. Te estoy diciendo lo que cuesta.

Y ahí estaba. El lugar que había sabido que venía desde que la rampa subió por sus cables, la tabla estrecha sobre la que tendría que poner el peso sin barandilla. Tenía tres cosas y dos manos.

Podía darle el teléfono a Marsh. Dejarlo en las tablas mojadas entre ellas, los mensajes de *M*, la respuesta directa del capitán de puerto sobre el muelle y el agua muerta, el hilo entero que había pasado una semana sacándole al pueblo de entre los dientes. Entregarle a la jefa el lote y obligarla a actuar. Y Marsh quizá actuara, quizá cancelara la incorporación, quizá incluso se girara y mirara con dureza a Maren. Pero el teléfono tenía una cadena rota y la cadena pasaba por este pueblo, y en el momento en que saliera del abrigo de Nora entraría en una taquilla de Harlow Bay con un

registro de Harlow Bay, en un sistema que se doblaba por los Vane en las cosas pequeñas, la excepción de aparcamiento y el permiso de la fiesta y la palabra discreta que allanaba una carretera. Los mensajes de *M* se convertirían en una cosa de cuya existencia Maren se enteraría para mañana al mediodía, en el tiempo que tardara una jefa cuidadosa en hacer una llamada cuidadosa a un abogado cuidadoso. Y Maren avisada era Maren desaparecida. El libro se movía o ardía, el chico discretamente desinvitado y la amenaza contra él hundida bajo el entarimado donde Nora no podría verla y no podría alcanzarla y no podría probar que hubiese salido alguna vez a la superficie.

O podía quedarse con el hilo y proteger ella misma al chico, y dejar a la jefa ciega, lo que mantenía a Maren ciega, lo que mantenía el resto donde estaba. Una mujer contra un pueblo sellado y una asesina que había crecido leyendo esta agua como la propia familia de Nora, que sabría al minuto cuándo la marea llevaría una cosa y cuándo no.

O podía ir a por Maren esta noche, con lo que tenía, y apostar a que la confrontación rompiera algo. Había apostado así con Adrian. A una teoría y una sensación y un sello de tiempo que había leído mal y un teléfono que jamás debería haber tocado, sin carretera de salida y sin barco y sin jefa a su espalda.

Niño. Prueba. Asesina. Podía cerrar la mano sobre cualquiera de ellos y en el cierre dejar que los otros dos se fueran al agua.

La lluvia le corría desde la punta de la nariz. Marsh esperaba, paciente como un piloto.

—No puedo darte la razón todavía —dijo Nora.

El decirlo era la elección. Lo oyó en su propia voz, oyó la puerta de una cosa subir por sus cables y abisagrarse cerrada.

—Te estoy pidiendo que confíes en mí un dedo. Solo el chico. Solo ese único anuncio. —Se obligó a ir más despacio, porque la siguiente parte tenía que llegar—. Encuentra una razón. Di que es demasiado reciente. Di que la familia no está lista, que el funeral apenas está frío, que la óptica es fea. Se te da bien el discurso amable. Me diste uno en una taza de café el primer día y aún lo

llevo encima. Saca al chico del escenario y no le digas a nadie que vino de mí.

Marsh la miró largo rato. La lluvia era lo único que se movía entre ellas, fina y constante y yéndose de lado al final.

—Me estás pidiendo que confíe un dedo —dijo la jefa— de una detective que ocultó que había nacido aquí.

—Della...

—Déjame. —No con dureza. Ella no hacía dureza; no le hacía falta—. De una detective que se lanzó sobre Adrian Wren con una teoría que los sellos de tiempo se comieron. Cuyo nombre está en un registro de salida de mi clínica sobre una línea de propiedad que nunca llegó a mi libro.

El frío atravesó a Nora en la base de la columna y se instaló allí y se quedó. Mantuvo la cara fuera de él. La clínica estaba en el pueblo de Marsh y el registro de propiedad tenía un espacio en blanco con el nombre de Nora encima del blanco, la clase de línea por la que una persona cuidadosa pasaba un dedo al final de un turno tranquilo, y Marsh la había estado guardando. Por supuesto que la había estado guardando. La jefa guardaba todo como lo guardaba ahora: a la vista, plano sobre las tablas entre ellas, sin calor encima, un pez que un hombre te enseña antes de decidir si lo devuelve.

—Sé más de lo que crees que sé, detective. —Marsh lo dijo sin peso, que fue como Nora supo que era lo más cierto que había dicho —. Suelo saberlo. Es el trabajo, en un sitio de este tamaño. Te enteras de todo. —Hizo una pausa en la palabra y dejó que el agua le corriera al cuello—. Y actúas sobre casi nada de ello. Porque actuar rompe más de lo que arregla, nueve de cada diez veces, y no siempre llegas a saber en cuál de las veces estás hasta después.

—Esta es la décima vez.

—Todas se sienten como la décima vez. Eso es lo que las hace peligrosas. —No se movió—. ¿Quieres saber lo que sé? Sé que una chica entró en el canal en agua muerta y se culpa a la marea de cosas que la marea no puede hacer. Sé que tu forense lo llamó equívoco y tú no. Sé que has estado arriba y abajo de mi frente marítima preguntando al capitán de puerto por horas de muelle como una mujer construyendo un reloj. Sé que dormiste en algún

sitio que no era tu motel. —Dejó esa posarse un poco más que las otras—. Sé más de lo que crees que sé. Y he hecho, todo el tiempo, exactamente nada que abriera el pueblo en canal antes de estar segura de que abrirlo en canal era lo único que quedaba. Tú crees que eso es cobardía. Desde donde estás yo también lo creería.

—No creo que sea cobardía.

—Lo creerás, para mañana. —Marsh alzó la mano y se tiró al fin de la capucha hacia delante, y su cara volvió bajo la sombra del encerado, y Nora supo que la conversación terminaba en los términos de la jefa, como terminaban siempre las conversaciones de la jefa—. Lo pensaré, lo del chico. Es todo lo que te daré esta noche. Lo pensaré, lo del chico.

Se giró para irse, las botas planas y sin prisa sobre las tablas mojadas, una mujer que ni una sola vez en su vida había corrido a refugiarse. Tres pasos, cuatro. Luego se detuvo, y no se giró del todo, solo la cabeza, la lluvia escurriendo del borde de la capucha en una fina línea.

—Y, Quist. —La voz había ido al registro que usaba para las peores noticias, el amable, el de la taza de café—. Lo que sea que sacaste de mi clínica, regístralo antes de que baje el agua. Ponlo en una cadena, con una hora, y tu nombre donde se supone que va tu nombre. Porque cuando llegue Reyes tendré que hablarle de la línea en blanco. No querré. Tendré que hacerlo. Y una vez que se lo haya dicho... —Se detuvo, y la línea de lluvia del borde de la capucha siguió cayendo—. Sabes cómo funciona esto mejor que yo. No importará lo que haya en la cosa. Tú mejor que nadie sabes que no importará lo que haya en ella.

Se alejó muelle arriba hacia el gris, y el gris se la quedó como se había quedado el transbordador, el encerado yendo de una forma a un borrón a nada, y el puerto se cerró tras ella con una detective dejada de pie en él.

Nora no se movió un rato.

Había venido al muelle con tres cosas en dos manos y se había quedado allí y las había sopesado como una mujer que tenía derecho a decidir, y la jefa acababa de mostrarle, con la voz amable,

que el sopesar había sido teatro. Dos de las tres ya no estaban en la balanza antes de que ella las pusiera en ella.

La prueba, primero. Se obligó a hacerlo con limpieza, leyéndolo como una tabla de mareas que no le gustaba. El teléfono en su abrigo había pasado por un pasillo de clínica en ese mismo abrigo, en su propia mano, sin rastro e intrazable ya a nada que un tribunal le dejara ponerse de pie a decir. Había una línea en el libro de Marsh con su nombre sobre un blanco, y ninguna inundación y ningún transbordador y ningún hombre limpio y no comprado llamado Reyes pondrían la cosa de vuelta en una cadena que un juez leyera. La había sacado ella misma. Eso era todo. No Maren, no el pueblo, no el sistema roto que la jefa confundía con el tiempo. Su propia mano, en un pasillo, sobre el teléfono de una chica al que no tenía derecho firmado. *No importará lo que haya en ella.* Lo había sabido la noche en que lo hizo y lo había hecho de todos modos, y el saberlo había sido una piedra que había dejado en el suelo y de la que se había alejado, y aquí estaba de nuevo, sobre las tablas, con la marea viniendo a por ella. Perdida. Esa, al agua.

La asesina, segundo. Maren Vane sentada tras un Salón de la Conservera lleno de los amigos de su padre con la marea de su parte y una jefa que *lo pensaría*, lo de un chico de catorce años, y no movería nada. *Lo pensaré, lo del chico.* El pueblo se cerraría en torno a Maren como el puerto acababa de cerrarse en torno al transbordador, liso, total, dejando un poco de agua revuelta que se aplanaba antes de que pudieras señalar por dónde había bajado la cosa. Para alcanzarla, Nora necesitaría una cadena que había roto, una jefa que cedía en las cosas pequeñas y cedería también en la grande y lo llamaría criterio, un barco que no navegaba, y una placa que no significaba nada pasada la línea del agua. Tenía una teoría y una sensación y una semana de preguntarle al capitán de puerto por horas de muelle. Había tenido exactamente eso mismo antes, apuntando al hombre equivocado, sobre un sello de tiempo que había leído mal, y se había equivocado, y la equivocación le había costado la única cadena en la que aún confiaba y un hombre en el que no tenía por qué haber confiado. Maren no era Adrian. Maren había crecido leyendo esta agua. Maren avisada sería Maren

desaparecida, y no habría una segunda equivocación de la que arrepentirse, porque no quedaría nada a lo que apuntar. Perdida. Esa, al agua también.

Quedaba el chico.

Se quedó con la lluvia yéndole por el costado de la cara y sintió la cosa que la jefa no había querido darle subir bajo la pérdida como un flotador subiendo bajo una red. Cuando estás sopesando tres y dos de ellas ya están en el fondo, dejas de ser una persona tomando una decisión imposible. La aritmética está hecha. Eres una persona con una sola cosa en las manos y nada que oponerle, y eso no es libertad y no es clemencia, pero es lo más parecido a una instrucción clara que esta costa le había puesto jamás en la mano. Salva al chico. No atrapes a la asesina. No lleves la verdad a una página que nadie leerá. Saca al chico del escenario y de debajo de la cosa que se tendía hacia él, y deja que el resto se vaya abajo donde la marea ya lo había llevado.

Había pasado diecinueve años aprendiendo que el agua de aquí no devolvía nada. Ahora le había dicho la única cosa que la dejaría quedarse, y descubrió que podía cargar con eso.

Se apartó del puerto. Arriba y abajo de los pantalanes los últimos cascos metían el morro al abrigo, las plazas llenándose, el pueblo recogiéndose por los bordes como una poza de marea cerrándose bajo una sombra que pasa. En algún lugar un hombre terminó de trincar un barco para una larga estancia y la cadena se quedó callada. La luz del condado bañaba la nube y la perdía, la bañaba y la perdía, el mismo lento pulso naranja, y allá fuera pasado el rompeolas el canal se levantaba verde e invadeable, haciendo lo que hacía Marsh, lo que hacía el pueblo, lo que hacía la marea: sabiendo todo lo que quería cruzarlo, y dejando pasar casi nada.

Volvió al número seis a construir el último hilo en una forma lo bastante sólida para levantar a un chico fuera del agua. No la necesitaría para un tribunal. No habría tribunal. La necesitaba solo para saber al minuto de dónde vendría el alcance, para poder ponerse entre el chico y él, una mujer, en un pueblo sellado, sin nada que perder y exactamente eso para gastar.

Lo desplegó sobre la cama porque la mesa era demasiado pequeña. La última noche de Iris. La tabla de mareas. Los mensajes de *M*. La fotografía del muelle. La lluvia siguió contra la ventana sin cambiar, y ella empujó más allá del punto del sentido, más allá de la hora donde vivía el sentido, empujando como empujaba siempre cuando un reloj corría y la cosa que podía salvar era una persona y no un caso.

Y en algún momento del empujar, en tender la última noche de la chica junto al agua muerta junto a los mensajes junto a un nombre en la mismísima letra de un santo que no tenía por qué estar allí, la piedra que había cargado diecinueve años giró del todo en su mano. Vio la costura en ella. Y bajo la costura, clara como una línea de marea en un piloto, vio la cosa que había estado allí todo el tiempo, esperando a que el agua bajara lo suficiente para mostrarla.

C A P Í T U L O 2 4

La corrección

El letrero del motel zumbaba contra la ventana y se apagaba y volvía, y Nora estaba sentada en el borde de la cama con la tabla de mareas abierta sobre las rodillas y la historia que había cargado desde los quince años tendida plana junto a ella, dejada igual que había dejado a Iris tres noches atrás, y se obligó a leer ambas a la vez.

La historia no tenía que leerla. La conocía como conocía sus propias manos.

Tenía quince años. Junie bajó a la Punta de noche. La seguí, como siempre hacía. Salió al viejo embarcadero y cayó, y yo estaba en las rocas, y no pude alcanzarla, y corrí a buscar ayuda, y para cuando llegó alguien el agua se la había llevado, y nunca la encontraron.

Cuatro aristas. Le venía entera cada vez, lisa como una piedra cargada en un bolsillo, y la había manejado diez mil veces en la oscuridad y ni una sola a la luz del día, porque no se saca a la luz la cosa que te deja dormir.

A la tabla de mareas no le importaba qué la dejaba dormir. Las cifras eran las cifras.

Puso el dedo en la columna de aquella semana, diecinueve años atrás, los números impresos indiferentes bajo la mala luz, y lo bajó hasta la noche. La Punta. Después de anochecer. Y allí estaba. La larga bisagra plana del agua, la hora en que la marea ni venía ni se iba, cuando nada se movía.

Agua muerta.

La voz de Adrian subió de la oscuridad de dos noches atrás, baja contra su hombro, las palabras que había oído y por encima de las cuales había pasado, el paso cuidadoso que das sobre una tabla que sabes podrida. *Si estaba lo bastante en calma para correr y esperar, el agua no se movía. Y un cuerpo en agua muerta vuelve.*

Le había dicho que era el viento.

No había sido el viento. Había sabido que no era el viento en el segundo después de que él lo dijera, y había dejado el saberlo fuera de la puerta y había cerrado la puerta, y ahora la puerta no cerraba, porque las cifras eran las cifras y una chica que entraba en la Punta esa noche, a esa hora, volvía. Todas volvían. Toda chica que entró alguna vez en aquel tramo muerto de agua había vuelto para ser hallada y llorada.

Salvo la única sobre la que ella había pasado la vida insistiendo en que el mar sencillamente se la había quedado.

La tarjeta estaba en el bolsillo del pecho. No la sacó. Puso el pulgar contra el plastificado a través de la tela, el pequeño rectángulo duro que apretaba cuando necesitaba estar segura del suelo bajo sus pies, y se obligó a hacerle a la historia la cosa que les había hecho a cien testigos que habían contado una cosa demasiadas veces.

No por los hechos. Los hechos estaban ensayados. Por las costuras.

Por qué estaba Junie en la Punta de noche.

La historia no tenía respuesta. La volvió del revés y no había nada en su dorso. Diecinueve años contándola, a su madre, a los chicos que no se quedaba, al interior de su propio cráneo a las tres de la madrugada, y ni una sola vez había dicho por qué su hermana estaba en un embarcadero roto en la oscuridad. La historia empezaba con Junie ya entrando. Empezaba aguas abajo de la única pregunta que importaba. Los últimos mensajes de Iris habían hecho lo mismo, ya apartados de la cosa que no podían decir.

Nunca lo había preguntado. No haces la única pregunta que te derrumba toda la estructura encima.

Está bien. Respiró a través de ello como le habían enseñado a respirar a través de la parte mala de una escena. *La carrera, entonces. Corriste a buscar ayuda. Describe la carrera.*

Y la carrera no se describía.

La buscó como buscaría cualquier detalle bajo juramento: la carretera, la oscuridad, el aliento desgarrándose, el flato subiendo bajo las costillas, piedras girando bajo los pies, una puerta, un puño en una puerta. Y no había nada. Ni carretera. Ni puerta. Ni frío

mordiéndole la ropa mojada, ni sal escociendo en un corte, ni una de las mil pequeñas fricciones que un cuerpo guarda incluso cuando la mente deja ir el resto. Una huida real deja moratones en la memoria; ella había sacado huida tras huida de gente asustada y la verdad venía siempre con sus rasguños puestos. Esta venía limpia. Barrida limpia. Limpia como un suelo que alguien hubiera querido limpio.

Estaban las rocas. Estaba Junie entrando.

Y luego había una cocina.

Su mano se había quedado quieta sobre la tabla de mareas. Apretó, del modo en que aprietas un moratón para estar segura de que es tuyo, y la cocina subió a su alrededor cálida.

Tenía zapatos mojados sobre linóleo. El frío del suelo le subía por los calcetines empapados mientras la parte de arriba de ella se calentaba, su cuerpo partido limpio por la mitad entre la noche de la que había salido y la habitación a la que la habían llevado. Había un fogón encendido. Algo con leche, ese olor, y bajo él la sal saliendo de su propia ropa, de su pelo, de Junie que ya no estaba en ella. Le castañeteaban los dientes lo bastante fuerte para oírse.

Había manos en sus hombros por detrás. Pesadas. Parejas.

Una taza se le puso en las manos, demasiado caliente, y la sostuvo porque las manos la querían tranquila y una niña aprende rápido qué deseos no son una petición. La luz era amarilla. La ventana sobre el fregadero era negra y la oscuridad en ella aún tenía a Junie dentro, ahí fuera, y la voz detrás de ella seguía y seguía, baja y sin prisa y amable, la más amable voz, dejando las palabras una a una para que ella las recogiera.

Y las había recogido. Cada una.

Se puso de pie y la habitación se inclinó y puso la mano plana contra la pared.

Los fragmentos no se ensamblaban en una habitación. Salían de ella del mismo modo en que la prueba salía de una escena trabajada por alguien cuidadoso: no una historia, un revoltijo de hechos con el tejido conectivo recortado. Una pata de silla. El reloj en algún sitio haciendo tictac demasiado fuerte, fuerte solo como se vuelve un reloj cuando nadie en una habitación habla. La mano dejando su

hombro para hacer algo en la encimera, y el pequeño alivio terrible de su regreso, porque la mano quedándose significaba que aún la cuidaban y la mano ida significaba que la habían dejado ahí fuera con lo que había visto.

Había querido las manos cálidas.

Esa era la parte sobre la que se había construido la lisura. Una niña de quince años con su hermana todavía en el agua había querido las manos cálidas en sus hombros y la voz amable diciéndole que nada de aquello era suyo para cargar, y había tomado el consuelo, y el consuelo tenía un precio escrito dentro, y había pagado el precio y se había alegrado, porque la otra cosa era el frío y la oscuridad y la verdad, y la verdad estaba al otro lado de una ventana negra.

No había corrido a buscar ayuda.

Se quedó sosteniendo la pared y se obligó a decirlo dentro del cráneo con la voz plana que usaba para los dictámenes. Había estado en la Punta, y luego había estado en una cocina con manos en los hombros, y no había carrera entre medias. La carrera la habían escrito después. Escrita sobre algo. Una frase limpia tendida sobre una tachada, y solo la limpia se leyó desde entonces.

Había pasado su vida profesional leyendo la línea tachada a través de la limpia. La palabra demasiado lisa. La coartada sin fricción dentro. El relato que venía entero cada vez porque alguien lo había terminado. Había construido una reputación cazando exactamente eso, y había estado cargando el caso de manual contra su propio pecho diecinueve años y llamándolo recuerdo.

Correr a buscar ayuda era la frase limpia.

Bajo ella, presionando a través, había una cocina y las manos y la voz amable, y la voz era tan cercana a una al otro lado de cuya mesa se había sentado esta semana que su propio cuerpo llevaba años diciéndoselo, quedándose quieto y vigilante cada vez que la calidez venía hacia ella, y ella lo había llamado un defecto de carácter. Había hecho toda una vida de no encogerse ante la gente dura, y se había encogido, siempre, ante la amable, y ni una sola vez se había girado a preguntarle a la amabilidad qué quería.

Sabía las palabras ahora. Subían enteras, en la voz baja y pareja, y no las detuvo.

Eres una buena chica, Nora. Viste a tu hermana entrar en el agua y no pudiste alcanzarla y corriste, y fue demasiado tarde. Eso es lo que pasó. Es una cosa terrible de haber visto, y nadie te pedirá jamás que digas más que eso. Di eso, y se cuidará de tu familia. Junie querría que se cuidara de su familia. Di eso, y nos aseguraremos de que salgas de aquí algún día, a algún sitio bueno, a algún sitio lejos de toda esta agua. Cuidamos de los nuestros.

El sobre color crema contra el bote del azúcar.

Subió de la lisura con el resto, el sobre color crema apoyado contra el bote abollado donde iba el azúcar, y su madre de pie en la encimera con él aquel invierno, y la cara de su madre haciendo una cosa para la que Nora no había tenido palabra a los quince. Tenía la palabra ahora. Era alivio. Y bajo el alivio el mismo entendimiento que había habido en la cocina: que tomabas la amabilidad, y no le dabas la vuelta para leer lo que tenía impreso en el dorso.

Una beca, había dicho su madre, y había llorado, y la había llamado una merced.

Había dejado esa palabra en la boca toda su vida adulta como una moneda limpia y ni una sola vez había mordido en ella. El mismo fondo. La misma mano. La misma voz baja y pareja en algún lugar detrás del membrete. Había pagado por Junie a los diecinueve y había pagado por Nora a los quince: el buen colegio del interior, la dicción que se había enseñado allí, el truco que había aprendido de estar de pie en una sala llena de gente que había tenido dinero más tiempo del que su familia había tenido pena. La matrícula. El largo camino entero que terminaba en una placa y una tarjeta y un método construido en torno a una sola cosa, en torno a no volver a ser engañada jamás.

Se había hecho detective con el dinero del silencio de su hermana muerta.

Había pasado veinte años aprendiendo a ver la mentira exacta que le habían tendido sobre los propios ojos a los quince un par de manos cálidas, y había construido el ver en una fortaleza, y la había apuntado a cada desconocido que se acercaba a un cuerpo, y ni una

sola vez la había vuelto hacia dentro, porque la fortaleza era la cosa que compraba el dinero del silencio, y no apuntas el arma a la pared que sostiene tu propia casa.

J. Q., 19, guion, padrino G. V.

Había leído esa línea en el libro limpio esta semana. La había leído dos veces y había sentido el pequeño interés frío de la profesional y había bajado el dedo a la siguiente línea, y había sido la tumba de su hermana todo el tiempo, el guion puesto ahí por el hombre cuyo sobre había pagado su matrícula, y no había reconocido su propio nombre en la página.

Junie no se había ahogado. Junie había sido una chica brillante y asustada bajo el brazo del viejo, y algo le había pasado, el mismo algo que le pasó a Iris, y había ido a la Punta de noche por una razón que la historia limpia se había comido, y no había vuelto, y una cocina llena de manos amables había pagado a una niña de quince años para que recordara el mar en su lugar. Y la niña de quince años había tomado el dinero y la historia y había construido una vida virtuosa sobre ambos y se había marchado y nunca había vuelto, hasta que otra chica apareció en la misma agua muerta con el mismo guion en el mismo libro.

Se le revolvió el estómago.

Llegó al baño a tiempo.

Le subió sin aviso y sin dignidad, las rodillas en las baldosas y la mano apoyada en el borde frío, y siguió subiendo después de que no quedara nada, el cuerpo insistiendo en el trabajo que la mente había rechazado diecinueve años. El sabor de ello. El temblor de después, fino y constante, el mismo temblor en el que le habían puesto la taza. Tenía la cara mojada y no había decidido llorar; le salía como sale el agua a través de un casco que al fin ha trabajado su costura abierta bajo carga. Escupió y esperó y no había terminado con ella. La sal de ello en los labios era la sal de la cocina, de su pelo aquella noche, y el cuerpo había guardado la ecuación todo este tiempo, zapatos mojados, habitación cálida, voz amable, Junie ida, y la estaba resolviendo ahora consintiera ella o no.

Se quedó abajo hasta que las arcadas la soltaron. El frío de la baldosa le subía por las rodillas como el frío del linóleo había subido,

y no podía dejar de ser la persona que notaba la coincidencia; el pulso le iba en los oídos como rompiente entrando sobre guijarro, y lo contó como le habían enseñado a contar cualquier cosa que no pudiera controlar, y no aminoró, y dejó de contar.

Cuando la soltó se sentó contra la bañera y sacó la tarjeta.

El plastificado se había ablandado en una esquina por diecinueve años contra el pecho. Tres líneas, en una letra que no era la suya. Había dicho a todos, se había dicho a sí misma, que era la tarjeta de su mentor, el sabio detective muerto que le había enseñado el oficio, y esa parte era cierta. Había sido suya. Pero ahora sabía por qué aquellas tres líneas y ninguna otra le habían parecido, la primera vez que él la deslizó por la mesa, como una llave acallándose en la única cerradura para la que estaba cortada. Había creído que era vocación. Todo su cuerpo se había quedado quieto al leerlas, y ella había llamado a la quietud una llamada.

Nunca te fíes de un sospechoso. La cadena lo es todo. Nunca te impliques.

Eran la traducción adulta, defendible, profesional de las únicas tres cosas que la cocina le había enseñado a los quince.

No te fíes de nadie. Las manos le habían enseñado eso. Había crecido incapaz de ser tocada con amabilidad sin quedarse quieta y vigilante, y lo había llamado tener principios.

Mantén tu historia limpia. La frase limpia sobre la tachada le había enseñado eso. Había construido una reputación entera sobre la integridad del registro y ni una sola vez se había preguntado por qué el registro, de todas las cosas del mundo, era la cosa que no soportaba ver manipulada.

Nunca te impliques en lo que no te pagan por implicarte. El sobre contra el bote del azúcar le había enseñado eso, y ella había pasado dos décadas imponiéndolo a desconocidos y llamándolo disciplina.

No había aprendido su método en la academia. Lo había aprendido en la Punta, con zapatos mojados sobre linóleo cálido, y había pasado veinte años vistiéndolo con las palabras de un hombre muerto para no tener que saber nunca de dónde venía.

Había sido el primer pago a cuenta. Antes de Iris, antes de cualquiera de los nombres del libro limpio, había habido una niña de quince años comprada barata que se quedó comprada, que guardó el secreto tan bien que lo guardó incluso de sí misma, el producto más callado y más leal de la máquina. Prueba de que no hacían falta una película ni un libro de cuentas para retener a alguien para siempre. A veces todo lo que hacía falta era una niña asustada, una cocina cálida, y una historia lo bastante amable para vivir dentro.

La había sacado del pueblo y a través de veinte años y de vuelta por la puerta, pagada por completo y aún guardando el silencio gratis, y el viejo ni siquiera había tenido que mantener su nombre en el archivo. Lo había guardado ella por él.

Fuera, el viento halaba del canalón y la lluvia entraba a ras del mar, y la gala era mañana, y en algún sitio un chico hacía deberes que nunca entregaría, y Nora Quist se sentó en el suelo del baño de un motel al final de diecinueve años y al fin, demasiado tarde y por los pelos a tiempo, dejó de creer a la única testigo a la que nunca se le había ocurrido dudar.

C A P Í T U L O 2 5

Nada que embargar

Salió del baño con el pelo mojado y los pies descalzos sobre el linóleo frío y vio el sobre antes de ver cualquier otra cosa de la habitación, porque no pertenecía a la habitación. Todo en el número seis era marrón o gris o el no-color de las cosas dejadas demasiado tiempo bajo tubos fluorescentes, y el sobre era color crema, y yacía contra el alféizar combado por donde entraba la corriente bajo la puerta, una esquina ya oscura con la humedad que la corriente traía. No había entrado del todo. El papel era demasiado pesado. Se había trabado contra el alabeo de la madera y se había detenido, como si se hubiera arrepentido de entrar el camino entero.

No lo recogió de inmediato. Se quedó con la toalla contra la nuca y lo miró como miraría una cosa en una escena, con la paciencia entrenada que se había enseñado antes de que sus manos pudieran meterse en un encuadre y arruinarlo. El escudo de la esquina podía leerlo desde el otro lado de la habitación. La Fundación. Por un momento, medio momento tonto, creyó que era el del chico. La incorporación de Theo, su invitación, extraviada colina abajo en la oscuridad y metida bajo la puerta equivocada por una mano cansada. Luego cruzó hasta él y se agachó y le dio la vuelta y no había nombre en el frente, y el sin-nombre fue lo primero que le dijo.

El de Theo habría tenido su nombre. A un chico convocado a su propio futuro le ponían el nombre en tinta. El de ella no necesitaba nombre porque solo iba a haber una persona que lo entendiera, y el remitente sabía el número de habitación, y eso bastaba, y la omisión del nombre era una cortesía y un cuchillo a la vez.

Lo llevó a la ventana donde había luz. La solapa estaba sellada. Lo levantó a contraluz y no pudo saber si la habían lamido y prensado o abierto al vapor y vuelto a cerrar o solo manoseado y cerrado sin mojarla nunca; la juntura no le dio nada, ni pliegue, ni brillo, ni delación. Había abierto cien cartas en esta mesa a lo largo

de los años y había leído la manera de su cierre con la misma facilidad que las palabras de dentro, y esta no podía leerla, y al cabo de un momento entendió que el no-leer era el mensaje. Querían que supiera que una mano había estado aquí. Querían que supiera que la mano no había dejado huella. Giró el sobre de modo que la esquina húmeda quedara lejos de su pulgar y lo trabajó abierto por el pliegue con la uña, despacio, para no rasgar la hoja de dentro, una vieja costumbre, la costumbre de una mujer que guardaba todo lo que tocaba por si lo quería después bajo una luz distinta.

Una hoja. Papel grueso, el mismo crema. Manuscrita, ambas caras de nada: solo el frente, el dorso dejado en blanco, las palabras posadas altas en la página con espacio debajo como si pudiera añadirse más, por alguien, a su antojo.

La letra no la conocía. Pero conocía la voz que subía de ella. Era la misma voz que había subido de los mensajes de *M*, la misma uniformidad plana, cada línea tendida nivelada como agua quieta con todo el peso de la cosa mantenido abajo donde las palabras no tendrían que cargarlo. La leyó de pie, sosteniendo la página con ambas manos para que la corriente no la moviera.

Nora:

Creo que has estado cargando algo muy pesado, durante mucho tiempo, y creo que casi has averiguado que sé lo que es.

Tu familia fue buena con este pueblo y este pueblo fue bueno con tu familia, en una temporada terrible, y no hace falta que nada de eso se remueva ahora. La memoria de tu hermana está a salvo con nosotros. También la tuya. Eras una niña. Nadie culpa a una niña asustada por ser valiente del único modo que pudo.

Ven al Salón mañana como invitada mía. Que esta sea una noche de la que el pueblo se sienta orgulloso, y que lo que ocurrió hace diecinueve años se quede donde ha descansado tan en paz durante tanto tiempo.

Cuidamos de los nuestros. Siempre lo hemos hecho.

— M.

La leyó una vez y la bajó y miró la lluvia entrando a ras del agua pasado el cristal, y luego la leyó de nuevo, y una tercera vez, y en la tercera pasada la leyó como habría leído una confesión que alguien

hubiera sido aleccionado para dar, no por lo que decía sino por la forma de la cosa que estaba construida para hacer.

Era limpia. Eso había que concedérselo. Se había sentado al otro lado de mesas frente a hombres que metían un cuchillo dentro de una amabilidad y lo dejaban asomar por los bordes, una palabra demasiado cálida, una mano demasiado quieta, la cortesía gastada un dedo demasiado gruesa sobre la amenaza, y nunca lo habían logrado tan limpio. No había una frase en ella que pudiera levantar y llevar colina arriba a Reyes que se leyera como nada salvo una vieja institución siendo gentil con una mujer en duelo. Leída en voz alta en cualquier tribunal del estado sonaría a clemencia. *Pesado.* Sabían el peso, entonces; conocían su forma exacta; podían ponerlo en la balanza y nombrar la cifra cualquier mañana que eligieran. *A salvo.* La palabra hacía el trabajo de una mano apoyada plana contra una garganta, sin presión todavía, solo la promesa de dónde vivía la presión. *Cuidamos de los nuestros* trazaba un círculo en el suelo y la ponía dentro y hacía del interior del círculo un lugar donde se podía retener a una persona.

La amenaza no estaba en ninguna de las palabras. Estaba en los espacios entre ellas, en la mitad inferior en blanco de la página donde no había nada escrito, en el margen blanco que una lectora que ya supiera rellenaría por sí misma. Lo que significaba que la carta solo podía asustar a la única persona para la que estaba construida. No tenía poder sobre un desconocido. No habría asustado a nadie en aquel tribunal. Era una llave cortada para una cerradura.

Y ella era la cerradura, y estaba de pie en la ventana sosteniéndola, y sus manos estaban firmes, y la firmeza fue lo primero de la mañana que no pudo explicarse.

Dejó la hoja sobre la mesa, cuadró su borde inferior al borde de la mesa por la costumbre de los años, y se quedó sobre ella con los brazos cruzados y el pelo mojado enfriándosele contra el cuello, y trabajó la cosa como trabajaba cualquier mecanismo que hubieran usado contra ella. Solo mordía porque había algo sobre lo que cerrarse. Se había cerrado sobre ella diecinueve años porque siempre había habido algo sobre lo que cerrarse: un nombre de

hermana limpio y ahogado, un camino comprado con dinero del silencio, una placa que no sobreviviría a un relato honesto de cómo había llegado al derecho de llevarla. Saca cualquiera de esas de debajo de las palabras y las palabras se aflojan. Sácalas todas y la hoja crema era una hoja crema, una amabilidad, papel que una invitada podía doblar en el bolsillo de un abrigo y olvidar.

Así que las sacaría. Las tres. Ella misma.

Era lo más en calma que había estado desde que el transbordador la dejó en esta costa, y lo reconoció por lo que era mientras ocurría, la paz plana y baja de una persona que al fin ha decidido prender fuego a su propia casa y ha entendido, en el mismo aliento, que la casa nunca fue suya, que ellos la habían construido y la habían dejado vivir en ella todos estos años por la única renta que podía pagar, que era su silencio, y la renta había ido subiendo todo el tiempo y ella acababa de leer el contrato.

Despejó la mesa. Movió la lámpara que no funcionaba al pie de la cama, y el pesado cenicero de vidrio que había junto a ella, de la era Gideon, las iniciales de la Fundación trabajadas en la base porque en este pueblo hasta los ceniceros les pertenecían. Secó la mesa con la toalla y sacó el bloc del motel y dejó la hoja crema junto a él, la amenaza y el lugar donde iría la respuesta, lado a lado, para poder tener ambas en el ojo a la vez. Cogió el bolígrafo del motel y lo probó en la esquina del sobre, un trazo corto, y saltó, y lo probó de nuevo y prendió y aguantó y corrió una línea limpia y húmeda, y eso, que el bolígrafo funcionara, fue lo único que se permitió necesitar de la habitación. No encendió la lámpara; la lámpara estaba muerta y la ventana gris bastaba. Giró la silla de modo que su espalda quedara a la cama y su cara al agua, y se sentó.

No hizo café. No comprobó la puerta, ni la cerradura, ni el aparcamiento por la rendija de la cortina. No cogió el teléfono. Conocía la forma de todos los pequeños recados que una persona inventa cuando lo siguiente es grande y quiere posponerse, y no hizo ninguno. Destapó el bolígrafo y se metió el capuchón en el bolsillo del pantalón para que no rodara de la mesa y se convirtiera

en una razón para levantarse, y tiró del bloc para ponerlo cuadrado frente a ella, y empezó.

No por lo peor. Empezó como la habían entrenado a empezar, del mismo modo en que había empezado mil páginas que terminaron las vidas de otras personas. La fecha, completa. Su nombre, completo: Nora Ann Quist, el segundo nombre que nunca usaba, puesto porque una declaración que dejaba cosas fuera invitaba al lector a preguntarse qué más. Su rango. Su número de placa, los dígitos impresos uno a uno y claros, como si fuera cualquier testigo en cualquier sala y no la única persona del estado que no podía permitirse tener su nombre a la cabeza de esta página en particular. La normalidad de aquellas primeras líneas fue la barandilla por la que salió caminando. Para cuando el formulario estuvo lleno la parte más dura de empezar había quedado atrás, y siguió hacia el cuerpo de ello sobre el impulso del procedimiento, que la había llevado a través de salas peores que esta.

Lo escribió todo. La cocina, primero, porque había venido primero, y el orden era la única clemencia que el formulario permitía y ella no quería la otra clase. La cocina, y la hora, y el frío del suelo, que recordaba, que siempre había recordado y llamado por otros nombres. Las manos. Las manos de quién, y dónde, y sobre qué. La voz amable que le había dicho a una niña de quince años lo que había visto y lo que no había visto y cómo recordaría la noche una buena chica que amaba a su hermana. El dinero. No dinero en abstracto: las sumas, la beca que había sido la forma que tomó el dinero, el camino de salida que había pagado, los años de camino, todo ello ese camino. Lo puso en el orden en que había ocurrido y no en el orden en que dolía, porque el orden en que dolía se habría leído como una mujer ordenando sus heridas para dar lástima, y no estaba construyendo una cosa para que la compadecieran. Estaba construyendo una cosa para que la creyeran.

No suavizó un verbo. Donde podría haber escrito *me dijeron* escribió *accedí.* Donde la memoria se bifurcaba y le ofrecía dos versiones de una cosa, una más amable y una más cierta, dejaba la que la incriminaba en el cuerpo de la declaración y anotaba la más amable en el margen, pequeña, una marca de las que pondría sobre

el rodeo de un testigo en cualquier otro interrogatorio, marcada y descontada, porque sabía exactamente cuánto valía una declaración que se servía a sí misma, habiendo tirado un centenar de ellas a la papelera, y no le entregaría a la máquina una sola línea que pudiera usar para llamarla poco fiable. Una confesión que protegía a su autor no protegía a nadie. Esta pretendía que aguantara.

Su escritura no se aceleró en la cocina y no aminoró en el dinero. La mano que se había ganado la vida firmando la ruina de desconocidos firmó la suya propia al mismo ritmo, la misma ligera inclinación hacia atrás de las letras, el mismo cruce de la *t* que corría un pelo largo. Llenó la primera página y la volvió boca abajo y llenó la segunda.

Luego hizo las copias. No tenía papel carbón y no iría a buscarlo. Puso una hoja en blanco del bloc bajo la primera página y escribió la declaración entera de nuevo por encima de ella, apretando más fuerte de lo que a su mano le gustaba, lo bastante fuerte para que la punta dejara un surco y la hoja de debajo tomara un tenue fantasma legible de cada palabra, de modo que cuando levantó la página de arriba había dos de la cosa donde había habido una. El bolígrafo se quedó bajo de tinta cerca del pie de la segunda copia. Lo sacudió, y volvió un poco de tinta, y terminó las últimas cuatro líneas con una letra más tenue que el resto, y no empezó de nuevo, porque una copia limpia y pareja era una vanidad y ella había dejado las vanidades al pie de la cama con la lámpara rota. Las líneas tenues seguían siendo palabras. Un desconocido aún podía leerlas. Ese era el requisito entero.

Cuadró las dos versiones lado a lado bajo la luz gris y las comprobó como comprobaba cualquier par de páginas antes de que entraran en un expediente, línea contra línea, el original contra la copia presionada a través, leyendo ya no por el dolor de ello sino por la integridad, por lo que una persona que jamás la había conocido necesitaría para encontrarla dentro del documento. Los nombres. Los años. El muelle. Las sumas. Lo leyó una vez para eso, en frío, un ojo de desconocido tomado prestado por el largo de una página, y los nombres estaban todos ahí, cada uno de ellos, y el suyo era el primero, a la cabeza de ello, donde lo había puesto.

Firmó el original lo último. No la pequeña firma diaria sino la legal completa, la que usaba en las órdenes, la que ponía el peso del estado tras una cosa, salvo que no había estado tras esta, solo ella, firmándose a sí misma. La trazó, y al final de su propio nombre el trazo descendente salió más pesado de lo que había pretendido, más oscuro, la punta arrastrando, y lo miró y lo dejó estar. Firmó la copia debajo con la misma letra. Luego tapó el bolígrafo, y sacó el capuchón del bolsillo para hacerlo, y dejó el bolígrafo cruzado sobre las dos páginas, cuadrado.

Se quedó un momento con las manos planas sobre la mesa a ambos lados de la declaración y la hoja crema junto a ella callada ya, drenada, un trozo de papel con la gentileza de una mujer muerta encima y sin agarre en ninguna parte. No quedaba nada en la habitación que pudiera retener sobre ella. El nombre limpio de la hermana estaba sobre la mesa en su propia letra, sucio. El camino estaba nombrado y el precio de él nombrado. La placa no sobreviviría a la primera página. Había tomado las tres cosas que la carta estaba construida para amenazar y las había dispuesto ella misma, en tinta, firmadas, por duplicado, donde una mano que las quisiera las encontraría ya gastadas.

Había una cosa que su hermana solía decir, cerca del final, la clase de cosa que decía Junie cuando era mayor que sus años y había empezado a observar a los adultos como al tiempo: *una reserva cambia el precio.* Nora había cargado la frase diecinueve años y la había tenido al revés todo el tiempo; había creído que la reserva era la cosa que guardabas, el dinero bajo el suelo, la historia limpia, la placa en el cajón, la carta guardada que jugabas cuando la sala se volvía contra ti. Había construido una vida sobre custodiar la reserva. La había hecho manipulable diecinueve años. La reserva no era la cosa que guardabas. La reserva era la cosa que te dejaba marchar, y llegabas a una, cuando eras una niña pobre o una mujer asustada con todo aún por perder, solo perdiéndolo todo primero, tú misma, a propósito, antes de que cualquier mano pudiera, para que la marcha no costara nada al no guardar nada que dejar.

Ahora no tenía nada guardado. Reunió las dos páginas y golpeó sus bordes a nivel contra la mesa.

No se sintió como caer. Contra toda expectativa de diecinueve años se sintió como el momento en que una cosa que ha estado presionando hacia abajo se levanta, como un peso que has cargado tanto tiempo que dejaste de llamarlo peso se anuncia solo en su marcha; se sintió, con la lluvia entrando a ras del mar y la luz gris plana sobre las dos páginas firmadas, como ponerse de pie.

C A P Í T U L O 2 6

Por lo que gasta

El golpe llegó después de que la luz se hubiera vuelto gris y antes de que se hubiera vuelto oscura, tres toques bajos en la puerta del número seis, la altura a la que un hombre llama cuando tiene los brazos cansados. Supo que era él antes de cruzar la habitación. Nadie más habría ido caminando.

Quitó la cadena y abrió la puerta y el viento entró rodeándolo, del mar, llevando lluvia de lado a la habitación de modo que las hojas crema de la mesa se alzaron por la esquina y volvieron a posarse. Él estaba de pie en el escalón con el agua escurriéndole en líneas. Se le había metido en todo. El abrigo estaba negro de ella por los hombros y por la espalda donde el viento le había dado el camino entero, y el pelo se le pegaba al cráneo, y había una costra de sal gris secándose blanca en los pantalones de la rodilla para abajo donde había atravesado agua estancada en la carretera de la costa. Lo había vadeado. El asfalto estaría treinta centímetros bajo el agua en el corte bajo junto a la conservera, y la rampa del transbordador estaría cerrada, y su coche, que era un buen coche, sería exactamente tan útil como una piedra en el aparcamiento del Salón de la Conservera. Lo había dejado allí y había venido a pie, seis kilómetros dentro del temporal, para quedarse goteando en su puerta.

—La carretera está cortada en el corte —dijo—. La vadeé.

—Ya lo veo.

Entró. Ella cerró la puerta contra el viento y volvió a poner la cadena por una vieja costumbre que no examinó, y cuando se giró él se había detenido a dos pasos dentro de la habitación con los ojos en la mesa.

Había dos hojas sobre ella, lado a lado, cuadradas a los bordes. Las había dispuesto así en el amanecer y no las había movido desde entonces. La de arriba era el original, firmada al pie con la firma completa de orden, el trazo descendente al final de su propio

nombre más pesado que el resto. La segunda copia yacía junto a ella, las líneas inferiores más tenues donde el bolígrafo había empezado a fallar. Él no recogió ninguna de las dos al principio. Leyó la hoja de arriba desde donde estaba, lo que un lector cuidadoso podía hacer, siendo la letra grande y la habitación pequeña, y ella miró sus ojos bajar por ella.

Había visto a hombres leer sus propios nombres en listas antes. Había una quietud particular en ello, un hombre poniéndose muy nivelado de golpe, el cuerpo declinando entregar nada mientras la mente hacía la aritmética. Sus ojos llegaron a una línea a un tercio de la página y se detuvieron y volvieron arriba y bajaron de nuevo, y ella supo qué línea sin mirar, porque la había escrito: la línea donde el dinero de la beca entraba en la cocina, y lo que había comprado, y de quién. Leyó hasta el fondo. Leyó la firma. Luego dio un paso adelante y cuadró la hoja de arriba medio centímetro de vuelta a su sitio, donde la corriente la había empujado, y la dejó de nuevo exactamente donde había estado.

—Vas a quemarte hasta los cimientos —dijo.

—Ya lo he hecho. —Oyó lo plano que salió, y lo dejó—. Esta es solo la parte en la que se lo cuento a la gente.

Se quedó callado. La lluvia trabajaba la ventana a ráfagas. Ella tuvo tiempo, de pie ahí, de pensar en todas las cosas que él podía decir a continuación, el registro entero de ellas, el manejo cálido y cuidadoso que le había oído hacerle a una sala de donantes, *no hagamos nada esta noche que no podamos deshacer por la mañana,* la mano en el brazo, la voz bajada. Había decidido en el amanecer que si él alcanzaba cualquiera de ello lo pondría de vuelta bajo la lluvia y atrancaría la puerta, y había creído que le costaría algo hacer eso, y descubrió que se equivocaba; no le costaría nada. No le quedaba nada en la habitación que él pudiera amenazar y nada que necesitara que él fuera.

Él no alcanzó nada de ello.

Cruzó hasta la mesa y cogió la segunda copia, la más tenue, la que era suya para dar, y la dobló una vez por el pliegue que ella ya había marcado en ella, el doblez de una página que has leído dos veces y piensas guardar. No la dobló por la mitad de nuevo para

hacerla pequeña. Se abrió el abrigo por el pecho, donde la lana mojada se había oscurecido, y metió la hoja doblada dentro contra el forro, contra la camisa, y dejó que el abrigo cayera cerrándose sobre ella.

—Entonces ahora somos dos los que la sostenemos —dijo—. Si algo te pasa esta noche, no muere en esta habitación. —Su mano se quedó un momento plana contra el frente del abrigo, sobre el lugar donde estaba el papel—. Eso es lo que vine a decir. Pero está el resto, y deberías tener el resto antes de decidir nada sobre mí.

—Entonces dilo.

—Subí a casa de los Kettle esta mañana. —Lo dijo con sencillez, en la voz que usa un hombre para leer una fecha a un acta—. Antes de venir aquí. Antes de que se cortara la carretera. Me senté en la cocina de Dana Kettle y le dije que la incorporación estaba cancelada. La de Theo. Le dije que la Fundación se había equivocado con el chico, que era demasiado joven, que no permitiría que su nombre subiera al escenario en la gala, que lo retiraba yo mismo. —Se detuvo. Había una cosa que hacía con la voz cuando la pulida se le había agotado, un descenso de ella, y descendió ahora —. Dije *yo.* Yo, personalmente. Por escrito, delante de ella, en su propia mesa, con ella mirándome. Así que no hay versión de esta noche en la que me eche atrás. La madre me oyó negarle un futuro a su hijo. Lo contará así el resto de su vida, pase lo que pase con esto, y no me debe nada, y no mentirá por mí.

Nora no se movió. El viento se metió bajo la puerta y alzó la esquina de la hoja restante y la dejó caer.

—Entiendes lo que me cuesta. —No estaba preguntando—. Para el mediodía Maren sabe que he roto filas. No hay deshacerlo con ella. Y no es que esté limpio y eligiendo un bando, Nora. Estoy en el mismo barco al que acabo de hacerle un agujero. Mi voz está en las grabaciones de los donantes. Mi voz. Estoy en el libro de Gideon igual que el resto de ellos. Veinte años sin permitirme hacer la única cosa que hice a las ocho de esta mañana, y la razón por la que nunca me lo permití está en una caja fuerte con mi nombre adjunto, y lo sabía, sentado en su cocina, todo el tiempo que estuve diciendo las palabras. —Respiró—. Puse a un chico de catorce años por

delante de mi propio cuello por primera vez en la vida. Se sintió como estar enfermo. Lo haría de nuevo antes de comer.

Ella lo miró ahí de pie con su nombre doblado contra el corazón y la lluvia escurriéndole del bajo del abrigo al suelo, formando una forma oscura que se extendía por las tablas.

Había un modo de deshacer una palabra amable y había un modo de deshacer una cosa hecha, y la diferencia entre ellos era casi todo lo que ella sabía. Una palabra amable no le costaba nada al que la decía y podía retirarse en el momento en que empezaba a costar. Había pasado una carrera al otro lado de mesas frente a hombres que empeñaban el alma y lo decían en serio exactamente el tiempo que el decirlo en serio era gratis. Él no le había prometido nada. No había dicho *estoy de tu lado,* lo que ella habría sopesado y descontado y archivado bajo cosas que un hombre comprometido dice al amanecer a una mujer que ya ha decidido arruinarlo. Había hecho una cosa que no podía retirarse, delante de una testigo que no mentiría por él, a un precio que ella podía ir a comprobar, podía mandar a cualquiera por aquella colina y hacérselo confirmar, que el director se sentó en la cocina de los Kettle y rechazó al chico por su nombre. La comprobación era todo. No había nada aquí que ella tuviera que tomar por fe. Él no se lo había pedido.

—Caminaste seis kilómetros bajo esto —dijo ella— para poner una copia de mi delito de horca contra tu propio pecho y decirme que ya habías cortado tu propia cuerda.

—Sí.

—Antes de que ninguna de las dos cosas pudiera serte de utilidad.

—No me sirve de nada en absoluto. —Un sonido corto que no fue una risa—. Esa es, más bien, la cuestión.

Ella había pasado la mañana haciendo su propio secreto irretenible, escribiéndolo entero y firmándolo dos veces para que la única cosa que la máquina había tenido jamás sobre ella estuviera tendida sobre una mesa donde cualquiera podía leerla, ya no una cosa en la oscuridad para que la nombraran a un precio. Y él había pasado su mañana, en otra casa, antes del desayuno, haciendo su propia lealtad infalsificable exactamente en el mismo movimiento:

pagándose a sí mismo hasta la nada para que nada pudiera retenerse sobre él. Dos personas en dos cocinas, cada una prendiendo fuego a la cosa que la mantenía a salvo, antes de que la otra despertara. Era el mismo movimiento corrido dos veces. Ella no le había pedido que lo hiciera y él no le había pedido a ella, y eso, que ninguno de los dos lo hubiera pedido, era la parte que no habría podido fabricar aunque lo hubiera intentado un año.

No era una promesa. Una promesa la habría descontado. Esto era un recibo, y podía leer la cifra en él, y la cifra era todo lo que él tenía.

Cruzó la habitación. Él la miró venir sin moverse, como había estado de pie todo el rato, declinando alcanzarla igual que había declinado alcanzar las palabras cuidadosas, dejándole a ella lo siguiente. Ella puso la mano plana contra el frente del abrigo, sobre la lana mojada, sobre el lugar donde su propio nombre doblado yacía contra la camisa de él, y sintió el papel ceder un poco bajo la palma, y sintió el corazón de él yendo, rápido, bajo el papel, más rápido de lo que la voz nivelada había dejado ver. Esa era la única cosa de él que no estaba nivelada. Dejó la mano ahí un momento, leyéndola.

—Estás empapado —dijo—. No le servirás a nadie con fiebre.

—Probablemente no.

Lo ayudó a salir del abrigo. Él la dejó. La hoja doblada la sacó del forro y la puso sobre la mesa junto a su original, las dos cuadradas de nuevo, y el pequeño acto corriente de dejar la página a salvo fue la cosa que rompió lo que la había estado sosteniendo erguida desde el amanecer, aunque nada en su cara se movió que un espejo hubiera podido captar. El abrigo fue sobre la silla, pesado, goteando. La camisa de debajo estaba mojada en el cuello y por los hombros donde la lluvia había pasado de la lana. La habitación no tenía calefacción. La luz se había ido con la carretera, y el radiador bajo la ventana era hierro frío, y el gris se iba de la ventana deprisa ahora, la oscuridad temprana de un temporal bajando.

Se metieron bajo la fina manta del motel más por el calor que por otra cosa, dos personas con las manos frías, y se convirtió en la otra cosa como antes, pero no como antes. No estaba nada de la

vigilancia que había habido la primera noche, cuando ella había yacido en parte fuera de sí misma tomando nota de la evidencia de él. No estaba nada de la pena que había ahogado la segunda, el recuerdo de la cocina alzándose entre ellos. Esto fue lento, y callado, y el temporal trabajaba el cristal, y el pueblo yacía sellado en la oscuridad alrededor de ellos, y la gala estaba a doce horas y bien podría haber estado al otro lado del agua. Él fue cuidadoso con ella de un modo que no pedía nada a cambio, las manos vueltas suaves, su peso mantenido lejos de ella, deteniéndose en una cosa hasta que ella la respondía, y ella respondía, y dejaba que él fuera cuidadoso, y el dejar era el nuevo hecho en la habitación, la cosa que no había estado ahí en ninguna de las dos noches anteriores. Cuando puso la cara contra su cuello no había parte de ella de pie aparte con una libreta. La parte que tomaba notas había presentado su último informe en una pequeña mesa junto a la ventana y lo había firmado dos veces. Solo estaba esto: solo el calor subiendo despacio entre ellos bajo la manta fría, solo su pulso contra la mejilla, más lento ahora, nivelándose, solo la lluvia.

Después durmió.

No había pretendido hacerlo. No había dormido sin custodiar algo en diecinueve años, no se había hundido sin un oído alzado para la puerta, una mano cerca del borde de la cama, alguna parte de ella de guardia sobre el secreto que cargaba. El secreto estaba sobre la mesa ahora. No había nada en la habitación que custodiar y nada en ella que hiciera la custodia, y se hundió en él del modo en que entras en aguas profundas desde una roca cálida, de golpe y con gusto, y durmió noventa minutos, sin sueños, el brazo de él pesado sobre ella, el papel con su nombre yaciendo plano y a salvo bajo la ventana donde había estado lo último de la luz.

Despertó a un sonido distinto.

La lluvia había cambiado mientras dormía. Tenía un peso ahora, un tamborileo de tono sobre la ventana y el techo fino que la lluvia de la mañana no había tenido, el frente llegando en serio al fin. La habitación estaba completamente a oscuras. La tarde se había ido enteramente mientras ella estaba abajo. Se quedó quieta un momento, recuperando la forma de la habitación, el hierro frío del

radiador, el cuadro de la ventana un punto menos negro que la pared.

Adrian estaba despierto a su lado. Lo supo por su respiración, y luego por el pequeño giro de su cabeza sobre la almohada. Miraba al techo.

—Lo hará ella misma —dijo, a la oscuridad, sin que se lo pidieran. Su voz tenía la planura de vuelta en ella, pero una planura peor ahora, trabajada y cierta—. Theo. Esta noche.

Nora no dijo nada. Le dejó construirlo, porque podía oír que él ya lo había construido, yaciendo ahí mientras ella dormía, dándole vueltas y llegando al fondo de ello.

—Conmigo fuera, tiene que moverse. —Lo dijo despacio, leyéndolo en voz alta como una tabla de mareas que había leído cien veces y aún comprobaba—. Sabrá que rompí filas para el mediodía. La madre, la cocina, todo le habrá vuelto ya. Y pensará que tú también te has movido, o que estás a punto, después de la carta. La carretera está caída. La rampa del transbordador está cerrada. El barco está amarrado y no se soltará de las cornamusas con esto. El pueblo está ciego en el temporal, sin luz, todos cerrados a cal y canto. No esperará a una incorporación de primavera ahora. No puede. Querrá al chico cerrado antes de que Reyes ponga siquiera un pie en el transbordador, antes de que haya ninguna cubierta bajo nadie salvo su propia gente. Esta noche, mientras el agua hace el cierre por ella y el pueblo entero mira hacia otro lado.

—Dónde —dijo Nora.

—La Punta. —Lo dijo sin un compás, nombrando una cosa que ya había sabido y solo acababa de admitir. Tenía la mandíbula tensa; ella lo oyó en las palabras—. Lo más probable, la Punta. Le gusta la Punta. Es donde el agua le hace el trabajo.

Nora se quedó quieta un momento más en la oscuridad con el brazo de él vuelto rígido sobre ella y la lluvia bajando en serio sobre el techo fino, y luego echó la manta atrás y el frío de la habitación le tomó la piel desnuda y no lo sintió como se siente una habitación fría. Puso los pies en las tablas.

—Entonces vamos a la Punta —dijo, y se levantó, y empezó a vestirse en la oscuridad, encontrando las cosas al tacto, los

pantalones sobre el respaldo de la silla, la hebilla fría, las botas, y la calma plana seguía en ella donde por diecinueve años había habido un aliento contenido, la sensación de ponerse de pie que había llegado en la pequeña mesa junto a la ventana y no se había ido. Había leído una vez, en una formación que entendía otra cosa por ello, que un testigo sin nada que proteger es la persona más peligrosa en cualquier sala, porque no hay palanca lo bastante larga para moverlo. Lo había archivado bajo el problema de otra persona. Se abotonó la camisa en la oscuridad con manos firmes. La gala estaba a doce horas y el chico estaba horas más cerca que eso, y Maren Vane estaba en algún lugar del pueblo a oscuras leyendo su propia tabla de mareas, y por primera vez en la vida Nora Quist no tenía nada en absoluto que perder.

C A P Í T U L O 2 7

La creyente

Celebraron la gala de todos modos.

La carretera se había hundido en el corte poco después de las cuatro. Nora se había quedado en la barandilla de la marina y había mirado la autopista estatal volverse un río pardo arrastrando postes de cerca. El transbordador estaba amarrado doble al muelle con la rampa subida y las luces apagadas, y la luz había fallado del rompeolas a la escuela una hora antes de que ella se pusiera su única camisa buena. Nada de ello detuvo la colina. Coches que ella no habría creído capaces de subirla la subían, los faros inclinándose arriba a través de la lluvia, y la gente bajaba bajo lo que tuviera, paraguas vueltos del revés, una lona sostenida sobre tres cabezas, un anciano con un chubasquero amarillo y una mujer con tacones eligiendo su paso por el cemento mojado de su brazo, y entraban. El Salón de la Conservera funcionaba con sus propios generadores y con cien años de hacer esto. Las ventanas a lo largo de su flanco eran las únicas ventanas encendidas del cabo. Desde abajo, subiendo, podrías haberlo confundido con el último edificio de la tierra.

Adrian le había dado su abrigo en la puerta de la oficina de la marina, uno seco, y ella lo había aceptado porque el suyo estaba empapado y porque discutir costaba más que ponérselo. Subieron juntos. Él caminaba como caminaba siempre, como un hombre que sabía dónde estaban los puntos secos, y ella le dejó elegir la línea.

Dentro, el temporal se le cayó de los hombros de golpe.

Hacía calor. Ese fue el primer hecho, y su cuerpo lo tomó antes que su mente: el calor de cuatrocientos cuerpos y una caldera funcionando y los generadores golpeteando en algún lugar bajo el suelo, el aire espeso de lana mojada secándose y perfume y el olor verde de las flores cortadas amontonadas a lo largo de los alféizares. Las grandes vigas de arriba, chorreadas con arena hasta dejarlas pálidas, habían sido engalanadas con pequeñas luces cálidas, y

sobre la sala donde solían estar las mesas de destripar colgaba un banderín del largo de dos barcos: CIEN AÑOS, oro sobre azul profundo, iluminado desde abajo de modo que parecía dar su propia luz. Un cuarteto de cuerda tocaba cerca del pase de la cocina, cuatro personas de negro, y bajo su sonido fino y brillante los generadores mantenían un pulso bajo y parejo que dejabas de oír al cabo de un minuto.

El suelo había sido lijado al color del hueso y encerado hasta brillar. Hombres habían estado de pie en ese suelo con delantales de goma hasta los tobillos en sangre de pescado, su abuelo entre ellos, y ahora devolvía las luces, y la gente bailaba sobre él. Baile lento, cuidadoso, feliz. Una niña con un vestido tieso giraba en círculos sola cerca de las ventanas hasta que su madre la cogió en brazos.

—Hay vino —dijo Adrian—. Y está el bueno que guardan detrás, si lo quieres.

—Quiero que mis manos parezcan ocupadas —dijo ella.

Cogió dos copas de una bandeja que pasaba sin romper el paso y le puso una en la mano. Ella la sostuvo a la altura del esternón como le habían enseñado a sostener una carpeta, y el vino se quedó en ella sin tocar, y la mano con una copa no hacía preguntas ni respondía ninguna.

No decidió leer la sala. Se leyó a sí misma para ella, como una playa, donde la marea podía haber dejado una cosa y donde no podía. Encontró las salidas antes de encontrar a nadie que conociera. Las puertas principales a su espalda, por donde habían entrado. El pase de la cocina a la izquierda del cuarteto, puertas batientes de acero con ojos de buey, un olor a mantequilla saliendo de ellas cada vez que se abrían. Una puerta de incendios bajo el banderín con su barra reluciente, mantenida despejada, porque el código de edificación la ponía ahí y los Vane eran gente que mantenía las cosas despejadas. Marcó el zumbido del generador y dónde era más fuerte, lo que le decía dónde estaban las máquinas, lo que le decía qué pared era el lado de la rampa, el lado frío, el lado que bajaba al agua. La costumbre tendió la cuadrícula sobre la sala cálida y la sala cálida la rellenó, y lo que volvió no fue lo que volvía en un bar a la última ronda o en el pasillo de un juzgado. El abrigo

de nadie seguía puesto. Los ojos de nadie iban a las puertas. Nadie había bebido rápido y se había quedado callado. Habían bebido despacio y se habían vuelto ruidosos, recostándose unos en otros, alimentados y encendidos y secos, el temporal cerrado fuera como un perro.

Conocía la mayoría de las caras, o las había conocido a los quince, más gruesas y más grises y exactamente ellas mismas. Los Sorensen, tres generaciones en una mesa, la abuela con perlas. El viejo Pruitt que había llevado la ferretería náutica, ambas manos envueltas en torno a una copa. La mujer Dawson, Linnea, que había dado la clase de confirmación de Nora y ahora dirigía el comité de becas, yendo de mesa en mesa con una carpeta propia, radiante. Llevaban la ropa que habían empacado para sentirse orgullosos, los trajes guardados en plástico, los vestidos llevados a bodas y a esto. Bebían el vino de los Vane bajo el banderín de los Vane y el nombre de los Vane estaba en el programa y en las servilletas y en la brillante cinta azul prendida en la mitad de las solapas de la sala, y estaban agradecidos. La sala entera corría cálida con ello, una corriente baja y pareja de gratitud, como el zumbido del generador, como una cosa que dejabas de oír.

Adrian los condujo a lo largo de las ventanas, una deriva lenta, su mano nunca del todo en la espalda de ella. Pasaron la larga mesa junto a las puertas que ella había fichado al entrar y no se había permitido mirar, y ahora miró.

Fotografías. Una docena de ellas en pesados marcos de plata, iluminadas por su propia pequeña lámpara. Gideon Vane en la marina, tijeras y una cinta, veinte años más joven. Gideon con una fila de becarios en togas de graduación, su mano en el hombro de una chica. Gideon con casco poniendo la primera piedra del rompeolas, el mismo rompeolas que estaba, ahí fuera en lo negro ahora mismo, tomando el temporal sobre su espalda para que el puerto no tuviera que hacerlo. Gideon viejo, en una silla de ruedas, un niño en su rodilla. Tenía una buena cara. Esa fue una cosa que se obligó a registrar, plana, en la manera en que registraría una herida: tenía una cara amable, cansada, atenta, la cara de un hombre que

escuchaba, y la cámara lo había amado, y llevaba seis meses muerto y el pueblo no había dejado de amarlo un solo día de ello.

Se había formado una fila en la mesa. No una multitud, una fila, ordenada, la fila que se forma ante un ataúd. Miró a una mujer cerca del frente, ochenta años si tenía un día, apoyarse en un bastón y alzar la mano y poner dos dedos sobre el vidrio que cubría la cara de Gideon. Mantenerlos ahí. Los labios de la mujer se movieron. Luego retiró los dedos y limpió la mancha con su propia manga, con cuidado, para que la siguiente persona lo tuviera limpio, y siguió, y un hombre que Nora conocía a medias dio un paso al frente e hizo lo mismo.

Se quedó de pie y miró la fila tocar las fotografías y no pudo, por un momento, hacer que sus pies se movieran.

Había entrado en salas toda su vida laboral y había encontrado lo que estaba mal en ellas. Una puerta forzada, una historia que no encajaba con la sangre, un hombre que había limpiado un sitio demasiado bien. Nunca había entrado en una sala donde lo que estaba mal fuera la calidez. Cuarenta años de ello estaban de pie a su alrededor con buena ropa, encendidos y secos, amando al hombre que se lo había hecho, y el hacérselo era una cosa que les había ocurrido a los hijos de otra gente en la oscuridad, y casi ninguno de ellos había tenido que saberlo nunca, y los pocos a los que se había obligado a saberlo habían sido pagados para llamarlo el mar. La burbuja que había estado imaginando toda la semana: la había tenido mal. Había imaginado una mentira dentro de la cual la gente estaba atrapada. Era un hogar. Era la única sala cálida y encendida que el pueblo tenía, y se les había dejado conservarla, a todos ellos, a un precio que vencía en otra parte, a alguien más pequeño, en el agua.

El vino se le había puesto tibio en la mano. Lo dejó en el alféizar, sin tocar, entre las flores cortadas, y lo dejó ahí.

—Te has parado —dijo Adrian, bajo, junto a ella—. Estás haciendo la cosa con la cara de cuando te has parado.

—Estoy bien.

—Estás leyendo la sala.

—No hay nada que leer. —Que era la verdad y lo peor de ello—. Ese es el problema.

Él no respondió. Ella lo sintió entenderlo, o parte de ello, como entendía la mayoría de las cosas: tarde, y no del todo, y avergonzado de la parte que entendía.

Entonces la sala se movió, como se mueve el agua cuando algo pasa por debajo, un desplazamiento bajo que corrió todo el largo del suelo, y ella alzó la vista para encontrar el centro de ello.

Maren Vane cruzaba la sala.

Llevaba los cien años de su padre como un abrigo que le sentaba. Azul oscuro, sencillo, la única persona de la sala que no se esforzaba, y no tenía que hacerlo. Se movía sin prisa y no se movía en línea recta; se movía como la marea encuentra los lugares bajos, atraída a un lado y a otro lado, porque la gente se volvía hacia ella a su paso y ella dejaba que cada uno la volviera. Tocaba brazos. Se inclinaba, de verdad se inclinaba, ponía el oído al nivel de la boca de un anciano, para oír a la abuela de las perlas, y se reía de lo que la vieja decía, una risa sin prisa que usaba toda su cara. Nora buscó la delación. Había pasado la semana segura de que estaba ahí, la costura donde la actuación se encontraba con la cara, la pequeña tensión esforzada de una persona trabajando una sala. Miró a Maren tomar las dos manos de un viudo entre las suyas (Nora supo que era viudo por cómo la mesa a su alrededor se había dispuesto protectora, la silla vacía) y sostenerlas, y no soltarlas, y no apurarlo mientras él decía su cosa lenta al aire cálido entre ellos. La miró escuchar. Y el hombre volvió a la multitud de pie más erguido de lo que había venido, y Maren se giró, ya, hacia el siguiente, y no había costura. No había desperdicio en ella en absoluto. Los amaba. Amaba este pueblo del modo en que una persona ama una cosa por la que ha matado, hasta el fondo, sin ironía, y Nora entendió, mirándola cruzar la sala recogiendo el amor de cuatrocientas personas y devolviéndolo más cálido, que mataría por él de nuevo, había, hacía poco, en agua fría, con las manos, y bailaría en su fiesta entremedias, y se sentiría todo el tiempo como su sierva.

La sala se reorganizaba alrededor de dondequiera que ella estuviese. La gente derivaba hacia ella sin saber que derivaba. Los

tomaba de uno en uno. Era la máquina más eficiente dentro de la cual Nora había estado nunca, y funcionaba con amor, y no desprendía calor de desecho alguno salvo los niños.

—Ahí está —dijo Adrian. Se había quedado quieto junto a Nora —. Ves cómo lo hace. De uno en uno. Nunca preside. Deja que vengan.

—Lo veo.

—Sabrá que estamos aquí. Lo sabe desde la puerta.

—Sé que lo sabe.

Al otro lado del suelo, entre dos grupos de los agradecidos, Maren se enderezó de una niña pequeña ante la que se había agachado a hablar, y por el largo de un aliento su mirada subió y cruzó la sala y encontró a Nora exactamente, sin sorpresa alguna en ella, encontrando el único punto fijo en una sala que giraba porque lo había estado teniendo en el rabillo del ojo todo el tiempo. No asintió. No alzó una copa. Dejó que Nora viera que la habían visto, y dejó que no costara nada, y se inclinó de vuelta hacia la niña.

Nora apartó los ojos de ella, porque había una cosa que la sala llevaba intentando darle desde que entró y ella había estado dejando que Maren se llevara todo el aire, y fue a buscarla por las paredes.

Encontró al chico antes de encontrar cualquier otra cosa.

Theo Kettle estaba de pie contra la pared del fondo bajo el banderín, con una chaqueta que no le quedaba, una garza de chico, todo muñeca y clavícula, la mano de su madre plana en su hombro. No bailaba y no comía y no estaba agradecido. Era el único en la sala que no lo estaba, y tenía catorce años, y aún no sabía cómo esconderlo. El no-esconderlo lo hacía visible a través de doscientas personas como una sola ventana oscura en una calle iluminada. Todos los demás en el salón tenían las caras inclinadas hacia arriba, hacia el oro. Su cara estaba plana y nivelada y vuelta hacia la sala, asimilándola, y Nora conocía esa cara porque la había llevado, en este pueblo, hacía mucho tiempo, al borde de una sala cálida en la que no se le permitía estar fría.

La incorporación estaba cancelada. Adrian se había ocupado de eso: no habría nombre leído desde el escenario esta noche, ningún nuevo becario anunciado, el programa limpiado del chico. Pero el

chico estaba aquí. A su madre la habían invitado, y una mujer cuya hija se ahogó en la primavera no rechaza a los Vane en el otoño, no se queda en casa sola en la oscuridad con el temporal, sube la colina con su hijo superviviente en una chaqueta comprada hace un año y se planta contra la pared con la mano en su hombro porque los Vane han sido tan amables, los Vane pagan por todo, los Vane lo entienden. Así que el chico estaba en el edificio, en esta noche, contra esta pared.

Nora miró al chico de pie pequeño contra la pared y el reloj que corría de la semana se estrechó en su pecho a un solo punto.

Su madre se inclinó y dijo algo cerca de su oído. Él asintió sin volver la cabeza, los ojos sin dejar nunca el suelo del salón. Y entonces ella vio qué miraba. No miraba a los bailarines. No miraba las puertas, como ella miraba las puertas. Miraba a Maren, siguiéndola por la sala, girando su cara nivelada por centímetros para mantenerla en ella, del modo en que una cosa que es cazada mira la única cosa de la sala que le quiere mal y deja que todo lo demás se vuelva borroso. Catorce, y sin palabras para ello, probablemente, sin caso que pudiera defender, nada que pudiera decirle a su madre que no sonara a pena torcida. Pero la parte de él bajo las palabras se había fijado en Maren Vane y no apartaría la mirada, y Nora pensó en cuánto sabía ya un chico que había perdido a una hermana en el agua, en el lugar que no tenía lenguaje, y nunca podría probar.

—La moverá antes de que acabe la noche —dijo Adrian. Había seguido sus ojos. Su voz había descendido bajo el cuarteto—. Aquí no, no delante de nadie. Tendrá una razón. Un coche a casa: las carreteras, el chico no debería estar fuera con esto, déjame que los vea a salvo. O una palabra a solas, la familia ha sufrido tanto, déjame solo sentarme con él un momento. Parecerá la cosa más amable de la sala. Mira cómo lo hace. Apenas verás que ocurre.

—No voy a mirar cómo ocurre —dijo Nora.

Cuadró los hombros hacia la pared del fondo y la pequeña ventana oscura del chico, y luego los giró, deliberadamente, hacia el abrigo azul que se movía a través del oro.

—Voy a hablar con ella.

La mano de Adrian subió y encontró su manga, sin agarrar, solo posándose ahí sobre la tela prestada, el peso más ligero, del modo en que pones la mano sobre una cosa que has decidido que vas a perder y quieres, por un segundo más, haber tocado. Ella bajó la vista a su mano sobre su brazo. La miró hasta que fue la única cosa que cualquiera de los dos miraba. Luego volvió a mirarlo a él, y sostuvo la mirada, y dejó que retirara la mano él mismo.

Fue hacia el centro de la sala, dentro de la corriente, contra ella, el único cuerpo del salón moviéndose con un propósito que no era calidez.

C A P Í T U L O 2 8

El despacho del capataz

El pasillo de servicio fue quitándoles la música nota a nota. Al segundo recodo el cuarteto de cuerda se había adelgazado hasta una sola línea sostenida, y luego una puerta se cerró en algún lugar a sus espaldas y hasta eso desapareció, y no quedó más que la lluvia trabajando el costado del edificio y los tacones de Maren sobre el hormigón desnudo, sin prisa, abriendo camino.

Había venido en cuanto Nora se lo pidió. Esa era la parte que Nora seguía dándole vueltas mientras seguía la pálida espalda del vestido por el corredor: no reticencia, no una mirada hacia la sala cálida que dejaba atrás, sino una especie de alivio, el de una anfitriona que llevaba toda la noche esperando que le pidieran la conversación difícil y se alegraba de que hubiera llegado. Maren se detuvo ante una puerta de acero con la vieja placa esmaltada de un capataz aún atornillada en ella, accionó la manija y la sostuvo para Nora como se sostiene una puerta para alguien a quien uno está a punto de consolar.

El frío salió a recibirlas. Los generadores que caldeaban el Salón no llegaban tan abajo en el edificio; el despacho tenía la temperatura de la noche de fuera, y el aire olía a acero frío y a papel viejo y al mar que subía por el atracadero. Había un escritorio, vacío. Una silla. Una hilera de ganchos de hierro a lo largo de una pared donde el capataz había colgado en su día su abrigo y sus libros de cuentas, sin sostener nada ahora. Y la ventana: un único cristal alto de marco de acero que daba al agua, el atracadero corriendo negro debajo, la lluvia cruzando el vidrio de costado en largas láminas peinadas. La única luz era ese gris de tormenta en la ventana y una fina costura bajo la puerta a sus espaldas.

Maren cerró la puerta sobre la costura. Se volvió con las manos ligeramente abiertas a los costados, el gesto que Nora la había visto hacer con la gente toda la noche, el mismo que había hecho el

primer día en las escaleras del puerto deportivo: *dame tu abrigo, o tu pena, lo que hayas traído.*

—Recibiste mi nota —dijo.

—Recibí tu nota.

—Y aun así viniste. Con esa cara. —Salió de ella un sonido que era casi una risa, y era cansado, y era real—. Nora. Sé quién eres desde la hora en que el transbordador te dejó en tierra. La hermana de Junie. Me he pasado toda la semana observando para ver hacia qué lado romperías, y quiero que me oigas decir que esperaba que tomaras el camino amable. No por mí. Por ti misma. Te has construido una vida tan buena ahí fuera. Sería una cosa terrible incendiarla por un pueblo que dejaste atrás.

Nora no respondió. Había aprendido en cien salas desde la otra silla que una persona que defiende su causa vierte en un silencio más de lo que pensaba gastar, y que las adiestradas también lo sabían y vertían igual porque la causa les importaba más que la disciplina. Maren lo sabía. Las dos estaban dentro de ese conocimiento compartido, dos profesionales, y Nora dejó que el silencio se prolongara un compás más allá de lo cómodo y vio que no movía a la mujer ni un ápice.

La sala estaba más fría que el corredor. Nora la sintió encontrar la humedad de su cuello, allí donde antes había entrado la lluvia, y asentarse ahí. Dejó que sus ojos recorrieran el despacho una vez, como recorría cualquier sala en la que entraba: el escritorio desnudo, la única silla empujada bien recta, los ganchos, el polvo del alféizar roto en un punto por una media luna limpia donde una mano había descansado las veces suficientes para gastarlo. Leyó el desgaste como una rozadura en una cornamusa de muelle. Alguien se ponía de pie ante esa ventana. Se ponía ahí muchísimo, en el frío, con el atracadero debajo.

Entonces se movió ella. No hacia la puerta, no hacia Maren, sino a lo largo de la pared, despacio, como se cruza una playa que se está leyendo, hasta que quedó junto a la hilera de ganchos vacíos con la ventana a su izquierda y Maren sostenida en el mismo encuadre que el agua negra. Desde ahí podía vigilar el rostro de la mujer y vigilar el atracadero a la vez, y podía dejar la copa que

había bajado del Salón sobre el frío alféizar de acero y tener las manos libres. La dejó sin un ruido. El vino que había en ella no lo había probado.

—Háblame de mi hermana —dijo Nora.

Algo se fue del rostro de Maren por grados. No el calor, exactamente. El calor se quedó, esa era la cosa espantosa, no la abandonó ni una sola vez. Pero la parte de él que había estado inclinada hacia salvar a Nora se enfrió y se asentó en otra cosa, algo que Nora había estado viéndole toda la noche sin ponerle nombre: la calma de una persona que ha hecho una aritmética terrible y ha comprobado la suma y vive en paz dentro de la respuesta.

Maren fue a la ventana. Puso la mano plana sobre el alféizar junto a la copa que Nora había dejado, y la palma vino a posarse, vio Nora, en la limpia media luna gastada en el polvo, la huella encajando en el desgaste con exactitud, una llave entrando en una cerradura que ha girado mil veces. Así que había sido ella ante el cristal. Todos aquellos años de pie aquí en el frío sobre el atracadero negro. Miró a través de la lluvia hacia el agua y le habló a ella y no a Nora, como Adrian hablaba a las ventanas, todos ellos habiéndolo aprendido del mismo hombre, el truco de hacer una confesión al cristal para que no sea del todo a una persona.

—Junie fue la más brillante que mi padre eligió jamás —dijo—. Más brillante que Iris. Más brillante que ninguna antes o después. Solía decir su nombre como si le costara algo. —La lluvia peinaba el cristal—. Y descubrió lo que eran las veladas. Lo que se pedía. Las listas lo descubrían, a veces. Lo ataban antes de que la máquina se cerrara en torno a ellas. La mayoría, cuando lo entendían, aceptaban la bondad y se quedaban calladas, porque veían lo que costaría el ruido. Junie no quiso. Iba a contarlo. Tenía diecinueve años e iba a prenderle fuego a todo sin la menor idea de cuánta gente estaba a sotavento.

Nora mantuvo el peso repartido por igual en ambos pies y la cara cerrada. Abajo, en el atracadero, una driza suelta golpeaba un mástil de aluminio, un lento martilleo sin tono bajo la lluvia, acero contra acero, y fijó un rincón de su atención en él como fijaría un punto fijo en una cubierta que cabecea, para que su cuerpo no le diera a la

mujer ni una sola cosa que leer. Había oído cómo Maren dijo *más brillante que ninguna*, y se obligó a no tomarlo como la mujer quería que lo tomara: como un regalo, una disculpa, una mano tendida a través del frío. Era cebo. Era la jugada más vieja que había, la bondad ofrecida a una cosa hambrienta para que se acerque, y la había visto correrla con cuatrocientas personas arriba en el calor, y no se acercaría a ella aquí.

—El trabajo de tu padre en la conservera —dijo Maren, todavía al cristal—. La casa de tu madre con el tejado malo. Los Dawson. Los Sorensen. El pueblo entero que por fin —*por fin*— había vuelto a comer cuando las conserveras se hundieron, gracias a lo que mi padre construyó de la nada, solo con su nombre y la vergüenza ajena. —Lo dijo con dulzura. Lo estaba explicando como una bondad, el mismo calor paciente que había usado con el viudo en el Salón, segura de que le hacía a Nora un servicio al hacerle ver el tamaño de la cosa—. Fue a hablar con ella. En la Punta, donde estaba el muelle viejo. Fue a hacerle entender lo que iba a derrumbar encima de toda esa gente, y ella no quiso entenderlo, tenía diecinueve años y *tenía razón* y tener razón era todo lo que podía ver. Y hacía frío, y estaba oscuro, y el agua estaba ahí. —Una pausa—. No quiso que muriera. Necesito que sepas que esa parte es verdad. Yo estaba allí.

La driza golpeaba. Golpeaba.

—Tenía veinticinco años y estaba allí —dijo Maren—, y lo ayudé después. Lo ayudé a hacer que fuera el mar. Y nunca, ni una sola vez, lo he sentido. —Apartó entonces la cabeza de la ventana, la primera vez, y miró a Nora a través de la fría habitación con aquella certeza casi tierna—. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo? No que no me perdonara. Que nunca lo sentí. Porque cada año desde entonces me he puesto de pie en ese Salón y he visto a cuatrocientas personas a las que quiero estar calientes y alimentadas y orgullosas, y cada año me he preguntado si el silencio de una chica asustada valía todo eso, y cada año la respuesta ha vuelto igual. Sí. Es monstruoso. Sé hasta el centímetro lo monstruoso que es. Y alguien tiene que ser quien carga con la cosa monstruosa, para que todos los demás puedan seguir calientes y seguir inocentes y no saber

nunca qué mantiene las luces encendidas. Mi padre cargó con ella. Ahora cargo yo. Es el trabajo más solitario del mundo y nadie me lo agradecerá jamás, porque la cuestión entera es que a nadie se le puede permitir nunca saber que se hizo.

Nora se movió de nuevo: un paso, solo un paso, a lo largo de la pared hacia el escritorio, despacio, manteniendo la ventana y la mujer en el encuadre, obligándola a seguir el movimiento. Quería los ojos de Maren fuera de la segura media distancia y sobre una cosa que pudiera devolverle la mirada. Dejó que su mano se arrastrara por el borde del escritorio desnudo a su paso, los dedos leyendo el lacado frío, no porque el escritorio tuviera algo que decirle sino porque una mano en movimiento mantenía la sala suya, mantenía el ritmo de ella de su lado de la línea. La mirada de Maren siguió la mano. Bien.

—Ahogaste a Iris —dijo Nora.

No dejó que subiera a pregunta. La depositó plana entre ellas como había depositado un hecho medido en una grabadora, el atracadero y la lluvia detrás, y la vio alcanzar a la mujer y entrar.

Maren la recibió como recibiría un vaso de agua.

—Iris iba a hacer exactamente lo que hizo Junie —dijo—. Exactamente. Encontró una parte de ello después de morir mi padre. Se descuidó al final. Sentimental. Guardó cosas que debería haber metido en la estufa veinte años antes, porque era viejo y quería alguna prueba de que su vida había sido real. —Su mano dejó el alféizar—. Vino a mí con ello. A *mí*, Nora. Confiaba en mí. Se sentó en mi salón con las manos en torno a una taza de mi té y me pidió que la ayudara a sacar a su hermano, antes de que arrastraran al chico como la habían arrastrado a ella. Y me senté frente a esa chica valiente y buena, y pensé: aquí está otra vez. Diecinueve años después, el mismo fuego, encendido por la misma clase de persona, por la misma buena razón. Y esta vez no queda nadie más que yo para apagarlo antes de que se lleve al pueblo entero.

Por primera vez la voz no estuvo nivelada. Se hundió, se trabó, y Nora marcó el lugar exacto en que se quebraba como marcaría la altura de una marea en un pilote, la marca precisa que el agua alcanzaba antes de retirarse. *Su té. Su salón.* Nora sostuvo esos dos

y no los dejó pasar a su lado hacia nada más blando. La chica se había sentado con las manos calientes en torno a una taza y había confiado en la mujer de enfrente, y la mujer ya había, mientras servía, hecho la aritmética y hallado a la chica en el lado equivocado de ella. De ahí venía la quiebra en la voz. No del sostenerla debajo. De haber tenido que servir el té primero.

—La sujeté en el agua —dijo Maren—. Y le dije que sería rápido. Y lo decía en serio. Lo decía como una bondad, la última bondad que me quedaba, y se la di, y la cargaré a ella también ahora. Los cargaré a todos. Ese es el trabajo. Siempre ha sido el trabajo.

—La sujetaste debajo —dijo Nora— y le dijiste que sería rápido. Y luego te fuiste a casa y te pusiste este vestido.

Maren se volvió del todo desde la ventana. No se apartó de las palabras; se plantó de frente a ellas y dejó que aterrizaran sobre ella, y cuando miró a Nora fue con algo cercano a la gratitud, como si tras diecinueve años de cargar el peso a solas en la oscuridad hubiera encontrado por fin a una persona a la que se le podía hacer sentir cuánto pesaba.

—Y ahora está el chico —dijo en voz baja—. Theo. Y ahora estás tú. —Lo dejó posarse un momento en el frío. La lluvia rastrilló el cristal—. Así que lo sabes todo. Lo sabes desde el suelo del cuarto de baño, creo. Has tenido la mirada desde entonces, la de alguien que acaba de recordar una cosa que enterró. Lo cual deja la única pregunta que este pueblo ha tenido que hacerse, la que se hace desde antes de que ninguna de las dos naciera. —Alzó las manos abiertas un centímetro, casi impotente, casi amable—. Cuánto costará mantenerte caliente y callada. Y si hay algo que aún te quede que no estés dispuesta a perder.

Nora se despegó de la pared.

Lo hizo sin prisa, como hacía todo en una sala que pensaba dirigir, y cruzó la mitad del suelo frío de modo que ya no hubo una ventana entre ellas ni una segura media distancia hacia la que la mujer confesar, de modo que Maren tuvo que recibirla a la distancia a la que se recibe a una persona y no a una historia. La copa quedó tras ella en el alféizar, intacta, con la tormenta a su espalda.

Se permitió pensar en la pequeña mesa junto a la ventana del cuarto que había tomado sobre el puerto, esa mañana, cuando aún era de noche: el hervidor que no había llenado, el mechero que había comprado en la tienda náutica porque era el único del local, el olor que había llenado el cuarto y que no abandonaría su abrigo. Lo había hecho despacio. Había leído cada página de cabo a rabo antes de darla a la llama y al platillo: la declaración con su propio nombre de quinceañera al pie, la limpia muerte en el mar dentro de la cual había vivido diecinueve años, la mentira que había sido un hogar. No se había permitido apartar la vista de nada de ello. Lo que sentía ahora, de pie lo bastante cerca de Maren para ver moverse la luz de tormenta en la garganta de la mujer, era la planicie que viene después. No rabia. Ni siquiera pena. La quietud clara e ingrávida de estar en el punto más alto de la marea, en el agua muerta, en el minuto sostenido y muerto antes de que toda esa agua se recuerde a sí misma y cambie y empiece, muy en silencio, a correr en sentido contrario.

—Eso es lo que bajé aquí a decirte —dijo Nora.

Mantuvo la voz exactamente donde Maren había mantenido la suya: baja, nivelada, razonable, el registro de dos personas zanjando un hecho.

—No queda nada. Lo quemé esta mañana. Mi carrera, la muerte limpia de mi hermana, la historia entera dentro de la cual he vivido desde los quince. Se acabó. Ahora es una declaración firmada. Dos copias. —Observó las palabras entrar y siguió antes de que la mujer pudiera cerrarse en torno a ellas—. Una de ellas no está en este edificio. No está conmigo, y no está en ningún lugar que tú o tu nombre o tu tormenta podáis alcanzar esta noche. Así que no queda nada con lo que puedas amenazarme. No queda nada que puedas comprar. —Sostuvo el espacio frío entre sus rostros—. Por primera vez desde que era una niña en este pueblo, Maren, no hay una sola cosa que puedas quitarme que no me haya quemado yo misma.

La driza golpeaba, allá abajo en el atracadero.

—Lo cual significa que soy yo la que puede salir de esta habitación —dijo Nora—. Y estoy a punto de mostrarte cuánto vale eso.

C A P Í T U L O 2 9

El precio

Maren no se inmutó ante el *salir*. Dejó que las palabras bajaran a la sala y se asentaran, y luego se quedó dentro del largo arrojo de la lámpara de escritorio sobre el suelo de tablas gastadas y miró a Nora como el capitán de puerto lee una carta que ha leído mil veces, comprobándola una vez más para asegurarse del agua. Por debajo de las tablas el cuarteto había empezado algo lento con un ascenso incorporado, de esa clase escrita para levantar a cuatrocientas personas a medias de sus sillas, y subía hasta las plantas de las botas de Nora como el edificio respirando.

—Te has hecho muy pobre —dijo Maren—. A propósito. Es astuto; se lo enseñé a la gente al revés durante veinte años, así que conozco su forma. Subiste aquí sin carrera que proteger y sin nombre que valiera la pena gastar y con un teléfono que ya habías arruinado con tus propias manos, y decidiste que eso te ponía a salvo de mí. —Lo dejó suspendido—. Una persona que lo ha quemado todo no se puede comprar. Esa es la teoría.

—No es una teoría.

—No. —Dio un paso, el paso sin prisa que se da hacia un animal al que no se quiere espantar del único terreno que importa—. Es un error. Gastaste todo tu miedo en las puertas. Dejaste una ventana abierta. —La voz bajó a algo cálido, las manos cálidas otra vez, alcanzando ahora el único lugar al que Nora no había podido prender fuego—. Hay una cosa que quieres, Nora. La has querido diecinueve años. No puedes quemarla en una declaración en la mesa de un motel porque nunca la has tenido en las manos para quemarla. —Lo dijo con sencillez, una profundidad leída de un sondeo—. No sabes dónde está tu hermana.

La sala quedó en silencio en torno a la música.

—Yo sí —dijo Maren—. Soy la única persona viva que lo sabe. Mi padre está muerto y el agua nunca la devolvió, y hay exactamente una persona sobre esta tierra que puede llevarte sobre el suelo

donde Junie Quist ha yacido diecinueve años y dejarte subirla a la luz. Una. Yo. —Dijo el nombre con cuidado, *Junie Quist*, completo, como se lee de una lápida y no como se dice a través de una cocina, y el cuidado era la parte cruel, porque el cuidado significaba que lo había estado guardando en algún sitio todo este tiempo, archivado, una cuenta dejada abierta contra exactamente esta noche—. Puedes tenerla. Esta noche. Dibujaré el mapa yo misma. No una búsqueda. No una coincidencia dental parcial de dos condados más allá que se reduce a nada a las tres de la madrugada. Un lugar, exacto, que te marque, y vas a él, y ella está allí.

Abrió las manos, las palmas hacia arriba, una mujer mostrando que no sostenía nada.

—Esa es la oferta. No dinero. No tu pequeña carrera. Tu hermana. A cambio de tu silencio. Y creo que descubrirás que una hermana es la única moneda para la que nunca lograste hacerte demasiado pobre para quererla.

Era verdad, todo ello, y la verdad era la peor parte, porque no había nada en ella que agarrar y de lo que tirar, ninguna mentira que corregir, ninguna cifra inflada en la que recobrar el equilibrio. Nora lo había quemado todo posesión a posesión, hundiendo cada una a su turno para que nadie más pudiera tenerla: la placa, el expediente, la versión limpia de la historia. Se había quedado allí creyendo que las salas vacías la hacían libre. No había podido quemar esto. Esta era la habitación en torno a la cual había construido todas las demás, y Maren había bajado derecha por la casa desnuda hasta la única puerta cerrada y había puesto la mano sobre lo que había detrás, cálido, guardado, aquí en este edificio todo el tiempo, a un brazo de distancia de los donantes y el champán, y lo había tendido al precio que la máquina siempre había cobrado.

Nora pensó en decir que sí.

No se mentiría a sí misma al respecto, ni entonces ni después. Estaba de pie en el despacho del capataz con la tormenta trabajando el cristal y la gala bajo sus pies y no se movió y pensó en decir que sí. Pensó en las líneas que Maren dibujaría con esa mano firme de administradora, la misma mano que firmaba los cheques de las becas y las tarjetas de pésame. Un camino, una orilla, una X donde

una chica había ido a parar a la tierra en lugar de al mar. Pensó en una lápida en el cementerio cuesta arriba con el nombre grabado y una fecha y un lugar limpio al lado donde su madre pudiera ser depositada algún día, y una mano puesta sobre el granito frío y correcto por fin, y un detenerse. Pensó en la llamada que llegaba cada pocos años de algún condado vecino, la coincidencia parcial, su propia voz vuelta plana y procedimental mientras la mano le temblaba en el auricular, y no tener que temerla nunca más. Pensó en las ensenadas que no había dragado y los años que costaría y cómo sería vieja antes de terminar y no terminaría.

Di eso, y se cuidará de tu familia. Cuidamos de los nuestros. La misma frase, las mismas manos cálidas, diecinueve años después, dicha ahora a la mujer en que la niña se había convertido. La niña seguía ahí dentro. Quince años y calada hasta los huesos y sentada en un despacho con calefacción muy parecido a este y oyendo que cuidarían de ella, y la niña había asentido entonces porque el calor le había parecido misericordia. La niña quería asentir ahora. La saliva se le espesó en la boca y le escocieron los ojos y sus manos, a los costados, se curvaron sin que se lo ordenara en la forma de sostener algo.

Se quedó quieta.

Eso era todo desde fuera: una mujer de pie en una pequeña habitación con los brazos a los costados mientras la luz de lluvia se movía en la pared y nada más lo hacía. Por dentro bajó por el camino largo, más allá de la placa y la cáscara calcinada de todo lo que había gastado, hasta el suelo frío donde vivía el deseo, y puso la mano plana sobre él para saber que era real, y la mantuvo ahí un momento, y empezó a subir de nuevo.

—No —dijo.

Maren no recompuso el rostro. Sostuvo la paciente media sonrisa de una mujer que había oído *no* mil veces en este pueblo y lo conocía como la primera palabra de *qué me darás*.

—No —dijo Nora otra vez, y sintió algo girar bajo ella, el agua muerta y estancada de toda su vida empezando por fin a correr, y una vez que empezó corrió como corría la gran bajante de otoño, hacia fuera y hacia fuera y sin devolver nada—. Porque ese es el

truco entero. Esa es la máquina en una frase. Tomas la cosa que una persona no soporta perder y se la vendes de vuelta a cambio del silencio de otro, y pagan, cada vez, porque el amor es la única cosa para la que nadie puede hacerse demasiado pobre para quererla. Eso no es un fallo que encontraste en mí esta noche. Es el diseño. Es lo que construyó tu padre y lo que tú mantienes engrasado, y lleva girando del mismo modo cuarenta años. La hija de un hombre, el buen nombre de una mujer, la vida entera de un chico, fijados de precio y guardados en el estante y vendidos de vuelta a la gente que daría cualquier cosa por no perderlos.

—Nora...

—Mi padre pagó con el nombre de mi hermana. Yo pagué con el mío. Iris no quiso pagar y la sujetaste en el agua hasta que paró. —No alzó la voz—. Y ahora estás aquí ofreciéndome los huesos de Junie al precio de la vida de Theo Kettle, porque eso es lo que compra mi silencio esta noche. No mi carrera. No mi orgullo. Su vida. No me estás vendiendo una tumba, Maren. Me estás vendiendo el ahogamiento de un chico con una tumba añadida para que baje más fácil. Quieres que tome a mi hermana muerta y salga y te deje meter a ese niño en la misma agua, y has hecho la aritmética, y crees que da que sí, porque la has visto dar que sí durante cuarenta años y no has visto ni una vez fallar la columna en cuadrar.

Metió la mano en el abrigo y sacó el teléfono de la chica muerta, la cadena rota, sin valor en ninguna sala con un juez dentro, el error más caro de su vida, y lo sostuvo en horizontal entre ellas, donde la luz que subía por el suelo podía tocar el cristal agrietado.

—Y la parte insoportable, la parte con la que has contado todo el tiempo, es que no te equivocas conmigo. Una parte de mí quiere aceptarlo. —Dejó que Maren viera el teléfono, el rectángulo negro y muerto, la mano firme sobre él—. No voy a ganar esto. Quiero que lo oigas, porque deberías saberlo de antemano. No para asustarte, no lo hará, y no porque crea que te moverá. Porque es verdad y tú ya sabes que es verdad. Este teléfono no sirve; rompí la cadena yo misma, envenené mi propia prueba, tus abogados la echarán de la sala a carcajadas antes de que se enfríe el café. El libro está en algún sitio que ya has quemado, o quemarás por la mañana. Mi

declaración acaba con mi carrera y no corrobora nada; seré la investigadora deshonrada que se acostó con un testigo y manipuló su propio caso, y esa es la versión que sale en el periódico. Vas a salir impune de casi todo. Lo construiste demasiado bien. Sobrevivirá a las dos y le pondrán tu nombre a un ala de algo cuando estés muerta.

Hizo girar el teléfono una vez entre los dedos, la pantalla sin captar nada, y se lo volvió a guardar en el abrigo.

—No voy a salir de aquí con una victoria. Voy a salir de aquí con un chico. Esa es la transacción entera, de principio a fin. Es todo lo que queda por salvar, y voy a ir a salvarlo, y tú vas a quedarte en tu sala cálida con la música subiendo por el suelo y vas a ver a la única cosa a la que no pudiste poner precio salir por la puerta. —Avanzó hacia ella—. Quédate el mapa. Quémalo con el libro. Prefiero no saber dónde está el resto de mi vida que saberlo en tus términos. Prefiero dragar las ensenadas equivocadas hasta vieja y no terminar nunca que pasar una sola hora sabiendo que te dejé tenerlo a él para recuperarla a ella.

Puso la mano en la puerta.

Había pensado, en algún lugar al fondo de sí misma, que el cambio costaría más que la palabra. Que su cuerpo se plantaría y se negaría, la obligaría a arrastrarlo por el suelo palmo a palmo, un ancla enganchada en la cosa equivocada. La manija giró fría y suave bajo su palma y la elección ya estaba a su espalda, hecha y deshacedera, del modo en que el agua muerta ha terminado en el instante en que empieza a correr. No había triunfo en ello. Estaba la puerta, y la cosa siguiente, y la cosa de después. Así iba cuando dejabas de lamentar una escena y empezabas a trabajarla. La abrió de par en par sobre la luz dorada y la música y los cuatrocientos rostros agradecidos, toda la brillante maquinaria del pueblo alzando sus copas por cien años de haber sido cuidado, las salas cálidas, las ventanas iluminadas, el puerto deportivo que habían restaurado con el dinero, todo ello erigido sobre una chica en el agua y otra en la tierra.

A su espalda Maren habló, y el calor se había ido de la voz ahora, ido por completo, la fría y plana de debajo hablando por sí

sola para variar.

—Theo se fue a casa hace veinte minutos. Su madre estaba cansada. Hice que los llevaran. —Y luego, porque era una creyente hasta el final y tenía que asegurarse de que se entendiera el tamaño de la cosa incluso ahora, incluso con la puerta abierta y su único activo coleccionable saliendo por ella—: Es agua muerta dentro de cuarenta minutos, Nora. Deberías haber aceptado el mapa.

Nora ya corría.

C A P Í T U L O 3 0

La barca en llamas

La tormenta los agarró en cuanto franquearon las puertas del Salón, de lleno en la cara, la lluvia vuelta de costado y el viento empujando como una mano plana contra su pecho, y Nora bajó los escalones medio ciega con el cuello inútil y el pelo ya aplastado contra el cráneo. Adrian tenía las llaves en el puño. Fue a por la camioneta de la Fundación al fondo del aparcamiento, la de eje alto, la que se sentaba un palmo por encima de todo lo demás aparcado allí, porque era lo único que pasaría el vado. Las luces del Salón arrojaban sus sombras largas y torcidas a través del agua estancada del aparcamiento, dos figuras negras dobladas contra el temporal, y a sus espaldas la banda seguía tocando, los metales llegando finos y estúpidos a través del muro de lluvia, la gala siguiendo sin ellos como un reloj que no sabía que le habían arrancado las agujas.

Tiró de la puerta del copiloto contra el viento y casi le arranca el brazo. Subió. La cabina olía a perro mojado y diésel y espuma vieja de asiento, y tenía el cinturón cruzado antes de cerrar la puerta, haciendo la pequeña cosa ordenada con las manos porque sus manos querían un trabajo. Su teléfono era un peso muerto en el puño. Sin cobertura, la tormenta habiéndose llevado la torre del vado hacía una hora como siempre se la llevaba la primera gran tormenta. Ninguna manera de avisar, ninguna manera de poner un uniforme en la Punta antes que ella. Estaban la camioneta y los dos y la carretera, y eso era todo.

Adrian entró chorreando, metió la camioneta en marcha, y ya se movían antes de que su puerta cerrara.

Tomó la cuesta con fuerza. Los faros salieron a la lluvia y se ahogaron allí, dos pequeños soles emborronados que iluminaban seis metros de agua parda corriendo donde debía estar la carretera y nada más allá. El limpiaparabrisas subió el cristal una vez, limpio, y la lluvia volvió a llenar el cristal antes de que volviera a bajar. Estaban perdiendo. Observó al limpiaparabrisas izquierdo titubear en

lo alto de su arco, colgar, arrastrar una película de agua a través en vez de fuera, y comprendió que los limpiaparabrisas iban a perder todo el camino abajo y que Adrian iba a conducirlo de todos modos, sobre la forma de la carretera que tenía en la cabeza y el borde blanco del arcén cuando el rayo se lo daba.

—El vado se inunda primero —dijo. No exactamente a ella. Al volante.

—Lo sé.

—Si está atascada en el vado lo hacemos a pie. Del vado a la Punta hay un kilómetro y medio de barro.

—No estará atascada. Bajó antes de lo peor. Lleva una semana planeando el tiempo. Los tarde somos nosotros, conduciendo hacia una carretera que ya se está cerrando.

—Entonces conduce más rápido hasta el vado.

Lo hizo. El morro de la camioneta empujaba una estela baja ante sí, un rizo pardo desprendiéndose de cada guardabarros, el chapoteo golpeando de vuelta contra los bajos a través del suelo. La carretera los inclinaba abajo hacia el puerto deportivo y la oscuridad. A la derecha, debajo de la carretera, la bahía se batía en blanco; no podía verla pero la oía bajo el motor, el largo peso que se desplomaba contra las rocas, el sonido que había sido el suelo de cada noche de su infancia.

Se obligó a trabajarlo. En voz alta, porque la voz alta le mantenía las manos quietas y mantenía la otra cosa, la imagen de un chico de catorce años saliendo sobre agua negra porque una mujer amable se lo dijo, en el extremo lejano de la cabina donde podía mirarla sin que se le subiera al regazo.

—Le mandó un mensaje —dijo Nora—. Igual que a Iris. Escucha, piensa en cómo funciona. Cuando Maren quiso a Iris en el muelle no la amenazó. Nunca manda la amenaza, ese es el genio entero, nadie en cuarenta años recibió una carta que pudiera llevar a un abogado. Manda el calor. Manda *ayuda*. El último hilo de Iris no era de un número. Era un nombre. *M*. Tres semanas de *M* preguntando qué tal, *M* preguntando cómo se acomodaba Theo, *M* diciendo que la familia ya había pasado por bastante, que velaría por el chico. —La camioneta encontró un punto blando en la carretera y la trasera se

aflojó; ella puso una mano plana en el salpicadero y lo montó—. Y luego, la última noche, *baja al muelle, solo nosotras, mantengamos esto en privado, cuidamos de los nuestros*. E Iris bajó al agua muerta a ver a una mujer que había sido amable con ella tres semanas.

—Tiene catorce años.

—Iris tenía diecinueve y funcionó con Iris. —Su pulgar encontró la juntura del salpicadero y presionó, fuerte, una cosa contra la que empujar—. Le habrá corrido el mismo hilo exacto a Theo. Pondría la mano. La misma *M*. El mismo calor. Una beca colgada dentro, probablemente; ese ha sido siempre el anzuelo. *Ven a la Punta, puedo mantenerte a salvo, no se lo digas a tu madre, esto queda entre nosotros, eres un buen chico, tu hermana también era buena.* Palabra por palabra, casi. No cambia el guion porque el guion funciona.

—Y él va.

—Y él va. Va porque lleva tres semanas observándola y está asustado y bajar al agua es la única manera de averiguar si tiene razón sobre ella. Eso no es estupidez. Eso son los valientes. Eso es exactamente lo que hizo Iris, e Iris era mayor y más lista que él. —Oyó la parte siguiente antes de decirla y la dijo igual—. Me mandó un mensaje *a mí* esta tarde. Desde la biblioteca, con un teléfono prestado. Dos líneas. *¿Es verdad lo de mi hermana? No le digas a nadie que pregunté.* Y lo leí de pie en el Salón con una copa en la mano y me dije que lo tenía controlado: Reyes en el transbordador de la mañana, una orden, hacerlo limpio, no espantar a la familia la noche de la gala. Me senté encima de un crío asustado seis horas porque quería el final ordenado. —Se detuvo—. Maren leyó en él lo mismo que yo. Solo que ella no se sentó encima. Se movió mientras yo escogía un momento.

El vado les vino encima desde la lluvia como viene encima un muro, la carretera simplemente terminando en una lámina de pardo en movimiento que se cruzaba consigo misma en los faros, corriente plegándose sobre corriente, una rama cabalgándola de lado. Adrian no levantó el pie del acelerador. Puso las manos abiertas en el

volante, ambos brazos rígidos hasta el hombro, y metió la camioneta en él.

Las ruedas delanteras encontraron el agua y el volante se le salió de su sitio. Vio sus antebrazos endurecerse aguantándolo, los tendones se le marcaron. La trasera vino para un lado, lenta y enferma, medio metro, un metro, la cabina girando de modo que los faros barrieron fuera de la carretera por completo e iluminaron los alisos de la orilla, chorreando, iluminados de blanco y mal. Su hombro chocó con la puerta. El agua parda trepó el cristal a su lado, por encima del borde inferior de la ventana y se fue otra vez, y la nota del motor cayó y luchó, las revoluciones subiendo a medida que una rueda giraba libre en la corriente sin nada debajo. Durante una larga cuenta la camioneta fue una cosa que el río tenía, de costado, atravesada a la riada, y sintió el peso entero de ella querer escurrirse de la carretera y bajar hacia la bahía, y puso ambas manos planas en el salpicadero y no dijo nada porque no había nada que decir que ayudara a las manos de él.

Entonces un neumático mordió roca bajo el pardo y arrastró el morro recto, y la camioneta se encontró a sí misma, y subieron por el otro lado del vado con el agua escurriéndose del capó en una piel sólida y el suelo bajo sus botas vuelto de pronto mojado, frío, dos centímetros de él chapaleando adelante y atrás mientras subían.

—Vale —dijo Adrian—. Vale. —Soltó aire por los dientes, rápido, dos veces. La camioneta trepó a roca y las ruedas dejaron de luchar con él y la carretera volvió bajo ellos, rota y chorreante pero carretera.

Una rama cruzó entonces la carretera, baja en las luces, una rama entera de aliso, y la pasó por debajo de la camioneta antes que rodearla. El golpe subió por el suelo y a sus muelas, la cabina entera coceando. Tampoco frenó por eso. Conducía como un hombre que había decidido, en algún punto allá atrás en aquel despacho, que su propio pellejo había dejado de ser la cosa más cara de la camioneta. Lo archivó: este era quien era cuando el libro y la reserva y las salidas cuidadosas estaban todas a su espalda en un Salón en llamas y solo había una carretera y un chico al final de ella.

—¿Cuánto dura el agua muerta? —dijo.

No tuvo que comprobarlo. Llevaba la tabla de mareas en el pecho como un segundo pulso desde hacía tres semanas.

—Veinticinco minutos. Menos ya.

—Por eso la Punta.

—Por eso la Punta. El agua se para en el agua muerta. Ninguna corriente que pelear con ella, nada que se lo lleve, nada que marque un forcejeo. Lo sujeta debajo en agua muerta y vuelve a subir a su propia fiesta, y cuatro, cinco horas después la creciente lo levanta del fondo y lo deja en un sitio donde una muerte puede ser un ahogamiento. —Oyó a su propia voz hacer la cosa plana que hacía en una escena, enumerando, ordenando, el único registro en que confiaba—. Hizo a Iris en el agua muerta. Lo hará a él en el agua muerta. No necesita mucho. Ese es el horror entero. Le lleva noventa segundos y el agua hace el resto y al agua nunca la llaman como testigo.

El puerto deportivo se columpió a su derecha, los mástiles batiéndose, las drizas chillando contra el aluminio, el bosque entero de ellas escorando bajo las rachas. Luego la conservera, negra y enorme, sus ventanas muertas. La carretera de la Punta seguía más allá de ambos, al norte por el agua, pasados los muelles de trabajo y el atracadero de la Fundación y, más allá, el muelle privado donde Adrian guardaba su barca.

Y fue allí, en su propio muelle, a doscientos metros de la carretera, donde la cosa que se había pasado la semana entera diciéndose que no tendría que hacer se irguió desde la lluvia y se le puso delante de la camioneta y le preguntó, con claridad, de qué estaba hecha.

La barca de Adrian estaba en llamas.

Ardía baja y dura contra la lluvia, el viejo casco iluminado de naranja de dentro afuera, la lona de la cabina ya desaparecida, la llama inclinándose de lado fuera de la cubierta bajo el viento y sin apagarse, negándose a apagarse, alimentada y firme. Un fuego así no se da en un aguacero por accidente. Alguien había querido que prendiera. Alguien se había quedado allí abajo en la tormenta el tiempo suficiente para asegurarse: acelerante, y paciencia, y la fría certeza cívica de una persona poniendo orden. Sabía de quién era la

paciencia. El pueblo la había visto bajar aquellas escaleras del muelle días atrás; el pueblo informaba de todo lo que veía; Maren simplemente había estado guardando la cerilla contra la noche en que necesitara la barca fuera, y esta era la noche.

El libro estaba en aquel casco. El de verdad. Cuarenta años de nombres de Gideon de su propio puño torcido, la caja fuerte que ella había encajado bajo el banco de proa porque no se fiaba de ninguna sala de pruebas de este condado para guardarla pasada la mañana. La unidad. Las grabaciones. Las tarjetas. Cada pieza que podía poner algo de esto ante un jurado en vez de ante un jefe que quería cerrarlo, todo ello yéndose naranja y de costado en la lluvia, lo bastante cerca ahora para que viera el calor deformando la lluvia sobre la cubierta, las gotas volviéndose nada antes de aterrizar.

La cubierta de proa aún no había caído. El fuego era joven. Una persona que bajara aquellas escaleras ahora mismo, que se envolviera la mano en una manga mojada y metiera el brazo en el pañol del banco, podía aún subir con una bolsa estanca. Podía aún sacar una pieza de ello de vuelta de la noche.

Su mano estaba en la manija de la puerta.

No decidió ponerla ahí. Simplemente estaba ahí, los dedos en torno al pestillo, y sintió el pestillo ceder un cuarto de centímetro bajo el pulgar, sintió romperse el sellado de aire de la camioneta y un hilo de frío mojado entrar en torno a la puerta, y la luz naranja le caía en la mano y en el salpicadero y en el suelo mojado.

—No. —Adrian no aminoró. Sus ojos captaron el movimiento de la mano de ella en la luz naranja y volvieron a la carretera—. Nora. No.

—Aún no se ha ido. La cubierta de proa no, Adrian, la caja está bajo el banco de proa, está *ahí mismo*, puedo tenerla en noventa segundos...

—Se ha ido. —Plano. Conduciendo—. Escúchame. Aunque cojas la bolsa, la cadena está rota. Ha estado en una barca que es mía. Me lo dijiste tú misma, hace una hora, en el despacho; dijiste que no valía nada en cuanto tocó algo mío. Es ceniza de cualquier modo. Lo dijiste.

El pestillo bajo el pulgar. El calor empezando a salir del casco y a tocar el cristal junto a su cara, una calidez seca en toda aquella humedad. Noventa segundos. Podía sentir el peso de la caja ya, el peso exacto de ella, la esquina de latón que le había enganchado el puño al esconderla.

—El chico aún no es ceniza —dijo Adrian.

Ella sostuvo el pestillo.

Era verdad. Le dio una vuelta, rápida y fría como le daba una vuelta a una carta de mareas, y salió verdad en cada línea. La prueba ya estaba muerta. Había matado la mitad ella misma, en un pasillo de clínica con el teléfono de Iris en el puño y la cadena rompiéndose bajo el pulgar, la había roto porque no soportaba que el pueblo perdiera el teléfono, y al salvarlo lo había arruinado. Maren estaba matando el resto ahora, en la lluvia. Una cosa ya muerta no se salva. Solo se vela. Y no se vela a los muertos, noventa segundos, doscientos metros por un muelle, mientras el vivo camina por un embarcadero roto en el agua muerta con una mano cálida en el brazo.

Quitó la mano del pestillo.

Se obligó a hacer la parte siguiente con los ojos, porque los ojos eran la parte de ella que seguía discutiendo. Volvió la cara hacia delante, fuera del naranja, hacia el negro donde los faros se ahogaban, y puso la mirada en el borde blanco de la carretera donde el rayo seguía devolviéndolo, y la sostuvo ahí. El fuego se deslizó hacia atrás a lo largo de su ventana. El calor de él tocó el cristal una vez, una mano cálida y seca puesta plana contra el mojado, y luego quedó a su espalda y el cristal se enfrió de nuevo y la lluvia lo poseyó.

Cargaría con los diez segundos siguientes el resto de su vida. Pasar de largo cuarenta años de pruebas ardiendo en la lluvia y no aminorar la camioneta, ni siquiera aminorarla, escoger al chico por encima del caso tan por completo que no hubo ni un toque de freno que marcara el lugar donde había estado la victoria limpia. La victoria limpia estaba allá atrás en el fuego. La versión en que entraba en el despacho de Della Marsh con el libro de verdad bajo el brazo y hacía arrodillarse a la máquina entera. Ardía a doscientos

metros a su espalda y se alejaba a sesenta y cinco kilómetros por hora y ella la dejó.

—Más rápido —dijo. Su voz salió nivelada—. Conduce. Más rápido.

Condujo más rápido. El atracadero de la Fundación pasó de largo, luego la última de las luces de trabajo, y luego no hubo nada a ambos lados más que la carretera y los alisos batiéndose y, delante, donde la tierra se recogía y salía fina hacia el blanco, el dedo negro de la Punta. Los faros no podían alcanzar el final de él. No los necesitaba para eso. Conocía su forma como conocía la marea. El embarcadero roto en la punta con la mitad de sus pilotes idos, el embarcadero de cada fotografía, el embarcadero por el que su hermana había salido caminando diecinueve años atrás e Iris tres semanas atrás, y en algún lugar a lo largo de él ahora, pequeños contra la oscuridad agitada, un chico y una mujer cálida con un buen abrigo que se había escabullido de su propia fiesta para hacer el trabajo solitario que nadie le agradecería jamás.

—Allí —dijo Nora. La Punta se columpió desde la lluvia—. Allí. Acércame todo lo que llegue la carretera y luego salgo.

Tenía la mano en el pestillo otra vez. Esta vez era lo correcto que sostener.

C A P Í T U L O 3 1

El embarcadero

La camioneta seguía rodando cuando ella salió de ella.

Tenía el pestillo abierto a veinticinco kilómetros por hora y la puerta cogió el viento y se golpeó de par en par contra la bisagra, y bajó del estribo a una roca que no estaba donde su bota la esperaba, la negra plataforma de la Punta resbaladiza bajo tres semanas de alga, y cayó sobre una mano y el talón de ella y ya estaba de pie antes de que el dolor llegara, corriendo, la camioneta columpiando sus luces más allá de ella y deteniéndose torcida con el motor aún en marcha, dando tirones, muriendo. La puerta de Adrian dio un portazo. No miró atrás a buscarlo. Corrió por la espina de la Punta a un viento que le venía plano del agua abierta e intentaba levantarla de los pies, un brazo lanzado a él para el equilibrio y sin encontrar nada, sus botas patinando el alga y agarrando y patinando, y la lluvia se le metía en la boca cuando la abría.

Los vio a trozos. Así era como la tormenta te daba las cosas. No enteras, sino en las rebanadas entre rachas, un fotograma del mundo sostenido en alto y arrebatado. Una rebanada: el embarcadero roto saliendo hacia el blanco, pilotes negros de pie torcidos fuera del oleaje como dientes malos, la cubierta de él escorando donde los pilotes habían cedido. Una rebanada: dos figuras al pie de él, el buen abrigo de la mujer oscuro y pesado de mojado, una mano pálida en el brazo del chico. Una rebanada, más cerca, del rostro del chico vuelto a medias hacia el agua y a medias hacia ella, el óvalo blanco de él, aún sin entender.

—THEO.

El viento le sacó la palabra de la boca y la arrojó tierra adentro. La sintió irse y no oyó nada de ella, ningún sonido de su propia voz en absoluto sobre el largo desplome de la bahía contra las rocas de abajo, y comprendió que gritar era gastar aliento que iba a querer para correr, así que dejó de gritar y corrió.

La mujer no arrastraba al chico. No había forcejeo que ver desde cuarenta metros, ninguna fuerza, solo Maren Vane en un abrigo empapado con una mano leve en la manga de un chico de catorce años, sacándolo a la podredumbre del modo en que se lleva a un niño al final de un muelle a ver las gaviotas, la cabeza inclinada hacia la de él, hablando todo el tiempo. La voz cálida. La voz que había corrido tres semanas de *M* en el teléfono de Iris y tres semanas de ello en el de Theo, la voz que él no podría oír sobre el agua pero que sentiría subirle por el brazo a través de la mano de ella. *Sal a donde podamos hablar. Eres un buen chico. Tu hermana también era buena. Nadie va a hacerte daño, aquí no, no conmigo.* Y el chico yendo. Yendo porque tenía catorce años y estaba asustado y era valiente del peor modo, la valentía que camina hacia la cosa para averiguar si es verdad. Iris había sido valiente así. Junie también. Cerró eso y corrió.

La distancia se le iba en largos que podía medir. Las luces de la camioneta quedaban a su espalda ahora, arrojando su propia sombra larga y reptante por la roca de delante, y corrió hacia ella, hacia la oscuridad chorreante más allá de donde los faros podían alcanzar, y las figuras al pie del embarcadero se resolvieron a medida que cerraba distancia, creciendo desde la penumbra racha a racha. Cuarenta metros. El chico era más alto de lo que lo había sostenido en la cabeza. Había estado cargando la fotografía del expediente, el chico de catorce años con un jersey de colegio, y la forma allá fuera estaba más cerca de la de un hombre, estrecha y larga en el abrigo prestado, inclinada donde la mano de la mujer la inclinaba. Treinta metros. La voz de Maren la alcanzó ahora, no las palabras sino la música de ellas, el bajo y uniforme correr de ella bajo el viento, un sonido sin filos dentro, el sonido que una persona hacía diciendo *ya está, ya está* a un animal asustado que está a punto de sacrificar. Veinte. La cabeza del chico se volvió y la encontró, encontró la forma que corría saliendo de la oscuridad iluminada por la camioneta, y su boca se abrió.

La roca se acabó bajo ella en madera. Sintió el cambio a través de las plantas antes de verlo, la cesión de ella, la esponja blanda de la tablazón vieja vuelta pan, y estaba en el embarcadero.

Adrian iba por delante de ella. No sabía cómo. Había salido de la camioneta por el lado de allá y en algún punto de la roca sus piernas más largas se habían comido la distancia, y estaba sobre la cubierta por delante de ella, su peso entrando primero en las tablas, la estructura entera recibiéndolo y respondiendo, un largo gemido corriendo bajo ambos y hasta donde Maren estaba, un estremecimiento que viajó la madera como una cosa despertando. La cubierta escoraba a la izquierda donde la segunda hilera de pilotes se había podrido del todo. Las cabezas de los clavos sobresalían de la madera, plateadas en la oscuridad bamboleante, las tablas saltadas fuera de ellos. Puso los pies donde los pilotes aún aguantaban, por la geometría de ello, por los negros verticales que veía contra el blanco, porque la madera entremedias era una conjetura y la madera sobre los pilotes idos era una trampa, y lo corrió de ese modo, pilote a pilote, los brazos abiertos.

Maren se volvió.

Se volvió ante el gemido de la cubierta bajo cuatro personas, y su rostro vino girando al chorro de los faros lejanos de la camioneta, y no estaba asustado. Nora estaba lo bastante cerca ahora para leerlo y no contenía nada que pudiera usar. Ni miedo, ni el gruñido de una cosa acorralada, ni siquiera la fría paciencia cívica que había llevado en el despacho una hora atrás. Pena. La honda, cansada y resignada pena de una mujer interrumpida en un deber que nunca había querido y que había asumido porque nadie más en este pueblo tenía el estómago para él. Los miró venir como el tiempo que iba a costarle el trabajo de la tarde. Luego puso la otra mano sobre el chico.

Ambas manos ahora. Una en su brazo y otra plana entre sus omóplatos, y su peso vino adelante desde el pie de atrás y lo inclinó hacia el negro, sin prisa, la misma suavidad, solo que apuntada ahora, y el chico sintió la segunda mano y la inclinación y por fin entendió hacia qué lo había estado caminando el calor, y se quebró.

Cobró vida de golpe, una garza saliendo de los juncos, todo codos y agitación, retorciéndose en el pesado abrigo que ella le había puesto contra el frío. Nora vio eso también y lo archivó sin aminorar, el abrigo, lo había vestido caliente para caminarlo a su

ahogamiento. Sus talones patinaron buscando agarre en la podredumbre y no encontraron ninguno, el cuerpo entero forcejeando contra las dos manos, y Maren lo sujetaba y lo inclinaba hacia fuera y el agua bajo él estaba plana. Plana. El agua muerta había llegado. La bahía se agitaba por todas partes, blanca y trabajando, pero al socaire de los pilotes rotos la superficie se había vuelto cristal negro, el agua muerta, el agua sin correr dentro que pelear o que llevarse, y el rostro del chico colgaba sobre esa quietud con el peso de la mujer detrás.

El embarcadero cedió.

Se vino a pedazos del modo en que las cosas podridas se vienen a pedazos, no despacio, no con más aviso que el que ya había dado. De golpe y a lo largo de la línea más débil, el tramo sobre los pilotes idos soltándose de sí mismo en un solo crujido que sintió antes de oír. La cubierta se le hundió de debajo de la zancada. Tenía el paso siguiente ya comprometido, el peso ya moviéndose sobre madera que ya no estaba, e hizo lo único que la caída le dejaba espacio para hacer, que era arrojar la caída hacia delante, gastarla en el chico. Cayó de pecho sobre el borde astillado con el brazo extendido del todo y la mano abierta, y la cubierta y los pilotes y la oscuridad cayeron todos juntos al agua muerta, y por un compás no hubo nada bajo ninguno de ellos, ni Maren, ni el chico, ni las piernas de Nora de la cadera abajo, nada salvo el frío subiendo y el agua muerta llevándose la madera con un sonido como de una puerta cerrándose bajo el agua.

Su puño estaba lleno de lona.

Nunca podría decir después cómo llegó ahí, el cuello del chico, el pesado pliegue mojado del abrigo en su nuca hecho un puño en su mano, todo el peso de él venido sobre su brazo en un solo tirón que le clavó la tablazón astillada en las costillas e intentó sacarla del extremo roto tras él. Él se columpió bajo ella. Su peso colgaba de su hombro hacia la oscuridad y tiraba, un lastre muerto con el abrigo empapándose más pesado a cada segundo, y su mano libre arañó la madera, encontró una cabeza de clavo, una tabla saltada, cualquier cosa, su mejilla plana sobre la podredumbre y el rocío subiendo de los pilotes frío a su ojo abierto.

Y entonces una mano se cerró en la parte de atrás de su cinturón.

Adrian la tenía. Había caído junto al último pilote sólido cuando el tramo se hundió, un brazo enganchado en torno al negro vertical y las botas calzadas contra la viga transversal de debajo, y su otra mano había encontrado la parte de atrás de su cinturón y se había hecho un puño ahí y se había fijado, todo su brazo un obenque entre ella y el agua. Sintió su anclaje llegar a través de las caderas, una línea poniéndose tensa. Los tres ensartados del último buen pedazo del embarcadero sobre el agua muerta como un nudo cerrándose, el chico del brazo de ella, ella del puño de Adrian, Adrian del pilote y la viga, y lo oyó gruñir con ello a su espalda, el coste de ello, el peso del chico y el suyo bajando por el hombro de él al codo trabado al único vertical que no se había podrido.

—Te tengo —dijo, o el viento le permitió esas tres palabras de lo que fuera que dijo—. Sube. Te tengo.

Subió mano sobre puño por la lona.

Era la única manera. No tirar del chico derecho hacia arriba desde el extremo, no tenía el ángulo ni el brazo, sino trepar por él, coger el abrigo mojado a puñados y caminar el agarre hacia arriba por él hacia su cuello y sus hombros mientras Adrian sostenía la carga entera fuera de su cinturón, izando al chico por el largo de su propio brazo trabado un puño cada vez. El rostro de él subió de la oscuridad bajo el borde, blanco, la boca trabajando, las manos rascando la cubierta rota y encontrando la misma nada que sus pies habían encontrado. Cogió un puño en el abrigo a la altura del hombro. Cogió el siguiente en el cuello propiamente, los nudillos contra la piel fría de su garganta. La rodilla de él encontró la viga transversal contra la que estaban calzadas las botas de Adrian. Lo sintió a través de Adrian, la carga desplazándose, el propio peso del chico saliendo de su brazo y pasando a la viga y a sus propias dos piernas por fin. El lastre se le fue del hombro, y tuvo un brazo libre.

Volvió la cabeza y miró abajo al agua muerta a buscar a la mujer, y la mujer estaba allí.

Maren Vane estaba en el agua muerta. Había caído con el tramo, había bajado al cristal negro con la madera, y no luchaba contra ello.

Eso fue lo que detuvo el aliento de Nora en el pecho más fuerte que el frío o la trepada. No la mujer en el agua sino la manera en que estaba en ella. El chico se había agitado. Maren flotaba. Había subido y se había vuelto boca arriba sin prisa y yacía allí pataleando el agua muerta con pequeños movimientos de las manos, el buen abrigo desplegado en torno a ella sobre la superficie como algo vertido de una jarra, oscuro sobre el negro, y miraba hacia arriba a ellos en el extremo roto del embarcadero. Su rostro estaba en calma. La lluvia le caía dentro y ella no la parpadeaba. Había entrado en el agua que había alimentado cuarenta años, el agua que le haría a ella exactamente lo que les había hecho a los otros, sostenerla quieta en el muerto del agua muerta y dejar que el frío trepara por el abrigo y la tomara donde yacía y luego, horas después, levantarla del fondo en la creciente y dejarla en un sitio donde una muerte pudiera ser un ahogamiento. Había mirado todo aquello en el medio segundo de caer, y había decidido que estaba bastante limpio. Un final cuadrado a un deber solitario. No iba a gritar. No iba a alargar la mano. Yacía en el agua muerta con el abrigo desplegado y miraba hacia arriba a la mujer a la que había atormentado diecinueve años y esperaba, en calma, a que el agua lo igualara.

Nora se puso el codo bajo el cuerpo en la tablazón. Sacó el hombro por encima del borde roto, por encima del agua muerta, el rocío de los pilotes subiéndole a la cara, y alargó la mano hacia abajo con el brazo libre, plano, los dedos abiertos en la oscuridad un metro por encima del agua y el rostro vuelto hacia arriba de la mujer.

—Dame la mano.

El viento se llevó casi todo. Puso el resto de su aliento en ello y lo arrojó derecho hacia abajo a través de la lluvia al pálido rostro sobre el agua negra.

—*Maren.* El agua muerta no te moverá. No hay correr en ella, irás derecha al fondo donde estás, lo sabes mejor que nadie vivo. Me lo *enseñaste*. Dame la mano.

El rostro la miró hacia arriba y no se movió. Las manos siguieron su pequeño pataleo. El abrigo se desplegaba y arrastraba. Bajo los

dedos extendidos de Nora la mujer yacía en el agua muerta con la lluvia en los ojos abiertos y la escogía, con claridad, como había escogido todo durante cuarenta años, con pena y certeza y sin prisa, y Nora sintió la elección subir del negro de la superficie como subía el frío y la rechazó.

—Eso no te lo permites —gritó hacia abajo—. No te permites el agua. Tú no. No después de Junie, no después de Iris, *no* te permites meterte en ella y dejar que se cierre sobre ti y llamarlo accidente, ni uno más, ¿me oyes? No voy a quedarme en este embarcadero y dejar que esta agua convierta una muerte más en un ahogamiento, ni una más, ni la *tuya*. Dame la mano. Te van a acusar. Te vas a poner de pie en una sala con las luces encendidas y un taquígrafo y vas a decir lo que hiciste en voz alta donde el agua no pueda recuperarlo. *Dame la mano.*

A su espalda el chico se arrastraba hacia lo seguro, subiendo por el brazo trabado de Adrian al último tramo sólido, su respiración sollozante audible ahora en un respiro, yendo tierra adentro hacia la roca. La carga se le había ido del puño a Adrian. Lo sintió moverse para volver por la tablazón sobre el vientre hacia ella, despacio, con cuidado de la cubierta escorada.

Y abajo en el agua muerta la mano de la mujer subió.

Fuera el frío alcanzándola por fin, o el viejo reflejo de una mujer que había sido cuidada toda su vida y no podía, al final, desaprenderlo, o solo la simple verdad animal de que nadie, cuando la mano está ahí mismo en la oscuridad sobre el agua, rechaza la mano, Maren Vane alargó la mano fuera del agua muerta. No hacia la mano de Nora. Más allá de ella, torpe, el frío habiéndole tomado los dedos, su agarre mojado cerrándose en torno a la muñeca de Nora en cambio, fuerte, un agarre sin calor ya dentro.

Nora se cerró sobre el antebrazo de la mujer en el mismo movimiento, los dedos en torno a la manga mojada, el hueso de él, y puso el hombro contra la tablazón y recibió el peso.

Subió por su brazo como una marea entrando, la masa empapada entera del abrigo arrastrando a la mujer desde abajo como un ancla flotante, el frío de ella entrando derecho a través de la manga mojada de Nora a la carne de su brazo, al hombro calzado

contra las astillas, bajando por su columna donde la mano de Adrian le había soltado el cinturón. Aguantó. Aguantó a la mujer más poderosa del condado por encima del agua muerta con la fuerza de un brazo y un hombro y el borde roto de un embarcadero por el que su hermana había salido caminando diecinueve años atrás, el abrigo tirando, el frío trepando, su propio aliento vuelto un serruchar plano en el pecho. No dejó que el brazo resbalara ni un cuarto de centímetro hacia el negro, porque todo ello, los diecinueve años enteros, se reducía ahora a si esta única mujer se iba bajo el agua o salía de ella, y Nora había decidido cuál, y el decidir era lo único que le quedaba dentro que la noche no le había arrancado.

Entonces Adrian estuvo a su lado sobre el vientre, ambas manos bajando al abrigo empapado a la altura del hombro, del cuello, su peso sumado al de ella, y los dos izaron juntos. La mujer subió por encima del borde roto chorreando y en silencio, ningún sonido salió de ella en absoluto, el rostro aún vuelto hacia arriba a la lluvia, el abrigo derramando agua de vuelta al agua muerta a la que había estado a punto de hundirla. La arrastraron tramo escorado arriba de costado, los tres bajos en la madera donde aún aguantaba, pilote a pilote, la cubierta gimiendo bajo el peso en movimiento y aguantando, justo aguantando, de vuelta por la espina del embarcadero hasta donde empezaba la roca y el chico estaba de pie tambaleándose y mirando, y salieron a la sólida plataforma negra de la Punta.

La bajó a la roca de costado, el abrigo derramando, y soltó el brazo solo cuando estuvo segura de que la roca la tenía, y entonces estaba de rodillas frente al chico.

—Theo. Mírame. Estás fuera. Estás fuera del agua. —Tenía las manos en su cara, en el frío de su mandíbula, girándola para que la luz de la camioneta le cayera en los ojos, y sus ojos vinieron a ella y se quedaron, abiertos de par en par, las pupilas tragándose el marrón de ellos. Temblaba en largas oleadas de la cadera arriba, el abrigo prestado negro de agua, y los dientes le habían empezado, un castañeteo duro y rápido que ella podía sentir a través de su mandíbula bajo las palmas. Consciente. Respirando. Ninguna sangre que pudiera encontrar con los pulgares por su nacimiento del pelo,

solo el frío, el hondo frío matador que venía después del agua—. Estás bien. Di algo. Di tu nombre.

—Ella... —La garganta se le cerró sobre la palabra. Lo intentó de nuevo, los ojos pasando de ella a la mujer derramando en la roca, y el castañeteo rompió la palabra en pedazos—. Dijo que era por mi hermana. Dijo que iba a...

—Sé lo que dijo. Nada de ello era verdad y nada de ello te toca ahora. Mírame a mí, no a ella. —Se quitó su propio abrigo, lo peló chorreando de sus hombros, y se lo puso a él sobre el empapado, inútil contra el mojado y lo único que tenía, y se lo cerró en la garganta con ambos puños como cerrarías una vela—. Caminaste hacia lo peor de este pueblo para averiguar la verdad sobre Iris. Tenías razón sobre ella. ¿Me oyes? Tuviste razón todo el tiempo. Ahora te sientas en esta roca y me dejas trabajar.

A su espalda, Adrian tenía una rodilla en la zona baja de la espalda de Maren Vane y las muñecas de la mujer juntas, y miró a Nora a través de la lluvia con la pregunta en la cara, porque no había esposas aquí fuera, solo sus manos y la tormenta y un kilómetro de carretera inundada entre ellos y una celda. Nora sacó las suyas de la parte de atrás de su cinturón, la única pieza del trabajo que había sobrevivido la noche intacta, fría y certera y exactamente según el procedimiento, y se las puso en la mano mojada y lo vio cerrarlas con un chasquido en torno a la mujer más poderosa del condado donde yacía en la roca, el acero girando en torno a unas muñecas vueltas demasiado frías para estremecerse.

Maren no dijo nada. Su rostro estaba vuelto a medias hacia la roca y a medias hacia la lluvia, el agua escurriéndosele, y no miraba a ninguno de ellos. Miraba hacia fuera al agua muerta, al plano lugar negro entre los pilotes rotos donde el tramo se había hundido, donde el agua yacía quieta y muerta y se habría cerrado sobre ella sin una marca y lo habría llamado tiempo. La creciente no había cambiado aún. El agua muerta aún aguantaba. Lo que fuera que había buscado allá fuera en la oscuridad, el final limpio, el final cuadrado, el agua haciéndole el último de su trabajo como le había hecho todo el resto, yacía allá fuera a unos metros de la roca, rechazada, y Nora había sido la que la había rechazado.

Viva. Chorreando y arruinada y sin decir nada, su buen abrigo colgándole en peso muerto, sus manos esposadas vueltas garras con el frío. Viva, en la roca, donde el agua no podía tenerla y no podía ser la respuesta, y donde tendría que haber una sala ahora, y luces, y su propia voz diciéndolo en voz alta.

C A P Í T U L O 3 2

Avisa a tierra firme

El despacho del capitán de puerto estaba seis escalones por encima de las tablas del puerto deportivo, y Nora los subió con todo el peso del chico colgado a su costado y el arrastre mojado de la mujer subiendo detrás del brazo de Adrian, y la puerta se atrancó como siempre se atrancaba y ella la empujó con el hombro y cedió y el calor de la sala le golpeó la cara como una bofetada. Sorensen tenía la estufa encendida. Tenía la estufa encendida y el hervidor y la única bombilla sobre la mesa de cartas, y estaba en su taburete de espaldas a la radio y el café enfriándosele, y se volvió cuando la puerta entró y echó un vistazo, a ella, a lo que sostenía, a lo que se sostenía a su espalda, y se bajó del taburete y no dijo absolutamente nada.

Entró goteando. El agua de mar le corría del bajo del abrigo y se encharcaba negra en las tablas y arrancaba hacia la juntura baja del suelo donde las tablas se habían alabeado, y ella la miró ir porque mirarla ir era más fácil que el resto de la sala. El chico estaba dormido de pie. Se había dormido en algún punto entre la camioneta y los escalones, caído de golpe del modo en que caen los muy jóvenes cuando la cosa ha terminado, la cara floja contra su hombro y el aliento cálido a través de su camisa mojada, y su peso había dejado de ser una cosa que ella cargaba y se había vuelto una cosa que se apoyaba, blanda y total, contra su cadera.

—Al banco —dijo Sorensen, y se refería al chico, y Nora negó con la cabeza una vez, y él lo dejó pasar.

Adrian puso a Maren en el banco largo bajo la ventana. Vino sin pelear ahora, el abrigo colgándole chorreando, el pelo caído fuera de lo que fuera que se hubiera recogido para la gala, y se sentó donde la pusieron. Sorensen miró las esposas y miró el barrote del banco y cogió un segundo juego del gancho junto a la puerta sin que se lo pidieran, porque guardaba un segundo juego, porque este era un puerto de trabajo y los hombres hacían tonterías borrachos, y pasó

el eslabón por el barrote y lo cerró con un chasquido y dio un paso atrás. Maren lo miró hacerlo. No miró a Nora. Miró la ventana, el negro volviéndose gris en ella, y puso las manos esposadas en el regazo y se quedó quieta.

—Tú también quieres el banco —dijo Sorensen a Nora. No era del todo una pregunta.

—No.

Trajo una manta doblada en cambio y la puso sobre los hombros del chico donde colgaba contra ella, la remetió sin alharaca, del modo en que un hombre remete una lona sobre un motor, y fue al hervidor.

Se quedó de pie. El agua le caía y el suelo la recibía. Podía sentir su propio pulso en el corte de la palma donde la tablazón se lo había abierto y podía sentir el frío de Maren todavía en el brazo derecho, el frío del agua muerta que había subido por el antebrazo de la mujer al suyo y aún no la había soltado, y se quedó de pie en mitad de la sala con el chico apoyado y la mujer esposada y miró la radio.

Era un aparato viejo, gris, atornillado al estante, el micrófono en su gancho y la espiral de cable colgando y una película de sal y tabaco en la esfera del dial que Sorensen no había limpiado ni una vez. Era la única cosa en Harlow Bay que alcanzaba la tierra firme a través de una tormenta. Lo había sabido toda la semana. Lo había sabido del modo en que se sabe dónde están las salidas.

—Llama a la estación costera —dijo.

Sorensen dejó el hervidor. No preguntó para quién. Volvió a sentarse en su taburete y subió el aparato y trabajó el dial con un pulgar vuelto amarillo en la uña, y pulsó el micrófono, y dijo los indicativos en él en la plana liturgia de un hombre que los había dicho diez mil veces, y el altavoz devolvió nada salvo la tormenta, un largo lavado de ruido, un ascenso, un siseo como de oleaje en una concha, y lo dijo de nuevo, paciente, y de nuevo, y a la cuarta la estática se adelgazó y una voz subió de ella, lejana y pequeña y aburrida, la estación costera en la tierra firme capeando el mismo tiempo tras un muro más grueso.

Sorensen les dijo a quién quería. Dio el nombre de Reyes y dio la palabra *investigador* y dio la palabra *estatal*, y hubo una espera, el

altavoz respirando, la bombilla zumbando, el aliento del chico cálido y uniforme contra su clavícula, y luego una voz distinta subió, más cercana, despierta, de hombre, cuidadosa.

—Soy Reyes.

Sorensen le tendió el micrófono en su cable. Ella lo miró como se mira una cosa que se ha decidido hacer y aún no se ha hecho. Luego cruzó el suelo mojado con el peso del chico balanceándose rígido contra ella y cogió el auricular y Sorensen soltó cable para que llegara, y ella se quedó bajo la bombilla con el micrófono de cara salada contra la boca y el agua de su hermana corriéndole del abrigo a la juntura del suelo.

—Soy Nora Quist —dijo—. Crímenes Mayores. Lo enviaron a hacerse cargo de mi caso.

Una pausa. El ruido respiró.

—Sé quién es —dijo Reyes—. Llevo tres días leyendo su caso al otro lado de un transbordador cerrado. Adelante.

Pulsó el micrófono. Había pensado, en el trayecto, en el embarcadero, en el frío del agua muerta, que cuando llegara a esto no sabría el orden. Sabía el orden. El orden era la única cosa en que había sido buena alguna vez.

—Iris Kettle —dijo—. Diecinueve años. Hallada hace tres semanas en el viejo embarcadero de las becas frente a la Punta, declarada ahogamiento. No lo es. Hay una contusión por presión bajo la mandíbula y hemorragia de tejido blando en el cuello. El forense lo llamará equívoco. Es estrangulamiento manual. Entró en el agua en otro sitio y la pusieron en el embarcadero en el agua muerta, cuando no hay corriente que discuta dónde yace un cuerpo. Esa es la pista. Esa es la pista entera. Anótelo.

—Continúe.

Continuó. Se lo dio del modo en que se lo habría dado a un tribunal si un tribunal volviera a quererla: en orden, con claridad, deteniéndose cuando el tiempo masticaba las palabras y diciéndolas de nuevo en el ruido sin acaloramiento, repitiendo cada una como un rumbo gritado a un hombre que no puede oírte sobre el motor. La Fundación Vane. Cuarenta años de ello. Las becas que no eran becas. El libro que Gideon llevaba que era el libro de verdad, en

papel, en una caja fuerte, y el libro limpio que enseñaban a los auditores, y las grabaciones en su soporte físico, y los nombres, y el pueblo que estaba construido ladrillo cívico a ladrillo cívico sobre los réditos de ello y no quería saberlo.

—Maren Vane mató a Iris —dijo—. Está aquí. Está esposada a un banco a dos metros de mí. Caminó al hermano por el embarcadero esta noche para hacérselo a él también, catorce años, Theo Kettle, el siguiente, y el embarcadero se vino a pedazos y ella cayó al agua y yo la saqué. Está viva. Va a ser acusada. Ese es el caso. —El ruido subió y ella lo montó hacia abajo—. Ahora le daré el resto. La parte que es mía.

Al otro lado de la sala Maren volvió la cabeza de la ventana. Nora lo sintió y no miró.

—Dígalo —dijo Reyes.

—Había un teléfono —dijo Nora—. El de Iris. La cadena de custodia está rota. La rompí yo. Lo tuve fuera de pruebas y en mi propia mano fuera de los registros once horas y no puedo probar dónde estuvo, así que cualquier cosa que saliera de él está envenenada y cualquier defensa lo dirá y tendrá razón. —Mantuvo la voz nivelada fuera del dial—. Había una barca esta noche con el libro original dentro. El libro de verdad de Gideon, los cuarenta años, la única cosa que podía haber aguantado en una sala con un juez. Le prendieron fuego para destruirlo y yo pasé de largo. Tenía la mano en la puerta de la camioneta y había tiempo y escogí al chico y la dejé arder. Así que su caso físico es media ceniza y la mitad que no lo es es mía con una cadena que rompí yo misma. Se lo digo primero porque de todos modos lo encontrará y prefiero que lo oyera de mí.

El altavoz siseó. El hombre de la otra orilla no dijo nada un momento, y en la nada ella oyó la tormenta cayendo sobre el tejado que fuera bajo el que estaba, la misma tormenta, el único tiempo sobre los dos.

—Hay más —dijo Reyes. No una conjetura.

—Hay más.

Miró hacia abajo. La cabeza del chico se había deslizado más baja en su hombro y su boca se había abierto contra la tela mojada

y un hilo de su aliento empañaba tenue el metal del micrófono. Puso la mano libre plana sobre la manta sobre su espalda, no para despertarlo, solo para tenerla ahí, y la mantuvo ahí mientras decía el resto.

—Hace diecinueve años una chica llamada Junie Quist salió caminando por ese mismo embarcadero y no volvió. También lo llamaron ahogamiento. Era mi hermana. —Un lavado subió por la línea y ella lo esperó, el pulgar firme en la tecla—. Yo tenía quince años. Llevo diecinueve años segura de que no estuve allí, de que era una niña que no sabía, de que volví una noche a casa a una hermana desaparecida y a un pueblo que me mintió. No es lo que pasó. Me pagaron. Pusieron dinero delante de mi familia para que callara y para que dijera que fue el agua, y yo sabía para qué era el dinero, y tomé la versión que me dejaba seguir siendo una niña que no sabía, y he cargado esa versión con tanto cuidado durante diecinueve años que la hice verdad. No es verdad. Era una testigo comprada. Soy una de ellos. He sido una de ellos desde los quince años, y construí una vida entera y una carrera entera encima de no ser una de ellos, y es mentira, y está en mi declaración, y va al expediente bajo mi propio nombre.

La bombilla zumbó. Sorensen se había quedado muy quieto en su taburete con su café frío en ambas manos y los ojos en el suelo, dándole la única privacidad que un hombre puede dar en una sala tan pequeña, que es mirar para otro lado.

—Y una más —dijo—. Me acosté con Adrian Wren. Director de la Fundación. Era sospechoso cuando lo hice y es testigo ahora y comprometí a ambos. Está de pie en esta sala. Póngalo. Póngalo todo.

Se detuvo. La línea era suya y la devolvió. Soltó el micrófono y el ruido inundó para llenar el espacio donde había estado.

Aguantó largo tiempo, la estática, la tormenta masticándola, y ella se quedó de pie y la dejó. El chico respiraba. El agua terminó de correr de su abrigo y no hubo más y el charco en el suelo dejó de extenderse y halló su nivel en la juntura. Fuera de la ventana chorreante el negro sobre la Punta se había vuelto un gris duro y mojado, y podía ver el embarcadero ahora, lo que quedaba de él, el

tramo roto ido y los últimos pilotes de pie torcidos fuera de un mar que había empezado, en algún punto de la última hora, a moverse de nuevo. El agua muerta había terminado. No lo había notado terminar. El agua corría.

El altavoz se aclaró.

—Quist —dijo Reyes—. ¿Por qué no lo hizo usted misma sin más?

Había sabido que lo preguntaría. Un hombre justo, sin historia en este pueblo, manos limpias, leyendo su expediente tres días tras un transbordador cerrado. Claro que lo preguntaría.

—Repítalo —dijo—. El tiempo se lo está comiendo.

—Me ha oído. —La estática subió bajo su voz y él empujó a través de ella, despacio, deliberado, haciéndoselo tener—. Suena a que lo tenía. Suena a que tenía a la asesina esposada y al chico vivo y la forma entera de ello en la cabeza antes de que yo me pusiera las botas. Podía haber trabajado el caso usted misma, arreglado su cadena en silencio, dejado a su hermana fuera de ello, dejarse a usted misma fuera de ello, y cerrarlo limpio. Nadie en la tierra firme habría notado la diferencia. Así que por qué avisar. Por qué entregarme la única cosa que acaba con usted.

El chico se removió contra ella y volvió a quedarse quieto. Maren la miraba ahora desde el banco, abiertamente, la calma vuelta cansada en su cara, la misma pena cansada que había llevado al entrar en el agua, una mujer mirando a otra mujer hacer una cosa que no entendía.

Nora pulsó el micrófono.

—Porque llevo terminándolo yo misma desde los quince años —dijo—. Un par de manos cuidadoso. Sin testigos. No te fíes de nadie, sostén la cosa entera tú sola, haz la parte dura sola donde nadie pueda ver, esa es la regla. La tenía en una tarjeta en el bolsillo. He vivido según ella toda mi vida y construí una buena carrera sobre ella y creí que era la cosa que me hacía limpia. —Miró el embarcadero roto fuera de la ventana gris—. Es la misma regla que hizo funcionar esta máquina durante cuarenta años. Un par de manos silencioso cada vez, cada uno seguro de que era el único honrado en la sala, cada uno terminándolo solo para que nadie

tuviera que saberlo. Así duró. No el dinero. La privacidad. Cuarenta años de gente cuidadosa haciendo la parte dura sola. Soy una de ellos. Siempre he sido una de ellos. Y resulta que la parte de mí en la que más confiaba, la parte que lo termina sola, es la parte que estaba rota.

Soltó la tecla. El ruido vino. Lo dejó. Luego pulsó de nuevo.

—Así que no voy a hacerlo yo misma. Esa es la respuesta. No voy a arreglar la cadena en silencio y no voy a dejar a mi hermana fuera y no voy a dejarme a mí misma fuera, porque cada vez que alguien en este pueblo hizo lo correcto solo se convirtió en lo incorrecto en la oscuridad. Venga y tómelo. Venga con manos limpias y testigos y un transbordador cerrado a su espalda para que nadie de aquí pueda alcanzarlo, y termínelo a la vista donde yo pueda verlo hacerlo. Es un caso envenenado y un libro medio quemado y una confesión que acaba con mi carrera, y es todo lo que tengo, y no es mío para cargarlo sola. —Miró al chico—. Nunca lo fue. Ese fue siempre el truco.

La línea quedó en silencio. Lejos, pequeño, el hombre de la tierra firme pulsó su propio micrófono, y ella oyó el aliento entrar antes de las palabras, y las palabras subieron claras de la tormenta.

—El transbordador sale en el primer agua muerta de mañana si baja la marejada —dijo Reyes—. Estaré en él. No toque nada. No anote nada salvo esta llamada. Y Quist, fíchela, documente sus lesiones, lleve a ese crío a algún sitio caliente y avise a servicios sociales esta noche, no por la mañana. —Una pausa, el ruido respirando bajo él—. Hizo la parte que podía hacer. Pare ahora. Yo me hago cargo de aquí en adelante.

—Recibido —dijo.

Sostuvo la tecla un momento más sin nada que pasar por ella, luego colgó el micrófono en su gancho y el cable se columpió y Sorensen alargó la mano sin una palabra y bajó el aparato de modo que la tormenta se hizo pequeña en la sala. Nora se quedó de pie bajo la bombilla con el agua de mar secándosele fría en el cuello y el chico dormido contra su costado, su peso vuelto blando y confiado contra su cadera, y no se movió, porque moverse lo despertaría, y

no había ningún sitio en el que ninguno de los dos tuviera que estar por primera vez en diecinueve años.

Fuera de la ventana la marea corría más allá de los pilotes rotos, oscura y certera, yendo a algún sitio, y ella la miró correr.

C A P Í T U L O 3 3

Lo que la marea guardó

Reyes vino en el primer transbordador después de que el agua bajara, y Nora lo vio venir.

Estaba de pie junto al muro de la conservera por encima de la Punta con un abrigo prestado subido hasta la garganta y las manos dentro de los puños, y vio al transbordador deslizarse de la niebla en el rompeolas y tomar el canal despacio, del modo en que lo tomabas cuando sabías que la barra se movía bajo ti. La tormenta había metido la marejada tres noches seguidas y había sacado la mitad de la playa de la temporada hacia la oscuridad, y el agua en la Punta era del color de una piedra mojada y la textura de nada, y el viejo embarcadero de las becas se erguía sobre ella en pilotes que habían estado enterrados hasta la marca alta cuando empezó la semana y estaban desnudos ahora hasta la línea de limo, crudos y negros y costrosos, el sedimento succionado de en torno a ellos en un solo tirón largo y avaricioso.

Llevaba diecinueve años leyendo esa agua. Lo supo antes de que Reyes lo supiera. Lo había sabido, pensaría más tarde, en algún lugar por debajo del sitio donde se permitía saber cosas, desde la primera mañana en que se había puesto de pie aquí como investigadora estatal y había sentido su propia competencia asentarse mal en el pecho.

Reyes no subió al muro a ella. Bajó a las rocas donde los demás aparejaban, con su propio abrigo y sus propias botas, y dejó su maletín sobre la piedra más plana y se acuclilló sobre él, y miró el agua largo tiempo antes de mirar nada más. Luego se puso de pie y dijo algo al supervisor de buceo, y el supervisor dijo algo de vuelta y señaló bajo el embarcadero, a la oscuridad entre los pilotes desnudos, y Reyes asintió una vez, despacio, como un hombre confirmando una aritmética que había hecho en la cabeza en la barca.

Había leído la misma agua muerta que ella había leído. Había contado las mismas horas. Un cuerpo que entra en agua muerta no viaja; baja donde entra y se queda. Hay corriente en la creciente y corriente en la bajante, y un cuerpo cabalgará cualquiera de las dos si se entrega al agua a la hora justa. A Junie no la habían entregado al agua a la hora justa. Junie había entrado en el agua muerta, en la larga respiración contenida entre medias, cuando el canal no corría a ninguna parte y guardaba todo lo que se le entregaba, y por eso no había salido más allá del rompeolas a la profundidad amable y limpia como la había llevado la historia diecinueve años. Había bajado bajo el muelle y se había quedado, en el frío y la oscuridad, a unos cien metros de las rocas donde una quinceañera había estado una vez de pie con los zapatos mojados, mientras todos los que la querían buscaban en el mar abierto.

La tormenta solo había deshecho el enterramiento. Lo que había estado enterrado de pronto solo estaba hundido.

Un guardia vino por el muro a ella, joven, un crío que no conocía, con el gorro goteando y la cara dispuesta en la cuidadosa inexpresividad que les enseñaban.

—El detective Reyes pregunta si se quedaría por encima de la línea —dijo—. Dice que hay un sitio junto al muro aquí. Dice que es suyo para estar en él.

—De acuerdo —dijo Nora.

El crío se quedó demasiado lejos para estar vigilándola y demasiado cerca para estar en cualquier otro sitio, y al cabo de un rato ella comprendió que el muro le había sido dado a propósito, del modo en que le das una silla a una persona en duelo, no para mantenerla fuera de la escena sino para mantenerle un sitio que era suyo, para que no tuviera que estar de pie en ninguna parte. Era una cortesía de un hombre que no le debía ninguna. Había roto la cadena y se había acostado con la fuente y enterrado su propio conflicto en un caso que tocaba su propia sangre, y había firmado una declaración que acabaría con su carrera y con casi todo lo que su carrera había sido. Reyes podía haberla mantenido fuera de la Punta por completo y haber estado en lo cierto al hacerlo. Le había dado el muro.

Se quedó en él.

Levantaron una mampara entre el agua y las rocas, un panel plegable del plano azul institucional que usaban para todo, para accidentes de coche y sobredosis y las cosas halladas en alcantarillas, y el viento del canal la cogió y tuvieron que amarrarla con dos cabos y un saco de arena antes de que aguantara. Se alegró de la mampara. Odiaba la mampara. Las dos corrían niveladas en ella y ninguna se movió.

Los buzos entraron.

Vio sus cabezas hundirse bajo el gris y no salir, más tiempo del que pensaba que una persona podía querer estar bajo esa agua, y luego romper la superficie, dos formas oscuras de foca, y conferenciar con las manos, y volver a hundirse. No había prisa en nada de ello. Trabajaban despacio y metódicos, el ritmo de hombres que saben que no queda nada que apresurarse pudiera salvar, pasando un cabo abajo a la oscuridad bajo el embarcadero, poniéndolo tenso, soltándolo. Uno de ellos salió a la superficie y cantó un número al hombre de las rocas, una profundidad o un rumbo, y el hombre lo escribió en una tablilla. La niebla mantenía el sonido cerca. Podía oír los reguladores de buceo y el golpe de la marejada contra los pilotes y el pequeño y constante trabajar del mar contra el muelle roto, y bajo eso nada, el plano silencio contenido del agua muerta, el canal corriendo a ninguna parte.

El frío subió por las plantas de sus botas y a los huesos largos de sus piernas y ella no se movió para aliviarlo. Lo dejó posarse ahí. Había una disciplina en quedarse quieta que había practicado durante treinta años sin saber para qué la guardaba, y descubrió que la tenía ahora cuando la necesitaba, una herramienta ya en la mano. Miró a los buzos y no se llevó las manos a la cara y no apartó la vista cuando el cabo bajo el embarcadero se puso tenso y se quedó tenso y los hombres de las rocas lo agarraron y empezaron, muy despacio, a traerlo.

Llevó largo tiempo. El agua no entregaba fácilmente nada que hubiera guardado tanto. Lo trajeron a centímetros, dos hombres en el cabo y un tercero inclinándose sobre las rocas para guiar, y la mampara ocultó lo último de ello, la parte que tocaba el aire, y ella

estuvo agradecida más allá de toda palabra por el plano panel azul y el hábito institucional que lo había levantado, porque había estado en suficientes recuperaciones para saber lo que diecinueve años en limo frío dejaban por subir, y no necesitaba cargar esa imagen en particular el resto de su vida encima del resto de ello.

Lo que podía ver eran las cabezas de los buzos rompiendo la gris superficie y hundiéndose y rompiéndola de nuevo. Lo que podía ver era a Reyes de pie con las manos a los costados y la cabeza un poco inclinada, no en oración, en atención, un hombre dándole a la cosa toda su atención porque era la única cortesía que quedaba por dar. Lo que podía ver era el cabo subir de la oscuridad, palmo a palmo, y a su hermana venir con él, fuera del limo y el frío y el largo agua muerta por fin, arriba a la luz gris, con su nombre a punto de serle devuelto.

Nora no lloró.

Había pensado que lo haría. Había cargado la expectativa de ello durante años del modo en que cargas una tabla de mareas, una cosa que consultas, una cosa que te dice cuándo llega la creciente. El llanto pertenecía a la quinceañera que había estado de pie en estas rocas con los zapatos mojados y la cabeza llena de frases prestadas y a la que le habían contado una historia amable y a la que habían pagado, en pequeñas y cálidas denominaciones que no había entendido que eran un precio, para que la creyera. La quinceañera había esperado tanto que el deseo se había gastado más allá de las lágrimas hasta algo más plano y más duro, una piedra en el oleaje vuelta lisa. Así que Nora se quedó de pie junto al muro con el abrigo prestado con el frío en las piernas y miró el cabo entrar y no lloró, y el no llorar no era una cosa que ella hiciera. Era una cosa que era simplemente verdad sobre ella ahora, del modo en que los pilotes desnudos eran verdad, del modo en que el agua muerta era verdad.

Cuando lo último de ello estuvo arriba y los hombres se cerraron en torno a ello tras la mampara con sus bolsas y sus formularios, Reyes subió al muro.

Se detuvo a una distancia cuidadosa, la distancia apropiada, y no se quitó ninguna cara oficial porque no llevaba ninguna.

—Es ella —dijo—. Lo confirmaremos. Pero es ella, la colocación es correcta, la profundidad es correcta. —Miró el agua y no a ella, lo cual ella tomó por la bondad que era—. Nunca estuvo allá fuera —dijo—. Estuvo aquí todo el tiempo.

—Lo sé —dijo Nora.

—La marea lo decía —dijo Reyes—. Todo lo que había que hacer era creer a la marea y no a la historia. —Lo dijo sin filo alguno, una frase plana y verdadera, una cosa que un lector de mareas decía a otro—. La mayoría no puede. La historia es más cálida.

—Eso también lo sé —dijo Nora.

Él asintió. Dejó posarse un silencio que no intentó llenar ni terminar, y luego dijo que vería el resto de ello hasta el final y que alguien estaría en contacto sobre la entrega para el entierro cuando el laboratorio terminara, y volvió a bajar a las rocas, y Nora se quedó junto al muro hasta que los buzos estuvieron fuera del agua y la mampara bajó y no hubo nada que ver salvo el embarcadero roto sobre sus pilotes negros desnudos y el canal gris yaciendo quieto bajo la niebla, ni viniendo ni yendo, en el agua muerta, sin guardar nada ahora que había guardado la única cosa todo este tiempo y la había devuelto.

* * *

Enterraron a Junie cuesta arriba tres semanas después, cuando el laboratorio hubo hecho su trabajo paciente y devuelto las fechas que la lápida cargaría, dos de ellas, juntas.

Llovió. Era Harlow Bay y era ese mes y habría sido una cosa extraña que no hubiera llovido, y los pocos que vinieron se quedaron bajo los largos paraguas negros con *Conservera Vane* todavía bordado en dorado desvaído a lo largo de las varillas, porque esos eran los paraguas que el pueblo tenía, los paraguas que cien años de un nombre habían comprado, y no había ironía en la gente sosteniéndolos y Nora estaba demasiado más allá de la ironía para encontrarla ella misma. Se quedaron de pie en el borde de la tierra abierta con la lluvia cayendo recta y constante de un cielo bajo, y el cura dijo la fórmula corta porque la familia había pedido la fórmula

corta, y los pocos que habían venido no dijeron mucho, porque no había mucho a lo que tuvieran derecho.

No eran muchos. No serían muchos para una Quist ahora, no después de lo que una Quist había derrumbado. El tendero no estaba y el capitán de puerto no estaba. Una prima que Nora medio recordaba estaba de pie bajo uno de los paraguas con dos hijos adultos que no habían nacido cuando Junie entró en el agua. Los dos hombres de la funeraria estaban apartados bajo los abetos con las manos cruzadas. La tierra cortada de la fosa era el rojo oscuro y mojado del acantilado y la lluvia se acumulaba en ella en una fina lámina brillante, y la caja bajó a ella despacio sobre las cinchas, y el nombre en la lápida a la cabecera del corte decía *Junie Quist* y debajo las dos fechas juntas, el año en que nació y el año, ahora fijado por fin, el año que había sido una pregunta abierta diecinueve años y ya no era una pregunta.

La madre de Nora había venido.

Estaba muy vieja ahora, y confundida sobre casi todo: sobre qué año era este, sobre cuál de sus hijas había conducido el coche cuesta arriba bajo la lluvia, sobre si la mujer que la sostenía del brazo era Nora o era Junie o era la enfermera de la residencia que venía los martes. Había preguntado dos veces en el trayecto adónde iban y no había retenido la respuesta ninguna de las dos. Estaba ahora de pie en el borde del corte entre Nora y la enfermera de la residencia, pequeña y encorvada en un buen abrigo que le colgaba, y el viento subió por el acantilado y le llevó el fino pelo blanco de costado fuera del cráneo, y Nora le puso una mano bajo el codo contra el viento y la anciana no pareció sentirlo.

Miró la caja bajar. Su cara hizo la cosa floja y desanclada que hacía ahora, trabajando en algo, y Nora se preparó para la pregunta de nuevo, dónde estamos, de quién es, qué año, y se dispuso a dar la respuesta blanda e inútil una vez más.

Su madre no preguntó.

Miró al corte donde la caja había venido a posarse en el agua roja del fondo, y su cara se reunió de golpe, el trabajo flojo apretándose en algo que Nora no le había visto en años, y se irguió

más recta de lo que se había erguido en años, derecha y clara en el borde de la tumba de su hija con la lluvia escurriéndosele, y dijo:

—Ahí está.

La enfermera se movió un poco, lista para sostenerla. Nora no se movió en absoluto.

—Ahí está —dijo su madre de nuevo, más fuerte, segura, en una voz que había esperado diecinueve años para estar segura de una sola cosa y estaba segura de ella ahora más allá de cualquier tormenta o cualquier año o cualquier historia amable y cálida que nadie le hubiera contado jamás—. Ahí está mi niña.

Sacó la mano. Nora pensó que alcanzaría la cincha o al cura o el aire vacío, y se dispuso a sostenerla, pero la anciana se inclinó hacia delante contra la mano de Nora en su codo y puso su propia mano plana sobre la cara mojada de la lápida, sobre el nombre grabado, del modo en que Nora la había visto una vez ponerla plana sobre una frente febril en la oscuridad, comprobando, sabiendo, calmándose. La misma mano, la misma presión plana y segura, de madre a hija, aquí estás, te tengo, ahora sé dónde estás.

La mantuvo ahí mientras la lluvia corría sobre el dorso de ella y sobre el nombre grabado debajo de ella y la caja se asentaba el último centímetro en el agua roja de abajo.

Nora se quedó de pie a su lado bajo la lluvia y sostuvo el codo de la anciana y miró la mano en la lápida, y el frío subió por sus botas como había subido junto al muro, y lo dejó, y no dijo nada, porque no había nada a lo que ella tuviera derecho a decir tampoco, y porque la única cosa que necesitaba decirse la había dicho la única boca que tenía derecho a decirla.

Ahí está. Ahí está mi niña.

Había costado todo llegar a ello. Seguiría costando; lo sabía ya, de pie bajo la lluvia en el acantilado, la forma de lo que le había comprado en el pueblo de abajo y lo que no, y contaría ese coste más tarde en pequeñas denominaciones a lo largo de los años y encontraría que algunos días cuadraba y algunos días no. Pero la mano de su madre estaba plana sobre la lápida, segura por fin tras diecinueve años de no estar segura, y el nombre bajo ella era el nombre correcto con las fechas correctas, y eso valía, pensó Nora,

mirando la lluvia acumularse en el corte, cada sola cosa que había costado. Cada una.

La mano se quedó en la lápida. La lluvia caía recta del cielo bajo sobre el acantilado y sobre los abetos y cuesta abajo sobre la conservera muerta y el puerto deportivo vacío y el embarcadero roto en la Punta, donde el agua yacía quieta y gris y no devolvía nada, en el agua muerta, en la larga respiración contenida, antes de que cambiara y empezara por fin a correr.

C A P Í T U L O 3 4

Agua muerta

El tendero le contó el cambio sobre el mostrador.

Lo hizo despacio, y lo hizo moneda a moneda, la de diez centavos y luego los dos de uno puestos planos donde el linóleo estaba gastado pálido junto a la caja, cada uno colocado y no dejado caer, de modo que ella tuviera que quitar la mano del mostrador y recogerlos ella misma. Le había metido el pan en la bolsa ya. No le había puesto el cambio en la mano. Era un hombre al que había conocido por su delantal y su charla del tiempo durante tres meses, que una vez le había dicho cuál del pescado ahumado era de esa mañana y cuál de ayer, y ahora miraba un punto por encima de su hombro y esperaba a que ella reuniera dos centavos de un mostrador como una niña a la que se obliga a recoger lo suyo.

Los reunió. Dijo gracias. Él dijo la puerta, la campanilla sobre ella sonando al salir, y ni una palabra suya.

Iba así, en pequeño dinero. El capitán de puerto respondía a sus preguntas y no a sus buenos días. Le había preguntado, en la semana de la recuperación, una cosa directa sobre el correr del canal en el agua muerta, y él le había dado una respuesta directa, fechas y profundidades, la lógica de la marea tendida plana como tendía todo, y ella le había dicho buenos días en el paseo tres días seguidos después de eso y él había mirado el agua cada vez como si el agua lo hubiera dicho. Aún colgaba la tabla de mareas en su ventana cada mañana, con su propia mano cuadrada, la alta y la baja y las horas del cambio, porque las barcas que quedaban la necesitaban y una cosa siendo necesaria era distinto de una cosa siendo perdonada. Ella la leía a través del cristal y no entraba.

El restaurante era el libro de cuentas más claro. Estaba lleno cuando entraba, cada reservado con alguien que tenía un café enfriándose delante, y tenía un reservado libre en el momento en que se rendía y se iba, la campanilla sobre esa puerta hablando también. La chica tras el mostrador era nueva y no conocía las

reglas todavía, y un mediodía empezó a traerle a Nora una carta y llegó a mitad del suelo con ella antes de que el cocinero dijera su nombre una vez desde el pase, en voz baja, y la chica convirtió la carta en un limpiar la mesa de al lado y no volvió a alzar la vista. Nora dejó una propina sobre un café que se había servido ella misma de la jarra que dejaban fuera, y se fue, y el reservado estaba libre a su espalda antes de que la puerta hubiera terminado de cerrarse.

Había tirado del único hilo. La sala cálida e iluminada se había venido abajo. La gente que había estado de pie en ella cuando cayó no pesaba el calor contra lo que el calor había costado al silencio de sus propios hijos; pesaba el calor contra el frío en el que estaban de pie ahora, y una Quist había dejado entrar el frío, y decían su nombre más bajo de lo que solían, del modo en que nombras una cosa para mantenerla al otro lado de una puerta cerrada. Había sabido que lo harían. Había tirado igual. Algunas mañanas eso era todo lo que tenía, y era suficiente, y algunas mañanas no lo era, y había dejado de esperar que las dos fueran la misma mañana.

* * *

Maren Vane fue acusada del asesinato de Iris Kettle, y de eso solo.

El fiscal era un hombre cuidadoso de la tierra firme llamado Aldous que cogía lo que podía cargar y dejaba caer el resto. Lo que podía cargar era una chica. Tenía a Theo, catorce años y firme de un modo que catorce años no debería haber tenido que aprender, contándole a una sala el orden de las veladas; tenía los mensajes de *M* de un teléfono que le pelearía cada paso del camino hacia las pruebas y al que entró igual, cadena con cicatrices y todo; tenía la respuesta plana del capitán de puerto sobre un cuerpo y el agua muerta; tenía a los donantes, que con Gideon seis meses bajo tierra y los films quemados a nada en una barca bajo la lluvia habían decidido, muy rápido, que el estrado de los testigos era mejor sala en la que sentarse que una casa donde pasabas la vida preguntándote quién había guardado una copia.

Los cuarenta años no entraron en la sala. El libro era ceniza y el agua se había llevado la ceniza. Las grabaciones eran ceniza. Los hombres cuyos nombres estaban en ambos sabían leer un fuego tan bien como ella, y no lloraron nada y no confirmaron nada y dejaron que Aldous se quedara con la única cosa que el fuego había perdonado. Maren respondería por Iris Kettle y por nadie más. No por Junie, no por diecinueve años, no por una quinceañera pagada para callar en una cálida mesa de cocina mientras la charla de los mayores seguía por encima de su cabeza. Casi todo murió ardiendo. Nora se había pasado esa semana aprendiendo el tamaño del pedazo que sobrevivió y aprendiendo a cerrar la mano en torno a él, porque una mano cerrada sobre una cosa pequeña era la diferencia entre tener algo y no tener nada, y ella había estado largo tiempo en el no-tener-nada.

La Fundación cayó de golpe, con un sonido como de una respiración contenida soltada. Las becas pararon a mitad de año, y en algún sitio una lista de niños brillantes descubrió a qué precio había estado su futuro y quién había estado pagando. El dinero del puerto deportivo se secó y dejó los nuevos pilotes crudos junto a los podridos, los muelles a medio restaurar ni terminados ni dejados en paz. La conservera que había cojeado cien años sobre un nombre cerró antes de la primavera, y los hombres que la habían trabajado tomaban ahora el transbordador temprano o no lo tomaban en absoluto, y cuatrocientas personas que habían estado de pie cálidas y agradecidas en un salón iluminado en una tormenta no estaban ni lo uno ni lo otro, y sabían el nombre de ello.

* * *

Adrian testificó al tercer día.

No estaba obligada a estar en la sala y entró en la sala. Se sentó al fondo donde la madera era más dura, y lo vio prestar juramento en una voz que había oído mover a cien personas a abrir sus chequeras, y vio la voz volverse plana el instante en que el juramento terminó. Les dio la máquina. Se la dio con su propia boca fluida vuelta corta y seca, las veladas y los donantes y los

cuidadosos veinte años de ello, su voz en films que ya no existían, su nombre en un libro que había dejado arder antes que sacarlo de un fuego. No suavizó una línea de ello para la sala. Aldous le preguntaba una cosa y Adrian respondía con la frase verdadera más pequeña que la cosa admitía y luego cerraba la boca y esperaba la siguiente, y ni una vez alcanzó el fraseo cálido, la cláusula redondeada, la cosa que siempre había hecho que la cosa fría bajara fácil. Cuando la defensa lo atacó sobre su reserva, su dinero de salida, el cuidadoso nido de él que había guardado mientras guardaba la máquina, dijo que sí. Dijo la cifra. No explicó la cifra. La sala había venido a ver a un hombre pulido y el pulido estaba fuera de él en el suelo a plena vista y no iba a volver a ponerse, y el hombre que quedaba debajo respondió a la pregunta siguiente.

Hubo un momento, cerca del final de la mañana, en que el abogado de Maren se levantó e intentó hacer de Adrian un hombre con un agravio, un director que había querido la silla en la que Maren se sentaba y había incendiado la casa cuando no la consiguió. Dejó que el abogado terminara la forma de ello. Luego dijo que no, que había querido la silla, que el querer era verdad, y que no cambiaba nada de lo que ya había dicho, y le devolvió al abogado las fechas de nuevo, las mismas fechas, en el mismo orden plano, hasta que el abogado se sentó. Le había entregado a la sala la peor lectura de sí mismo y se había quedado dentro de ella y no se había movido.

Ella miró sus manos en el barrote del estrado. No representaban nada. Habría cargos contra él también, los menores, y un largo y gris desenrollarse de años, y al final de ello un hombre al que no conocía del todo y en el que no podía confiar del todo y al que ya no podía sospechar de una sola cosa que no hubiera puesto él mismo en el registro.

La encontró después, en los escalones del juzgado, en la lluvia que hacía lo que la lluvia de junio hacía en Harlow Bay, que era caer como si pensara seguir en ello. No le preguntó cómo lo había hecho. No dijo una palabra sobre los dos. Le preguntó si su madre tenía cómo subir a la colina el jueves, porque el laboratorio había devuelto las fechas y la lápida estaba puesta ahora y la anciana subía a leerla

de nuevo casi todas las semanas, como si la lectura pudiera salir distinta, como si el nombre pudiera estar aún en cuestión. Nora dijo que tenía juicio el jueves. Adrian dijo que él la llevaría, entonces, y no lo hizo sonar como un regalo, y no esperó a que se lo agradecieran, y bajó los escalones mojados y se fue antes de que ella hubiera decidido si darle las gracias.

* * *

Llevó a su madre al cementerio el jueves.

Aprendió por qué puerta entraría la anciana. Había dos, y de una no se fiaba, por razones que vivían en un año en el que nadie más estaba, y él llevó el coche a la puerta de la que se fiaba y la subió por la gravilla bajo uno de los viejos paraguas negros de la conservera, el nombre todavía bordado en blanco en el panel de él, el nombre terminado ahora y el paraguas sobreviviéndolo. Nora oyó esto a pedazos y no de él. Su madre se lo contó, en las buenas tardes en que los años se ordenaban, que el alto se había quedado apartado a un lado junto a la lápida del modo en que se queda una persona que sabe que la lápida no es suya, y no había hablado, y la había llevado a casa con la calefacción puesta porque las manos se le iban al frío tan rápido ahora. Adrian no dijo nada de ello. Cuando Nora le preguntó, con claridad, el viernes, si la había llevado, dijo que sí, y por qué puerta, y que la gravilla pedía un reasfaltado en el extremo bajo donde se encharcaba, y ese fue el informe entero.

Nora había subido a la colina ella misma una vez ese mes y se había quedado de pie junto a la lápida con las dos fechas juntas que el laboratorio había devuelto, y había leído el nombre de su hermana en las letras grabadas hasta que las letras dejaron de significar una hermana y significaron solo una cosa que un cantero había hecho al granito. La quinceañera que había estado de pie en las rocas de la Punta con los zapatos mojados había esperado tanto que el esperar se había gastado más allá de las lágrimas hasta algo más plano y más duradero; no lloró en la lápida, entonces, como tampoco había llorado en el agua cuando los buzos subieron a Junie. Así que sabía qué puerta, y qué gravilla, y qué le hacía el frío a las manos de su

madre allá arriba, y sabía el peso de lo que Adrian había hecho el jueves, porque había cargado el mismo peso por la misma colina sola.

Arregló el pestillo de la puerta de atrás de la casa de su madre. El pestillo había estado fallando desde la primavera, hinchándose hasta cerrarse en el mojado y aflojándose en el seco, y una tarde simplemente funcionó, el cerrojo deslizándose recto, y había una nueva placa de cierre atornillada a madera recién mordida, y no lo mencionó, ni entonces ni después. Ella encontró la placa vieja en el cubo con los dos tornillos pasados de rosca puestos en el hueco de ella donde él los había dejado para que no rodaran sueltos en la bolsa. Él no lo dijo. Ella no se lo agradeció. Los dos se habían pasado la vida entera entre gente que decía la cosa cálida y quería decir la fría debajo, que construía la seguridad de un pueblo entero a partir de una frase que era mentira en su mismo suelo, y los dos habían terminado, por separado y al mismo tiempo, con el decir.

Lo que había en cambio era una cuenta. Él seguía apareciendo, sin horario, sin pedir nada, y el aparecer estaba pagado en moneda que ella podía tocar con la mano. El jueves. El pestillo. La calefacción puesta para las manos frías. La frase dura y plana respondida con una frase dura y plana y ni una vez aderezada, nunca redondeada, nunca hecha para bajar fácil. No era confianza. Sabía el tamaño de ello con exactitud y no dejaba que fuera más grande de lo que era. Era el material del que se construía la confianza, puesto en plazos que ella podía contar por lo que él hacía y nunca por lo que él juraba, y había decidido llevar la cuenta, y revisar la cuenta cuando la cuenta cambiara, y dejar que ese fuera el tamaño de la cosa por ahora, que era el único tamaño honesto que dejar ser a cualquier cosa mientras todavía se estaba pagando.

* * *

Reyes le devolvió el expediente al final, para que lo firmara.

Había venido de la tierra firme y había trabajado la Punta como lo que era, una escena del crimen de diecinueve años de profundidad, y la había manejado, todo el camino, del modo en que

un hombre honrado maneja a una persona que es a la vez testigo y herida: a una distancia cortés, sin deberle nada, concediéndole las pequeñas cortesías de todos modos. Había dejado el expediente legible. Cada línea de lo que había hecho mal estaba en él y nada de ello tachado, su declaración encima, la que acababa con la única carrera que había tenido jamás, la cadena que había roto y la fuente con la que se había acostado y el conflicto que había enterrado tendidos limpios para el lector que viniera a por ella con ellos algún día. Había construido el registro para ser leído contra él, contra ella, contra cualquiera. Lo respetó más de lo que podría haberle dicho.

Lo firmó en el despacho prestado con la luz gris subiendo del agua a través de la ventana. Sus manos estaban firmes. Leyó su propio final en su propia declaración y sus manos no hicieron nada, y dejó la pluma, y se quedó sentada un rato con el expediente cerrado bajo la palma.

Luego sacó la tarjeta del bolsillo del pecho.

Había estado contra su pecho diecinueve años, plastificada una vez y vuelta blanda en el sellado, curvándose en una esquina como se curvaba la tabla de mareas en la ventana del capitán de puerto, el mismo amarillo bajo el mismo plástico, las mismas tres líneas que había leído tantas veces que la lectura se había gastado hasta no leerla en absoluto, hasta una forma que su pulgar conocía en la oscuridad.

Nunca te fíes de un sospechoso. La cadena lo es todo. Nunca te impliques.

Se había sentado en el suelo de un cuarto de baño en mitad de todo esto y se había dicho que la tiraría a la basura. Descubrió que no quería. Las tres líneas eran verdad, todas ellas, verdad del modo en que la sabiduría del pueblo siempre había sido verdad: lo bastante verdad para vivir dentro, lo bastante verdad para mantenerte a salvo, verdad justo hasta que el coste de un movimiento equivocado se ponía alto y las circunstancias se ponían estrechas y específicas y la regla que te había mantenido entera resultaba ser la misma regla que mantenía la máquina viva y alimentada. Las líneas no estaban equivocadas. Solo que nunca habían sido construidas para ser cargadas contra un corazón y

obedecidas más allá del punto donde el obedecer era la cosa que hacía el daño. Algún detective cansado había escrito una vez una nota de trabajo. Ella la había hecho un voto. Un voto era la única cosa que jamás se debe dejar que una nota de trabajo llegue a ser.

Sacó la pluma. Trazó una sola línea limpia a través de la última de las tres, *Nunca te impliques*, y no la tachó, no la enterró bajo tinta, la dejó legible bajo el trazo del modo en que Reyes había dejado sus propios crímenes legibles en el expediente bajo su nombre. Luego debajo, con su propia mano, en letras que tuvo cuidado de no apretar demasiado en el plástico blando, escribió la única regla que había desenterrado en toda aquella semana que estaba dispuesta a cargar, sabiendo mientras la tinta bajaba que también podía querer una línea a través de ella un día, que el querer era el sentido entero de ella, que esta era la única regla que venía con su propio permiso ya dentro:

Revisa la ruta cuando los datos cambien.

Volvió a poner la tarjeta en el bolsillo del pecho, contra su pecho, donde siempre había ido. Cerró el expediente y lo dejó en el escritorio para que Reyes lo llevara a la tierra firme. Luego bajó la colina al atracadero para llevar a su madre a casa en el transbordador de la tarde, pasada la ventana iluminada del tendero y el restaurante que tendría un reservado para ella en el segundo en que se fuera, pasada la conservera muerta y el puerto deportivo seco con sus pilotes crudos, hasta la carretera que corría por la Punta donde el embarcadero roto se erguía con el limo escarbado de debajo y nada que quedara debajo que encontrar. El agua en la Punta yacía plana y gris y no devolvía nada y no pedía nada, ni entrando ni saliendo, en el agua muerta, en la larga respiración contenida que el canal tomaba entre medias, antes de que cambiara, y empezara, por fin, a correr.